
CENICIENTA
Y EL MAFIOSO
LOLA BELLUCI



LOLA BELLUCI

Copyright © 2023

Cenicienta y el mafioso
1ª Edición
Publicado anteriormente bajo el título de A cinderela e o mafioso en portugués
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma, por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento escrito del autor/editor.

Revisión y Traducción: Matías San Miguel

Diseño de portada: Dani Design Editorial

Maquetación: Lola Belluci

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por ningún medio, tangible o intangible, sin la previa autorización del autor. La violación de los derechos de autor es un delito previsto por la ley n° 9.610/98, castigado por el artículo 184 del código penal.

¡Por favor, respeta el arduo trabajo de esta autora! Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o copiada sin permiso, excepto por breves citas utilizadas en reseñas o promociones.

Este libro está licenciado solo para tu disfrute personal. ¡Gracias!

TEXTO REVISADO SEGÚN EL ACUERDO ORTOGRÁFICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Índice

Índice
SINOPSIS
NOTA DE LA AUTORA
DEDICATORIA
PARTE I
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
PARTE II
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70

71
72
73
74
75
Epílogo
Conoce la historia de Vittorio y Gabriella.
AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

Tizziano Cataneo es el diablo.

A sus 35 años, el subjefe de la mafia más despiadada de Italia es un hombre que irradia carisma, violencia y peligro.

Su reputación, forjada en la ausencia total de escrúpulos, lo convierte en la viva imagen de la perdición. Una fuerza implacable impulsada por instintos salvajes.

Para sus enemigos, es el terror personificado.

Para sus aliados, un líder inquebrantable.

Para Rafaella, un camino sin retorno.

Criada en el seno de una familia tradicional de "La Sagrada", Rafaella Esposito fue moldeada para ser la esposa ideal de un mafioso. Pero, detrás de esa perfección ensayada, se esconde una mujer de espíritu indomable, resistiendo las exigencias de su familia conservadora y los avances implacables del subjefe.

Rafaella se enfrenta a una elección imposible: ceder a un deseo arrollador por un hombre que representa su ruina, o luchar por su libertad en un mundo que exige su sumisión.

La verdad es que la elección de la inocente hija de la mafia no es más que una ilusión, una jugada cuidadosamente orquestada por Tizziano para asegurar su conquista.

Desde el instante en que sus miradas se cruzaron, ella se convirtió en la obsesión del subjefe.

Ella lo desafió sin medir las consecuencias. Ahora, verá cómo el mundo que conoce se desmorona ante los caprichos del diablo.

En este peligroso juego de seducción y poder, ¿cederá Rafaella a lo inevitable o desafiará el destino que Tizziano Cataneo ha trazado tan astutamente para ella?

Cenicienta y el Mafioso es una reinvención del clásico cuento de hadas, donde la Cenicienta no busca ser salvada, y el príncipe es un mafioso dispuesto a derribar el mundo para hacerla suya.

NOTA DE LA AUTORA

¡Hola, querido lector! Bienvenido a la Sagrada.

Aquí, no fallamos, no deshonramos y, sobre todo, nunca nos arrodillamos. Aquí encontrarás personajes que no son buenos, pero que te mostrarán que eso está bien, porque, al final, ¿quién lo es realmente?

Escribir esta serie ha sido un desafío en todos los sentidos de la palabra. Tizziano Cataneo es, sin duda, un hombre extremadamente perturbado que me ha robado más noches de sueño de las que puedo contar. Sus pensamientos son aterradores, y no ha sido fácil compartir mi mente con él durante los últimos meses.

Retrasé este momento por mucho tiempo, pero a pesar de todas sus peculiaridades, él también merecía que su historia fuera contada, y aquí estamos.

Rafaella Esposito es como un cristal. Uno que está a punto de romperse, y creo que la parte más interesante de toda esta historia es que ella necesitó quebrarse para sentirse completa.

Tizziano nació roto, y cuando estos dos corazones se encuentran, nada podrá contener la fuerza que generan juntos. Este libro no es un cuento de hadas, y espero que ames esta historia tanto como yo la amé, pero presta atención a la siguiente advertencia.

La Cenicienta y el mafioso es un romance oscuro con posibles desencadenantes de violencia física, verbal, abuso psicológico, depresión, pensamientos suicidas, intento de violación y muerte. Si eres sensible a cualquiera de estos temas, por favor, no leas este libro.

DEDICATORIA

A los corazones rotos y destrozados,

también hay belleza en ustedes.

PARTE I

La seduzione[1]

1

RAFAELLA ESPOSITO

En primer lugar, destrozaría esa cara bonita.

Sí. Definitivamente empezaría por ahí. Con lo vanidoso que es, el desgraciado preferiría morir mil veces antes que saber que nunca más podría mostrar esa sonrisa irritante ni por dos segundos.

Me tomaría mi tiempo disfrutando la sensación de poder mientras lo estuviera atando, porque, claro, no podría estar libre para impedirme. Tan controlador... Tan lleno de caprichos... Odiaría verse a merced de los míos. ¡Y yo lo amaría!

Cuando estuviera perfectamente inmovilizado, como un cerdo listo para el matadero, le perforaría esos ojos azules diabólicos lentamente, disfrutando la sensación de la cuchilla hundiéndose en el cráneo, no solo una, sino dos veces.

Tal vez la visión de la sangre me revolviera el estómago, pero lo soportaría. Por ese placer, sería capaz de obligarme a vomitar después. Después de haber desgarrado esa maldita boca de punta a punta, arrancado la lengua venenosa y roto la nariz perfecta en al menos diez pedazos.

Pero pensándolo bien, no creo que me conformaría solo con eso. No. Necesitaría más.

Mi próximo objetivo serían las manos. Cortaría esas manos abusivas y me divertiría mucho en el proceso. Nunca más se atreverían a tocarme solo para demostrar un punto.

¡Maldito seas! ¡Qué odio!

Gruño, sintiéndome aún más irritada ahora que antes de empezar a planear mi venganza, porque tanto yo como toda Italia sabemos que eso nunca sucederá.

No cuando a quien quiero desfigurar es al subjefe de La Santa, y no, incluso cuando, para mi total y absoluta vergüenza, una parte de mí mucho más grande de lo que me gustaría admitir, se niega rotundamente a ser responsable de la extinción de esa sonrisa idiota.

—No estás sonriendo —canturrea mi madre, dando un paso y deteniéndose frente a mí.

Parpadeo, volviendo a ver el salón de baile abarrotado en lugar de la oscura sala de tortura que ocupaba mis pensamientos. La música y las voces a mi alrededor también regresan a mis oídos de golpe.

Sofía Esposito sonríe de una manera un poco inquietante, con la esperanza de que mis neuronas imiten, y aunque mi deseo es poner los ojos en blanco, obligo a mis labios a estirarse.

—Él no ha dejado de mirarte. —Celebra, discretamente eufórica, como solo ella sabe ser —. Estoy segura de que en cualquier momento te pedirá un segundo baile.

Muerdo la lengua, tragándome con el dolor todas las verdades que me gustaría hacerle tragar a mi madre junto con el champán de su copa, y desisto.

Se ha convencido de que nuestra familia está a punto de vivir un cuento de hadas mafioso, y no hay nada en este mundo que la haga cambiar de opinión. Quizás, cuando el subjefe anuncie que se ha comprometido con una de las perfectas hijas de la élite de La Sagrada, finalmente lo creerá.

—¡No me mires así! Si él sigue insistiendo después de meses, es porque su interés es genuino —se queja, dejando que su sonrisa se desvanezca cuando una mueca de desaprobación la reemplaza.

Esta vez, mi risa es sincera.

—¿Qué fue lo que escuché durante toda mi infancia y adolescencia, *mamma*? ¡Ah! ¡Ya sé! —Acerco nuestros rostros y bajo la voz hasta que no es más que un susurro—. Que lo único que hombres como Tizziano Cataneo esperan de mujeres como yo es que calienten sus camas.

—¡Es diferente! Ahora eres la mejor amiga de la mujer de Don.

—¿En serio, mamá? ¿Y desde cuándo la amistad borra el certificado de nacimiento? —cuestiono, y ella retrocede la cabeza y abre los ojos de par en par. Cierro los míos y exhalo despacio antes de volver a abrirlos, arrepentida por el tono grosero—. Lo que quiero decir, mamá, es que ser amiga de Gabi no cambia quién soy: la empleada de la casa, hija de la cocinera y de un soldado raso de La Santa. Necesitas...

—Bueno —me interrumpe—, hoy no te pareces en nada a una empleada de la casa. —Esta vez, su sonrisa es orgullosa—. ¡Mírate! Eres la madrina de la boda. El propio Don te regaló el vestido, e incluso tu padre y yo también recibimos ropa para hoy.

Muerdo el labio y parpadeo varias veces. Podría seguir discutiendo eternamente, podría decirle que no, no fue el propio Don quien me regaló el vestido que cuesta al menos cinco años de mi sueldo como empleada. Fue su ahora esposa, Gabriella. Mi amiga sabía que no tenía nada adecuado para lo que se esperaría que la madrina de la boda llevara puesto. Y ella, mejor que nadie, sabe lo crueles que pueden ser los chismes de la *famiglia*. Ella sufrió, y mucho, con ellos durante el último año.

Suspiro y desvío la mirada, no es como si esta fuera la primera vez que tenemos esta discusión y si mi madre nunca se ha dado por vencida antes, dudo mucho que lo haga hoy, cuando parece sentir que todas las posibilidades están a su favor.

—Necesito aire —digo sin molestarme en esperar respuesta.

Mantengo la elegancia solo hasta pasar por las inmensas puertas de madera, entonces agarro las faldas del vestido y prácticamente corro.

Las doce campanadas resonando a mi alrededor solo hacen que me sienta ridícula, pero qué más da, realmente necesito respirar. Desato el lazo atado un poco más arriba de mi nuca con un suspiro frustrado y coloco la máscara en mi muñeca.

Si alguien me hubiera dicho, hace un año, que Don Vittorio aceptaría que su fiesta de boda fuera un baile de máscaras, me habría reído en la cara de esa persona. Pero, de alguna manera, mi amiga logró infiltrarse bajo la piel del Don hasta el punto de que él haría cualquier cosa para hacerla feliz.

Al comienzo de la noche, esta escalera parecía tener tanto potencial, era casi como si acabara de entrar en un cuento de hadas, exactamente como Gabriella planeó cuando eligió el lugar de la boda.

Ahora es solo como si estuviera en una de esas películas de suspenso angustiantes en las que todas las puertas del edificio encantado están cerradas. Bufé, sintiendo que la ira crecía.

¿Era necesario?

¿Era necesario ese maldito marcaje de territorio?

¿Era necesario observar cada uno de mis movimientos?

¿Era necesario intimidar a distancia a cada hombre que me mirara, aunque después del primer baile, él mismo nunca se acercara a menos de un salón entero de distancia?

No, por supuesto que no era necesario, ¡no soy de él! Pero Tizziano Cataneo es la maldición de mi existencia y disfruta atormentándome. Si ese cretino no está arruinando mi vida, no es feliz.

¡Por el amor de Dios! Es la boda de mi mejor amiga. Al menos por una noche tenía derecho a sentirme como algo más que la Cenicienta, pero claro que Tizziano tenía que arruinarlo en cuanto puse un pie en el salón de baile con una exhibición de poder sin sentido, ¿verdad?

No importa que todo mi cuerpo haya vibrado en el instante en que su mano sostuvo la mía, o que el calor de su palma contra mi espalda haya calentado todo mi cuerpo, ignorando

completamente la imposibilidad que representaba el tejido entre ellos.

No importa que, antes de que diera el primer paso hacia mí, ya supiera exactamente dónde estaba él en el salón.

No importa que a cada paso del vals, una parte de mí se deleitara como si ese momento hubiera sido el motivo de todo mi nerviosismo desde que me desperté. No importa.

Nada de eso importa, porque soy lo suficientemente inteligente como para saber que no significo nada más que un capricho para el subjefe. Solo sigue molestándome porque sigo diciéndole que no, y eso, más que cualquier otra cosa, me saca de quicio.

¡Maldito Tizziano Cataneo!

Cruzo el césped de la propiedad, adentrándome entre los setos altos y esquivando árboles, llenando mis pulmones de aire con cada paso hasta llegar al centro del jardín y casi gemir de alivio al ver la fuente.

Suelto las faldas del vestido y cierro los ojos, respirando profunda y lentamente.

—¿Tu hada madrina está retrasada?

La voz grave levanta cada uno de los pelos de mis brazos que aún no habían sido convocados por el frío, pero por todas las razones equivocadas. *¿Le lancé piedras a la cruz, Santa?* Debo haberlo hecho, porque no es posible.

Me giro lentamente, deseando ahogar al hombre que me siguió hasta aquí en la fuente llena de agua helada, en la que estaba a punto de refrescarme.

En su esmoquin perfectamente ajustado, el subjefe de La Santa es una visión tan pecaminosa como siempre. El traje parece haber sido hecho a la medida para su cuerpo grande y musculoso, adaptándose a cada curva y relieve, excepto en las manos y el cuello, los únicos lugares libres de ropa, exhibiendo tatuajes que parecen infinitos.

¿Hasta dónde llegarán realmente?

Sus ojos me analizan de pies a cabeza antes de fijarse en la fuente detrás de mí, y su expresión cambia. Pero ¿sabes qué? ¡Qué se vaya al diablo!

—¿Quieres volverme loca? —Prácticamente grito.

Tizziano se humedece los labios lentamente mientras esa sonrisa irritante que tanto quiero arrancarle se apodera de su rostro.

No tarda ni cinco segundos en acortar la distancia entre nosotros, atrapándome entre su cuerpo y la fuente cuando extiende las manos y agarra la escultura a ambos lados de mi cabeza.

Mi pecho cambia de ritmo al instante, subiendo y bajando de manera completamente descontrolada, porque eso es lo que este maldito hombre me hace, me descontrola.

Su aroma se infiltra en mi nariz, obligándome a sentirlo, aunque no quiera lidiar con el escalofrío que siempre me provoca, y mis ojos traicioneros se deslizan de sus iris azules a sus labios rosados que ya no están sonriendo.

Me obligo a desviar la mirada y trato de fijarla en cualquier otra parte de su rostro: en los pómulos altos, en la mandíbula marcada, en su cabello oscuro y corto, en su barba bien recortada e incluso en sus orejas perfectamente proporcionadas, pero no sirve de nada. Esa boca maldita sigue exigiendo mi atención, segundo a segundo.

—¿Volverte loca, Rafaella? ¿Yo quiero volverte loca? —pregunta, fingiendo indignación, antes de responder a su propia pregunta—. ¡Maldita sea, sí! Quiero volverte loca de todas las maneras posibles hasta que el único pensamiento en esa cabecita rubia sea mi nombre, *bambola*, pero tú no colaboras.

Fuerzo una risa aunque no me cause ninguna gracia.

—¿Por qué no puedes simplemente dejarme en paz?

—Ya te lo dije, Rafaella. No hago promesas que no pueda cumplir, y soy un hombre vengativo, ¿sabes? Fuiste tú quien se alojó en mi mente desde la primera vez que te vi, lo mínimo que puedo hacer es devolverte el favor.

—¡No quiero tu favor! —gruño—. ¡No quiero nada de ti!

—Dudo mucho que eso sea verdad.

Tizziano mira mis labios con un deseo que me desestabiliza. Ya ha pasado tanto tiempo... Meses desde la primera y única vez que... Es simplemente... irresistible.

Me impulso hacia adelante y pego mi boca a la suya, cerrando los ojos de inmediato cuando nuestras lenguas se encuentran. Él me deja conducir el beso, y aunque no sé si lo estoy haciendo bien, soy completamente incapaz de detenerme.

Tizziano agarra mi cintura, arrancándome el poco aire que quedaba en mis pulmones al jalarme contra su cuerpo, eliminando la poca distancia que quedaba entre nosotros. Una de sus manos sube lentamente por mi costado, jugueteando maliciosamente con el tejido drapeado del corsé hasta alcanzar mi seno y acariciarlo con suavidad. Gimo, perdida en la sensación embriagadora que ese simple toque desencadena. Ese sonido es suficiente para que me dé cuenta de lo que estoy haciendo.

¡Santo Dios!

Echo la cabeza hacia atrás, apartando mi boca de la de Tizziano y empujándolo con todas mis fuerzas. Lo miro con enojo y respiración entrecortada. Mi corazón late en la garganta y estoy segura de que en este momento alguna vena está palpitando fuertemente en alguna parte de mi cuerpo, y no me refiero solo a la que está en medio de mis piernas, aunque ahí también late.

Tizziano no dice nada, solo me mira en silencio.

—¡No voy a acostarme contigo, Tizziano! ¡No lo haré! No soy ese tipo de mujer.

—¿Del tipo que se acuesta? —pregunta, sin moverse, con las manos sueltas a los lados del cuerpo, mirándome como si yo fuera un rompecabezas imposible de descifrar—. ¿Y qué tipo de mujer eres?

—Del tipo que se casa. Claramente, no es lo que estás buscando. Así que déjame en paz y ahórranos a los dos este infierno.

Lo digo rápido y en voz alta, antes de girarme y correr, aunque sé que es estúpido, pero simplemente no confío en mí misma cerca de este hombre. No puedo confiar.

Sin embargo, el universo decide que no puede ser tan fácil, nunca lo es en mi vida. Mi pierna da un pequeño tropezón que casi me tira al suelo, y aunque consigo recuperar el equilibrio y evitar la caída, estoy obligada a mirar atrás.

Atorado en el césped, con el tacón prácticamente enterrado, está un zapato plateado. Mi zapato plateado.

—¡Maldita sea! ¿No puedo tener un segundo de paz en esta vida, por el amor de Dios?

Mi murmullo hace que Tizziano baje la mirada para descubrir por qué interrumpí mi salida dramática y, por supuesto, como el idiota que es, tiene la peor reacción posible: se ríe a carcajadas.

Tirando la cabeza hacia atrás y prácticamente rugiendo de risa, me observa mientras retrocedo los pasos que había avanzado para recuperar el zapato, y me pregunto, muy seriamente, si no debería lanzárselo a la cabeza, pero eso implicaría tener que acercarme lo suficiente para recuperarlo después. Así que me resigno, respiro hondo, me pongo el maldito zapato irritante y salgo del jardín sin conseguir lo que vine a buscar en primer lugar: paz.

2

TIZZIANO CATANEO

A pesar de ser el día siguiente a su boda, encuentro a mi hermano en el lugar donde imaginé que estaría: en su oficina, en la sede de La Santa. Sabiendo que está solo, entro sin tocar, solo para provocarlo.

Este es un juego que llevo jugando desde que nací. Es, de hecho, uno de los principales propósitos de mi existencia: molestar a mi hermano mayor.

Aunque, esta mañana, creo que mi decisión podría acabar agradándole. Me dejo caer en la silla frente a su escritorio y Vittorio ni siquiera levanta la vista para hablar conmigo.

—¿Qué quieres, Tizziano?

—Casarme, Don. Quiero casarme. Y ya escogí a la novia. —Ahora tengo toda su atención.

Mi hermano se endereza y se recuesta en la silla. Su mirada recorre cada línea de mi rostro, tratando de averiguar si estoy hablando en serio, y cuando sonrío de lado, vuelve a ignorarme, clavando los ojos en la pantalla de la computadora otra vez.

—Esperaba más interés en las noticias.

—Y yo esperaba que no me fastidiaras con bromas sin sentido cuando estoy a punto de dejarte a cargo durante semanas, pero no siempre obtenemos lo que esperamos, ¿verdad?

Chasqueo la lengua ante la amenaza vacía y saco un cigarrillo del bolsillo, lo enciendo y doy una larga calada.

No debería desearle problemas a La Sagrada, pero me aburro solo de pensar en pasar el próximo mes encerrado en esta oficina, con la burocracia y los muebles de madera oscura como mis únicas compañías, en lugar de la acción a la que estoy acostumbrado.

Ser el subjefe significa que me quedo con la parte divertida del mando, mientras mi hermano mayor se ocupa de lo aburrido. Nunca podría hacer el trabajo de Vittorio a tiempo completo. De hecho, me sorprende que él lo logre.

Aunque su reciente matrimonio demostró que no todas mis suposiciones sobre el Don eran correctas, hay una sobre la que es imposible equivocarse: bajo su piel vive una criatura tan voraz como la que albergo en mi propio cuerpo, y a los monstruos no les gusta el papeleo.

—Tal vez debería reconsiderar esta decisión —amenaza, cuando no respondo a su queja anterior.

—Tal vez eso sea lo que espero. Pero no te preocupes, no vine a poner a prueba tu paciencia. Estoy hablando en serio.

—¿Sobre poner a prueba mi paciencia? No lo parece, porque sigues aquí, ¿no?

—Sobre el matrimonio.

Vittorio suelta el ratón de la computadora y permanece inmóvil en la misma posición durante unos segundos antes de mirarme con una expresión que haría que la mayor parte de la población masculina del mundo se orine de miedo, especialmente con la última muestra de su monstruo interior tan fresca en la memoria de todos.

Arquea una ceja gruesa, se recuesta de nuevo en la silla y ajusta el nudo de su corbata, que ni siquiera estaba fuera de lugar. No oculto mi sonrisa.

Realmente disfruto irritarlo.

Y la imagen perfectamente alineada del Don, con su traje oscuro de tres piezas, puede no dar ninguna pista, pero la forma en que está conteniendo la respiración es prueba más que suficiente de que el objetivo secundario de mi visita se ha logrado con éxito. Bueno, ahora solo falta el principal.

—Quieres casarte —dice, pero luego sonríe, empujando el interior de su mejilla con la lengua, obviamente todavía sin tomarme en serio.

¿Será que se está controlando para no pasarse la mano por el cabello peinado hacia atrás? Apostaría una de mis navajas favoritas a que sí, lo está.

—¿Qué puedo decir? Me inspiraste. —Me encojo de hombros y Vittorio sigue mirándome en silencio el tiempo suficiente para que decida volver a hablar—. ¿No quieres saber quién es la novia?

—Independientemente de quién sea, mi respuesta es no —decreta y, de nuevo, vuelve a concentrarse en la pantalla de la computadora.

—¿Cómo que no?

—El italiano tiene muchas palabras ambiguas, Tizziano, pero el "no” no es una de ellas.

—¿Acaso se está negociando mi mano sin mi conocimiento?

—No.

—Entonces, por qué demonios no estás dando saltos de alegría porque estoy eligiendo

una esposa voluntariamente?

—Porque lo último que necesito es una familia infeliz cuando te canses de tu capricho de turno. Ya tengo madres infelices más que suficientes con las que lidiar.

—Sí, y ambos sabemos la razón de eso: tu propio capricho —desafío, porque no me atrevería a negar que mi decisión es caprichosa, pero el techo de mi hermano es de vidrio y él lo sabe. El único signo de descontrol que Vittorio me da es el sutil movimiento de sus fosas nasales —. Por si no ha quedado claro, no te estoy juzgando —levanto las manos en un gesto de rendición—, solo estoy señalando tu hipocresía.

Vittorio no me responde, y ni siquiera es necesario. Ambos sabemos que tengo razón. Toda la historia de su matrimonio es un gran capricho de principio a fin. ¡Por el amor de Dios! Se casó con la mujer que era su prisionera, y encima una extranjera.

Es obvio que las mujeres de la *famiglia* no están contentas. Ser la esposa del Don era una oportunidad por la que todas ellas estaban ansiosas.

Podríamos fácilmente dividir a todas las mujeres de La Santa en dos grupos: aquellas que han pasado toda su vida entrenando a sus hijas para cuando llegue el momento, y las chicas que están siendo adiestradas.

—La diferencia entre nosotros, Tizziano, es que yo sé exactamente qué estoy sacrificando y por qué. Y mientras que calculé cada una de las decisiones que tomé y todas sus posibles consecuencias, todo lo que tienes a tu favor es que te sentiste inspirado —dice la última palabra con un tono que destila impaciencia y, aunque generalmente pondría los ojos en blanco ante su condescendencia de profesor, debo reconocer que fue una justificación de mierda. Pero no esperaba que se tomara como una justificación, para empezar—. Es por eso que necesitas mi permiso y yo no necesito el de nadie.

—Entonces ilumíname con tus motivos —pido con una reverencia burlona y uno de los extremos de los labios de mi hermano se curva en una sonrisa casi imperceptible y peligrosa, indicando que está cerca de su límite.

—No.

—Vittorio...

—Mi respuesta es no —me interrumpe—. Por ahora. Si cuando vuelva de viaje sigues sintiéndote —hace una pausa y raspa la garganta con una risa ácida— inspirado... hablaremos más al respecto.

El tono definitivo no deja espacio para dudas de que el tema realmente ha sido

momentáneamente cerrado. Humedezco mis labios y muerdo la punta de la lengua. ¿Quién diría que querer casarme también lo alteraría? La única persona a la que pretendía irritar con esta decisión mide metro y medio, tiene el cabello rubio, pechos que no puedo esperar a tocar, y un maldito temperamento.

Vittorio podría tener razón sobre que esta decisión es un capricho, y también sobre que no he pasado mucho tiempo pensando en ella, pero ¿por qué debería hacerlo? No es como si pudiera escapar del matrimonio, de todos modos.

He pasado los últimos años sabiendo que era solo cuestión de tiempo hasta que tener una esposa se convirtiera en un negocio lo suficientemente interesante y tuviera que casarme como parte de mis responsabilidades con La Santa.

Nadie se atrevería a ofrecerme una mujer que no fuera considerada perfecta para nuestros estándares, pero la perfección es tan... insípida.

Si tengo que hacerlo, de una forma u otra, entre quedar atrapado con la nuera ideal de mi madre y enseñar a una cierta *bambola*[2] atrevida a tener cuidado con lo que desea, elegiría mil veces la segunda opción. Siempre he preferido los infiernos que puedo controlar.

Fue una decisión fácil de tomar mientras ella me miraba enfurecida, con un mechón de cabello dorado balanceándose frente a sus mejillas rojas, con los labios hinchados y húmedos con mi saliva, y los ojos azules rebosantes de desafío, incluso cuando obviamente estaba luchando contra algo que deseaba tanto como yo.

Han pasado meses desde que esa maldita mujer me ha estado atormentando con sus rechazos sin sentido. Algunas semanas más de espera no me matarán, principalmente porque es solo eso: tiempo para la expectativa. No hay alternativa, Rafaella Esposito ya es mía, solo que ella aún no lo sabe.

Hasta anoche, meterle mi verga habría sido suficiente para satisfacerme, pero no es mi culpa si no puede mantener esa boca deliciosa cerrada, y que cuanto más habla, más y más posibilidades siguen surgiendo en mi mente.

Ahora, hacer que suplique tener mi verga dentro de ella parece solo el comienzo de toda la diversión que puedo conseguir. Pobre Rafaella, realmente no tenía idea de lo que estaba pidiendo.

—Que se haga tu voluntad, Don.

3

RAFAELLA ESPOSITO

—No puedo creer que te vas a llevar solo esa maletita.

Subo la cremallera y miro por encima del hombro a la mujer sentada frente al tocador.

—Vittorio quiere que compre ropa durante el viaje, como si yo fuera buena eligiendo algo más que jeans y camisetas. —Gabriella resopla, rodando los ojos mientras se pone los aretes.

—O, tal vez, el Don no planea dejarte vestida la mayor parte del tiempo —susurro con una sonrisa traviesa.

—¡Rafaella! —me regaña, pero el rubor en sus mejillas es prácticamente una confesión.

—Y te has lucido eligiendo qué ponerte, ese vestido es maravilloso.

—Sí, pero no lo escogí yo, fue el equipo que Vittorio contrató para transformarme.

Suelto una risita y Gabriella se levanta, alisando la falda del vestido vino que queda suelto en su cuerpo antes de pasar los dedos por su cabello oscuro, deshaciendo un poco las ondas en las puntas. Camino los dos pasos que nos separan.

—Tú elegiste tu vestido de novia —le recuerdo mientras subo el cierre en su espalda. El tejido se ajusta a la perfección y nos miramos en el espejo de cuerpo entero del inmenso vestidor, admirando el vestido de alta costura que sin duda costó una pequeña fortuna—. Y era espectacular.

Una enorme sonrisa se dibuja en el rostro de mi amiga.

—¿Verdad que sí? —Rodeo su cintura con mis brazos y asiento con la cabeza, antes de apoyar mi mentón en su hombro.

—¿Nerviosa? ¿O tal vez adolorida? —la provoco, insinuante, y Gabi rueda los ojos.

—Estoy perfecta, gracias —responde y me saca la lengua como si fuéramos niñas—. Quedarme a solas con Vittorio es la parte fácil. He soñado con la luna de miel desde que me dijo que tendríamos una. —Gabriella sacude la cabeza con una sonrisa soñadora en el rostro—. Lo que me preocupa es lo que pasará cuando regresemos.

—No va a pasar nada cuando regresen, Gabi. El Don lo enfrentó todo por ti, nadie se va a

atrever a hacer o decir algo indebido. Tus días de aguantar sapos se acabaron. Es hora de tu "felices para siempre".

Le guiño un ojo a su reflejo y Gabriella vuelve a rodar los ojos por mi elección de palabras.

A pesar de ser el opuesto perfecto en cuanto a apariencia, en lo que no se ve, somos iguales: ninguna de las dos cree en cuentos de hadas. No podemos, no con las cartas que la vida nos dio.

Gabriella fue un toque de familiaridad en medio de toda la extrañeza en la que se convirtió el lugar que solía ser mi hogar. Ella necesitaba una escapatoria tanto como yo, y nos pegamos como imanes.

—Sí, pero la gente tiene expectativas. La madre de Vittorio...

—La *signora* Anna no tiene que esperar nada —la interrumpo—. Ahora eres la mujer de Don, Gabi. Ella solo es su madre.

—Exacto —Gabriella asiente, alejándose de mi abrazo y volviéndose hacia mí—. Eso es precisamente lo que quiero decir. No puedo... —Se interrumpe y gira la cabeza a un lado para exhalar profundamente—. Nunca seré como ella. Nunca seré como alguna de las mujeres que ella quería que se casara con su hijo.

Suelto una carcajada.

—Gracias a Dios por eso, o ni siquiera estaríamos conversando. ¡Te juro que si empiezas a pensar en parecerte a alguna de esas estiradas, te dejo! Nunca más te hablo.

—No quiero avergonzar a Vittorio. No quiero ser menos de lo que él necesita. Él es Don.

Ruedo los ojos.

—Ahora solo estás siendo tonta.

Retrocedo unos pasos y me siento en el recamier[3], al pie de la cama.

—Siempre tan delicada —refunfuña Gabi, cruzando los brazos delante del pecho.

—Si estuvieras preocupada por algo tonto, pero no tanto, como, no sé, no aprender todas las reglas de etiqueta, o cómo combinar ropa para los eventos elegantes, tal vez te daría un pase, pero ¿con tu personalidad, Gabriella? ¡Por favor! ¡Dame un respiro! El Don sabe exactamente quién eres y aun así quiso casarse contigo, así que deja de preocuparte por tonterías. Además, lo diferente, en nuestro caso, es bueno. Son las mujeres de la Sagrada quienes deberían querer ser como tú, no al revés.

Gabriella se humedece los labios antes de morderse el inferior.

—Gracias —dice casi en un susurro, y yo sonrío, rodando los ojos de nuevo.

—Y ya no eres la misma criatura asustada de cuando nos conocimos. Tienes garras, y vas a necesitar aprender a usarlas hasta que la gente aprenda a respetarte. De hecho, creo que usarlas es lo que les enseñará a respetarte.

Mi amiga asiente en silencio y su mirada se torna un poco distante. Ahora que finalmente sé a dónde va cuando eso sucede, es imposible no sentirme un poco triste. Todo sigue siendo muy reciente.

El Don enfrentó al mundo para estar con Gabriella, pero las decisiones que mi amiga tuvo que tomar para casarse con él tampoco fueron sencillas. No sé qué habría hecho yo en su situación.

Ella parpadea y aplaude, volviendo al aquí y ahora con una respiración profunda y pestañeando para alejar lágrimas que no caen.

—¿Y bien? ¿Algún plan nuevo para las vacaciones? —Y con esas ocho palabritas, estoy rodando los ojos una vez más. Ya hemos tenido esta conversación un millón de veces en los últimos días. Gabriella frunce el ceño, indignada—. ¡No puedes estar planeando pasar un mes durmiendo, comiendo helado y viendo series, Rafaella!

—¿Por qué no?

—¡Porque son tus vacaciones!

—Exacto. —Sonrío ampliamente—. Un mes entero sin tener que lidiar con el caos de la cocina de esta casa, o con los chismes molestos, y mejor aún, sin tener que ver la cara del *maldito*.

Gabriella levanta una ceja en señal de desafío.

—¿En serio? ¿Estás feliz porque no verás a Tizziano? —me provoca y hago un gesto de disgusto... Y eso que ni siquiera le conté lo que pasó anoche, mientras disfrutaba de su fiesta de bodas.

—Ya acordamos que él es el innombrable —le recrimino y Gabi se ríe—. Y me niego a dignificar esa pregunta con una respuesta.

Su risa se vuelve más fuerte y chasquea la lengua.

—Ajá...

—¡Lo digo en serio!

Gabriella levanta las manos en señal de rendición, pero la sonrisa burlona en su rostro es todo menos resignada.

—Solo diré que anoche no te quitó los ojos de encima. Hasta Vittorio se dio cuenta.

La última frase me hiela la sangre y me pongo en pie.

—Él... ¿Dijo algo?

Gabi frunce el ceño, sin entender la gravedad de lo que acaba de decirme. Ella no nació en nuestro mundo, no tiene idea de que el precio de la indiscreción de una mujer puede ser su vida.

—No —responde, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Solo murmuró algo sobre que Tizziano no tiene modales. —Exhalo, aliviada—. ¿Por qué? ¿Por qué te pusiste tan nerviosa por eso?

Paso la mano por mi vientre, acariciándolo en un gesto nervioso, y deslizo los dedos, índice y medio, por mi cabello sobre la oreja, aunque ningún mechón esté fuera del moño bajo en el que lo recogí esta mañana.

Abro la boca para responder, pero un golpe en la puerta me salva de tener que mentirle a mi amiga. Cierro los ojos por dos segundos, exhalo profundamente, y cuando los abro de nuevo, ya puedo sonreír otra vez.

—Es hora, signora Cataneo —digo en tono burlón, haciendo que Gabi resople.

—No me llames así —murmura, dándose la vuelta para recoger su bolso.

Me acerco a ella y le doy un último abrazo.

—¿Prometes enviarme un mensaje?

—Y te voy a llamar.

—Solo no lo hagas cuando el Don esté llevando a cabo su plan, ¿de acuerdo?

—¿Qué plan? —pregunta frunciendo el ceño.

—¡El de mantenerte desnuda la mayor parte del tiempo, obvio!

—¡Rafaella!

***

—¿Qué? —pregunto, y para mi desgracia, la indignación hace que mi voz suene chillona.

—Serás recompensada, por supuesto —me asegura Luigia, y me fijo en el traje que lleva la jefa de las amas de llaves, aunque el suyo es de otro color.

Aprieto los dientes, tratando de controlar el temblor ansioso de mis labios al presionarlos uno contra el otro, pero no puedo hacer lo mismo con mis fosas nasales, que espasman.

—Luigia—comienzo con un tono suave, aunque mi deseo es gritar: ¡*Quel maledetto!*[4] ¡Mil veces *maledetto!*—. Tenía planes para mis vacaciones —digo, y no es una mentira completa. Un mes de descanso de Tizziano Cataneo era un gran plan—. Tú aprobaste mis vacaciones durante la luna de miel del Don porque habría menos trabajo en su ala. Yo...

—Lo siento, Rafaella. —Mi jefa no me deja terminar mi argumento—. El subjefe fue muy claro al pedir que te encargaras de la gobernanza de su ala del castillo durante la licencia de Marta.

—¿Por qué Marta necesitó una licencia? ¡La vi ayer y estaba perfectamente bien! —Pienso en voz alta, sintiendo que mi rostro se contorsiona por la confusión.

—Su hermana enfermó y necesitaba ayudarla.

—¿Y la que sale perjudicada soy yo? —exploto sin medir las consecuencias. Los ojos de Luigia se entrecierran hacia mí y esa reacción es suficiente para hacerme tragar en seco. Esa mujer es un búho; ha trabajado para la familia Cataneo durante más años de los que tengo de vida, y no es la jefa de las amas de llaves por casualidad. Humedezco mis labios y respiro hondo —. Disculpa. —Pido, cerrando los ojos rápidamente—. Es que realmente tenía planes.

—Como ya he dicho, serás bien recompensada.

Abro la boca y la cierro. Miro a un lado, luego vuelvo a mirar a Luigia, pero el segundo que me tomé no fue suficiente para darme el valor necesario para pedir lo que necesito, así que cuando abro la boca por segunda vez, no sale nada de ella. Lo mismo ocurre en la tercera, y es solo en la cuarta que consigo decir algo.

—¿Sería posible que me cambiaran de lugar con otra ama de llaves? Yo trabajo durante las vacaciones, pero... ¿Podría trabajar en otra ala?

Gabriella nunca entendió por qué toda la familia Cataneo vive en la misma propiedad si la dividieron en alas, una para cada miembro de la familia. La construcción principal es lo suficientemente grande como para que cada ala sea el equivalente a un apartamento enorme.

Para mí, siempre fue obvio que se trata de una cuestión de seguridad. No hay lugar más seguro en Italia que la Cantina Santo Monte. Pero hoy, maldigo eso en silencio. ¿No podía el *maledetto* vivir en otro lugar?

—El subjefe pidió específicamente por ti —repite, inmutable, y siento que mis mejillas se calientan porque todos saben que mantener la casa limpia no suele ser la única tarea de las

empleadas de Tizziano.

Ese *maledetto* sabía que mientras Gabriella estuviera cerca, yo estaría protegida hasta cierto punto. ¡Miserable! ¡Miserable! Ni siquiera ha pasado un día entero desde que mi amiga se fue y ya está aprovechándose de su ausencia.

—Soy una mujer soltera, Luigia. No sería apropiado. —Lo intento, aunque creo que eso no significará nada para ella.

Las empleadas que prácticamente se pelean por arreglar la cama de Tizziano, solo por la oportunidad de acostarse en ella, también son solteras.

¡Dios mío! ¿Por qué mi corazón late tan rápido?

—Eso ya se resolvió —asegura, y parpadeo, más confundida ahora que en cualquier otro momento desde que comenzó esta conversación—. Te daré dos días para que pongas tus planes en orden.

—¿Resuelto? ¿Cómo que resuelto?

—Hablé con tu madre, ella me dio permiso.

Y eso es suficiente para hacer que mi tono, antes cuidadosamente controlado, se vaya por los aires. Mis próximas palabras son un grito.

—¡¿Qué te dio qué?!

4

TIZZIANO CATANEO

—*¡Cara mía!*

Sostengo el rostro de Luigia, besando un lado y luego el otro. La comisura de sus labios se eleva mínimamente. El movimiento es tan sutil que pasaría desapercibido, si no fuera porque hacer sonreír a esta mujer es una de las misiones de mi vida. El ama de llaves de mi madre trabaja en esta casa desde que tengo memoria. Y durante la infancia, después de darme cuenta de que, excepto por el fastidioso de Vittorio, mis otros dos hermanos ya estaban dedicados a la misión de hacerla perder la paciencia, decidí que quería algo más audaz, algo que nunca había visto lograr a nadie: hacerla sonreír.

Me tomó años alcanzar mi objetivo y más tiempo aún hasta que ella admitiera que lo había conseguido, pero ahora es parte de la rutina. Me agrada Luigia. Y es ella quien ha tenido que soportar a mi madre día y noche después de que todos sus hijos hicieron el juramento a la Sagrada. La mujer merece que alguien se esfuerce por hacerla sonreír. Lidiar con Anna Cataneo no es tarea fácil.

—*Ciao*[5] , Tizziano —saluda, extendiendo las manos para tomar mi abrigo, que le entrego.

—¿Han llegado todos?

—Sí, tú eres el último.

—¿Y cómo está hoy? —La respuesta del ama de llaves es un asentimiento y un sutil arqueo de cejas. No es una buena señal. Debería haber usado la acumulación de funciones como excusa para no aparecer en la cena de esta noche—. ¿Y lo que te he pedido, *cara mia*[6]*?*

—Raffaella fue informada hoy. Le di dos días para que se organice con el cambio de planes, después de eso, estará de vuelta.

Sonrío, satisfecho. Dos días son irrelevantes.

—*Grazie*[7] , Luigia —digo, y ella se queda atrás mientras entro en el comedor de la ala de mis padres en la casa—. Acabo de darme cuenta de que, en las próximas semanas, la comida no se va a enfriar mientras esperamos a que Vittorio aparezca. —Hago la broma de siempre, aunque la persona sobre quien recae no esté presente.

Le doy una palmada en el hombro a mi padre en un saludo familiar, y él me estrecha la mano sin levantarse. Esquivo el cilindro de oxígeno al lado de su silla de ruedas al pasar junto a él. En ausencia de Vittorio, él está sentado en la cabecera de la mesa, lugar que antes le pertenecía, pero que ahora es de mi hermano mayor.

En teoría, debería ser yo quien se sentara allí, ya que estoy ocupando el lugar del Don, pero no me importa en lo más mínimo, y mi familia lo sabe. No es la primera vez que asumo las funciones del Don cuando él necesita salir de Italia, pero si estoy obligado a hacerlo fuera de casa, me niego a hacerlo dentro de ella.

En las cenas familiares, prefiero que las cosas sigan exactamente como están. Mi madre se levanta de la silla en la que estaba sentada, a la derecha de mi padre, para besarme en la mejilla.

—*¡Quell'ingrato*[8]*!* —empieza la cantaleta que sabía que vendría antes de que tenga la oportunidad de sentarme.

—Ni siquiera hemos tocado las entradas, Anna —se queja mi padre, y no puedo contener la risa—. *¡Por Dio*[9]*!* —exclama.

Mis hermanos son más discretos que yo e intentan disimular la sonrisa. Cesare se pone la mano delante de la boca y Gianni finge toser. *Cobardes.* Doy la vuelta a la mesa y me siento a la izquierda de mi padre.

—Estabas a punto de empezar el sermón, ¿verdad, *mamá*? —digo, mirando a mi madre con una sonrisa cínica.

Levanta una ceja y sus ojos azules brillan con una mezcla de indignación y determinación. *Mamma* no es de las que se dejan intimidar fácilmente, sobre todo cuando se trata de lo que quiere para sus hijos.

—¿Y qué crees tú, Tizziano? —Cruza los brazos y se inclina hacia adelante, como si estuviera a punto de defender un discurso apasionado.

—Creo que voy a necesitar una copa de vino para acompañar este espectáculo —le murmuro a Cesare, que se ríe tranquilamente a mi lado.

—¡No es gracioso, Tizziano! No hay excusa para lo que hizo tu hermano. —Miro a Gianni, al otro lado de la mesa, y él sacude la cabeza y mueve los labios en silencio, formando las palabras “Y ahí vamos de nuevo...”

Después de ser obligada a sonreír y asentir durante una boda con la que no estaba de acuerdo, sabía que comer mientras la comida aún está caliente no sería la única cosa que la

ausencia de Vittorio en las cenas familiares durante las próximas semanas significaría. *Mamma* tendrá mucho que decir, ya que con su hijo mayor en casa, nunca se atrevería. Nos toca a nosotros, pobres mortales, lidiar con toda su frustración.

Se arregla el flequillo de su cabello oscuro detrás de la oreja y mira a mi padre, como si lo culpase por la elección de Vitto. Sin opción, excepto interpretar el papel que ella ha decidido que le corresponde, mi padre responde.

—¿Y qué fue eso? ¿Rechazar a las mujeres que tú has preparado, Anna?

—¡Exactamente! Preparo a las jóvenes de la Sagrada para mis hijos desde que nacieron, ¿y Vittorio elige casarse con una *putana* brasileña? ¡Eso es inaceptable! ¡Inaceptable! —Sigue quejándose, pero da la señal para que las empleadas sirvan las entradas. Cuando los platos están servidos, vuelve a hablar—. ¿De qué se ríen? —pregunta, mirando con desaprobación a Cesare y a mí—. Ahora es responsabilidad de ustedes limpiar el nombre de nuestra familia, casándose con buenas mujeres de la mafia. De hecho, estoy pensando en invitar a Emilia a cenar con nosotros mañana por la noche, es una excelente chica. Esperaba que en algún momento Vittorio la considerara —dice con disgusto.

—¿Ya te diste por vencida esperando un milagro para Clara, *mamá*? ¿Ya estás buscando otra novia para Cesare? ¿O es para Gianni? —pregunto, fingiendo desentendimiento, antes de meterme una *bruschetta*[10] en la boca.

—*¡Per lamadonna!*[11] ¡No digas una blasfemia así, Tizziano! ¡Claro que no! Clara despertará cuando *Dio* quiera.

—Nunca —le susurro a Cesare, que aprieta los labios para ocultar la sonrisa.

Creo que ni la familia de la novia de mi hermano cree que ella aún pueda despertar después de casi trece años en coma.

—Y Gianni aún es muy joven para casarse —continúa *mamma*, sin darse cuenta de mi comentario o de la reacción que tuvo el prometido ante él—. Emilia es para ti.

—¡Ah, *mamá*! ¡Ten piedad! ¿Cómo voy a querer casarme con una criatura tan sosa como Emilia? —bufé—. Y Gianni va a cumplir treinta años en pocos meses, tal vez ya deberías empezar a buscarle una esposa —sugiero, y los ojos del menor se entrecierran hacia mí.

Le guiño un ojo antes de volver a enfocarme en mi plato, y mientras mi madre sigue hablando sin parar sobre lo inapropiada que es la esposa de su hijo mayor, me pregunto cómo reaccionará Rafaella a los desaires de mi madre, porque no tengo dudas, esta señora también tendrá mucho que decir sobre mi futura esposa.

¿La hija de la cocinera? Anna Cataneo probablemente tendrá un infarto cuando se entere. La bambina de Vittorio adoptó la postura de "cabeza en alto y boca cerrada" para lidiar con *mamma* durante las cenas familiares. De hecho, no habíamos tenido una cena tan ruidosa como la de hoy desde que Gabriella comenzó a asistir.

Dudo mucho que Rafaella imite la postura de su amiga, en la mesa y fuera de ella. Frunzo los labios, conteniendo la risa. Los días y las noches están a punto de volverse mucho más interesantes en la Cantina Santo Monte.

***

—¿Viniste conmigo para quedarte callado? —pregunto, soltando el humo del cigarro y apoyando la mano por la ventana del auto en movimiento.

Cesare levanta solo una de las comisuras de su boca en respuesta, y entrecierro los ojos, desconfiado. No es raro que compartamos el auto cuando vamos al mismo lugar, pero eso generalmente significa que tenemos algo que decirnos. Y dado que él fue quien decidió no usar su propio vehículo después de la cena de esta noche, pensé que quería hablar de algo.

—Solo me estaba preguntando... —empieza con un tono cargado de sarcasmo—, ¿por qué no acabaste con la miseria de nuestra madre? O con la de las otras personas en la mesa, durante la cena.

Entrecierro los ojos aún más, preguntándome si entendí las entrelíneas de lo que acabo de escuchar.

—¿A qué te refieres?

—Oí que tienes planes de casarte. Deberías haber dado la buena noticia a la segunda más interesada en eso, ya que a la primera, aún no le has conseguido la autorización.

—¡Qué hijo de puta chismoso! —exclamo, indignado. Miro al asiento delantero, donde están el conductor y uno de mis hombres de confianza, antes de subir la divisoria de la camioneta y volver a mirar a mi hermano, en el asiento frente al mío—. ¿Quién lo diría? ¿Esto es lo que el Don y su ejecutor de élite hacen cuando nadie los ve? Chismear.

Cesare echa la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo, y suelta una sonora carcajada.

—Más bien era una queja de cómo te gusta hacerle perder el tiempo —justifica Cesare, pasando la mano por su barba espesa—. Vitto realmente no te tomó en serio. —Bufé y Cesare sigue riendo por un tiempo, pero cuando se da cuenta de que yo no estoy riendo también, gira el cuello y frunce el ceño—. Tú...

—¿Si hablo en serio? —lo interrumpo—. Completamente.

Mi hermano se queda con la boca abierta por unos segundos, como si su cerebro estuviera teniendo dificultades para procesar la información.

—¿Con quién? —pregunta.

—Rafaella.

De nuevo, no me responde de inmediato, y esta vez puedo ver claramente que está tratando de recordar de quién estoy hablando.

—¿La empleada a la que no pudiste llevarte a la cama?

—Esa misma —confirmo, dando otra calada a mi cigarrillo.

—¡Ah! —empieza, ya sonriendo—. Si se corre la noticia de que todo lo que se necesita para llevarte al altar es negarse a abrir las piernas, no te llevas a nadie más a la cama.

Chasqueo la lengua, desestimando la provocación.

—Que yo recuerde, la Sagrada tiene un barrio entero donde eso no sería un problema, y es allí adonde vamos.

Cesare se ríe con los labios cerrados.

—Un hombre adulto y comprometido no debería frecuentar la *Via del Potere*[12] con fines recreativos.

—Pues qué bueno que tengo intenciones de casarme, no de comprometerme.

5

RAFAELLA ESPOSITO

—No sé de qué te estás quejando. ¡Esto es algo bueno!

Mi madre da dos pasos al lado cuando intento rodearla para entrar en el despacho de mi padre. Llevamos en esta danza irritante casi quince minutos, desde que me cansé de intentar meterle algo de sentido común en la cabeza.

He pasado los últimos dos días intentándolo, sin éxito. Sofia Esposito realmente ha decidido que me llevará al altar con aquel que no debe ser nombrado, cueste lo que cueste, incluso mi reputación. Y no importa cuántas veces le diga que *quel maledetto* no se casará conmigo, no me cree.

¡Dios mío! Qué cansada estoy de esta conversación.

Daría cualquier cosa por encerrarme en mi habitación solo con el silencio como compañía, pero mis días de descanso han terminado, necesito volver a la mansión hoy.

Mi padre es mi última esperanza para resolver esto. Él tiene que tener un punto de vista diferente. No puede ser que no lo tenga.

—Está bien, no necesitas entenderlo. ¿Puedo pasar, por favor? —pido entre dientes cuando ella sigue bloqueando la puerta del despacho como si fuera un dragón de cuentos infantiles.

—Nunca debimos permitirte ir a Nueva York. Has olvidado tu lugar —me acusa y yo miro hacia otro lado.

Sacudo la cabeza de un lado a otro mientras intento lidiar con la amargura que inunda mi boca. Escuchar esto de mi propia madre ya no debería sorprenderme, y mucho menos dolerme, pero duele.

No elegí ir a estudiar a Estados Unidos, pero estando lejos, fue muy fácil fingir que había sido yo quien eligió distanciarme, tan fácil como respirar. Lo difícil fue que me arrancaran esa fantasía cuando terminó la graduación.

Mis estudios eran el equivalente a un tratamiento dental para un caballo que está a punto de ser vendido. Un último pulido en el producto que mi familia ha estado lustrando incansablemente durante años, para conseguir el mejor precio cuando llegue el momento de

vender: yo.

Así que pude fingir con maestría, pero olvidar el propósito de todo eso, nunca fui capaz. Este no es el tipo de cosas que se olvidan, no importa cuánto lo intentes.

—¿Y qué lugar sería ese?

—¡Esta es tu oportunidad de ser la segunda dama de La Sagrada, Rafaella! ¡No seas tonta! No la desperdicies —exige, soltando un suspiro después.

¿Tonta? Ella es la que está diciendo cosas como "segunda dama" y, ¿soy yo la que debe dejar de ser tonta? ¡Qué absurdo!

Bajo la cabeza y guardo silencio, como si estuviera reflexionando sobre el tema. Doy un pequeño paso hacia mi madre, y ella me mira desconfiada, entrecerrando los ojos con atención.

—Yo... —comienzo, pero hago una pausa calculada, como si estuviera avergonzada. Ella espera que continúe y cuando no lo hago, decide aprovechar la oportunidad.

—Sé que esto puede ser... difícil... para una chica como tú.

¿Una chica como yo? ¿Qué se supone que significa eso? ¿Alguien con sentido común?

—Pero esta es la oportunidad que hemos esperado toda tu vida, hija mía. En realidad, es una oportunidad mucho mayor de lo que imaginamos. ¡Un subjefe! —exclama, emocionada—. Hace unos años, eso habría sido impensable.

Freno la respuesta que quiero dar, porque aún hoy es impensable. Dejo las palabras colgando en la punta de mi lengua, y las trago.

—Tal vez —digo en lugar de lo que realmente quiero, dando otro pequeño paso hacia delante.

—¡Mira a tu amiga, hija mía! Era prisionera del Don y ahora es su esposa. La realeza de La Sagrada no está contenta con eso, pero este es el momento de aprovecharlo. Si una extranjera puede convertirse en la primera dama, una de sangre pura como tú, sin duda puede casarse con el subjefe, independientemente de las condiciones inferiores de tu nacimiento —asegura. Y me cuesta todo no gritar al ser llamada de "sangre pura".

¡Dios santo! ¡Ella fue responsable de mi maldito nacimiento! ¿Qué quieres decir con inferioridad? Mi madre se ha vuelto loca, no hay otra explicación.

—¿Será? —Fuerzo la palabra a salir de mi boca, acercándome un poco más a la puerta, y perdida como está en sus delirios, mi madre ni se da cuenta.

—Tú y Gabriella empezaron a trabajar en el castillo el mismo día, eso es cosa de Dios.

Una señal. Ustedes están destinadas a estar en la cima juntas también.

Delirante. En este momento, no hay ninguna otra palabra que describa mejor a mi madre. Está delirante.

Convertirme en empleada de alguien que solía ser mi compañera de trabajo probablemente habría sido extraño con cualquier otra persona, pero no con Gabi. Cuando nos conocimos, éramos dos desubicadas, yo la que pertenecía a este mundo, pero me sentía fuera de lugar después de años fuera, y ella la extranjera. Hacíamos lo posible por hacer que el día a día de la otra fuera menos raro y, incluso después del giro de ciento ochenta grados que nuestros estatus sufrieron en el último año, nunca sentí otra cosa que gratitud por poder seguir cerca.

—Tal vez... —Dejo de hablar cuando mi trabajo sigiloso finalmente da resultado.

Alcanzo la manija de la puerta y, en un movimiento nada elegante pero muy eficiente, paso por debajo del brazo de mi madre, prácticamente invadiendo el despacho de mi padre.

La sala, pequeña, está amueblada con dos estantes pequeños, un archivo y un escritorio, todo viejo. Mi padre realmente no necesita un despacho, esto es cosa de mi madre. En su mente, los hombres importantes tienen despachos, por lo tanto, su marido necesita uno. No importa que, en realidad, él sea solo un soldado de La Sagrada, el encargado del arsenal, y que después de más de treinta años de servicio, esta sea probablemente la última parada de su carrera, lo más lejos que llegará en la jerarquía, a menos, claro, que yo tenga un buen casamiento, como mi madre me recuerda constantemente.

—¡Rafaella! —me grita, viniendo detrás de mí.

El hombre canoso detrás del escritorio levanta la vista del libro que tiene en las manos, mirando con sorpresa la escena frente a él: yo, jadeando, y mi madre, gritando sobre lo inaceptable que es mi comportamiento.

Entrelazo los dedos detrás de mi espalda, elijo un punto en la pared sucia para concentrarme y dejo que *mamma* diga todo lo que quiera. No me importa.

—Basta, Sofía —interviene mi padre—. ¿Qué significa esto? —pregunta, mirándome.

—Necesitaba hablar con usted, papá.

—¿Y no podrías haber llamado a la puerta?

—Lo intenté —respondo, girando mi rostro hacia mi madre. Ella ni siquiera finge sentirse avergonzada.

Mi padre rodea el escritorio, dejando el libro de tapa desgastada sobre él, y se apoya en el borde del mueble, justo frente a mí. La camisa blanca, los pantalones de vestir y los zapatos

negros que lleva puestos ya han visto días mejores, al igual que el propio hombre.

Soy hija de su segundo matrimonio. Su primera esposa murió joven, sin darle ningún hijo. Se casó con mi madre cuando él tenía cuarenta y dos años, y ella veinte.

Ahora, con sesenta y dos, su apariencia muestra muchos signos de su edad: cabello ralo y blanco, músculos cansados, y una expresión de agotamiento casi permanente en su rostro. Quizás, si no fuera un soldado de La Sagrada, las cosas serían diferentes.

—Bueno, tienes mi atención —dice, cruzando los brazos frente al pecho.

—Carmo. —Mi madre comienza, pero él levanta la mano, silenciándola. A regañadientes, ella obedece la orden, como la esposa ejemplar que espera que yo sea algún día.

—Como ya debe saber, Luigia revocó mis vacaciones, papá —le cuento, y él frunce el ceño.

—No lo sabía.

Miro de nuevo a mi madre, incrédula. Ella me había dicho que se lo contaría.

—Bueno, se lo cuento ahora entonces, las revocó.

—¿Y todo este alboroto fue para decirme eso?

—No. La cuestión es que me cambió de ala mientras el Don esté ausente —explico, recibiendo de él una mirada impaciente. Si no hago que la conversación se ponga interesante ahora, terminará antes de que tenga la oportunidad de hacerlo—. Me trasladó al ala del subjefe —digo de una vez, y las cejas de mi padre se levantan de sorpresa. Se echa hacia atrás—. Traté de decirle que eso era inapropiado, pero los arreglos ya estaban hechos, así que no quiso escucharme. Esperaba que usted pudiera intervenir.

No necesito decir más para que él entienda lo que está implícito. Sin embargo, el silencio que se extiende mientras mi padre reflexiona, con una expresión pensativa, hace que mi estómago se revuelva.

—Bueno, no es lo ideal, pero no podemos darnos el lujo de irritar a la familia Cataneo.

—¡Papá!

—¡Eso!

Yo protesto y mi madre celebra al mismo tiempo.

—Y, en realidad, trabajar en la casa del subjefe ya no puede causar ningún daño a tu reputación, así que está bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, sintiendo mi pulso acelerarse de repente.

Mi madre se queda callada, lo que me dice que tampoco esperaba esta información.

—Planeaba contarlo más tarde, en la cena, pero supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro.

—¿Contar qué? —Ella pone voz a las palabras que flotan en mi cabeza.

—Rafaella está comprometida. El Don dio su permiso antes de irse, así que ya es oficial.

—¿Co-comprometida?

—¿Con el subjefe?

De nuevo, mi madre y yo hablamos al mismo tiempo.

—Sí, comprometida —dice, mirándome y, luego, se vuelve hacia mi madre—. ¿De dónde sacaste eso, Sofía?

Parpadeo, luchando por concentrarme cuando mi corazón late en mis oídos y mi garganta de repente se seca.

Comprometida... Estoy comprometida.

Sabías que esto iba a suceder, Rafaella. ¡Sin pánico! Pon tu cabeza en su lugar. Para que esto funcione a tu favor, necesitas mantener la calma.

—¿Con quién? —pregunto, animada por mi diálogo interno, pero mi voz sale tan baja que nadie me oye, ni siquiera yo. Me aclaro la garganta—. ¿Con quién?

Mis padres se giran hacia mí, interrumpiendo la conversación que estaban teniendo y que me perdí.

—Marcelo Ganduli —responde mi padre

—¡¿Qué?! —Aunque es la tercera vez que mi madre y yo hablamos al unísono esta mañana, es la primera vez que decimos exactamente las mismas palabras.

—¿Por qué la sorpresa? Es un capitán —dice mi padre, como si esa fuera toda la justificación necesaria—. Y creo que el hecho de que lo conozcas de toda la vida es algo bueno, Rafaella. Es un amigo de hace mucho tiempo, un buen hombre.

—Pero enviudó hace menos de un año —protesta mi madre, y me gustaría sorprenderme de que eso sea lo que le incomoda, y no la edad del hombre con quien mi padre decidió que me case.

Sin embargo, el sentimiento impregnado en su voz no me lo permite. En lugar de estar

horrorizada por que esté comprometida con un sexagenario, está decepcionada porque sus planes de ascenso social acaban de arruinarse.

La expresión con la que mira a su marido es la más triste que he visto en su rostro desde que volví de Italia. Mi estómago se revuelve, y la bilis amarga mi boca, pero me niego a hacer un escándalo por algo que ya sabía que era una posibilidad. En nuestro mundo, los matrimonios son negocios, especialmente para mujeres como yo, pobres. Esto me lo enseñaron desde que era niña. La verdad es que siempre fue mucho más probable que me casara con un hombre mucho mayor que yo, que lo contrario.

Si tuviera un hermano, tal vez mi corazón todavía podría tener una oportunidad. Él forjaría su propio camino en La Sagrada, haría crecer nuestro apellido a través del trabajo, y no del matrimonio. Pero siendo hija única, mis sentimientos ni siquiera estaban en la lista de cosas a considerar.

—Justamente. Un hombre de su edad no puede estar solo. Además, su hija menor aún no se ha casado y necesita a alguien que la guíe. Marcelo sabe que nuestra Rafaella lo hará muy bien. Vendrá a cenar con nosotros esta semana —avisa mi padre, y me humedezco los labios, exteriormente mostrando nada más que indiferencia, mientras que por dentro, siento que me estoy muriendo.

Sariah, la hija menor de Marcelo, tiene mi edad. Crecimos juntas, fuimos a las mismas escuelas, hicimos la catequesis, nos confirmamos y debutamos juntas. Nunca fuimos amigas, porque su familia estaba en una posición más alta que la mía, lo que significaba que no podía mezclarse conmigo.

Pero supongo que esa regla solo se aplica a los niños jugando juntos. Claramente no sirve para hombres buscando esposas casi cincuenta años más jóvenes que ellos.

La imagen del hombre barrigón, de nariz protuberante y con poco cabello se apodera de mis pensamientos y respiro hondo. No. No voy a ir por ese camino. No mientras no sea obligada.

—¿Tengo permiso para ir a trabajar, entonces? —pregunto, forzando mi voz a salir, aunque apenas la oigo por encima del caos que estalla en mi cabeza.

—Lo tienes —concede mi padre.

***

—¡Mierda! —reclamo, pero la maldición queda ahogada por el estruendo de los platos rompiéndose en el suelo.

Cuatro platos. ¡Genial! Un excelente comienzo para mi primer día. Luigia me va a

devorar viva. Pensándolo bien, si fuera literalmente, tal vez no sería tan malo.

Miro a mi alrededor y respiro hondo al darme cuenta de que estoy sola. Chasqueo la lengua. Me arrodillo, sentándome sobre los talones, y comienzo a recoger los pedazos más grandes de la vajilla rota, dejando los más pequeños para barrerlos después. Con cuidado de no cortarme, recojo uno por uno y gruño al ver un trozo solitario mirándome desde lejos, debajo de la mesa de la cocina. Una mesa que solo está de adorno, ya que "él que no debe ser nombrado" nunca come en casa.

No es que me esté quejando. Gracias a Dios por eso. Me inclino un poco más y estiro el brazo para alcanzar el pedazo rebelde.

—Esta es exactamente la escena que esperaba encontrar al llegar a casa cuando te pedí prestada. —La voz grave y fastidiosamente familiar me hace cerrar los ojos.

Exhalo lentamente mientras retrocedo, volviendo a sentarme sobre los talones sin recoger el maldito trozo.

—¿Sabes qué? —me pregunto en voz alta—. Esto no forma parte de mi trabajo.

Me levanto, ignorando la imponente figura detrás de mí, vestida con una camisa de mangas arremangadas y pantalones de vestir. Doy media vuelta, lista para marchar por el pasillo entre alas y llamar a una de las limpiadoras para que limpie el desastre que hice. Ser la ama de llaves de este maldito lugar debe tener alguna ventaja, ¿no?

Solo doy tres pasos antes de que mi cuerpo sea empujado contra la pared. Exhalo por la boca, despacio. Claro que no me dejaría en paz.

—¿Por qué tanta prisa, *bambola*? Acabo de llegar —dice Tizziano, sonriendo de oreja a oreja, muy satisfecho consigo mismo por haber logrado acorralarme.

Humedezco mis labios y su mirada sigue el movimiento de mi lengua de una manera obscenamente interesada. Me niego a reconocer cómo mi propio cuerpo reacciona a su atención.

—Esto tampoco forma parte de mi trabajo —digo entre dientes.

Tizziano levanta la mano y coloca un mechón rebelde de mi cabello detrás de mi oreja. Cuando termina, no retrocede. Su pulgar sube y baja por mi mejilla mientras las puntas de sus otros dedos se extienden por mi mandíbula y cuello.

—¿Qué cosa, *principessa*[13]? ¿Qué no es parte de tu trabajo?

—Recibirte en casa —respondo aún más enojada, prácticamente fusionándome con la pared para evitar que nuestros cuerpos se toquen más de lo que ya están—. Y no soy tu

principessa.

Tizziano empuja la parte interior de su mejilla con la lengua y sus ojos brillan de una manera extraña mientras me observa en silencio durante casi un minuto entero.

—Formalidades… —Se encoge de hombros—. Pero si insistes mucho, puedo pedir que actualicen tu contrato de trabajo y convertir el recibirme en casa en una de tus funciones oficiales. —Acerca nuestros rostros, y cuando nuestros labios están a punto de tocarse, se desvía, hasta que la única barrera entre nuestras mejillas es su mano, que sigue sosteniendo mi rostro. La punta de su nariz desciende, rozando la línea de mi mandíbula, y su barba espesa provoca escalofríos en mi piel. Me muerdo el labio para contener un sonido ansioso, y la fuerza con la que me aferro a la pared aumenta cuando el olor de Tizziano, una mezcla de tabaco, menta y algo más que nunca logro identificar, se convierte en una presencia casi tan física como su cuerpo—. Preferiblemente —susurra—, desnuda y con las piernas abiertas.

Cierro los ojos, reuniendo fuerzas, y cuento hasta tres. Doblo los brazos entre nosotros y empujo el pecho de Tizziano, pero mi esfuerzo es inútil; no se mueve ni un centímetro.

—*¡Stonzo!*[14] ¡Apártate! —exijo, y lo único que obtengo como respuesta es una risa ronca. Tizziano retrocede, mirándome con esa sonrisita irritante que tanto detesto, pero su mano sigue en mi rostro.

—¿Qué pasa, *bambola*? Solo dije que si insistes.

—Lo que quiero es que me dejes en paz.

Chasquea la lengua.

—Ya hemos tenido esta conversación, Rafaella. Varias veces. Deberías intentar querer cosas diferentes. Hace bien, ¿sabías?

—*¡Madonna mia!* ¿No puedes molestar a otra persona? Solo... —Me interrumpo, negándome a admitir en voz alta, para él, que justo hoy, no tengo la fortaleza necesaria para lidiar con su habitual estupidez. Exhalo con fuerza, cerrando los ojos brevemente—. ¿Cualquier otra persona?

—Podría —admite—. Pero la cuestión es que quiero molestarte a ti —dice, volviendo a acercar nuestros labios hasta el último milímetro posible antes de que se toquen—. Y quiero tantas cosas solo de ti, *bambola*.

Es absurdo que el deseo de acabar con la mísera distancia entre nuestras bocas sea lo suficientemente fuerte como para competir con las ganas que tengo de estrangular a Tizziano en este momento. ¡Santa mía!

—Bueno, supongo que es una oportunidad para evolucionar —murmuro con mucho esfuerzo después de un silencio demasiado largo—. Generalmente, aprendemos que no podemos tener todo lo que queremos cuando aún somos niños, pero más vale tarde que nunca.

Él se ríe en mi cara. Y la irritación logra superar el deseo en mi pecho. Mis fosas nasales se ensanchan cuando aprieto los dientes hasta sentir dolor.

—Llámame privilegiado, entonces. No aprendí, porque nunca tuve que hacerlo, ni lo haré.

—Siempre hay una primera vez para todo, subjefe —respondo con la misma ironía que él, y a pesar del sabor amargo que inunda mi boca solo por pensar en las palabras que estoy a punto de decir, no puedo evitar sentirme mínimamente victoriosa al ver la sorpresa en los ojos de Tizziano al escucharlas—. Estoy comprometida…

6

TIZZIANO CATANEO

Cesare frunce ligeramente el ceño, mirándome por encima del hombro cuando salgo del auto estacionado frente al galpón. A primera vista, los únicos en la sucia calle son mi hermano y los seis hombres que lo rodean, aunque los extractores girando en el techo del inmenso galpón de paredes altas y descascaradas delatan que está en funcionamiento.

El galpón industrial es solo uno más en la larga lista de los que ocupan este barrio. Si *Via del Potere* es el centro de las operaciones de prostitución de la Sagrada en Catania, *Quartiere di Silenzio*[15] es la base de nuestras operaciones de droga.

La postura de mi hermano se relaja mínimamente al reconocerme.

—Don —saluda con un leve gesto, girando completamente hacia mí, y los hombres que lo acompañan hacen lo mismo, murmurando palabras y haciendo breves reverencias.

Con un gesto, mi hermano los despide, y ellos entran al galpón.

—¿Qué haces aquí? —pregunta cuando estamos solos, mostrando su confusión aunque su rostro no lo delate.

—Trabajando —respondo seco, y él retrocede ligeramente la cabeza.

—No recuerdo haber visto una visita tuya en el cronograma de hoy —indaga, acercándose unos pasos hasta quedar justo frente a mí.

—¿Te degradaron de ejecutor de élite a secretario?

Él suelta una breve carcajada.

—No, pero me gusta saber qué esperar de los lugares donde debo estar. Hoy estamos cargando una tonelada de polvo.

—Ya lo sé. —Saco la cajetilla de cigarrillos del bolsillo y enciendo uno. Maldito día. Me recuesto contra el auto y doy una larga calada, observando el paisaje precario a nuestro alrededor —. Decidí visitar algunos laboratorios hoy.

—¿De sorpresa? ¿En un día de carga? —Cesare suelta una risa corta y se humedece los labios. Se recuesta contra el auto, a mi lado—. Después de cerrar seis casinos y aumentar sin aviso las tarifas de protección de los que siguen abiertos?

—¿Trabajaste hoy, Cesare? ¿O pasaste el día entero cuidando de mi vida y haciendo chismes?

—Noticias como esas suelen correr rápido. —Se encoge de hombros—. Probablemente, hasta Vittorio ya las ha oído.

—No tengo dudas de eso. ¿Tienes algún problema con la forma en que estoy manejando las cosas? —desafío, impaciente, girando solo el rostro en su dirección.

Mi hermano levanta las manos en señal de rendición.

—Ningún problema —dice, sacando el labio inferior y sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Y si escondió la sorpresa de verme aquí con maestría, no hace ningún esfuerzo por ocultar su diversión—. Solo estoy sorprendido por la agresividad repentina. Tienes un modo de actuar cuando Vittorio está ausente, y este, precisamente, no lo es.

—Hoy me dijeron que cuando se trata de evolucionar, más vale tarde que nunca. Decidí seguir el consejo.

—Pero, ¿sabes? —pregunta después de un rato en silencio, cuando tiro la colilla de cigarro al suelo y la aplasto—. Tú eres el Don —recuerda, encogiéndose de hombros, porque, al parecer, hoy mi hermano decidió ser el rey de las obviedades.

—No me digas...

—Ella podría desaparecer —sugiere, y es evidente de quién está hablando. Exhalo con fuerza entre los dientes. Este maldito chismoso. ¿Lo habrá sabido antes que yo?—. Si ella no va a ser tuya, no tiene por qué ser de nadie más.

—Qué romántico… —me burlo.

—No sabía que lo fueras.

—No lo soy.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta, cruzando los brazos frente al pecho, mientras yo meto las manos en los bolsillos de mis pantalones.

—¿Quién dice que voy a hacer algo?

—Conozco esa mirada. Es la mirada de alguien que va a hacer una estupidez que luego yo tendré que limpiar —acusa, y yo río, humedeciendo mis labios después.

—Es solo una mujer. No seas ridículo, puedo tener tantas como quiera, cuando quiera, donde quiera, incluso simultáneamente.

Deja que el silencio se asiente entre nosotros, como si esperara que yo volviera a hablar.

Cuando no sucede, gira el rostro hacia mí.

—¿Recuerdas cuando trajiste a ese perro callejero a casa?

—Tenía 10 años, Cesare.

—Recuerdo que nuestro padre dijo que no quería animales en la cantina, y echó a patadas a tu perro callejero. Lo buscaste durante la noche y nunca lo encontraste—. Cesare hace una pausa dramática que me pone al borde de poner los ojos en blanco—. Te perdiste. Te buscaron durante tres días y nadie te encontró. Mamá estaba desesperada... De repente, simplemente apareciste en casa...

—Me dieron una paliza —concluyo la historia por él.

—¿Por qué te escondiste, Tizziano?

—Me perdí.

—¿Por qué te escondiste? —repite la pregunta.

—Me perdí —repito la respuesta.

—Nunca te pierdes.

—Tenía 10 años.

Cesare se ríe.

—Lo curioso es que, la noche en que finalmente volviste a casa, el caballo favorito de nuestro padre murió, un mal súbito, dijeron los veterinarios. Quedó inconsolable. ¿Recuerdas lo que le dijiste a nuestro padre cuando *mamma* nos pidió que lo tratáramos bien porque estaba triste?

—"Pensé que no te gustaban los animales" —repito las palabras exactas.

—Y todas las veces que nuestro padre intentó reemplazar a esa raza, no prosperaban, desaparecían misteriosamente o sufrían otros males súbitos. Extraño, ¿no crees? Muy extraño —pregunta y se responde a sí mismo—. Especialmente porque tu perro fue adoptado.

—Murió —corrijo.

—No murió.

—Lo enterré yo mismo.

—Y su hermano gemelo, de la misma camada, fue entregado a casi sesenta kilómetros de nuestra propiedad, en una estación de bomberos, y murió de viejo, años después.

—Podría haber sido Golliath, si nuestro padre no lo hubiera ahuyentado.

—¿Y me dices que fuiste hasta las últimas consecuencias para vengar a un perro, pero no harás nada cuando te roban a una mujer?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Te confieso que es muy difícil de creer.

—¿Ahora te convertiste en escritor de novelas policiacas, Cesare? Mamá estará orgullosa —me burlo, despegándome de la carrocería del auto y subiendo un poco más las mangas de la camisa.

—Sea lo que sea que estés pensando hacer, hazlo discretamente. A todos los efectos, sigues siendo el Don por las próximas semanas.

Empujo el interior de mi mejilla con la lengua, luego la muerdo, y miro a mi hermano con una sonrisa en el rostro.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

7

RAFAELLA ESPOSITO

La mirada deslumbrada de mi amiga es un pequeño alivio en medio de la tortura que han sido los últimos días. Gabi se muerde el labio, pero su pequeña sonrisa no se desvanece. Parpadea y gira ligeramente el rostro, su mirada sigue perdida mientras busca palabras para describir la experiencia que está viviendo, pero al final, su respuesta es una carcajada.

—*No sé cómo describirlo... ¡Grecia es tan bonita, Rafa! Tan...* —Mueve la cabeza de un lado a otro. —*¡Surrealista! A veces creo que he entrado en el salvapantallas del ordenador de alguien*.

Me río y ella sigue hablando de todas las cosas maravillosas que ha hecho en los últimos días. Asiento con la cabeza, pero pasan unos segundos antes de que mi mente empiece a divagar.

Pensé que quedarme a solas con Tizziano sería algo casi mágico, pero descubrí que había una parte estúpida de mí que creía otra cosa. Una neurona lo suficientemente tonta como para cultivar la esperanza de que, a pesar de todas mis certezas, la creencia de que mis negativas eran la razón de su insistencia podría estar equivocada. No lo estaba.

Él desapareció.

Han pasado días y no he oído ni siquiera el susurro de sus pasos. Cuando llego a su casa, él ya no está, y cuando me voy, todavía no ha llegado. Me siento tan estúpida por haberme sorprendido. El subjefe nunca me respetó, nunca escuchó mis “no” ni prestó atención a mis rechazos, pero claro, el derecho de otro hombre sobre mí lo haría retroceder.

—*Estoy hablando demasiado, ¿verdad?* —pregunta Gabriella con una expresión de culpa en el rostro, y me siento una horrible amiga.

—¡No! —Me apresuro a negarlo frente a la pantalla del celular—. Perdóname, es solo que... —Cierro la boca, mordiéndome el labio interior y tragando con dificultad. Las cejas de Gabriella se fruncen.

—*¡Estás preciosa! ¿Adónde vas tan arreglada?* —me pregunta, y sé que el hecho de ponerme en el centro de la conversación es un intento de animarme. No tiene ni idea...—. *¿Te ha pasado algo?* —pregunta preocupada cuando tardo demasiado en contestar.

Paso la lengua por mi labio superior, pensativa. Cierro los ojos y exhalo profunda y lentamente.

—De hecho, sí. Yo... —No puedo terminar la frase y Gabi se incorpora de la reposera en la que estaba acostada, sentándose con la espalda recta.

—*¿Rafa?*

De nuevo, cierro los ojos y exhalo.

—Estoy comprometida —admito al abrir los ojos.

Mi amiga retrocede la cabeza, alejándola de la cámara y abriendo sus ojos marrones de par en par.

—*¿Te vas a casar*?

Río, aunque no me hace gracia, y asiento.

—Sí. —Ella parpadea y yo fuerzo otra risa, como si no fuera algo importante—. Esta noche es la cena para oficializar todo. Voy a recibir un anillo —canturreo la última palabra y levanto la mano derecha, manteniendo la sonrisa en mi rostro, aunque pensar en usar un anillo que me marque como propiedad de Marcelo me da ganas de vomitar.

Si pensara que no hay posibilidad de que mi amiga descubra sobre mi compromiso por otros medios, aún no se lo habría contado. Pero está casada con el Don, y hasta donde sé, él no tiene problemas en dejar que Gabriella escuche sus conversaciones. Si ella lo oyera de otra persona, no podría fingir que todo está bien para no preocuparla durante su luna de miel.

—Sabíamos que ocurriría pronto. —Me encojo de hombros—. Bueno, está ocurriendo ahora...

—*¿Estás bien? Sé que...*

—Estoy bien —la interrumpo—. Las cosas son como tienen que ser. Para eso volví a casa.

—*Rafaella...*

—Nada de Rafaella. —No la dejo terminar—. Aquí no soy el centro. ¡Quiero saber cómo está Grecia! Estoy viajando a través de ti, no me prives de eso.

—*Rafa* —repite, y cuando abro la boca para interrumpirla por tercera vez, Gabi levanta la mano, deteniéndome—. *No tienes que fingir.* —Y como si sus palabras me dieran permiso, mis hombros caen inmediatamente.

Desvío la mirada, parpadeando para contener el ardor en mis ojos. Me niego a llorar; ya es suficiente con esta miserable sensación de impotencia. Me niego a dar cualquier otra reacción a esta maldita situación. Gabriella respeta mi silencio tanto como lo dejo durar.

—Estaré bien.

—*No voy a fingir que sé lo que sientes, Rafa. No lo sé. Pero sé lo que es no tener una elección, porque ya estuve en esa posición. Y aunque esa situación me trajo todo lo bueno que tengo hoy, en ese momento, no parecía nada bueno. Siento mucho que tengas que pasar por esto. De verdad.*

—Estás arruinando mi resolución de no llorar —canturreo, limpiando las esquinas de mis ojos, y las dos reímos.

—*Quizá este mal momento también te lleve a algo bueno* —dice, tras un poco más de silencio—. *Un día, Vittorio también fue el motivo de mis lágrimas, pero hoy es el dueño de todas mis sonrisas. Quizá la felicidad también encuentre el camino hacia ti.*

Gabi tiene una pequeña sonrisa en el rostro, haciendo lo mejor que puede para apoyarme, no solo con esperanza y palabras amables. En lugar de decirle que la última cosa en el mundo que voy a encontrar con Marcelo es felicidad, asiento con la cabeza, fingiendo estar de acuerdo.

—Tal vez —miento—. Todo estará bien.

—*Si necesitas algo...*

—Lo que necesito es que vuelvas a tu viaje maravilloso y te olvides de Italia por las próximas semanas. Mereces toda esa felicidad, Gabi. No es justo que pierdas ni un ápice de ella preocupándote por mí.

Gabriella me dice que estoy siendo tonta con solo su risa.

—*Hace meses me enseñaste que el nombre de esto es amistad.* —Me lo recuerda y yo levanto la vista, intentando detener las lágrimas que brotan con más ganas que antes al borde de mis ojos.

—¡Vas a destrozarme el maquillaje, Gabriella! —protesto y ella se ríe hasta que oímos que llaman a mi puerta—. Tengo que irme.

Gabi asiente con la cabeza.

—*Buena suerte. Te quiero*.

—Yo también te quiero.

***

—Deberías saltarte el postre —Marcelo me reconoce por segunda vez desde que llegó, y parpadeo sorprendida.

La primera vez fue cuando mi padre nos presentó formalmente y él me analizó como si fuera un caballo. Incluso mis dientes fueron inspeccionados. Después de eso, toda su atención se centró en mi padre, ignorando felizmente a las otras tres personas en la habitación: su propia hija, mi madre y yo.

—¿Perdón? —pregunto, y él asiente, satisfecho con mi elección de palabras.

—Está bien, querida. Solo pierde algunos kilos antes de la boda y no tendrás motivos para disculparte por ello.

Abro la boca, impactada, y mi madre me da un pellizco debajo de la mesa, lo que me hace cerrarla y apretar los ojos brevemente. La miro, buscando... ni siquiera sé qué, pero, obviamente, solo encuentro una sonrisa forzada en su rostro que espera que yo refleje.

Coloco los cubiertos sobre el plato de postre aún limpio, indicando que estoy satisfecha, aunque no lo esté, y retiro la servilleta de mi regazo, dando por terminada mi comida. Marcelo asiente, complacido con mi obediencia, y vuelve a conversar con mi padre.

Mis ojos se dirigen a Sariah, la única de los hijos de Marcelo que vino a la cena. Ha pasado toda la noche mirando hacia abajo, en silencio. Ahora entiendo por qué apenas tocó la comida.

¡Santo Dios! ¿Será esta mi vida?

Mis ojos vuelven a dirigirse a Marcelo, solo para recibir otro pellizco bajo el mantel brocado.

Es viejo. ¿Cuánto tiempo le queda? No puede ser mucho, ¿verdad? He pensado mucho en esto en los últimos años.

Nunca pude decidir qué prefería, si un marido joven al que estaría atada durante décadas, o uno viejo que no podría durar tanto. Somos parte de la mafia, la gente muere.

Dios, espero que muera pronto.

No sé cuánto tiempo me quedo perdida en mis pensamientos, pero debe ser bastante, porque cuando regreso al presente, están llamando mi nombre con la suficiente firmeza como para saber que no es la primera vez. Además, mi muslo está siendo castigado con otro pellizco, la mesa ya ha sido retirada, y todos, excepto Sariah, me están mirando.

—Tendremos que trabajar en tus modales también —dice Marcelo cuando finalmente capta mi atención.

—Solo está nerviosa —interviene mi padre.

—Lo siento —repito, ya que mi prometido parece haber disfrutado escucharlo antes.

Ya de pie, camina hasta quedar a mi lado, y giro mi cuerpo en el asiento para quedar frente a él.

—Dame la mano, niña.

La urgencia de vomitar me hace estremecer. Esto está tan mal. Tan... Obligo a mi rostro a sonreír y a mi mano a levantarse sin temblar. Él desliza un anillo que ya tenía en su mano por mi dedo anular y luego lo besa. Mantengo la sonrisa.

—¿Podría tener un momento a solas con mi prometida? —le pide a mi padre con una sonrisa camarada—. Quizá, un paseo por el jardín.

Miro a mi padre.

¡No, por favor, no! ¡Por favor, no! ¡Por favor, no!

—¡Claro! ¿Por qué no?

Me levanto de la silla y Marcelo envuelve mi mano con la suya en un apretón firme que me inquieta. Pasamos por la puerta trasera de la casa y entramos al jardín. El silencio es incómodo, pero me aferro a él como lo haría a un bote salvavidas en alta mar. Es una pena que él

me lo arrebate con tanta facilidad.

—No tendremos un largo compromiso. —Así es como Marcelo decide comenzar nuestra conversación, aún sujetando mi mano—. Dos meses, como máximo. Ya no soy tan joven, no puedo darme el lujo de esperar para disfrutar de las cosas buenas de la vida.

Solo respondo con un asentimiento mientras seguimos caminando, y mi mente se tambalea con esta nueva información. Dos meses, como máximo.

Hemos sobrepasado la distancia que sería considerada apropiada, pero Marcelo sigue llevándome más lejos, así que me detengo, fingiendo un malestar, porque no creo que simplemente se haya distraído.

—¿Podemos parar? —pido—. La noche está calurosa y estoy nerviosa, creo que me siento un poco mareada —miento con una sonrisa, y su mirada se vuelve demasiado intensa.

—Puedo sostenerte —dice, acercándose hasta que su barriga protuberante roza mi abdomen y su brazo flácido rodea mi cintura.

¡Oh, Dios!

—Estoy bien, creo que... Creo que es mejor que volvamos —digo, sacudiendo la cabeza rápidamente, y él levanta la mano. Su palma toca mi mejilla, deteniendo mi movimiento.

—Así te vas a marear, niña.

Me paralizo, mirando su rostro redondo, el bigote blanco y espeso, los labios finos y el cabello ralo. Miro su nariz grande y sus orejas desproporcionadas, cualquier lugar que no me obligue a ver las intenciones claras en sus oscuras pupilas.

Mi estómago se revuelve y me falta el aire. Aprieto las manos en puños, controlando los temblores mientras intento recordar cómo respirar. Quizás preferiría desmayarme, si no creyera que quedarme inconsciente y a solas con este hombre fuera un tipo completamente diferente de peligro.

—¿Entendiste lo que te dije sobre no poder esperar para disfrutar de las cosas buenas de la vida? —pregunta en voz baja, y trago saliva, pero asiento—. ¿Lo entendiste de verdad? —repite, su agarre en mi cuerpo se vuelve más intenso.

—Lo entendí.

—Estupendo.

Él avanza con la intención de besarme, me retuerzo en sus brazos, dando unos pasos hacia atrás, enredando mis manos en su pecho y logrando liberarme de su agarre.

—Yo-yo... Esto no es apropiado —tartamudeo, manteniendo mis brazos extendidos frente a mi cuerpo—. Aún no estamos casados.

Marcelo me da una sonrisa depredadora, avanzando los pasos que había entre nosotros, forzando su cuerpo contra mis brazos hasta que me veo obligada a bajarlos. Me mira de arriba abajo y sonríe de una manera repugnante antes de responderme.

—Muy bien. Es bueno que seas así —dice, como si me estuviera dando permiso para rechazarlo—, y que seas virgen, porque si has abierto esas piernas para algún extranjero mientras estudiabas lejos de nuestros ojos, en la noche de bodas, sangrarás de otra manera, te lo aseguro. —Invade mi espacio personal y lame mi mejilla de abajo hacia arriba—. No va a ser placentero.

La repulsión me invade con tanta intensidad que realmente no sé cómo no vomito todo lo que comí en la cena. Me encojo, dando un paso atrás y sintiendo mis ojos arder. La impotencia es, sin duda, la peor parte.

La sensación, la certeza de que no soy nada, de que no valgo nada más allá de la voluntad del hombre frente a mí, me castiga con más violencia que cualquier otra cosa.

Esto no es muy diferente de la forma en que Tizziano me trató durante los últimos meses, ¿verdad? Sí, mi cuerpo reaccionaba al suyo, pero al igual que mi prometido, el subjefe nunca respetó mi negativa. Aún era otro hombre persiguiéndome, imponiéndome su voluntad e ignorando la mía.

La vergüenza cubre todo mi cuerpo cuando pienso que, aun así, ahora, me encantaría haber perdido mi virginidad con ese imbécil, incluso si eso me hubiera costado la vida.

La perspectiva de acostarme con Marcelo una sola vez ya suena mucho peor que el castigo que mencionó, pero hacerlo hasta que muera suena mucho más cruel que mi propia muerte.

8

TIZZIANO CATANEO

Siempre es un sonido.

Incluso cuando no lo escucho de verdad, mi mente crea una copia probable y la añade a los demás, como si el conjunto de ellos, pulsando constantemente en mi cabeza, no fuera suficiente.

El persistente sonido de las gotas que caen resuena en mis oídos con la regularidad de un reloj. Cada gota que cae reverbera en mi mente como un martillo insistente, golpeando mi paciencia hasta dejarla hecha pedazos.

—Don Tizziano.

La voz temblorosa del médico interrumpe mi observación casi obsesiva del tubo goteador colgado en un soporte de suero abandonado en el pasillo.

Su tono monótono me devuelve a la realidad, y mi mente parece despertar de un trance momentáneo. En un abrir y cerrar de ojos, la sensación de sordera en mis oídos desaparece. Es un alivio temporal, pero sé que el zumbido constante en mi cabeza volverá pronto.

Siempre vuelve. Mi cerebro es lo suficientemente amable como para avisarme que necesita silencio cuando el ruido habitual ha estado presente demasiado tiempo.

Asiento con la cabeza hacia el hombre de bata blanca frente a mí, dándole permiso para continuar hablando, y él obedece.

El olor a antiséptico y desinfectante es una familiaridad tan reconfortante como los gemidos de los pacientes, algunos de ellos gravemente heridos, que resuenan por los pasillos y hacen que la sangre en mis venas pulse a su ritmo.

Hacer una parada en el hospital de La Santa no estaba en mis planes. Especialmente porque eso significa recorrer kilómetros interminables de tierra devastada cuando tengo cosas mucho más importantes que hacer, como planear un funeral, por ejemplo.

A pesar de eso, es la primera vez en dos semanas que mis obligaciones como Don me llevan a alguna acción, en lugar de la interminable burocracia de reuniones y papeleo que

necesito firmar.

Este lugar no es el tipo de lugar que encuentras en Google Maps. No está listado en ningún directorio, es un secreto bien guardado de La Sagrada, y he aprendido a apreciar cada centímetro de él durante el tiempo que pasé aquí, estudiando el cuerpo humano y sus límites.

Las paredes son de concreto desnudo, con pocas ventanas y una iluminación tenue que le da al ambiente un aire sombrío, a pesar de los uniformes blancos e impecablemente limpios de las enfermeras.

—¿No tienes a alguien que pueda hablar? —pregunta el Consigliere con su habitual frialdad, y me doy cuenta de que, de nuevo, he perdido el foco mientras mis ojos volvieron al tubo goteador.

Aprieto los dientes, irritado por tener que esforzarme para hacer algo tan simple como prestar atención a la maldita conversación que está ocurriendo frente a mí.

—No, señor. Todos los sobrevivientes están gravemente heridos. Los que no están en coma natural, están en coma inducido —explica el médico.

—Y supongo que si los sacamos del coma inducido, lo único que vamos a escuchar de sus bocas serán gritos, ¿no? —pregunto, y el hombre de ojos azules y cabello rubio asiente, concordando rápidamente antes de mirar al suelo—. ¿Cuántas bajas?

—Ocho de doce, señor. Hasta ahora.

Frunzo los labios y lo despido con un gesto. Él se retira prácticamente corriendo.

Esos hombres no deberían haber estado en las galerías subterráneas de las minas; estaban desactivadas desde hace años, y que doce hombres hayan ido allí sin recibir órdenes específicas para ello es, como mínimo, improbable.

Que eso haya sucedido bajo mi mando solo es más irritante que la dificultad para concentrarme.

No necesitaba haber venido aquí, pero esperaba que interrogar a algunos hombres que estaban donde no deberían, me ayudara a descargar un poco el zumbido en mis oídos, que se ha vuelto cada vez más fuerte, como un mosquito insistente.

—¿Es mi impresión, o parece conveniente que los pocos sobrevivientes estén demasiado heridos como para abrir la boca? —pregunto al Consigliere, girando mi rostro hacia él. Matteo ni siquiera duda antes de asentir—. Necesitamos descubrir para quién.

—Voy a visitar a las familias de los que no sobrevivieron. Tal vez los hombres más cercanos sepan qué fue exactamente lo que el grupo fue a hacer en las galerías subterráneas.

—Si los muertos no pueden ser persuadidos a hablar, vamos a encontrar vivos que puedan... Descubre al menos de dónde partió la orden, aunque no logres encontrar el motivo.

—Así se hará, Don.

Salir del hospital sin conseguir lo que quería solo me lleva más cerca del límite al que nadie querrá que llegue. Llego a la Cantina decidido a ir directo a mi torre, o tal vez, pase por las galerías subterráneas del centro de entrenamiento de La Sagrada antes.

Debe haber algún desafortunado allí que sirva para lo que necesito. *Mamma* puede quejarse lo que quiera sobre mi ausencia en la cena otro día. Mi presencia en la mesa hoy no le haría bien a nadie.

Cuando estoy a punto de decirle al conductor que pase por la casa y siga en dirección al centro de entrenamiento, la puerta principal de la casa se abre y veo a mi padre en ella. Él maniobra la silla de ruedas y mantiene la puerta abierta, obviamente esperándome. Frunzo el ceño, porque tenerlo esperando rara vez significa algo bueno.

Expulso todo el aire de mis pulmones de una vez y, después de que se realiza la verificación de seguridad de rutina, bajo del auto y entro en la casa.

—Papá, ¿ha pasado algo? —pregunto en cuanto cierro la puerta y nos quedamos solos en el vestíbulo.

—Le pedí a Luigia que fuera a ayudar en la cocina. Quiero saber si encontraron algo en los escombros, además de los cuerpos.

Reculé un poco, sorprendido por la pregunta. Desde que se alejó de la dirección de La Sagrada, hace doce años, mi padre se ha mantenido al margen de los asuntos. Sé que, de vez en cuando, ofrece consejos a Vittorio, pero creo que esta es la primera vez que se interesa por algún acontecimiento de manera tan explícita.

—No. Nada además de los cuerpos —respondo, y las líneas en su rostro parecen relajarse.

Extraño... Muy extraño.

9

RAFAELLA ESPOSITO

—No pensé que vendrías hoy.

Llevo la mano al pecho, cerrando los ojos con fuerza y abriendo la boca al escuchar la voz del *maledetto* que me recibe en cuanto pongo un pie en el descansillo

Aprieto los dientes hasta que mi corazón entiende que no estoy en peligro y exhalo profundamente, mirando a Tizziano, sentado relajadamente en la poltrona de cuero en la sala de estar, justo frente a las escaleras, casi como si hubiera elegido ese lugar a propósito.

Y quizás lo hizo. Quizás se despertó hoy y decidió que dos semanas era demasiado tiempo para dejarme en paz, prometida o no. Especialmente cuando parece tan inquebrantable como siempre, con los dos primeros botones de la camisa desabrochados, las mangas arremangadas hasta los codos y una expresión provocativa en el rostro.

Tizziano se humedece los labios lentamente, mirándome de arriba abajo de una manera extraña. Tan extraña como hace semanas, cuando le dije que no era su *principessa*. No sé por qué, pero aún no he podido olvidar la expresión que tomó su rostro en ese momento.

Sacudo la cabeza, disgustada, ignorando la campanada que suena dentro de ella con el pensamiento de que, sí, ya han pasado dos semanas en la cuenta regresiva para el fin de cualquier posibilidad que alguna vez tuve de ser feliz. Bueno, al menos, hasta que Marcelo muera. Lo que, si Dios quiere, no tardará en suceder. Necesito tener fe en algo, ¿no?

Desciendo las escaleras y avanzo hacia la sala, diciéndome a mí misma que mis días de cruzarme con el subjefe también están contados, pero mi traicionera mente protesta con rapidez, diciendo que eso no es algo bueno.

Bueno, eso hace dos de nosotras. Buena suerte con eso. Marcelo ya ha dejado claro, más de una vez, que es inadmisible que trabaje después de nuestro matrimonio. Quiere una muñeca para tener sexo y exhibir, nada más.

Con una leve inclinación de cabeza, me obligo a cambiar el rumbo de mis pensamientos. Este es el último lugar, y Tizziano la última persona, frente a la que querría mostrar debilidad, y si hay algo que me hace sentir frágil, es pensar en mi propio matrimonio.

—¿Por qué no vendría? ¿Acaso fui despedida y no lo sé? —pregunto al pasar junto a él sin prestarle mucha atención.

—No, pero hasta yo respeto el luto, *bambola*.

Dejo de caminar cuando llego al pasillo que me llevaría lejos de él y respiro hondo. Me doy vuelta en su dirección.

—¿Luto de quién?

—¿No te enteraste? —pregunta, levantándose y agarrando el periódico que estaba sobre la mesa de centro frente a él. Tizziano camina hacia mí con unos pocos pasos largos y extiende los papeles hacia mí—. Acabas de convertirte en una viuda comprometida.

Parpadeo.

Y parpadeo.

Y parpadeo.

Entonces miro hacia abajo, leyendo el titular estampado en el periódico que Tizziano sostiene: la noticia de un accidente automovilístico gravísimo en el que el empresario Marcelo Ganduli fue una de las víctimas, junto con su hija menor, su chofer y dos de sus guardaespaldas.

Cuando suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo, exhalo con alivio, sintiéndome terriblemente culpable, porque Sariah merecía más que una muerte joven y sin sentido. Pero tal vez esto haya sido una pequeña misericordia para ella. Si su padre estaba dispuesto a casarse conmigo, ¿con quién no casaría a su propia hija si eso le trajera alguna ventaja? Y así como yo estaba impotente hasta que Dios decidiera actuar, ella también lo estaría.

Sin embargo, la punzada de alivio en mi pecho dura menos de un segundo. Sariah puede estar libre, pero yo no podría estar más lejos de eso que hace cinco minutos, cuando aún no conocía su destino.

Mis ojos permanecen bajos, enfocados en el titular, pero sin ver absolutamente nada, solo mis propios pensamientos danzando dentro de mi cabeza, mientras una sensación helada comienza a subir por mi columna vertebral, extendiéndose por cada uno de mis nervios hasta que mis ojos arden.

En nuestro mundo, la gente es supersticiosa. ¿Una viuda comprometida, y a mi edad?

Esto no será bien visto. Mi madre probablemente está enloqueciendo en este momento, y lista para volvernos locos a mi padre y a mí tan pronto como tenga la oportunidad. Incluso podrían decidir que seguir la antigua tradición es una buena idea y entregarme a uno de los hijos solteros de Marcelo, como si yo fuera parte de su herencia.

Y aunque él me rechace, lo que tampoco sería bueno para mi imagen, en ningún escenario esperarán que participe en los eventos de la familia Ganduli, que vista luto y me comporte como si realmente me importara la muerte de Marcelo.

Aturdida, no tengo la oportunidad de luchar contra las lágrimas hasta que ya están acumuladas en mis ojos. Quiero gritar, pero ante la imposibilidad de hacerlo, mi cuerpo decidió que llorar es la mejor válvula de escape sin darme ninguna oportunidad de opinar al respecto. Impotente, de nuevo. Esa parece haberse convertido en la palabra de mi vida.

La ira calienta mi cuerpo hasta el punto de que respirar se vuelve difícil y sé que mi piel está roja.

—¿Vas a llorar? —pregunta Tizziano, y cierro los ojos con fuerza. Sofocando el odio que me consume hasta que está completamente encarcelado en mis pupilas, y las dirijo hacia el hombre frente a mí—. Porque si lo vas a hacer, por favor, siéntate donde yo pueda verlo.

—Eres un...

—Don —me interrumpe—. Tu Don, aunque sea temporalmente —me recuerda con indiferencia—. No seas grosera.

Aprieto los dientes otra vez. Si llego al próximo año sin romperlos, creo que podré considerarme una vencedora. Siento mi rostro retorcerse de rabia, pero retrocedo un paso e hice una reverencia exagerada, casi llevando la rodilla al suelo antes de levantarme.

—¿Tengo permiso para retirarme, Don?

—Aún no. Tengo un regalo para ti. —Es su turno de retroceder. Tizziano vuelve a la sala de estar y recoge, de detrás de la poltrona donde estaba sentado, una caja azul grande envuelta con un lazo de cinta blanco y exagerado. Frunzo el ceño—. Ábrela.

A pesar de la orden, después de dejar la caja en mis manos, no espera para ver mi reacción a lo que sea que haya dentro. Tizziano me da la espalda y baja las escaleras, dejándome sola, sosteniendo su regalo, en el pasillo.

Me quedo parada un rato, intentando entender qué acaba de pasar, hasta que me doy por vencida porque no creo que lo logre. Tizziano está loco, eso es de conocimiento general.

Llevo la caja hasta la isla de la cocina, en la esquina izquierda del espacio de planta abierta. Las salas y la cocina no tienen paredes; es solo más allá del pasillo donde aparecen, dividiendo docenas de habitaciones, oficinas y otros espacios que nunca se usan.

Miro la caja con las cejas fruncidas. Era ligera. No se movió nada, así que no debe ser un animal. Las cucarachas son ligeras y no creo que las sentiría si se movieran, pero Tizziano no me daría una caja llena de cucarachas.

No me la daría, ¿verdad?

Gruño, golpeo las manos en los costados de mis muslos, y luego deshago el lazo, decidiendo dejar de enloquecer. Quito la tapa de la caja y la arruga entre mis cejas se profundiza cuando me encuentro con un fino tejido negro. Lo saco de entre las hojas de papel seda en las que estaba anidado, sintiendo su suavidad mientras se despliega un hermoso vestido hasta la rodilla.

No necesito explicaciones, es para el velorio, porque ese es el tipo de cosas que el subjefe encuentra graciosas. Sacudo la cabeza, sintiendo la irritación volver a burbujear en mis pensamientos, trayendo una pregunta a la superficie: ¿cómo es posible que él haya conseguido este vestido tan rápido?

El titular decía que el accidente ocurrió esta madrugada. Estaba en el periódico, por supuesto. Pero si Tizziano se hubiera enterado de eso esta mañana, mientras leía las noticias, no habría tiempo para la broma de mal gusto que es el vestido en mis manos.

Por supuesto, él es el Don, como se encargó de recordarme, pero incluso si hubiera recibido la noticia inmediatamente después de que sucediera el accidente, son las ocho de la mañana, ¿dónde habría conseguido Tizziano un vestido, no sé, en las últimas seis horas? A menos que ya lo supiera, porque fue él... Interrumpo bruscamente el pensamiento que se estaba formando y, si no estuviera tan abrumada por los problemas, tal vez encontraría fuerzas para reírme de mi propia estupidez.

El *bastardo* solo quiere llevarme a la cama. No habría hecho algo así por eso. Claro que no lo haría. No se tomaría la molestia de hacer una locura así, mucho menos cuando todos los ojos están puestos en él, esperando que cometa un error en la ausencia de Don Vittorio.

A la gente le gusta decir que ser el segundo es ser el primero de los últimos, pero la verdad es que no hay un hombre en la Sagrada que no desee ocupar el lugar de Tizziano y, quizás, haya dos o tres capaces de reconocer que el *maledetto* merece el cargo, a pesar de la envidia que sienten.

No. Él no haría eso. Definitivamente no lo haría.

10

TIZZIANO CATANEO

Subo las escaleras arrastrando los pies, cada paso es un recordatorio del día que preferiría olvidar. La burocracia es una prueba cada vez más irritante para mi paciencia, una que no estoy seguro de haber superado.

Pero es en el último escalón, cuando una pequeña discrepancia en la alfombra llama mi atención, que el peso del día comienza a disiparse, reemplazado por una curiosidad alerta.

Continúo, mis pasos ahora son ligeros, casi juguetones, mientras el pasillo revela un jarrón ligeramente movido, un cuadro torcido en la pared; son señales sutiles, pero para mí, son como gritos en un silencio absoluto. No contengo la sonrisa. Finalmente, algo interesante en este maldito día.

Al acercarme a la puerta de mi habitación, mi mano se desliza hacia el arma que llevo en la cintura. Es un movimiento familiar, cómodo, el metal frío contra mi piel. El pasillo parece contener la respiración conmigo, la expectativa suspendida en el aire.

Con un movimiento fluido, empujo la puerta, arma en mano y una sonrisa enorme en el rostro.

—¿Esto se suponía que era una sorpresa? —pregunto al encender la luz y encontrar a Cesare sentado en la poltrona junto a la chimenea.

Él alisa su espesa barba y arquea una ceja, diciéndome en silencio que si hubiera querido sorprenderme, lo habría hecho. Chasqueo la lengua, aunque sé que es verdad. Mi hermano no sería nuestro ejecutor de élite si fuera descuidado.

Cesare podría matar al presidente de Estados Unidos sin ser atrapado, y al de Rusia también. Así que todas las señales de su presencia que dejó desde el descansillo de la escalera hasta aquí fueron advertencias deliberadas de su presencia. Lo que no explica qué está haciendo en mi habitación, sin embargo.

—A *mamma* le encantará saber que te saltaste la cena, aunque estés en casa —digo, pasando junto a él y entrando al vestidor, desabrochando mi camisa. Es su turno de chasquear la lengua.

—Acabo de llegar. Como si el perro guardián de *mamma* dejara que alguno de nosotros se saltara la cena sin avisarle a su dueña.

—A mí me lo permitiría.

Lo digo desde el baño. Cesare suelta una risa seca, y su respuesta es lo último que escucho antes de meterme bajo la ducha.

—Eso es porque has estado adulando a Luigia desde que éramos niños.

Me baño sin prisas. Mi hermano no está aquí por algo serio, o ya lo habría dicho. Cuando salgo del vestidor usando solo un bóxer, listo para tirarme a la cama y no despertar hasta mañana, encuentro la misma expresión burlona de antes en el rostro del ejecutor de la Sagrada. Él mira teatralmente el reloj en su muñeca antes de hablar.

—¿Ya te vas a dormir? —pregunta y chasquea la lengua. Me acerco a la cómoda, saco un cigarro del paquete guardado allí, y lo enciendo—. Pero supongo que te mereces un descanso después de la noche agitada de ayer. Aun así, ¿un accidente de auto, Tizziano? Esperaba algo más emocionante de ti.

Me dejo caer en la poltrona frente a la de Cesare.

—No sufrí ningún accidente —respondo después de una larga calada—, estoy perfecto, pero gracias por la preocupación. Ahora, si pudieras ir a acosar a otra vecindad, te lo agradecería.

—La gente dice que el velorio será a cajón cerrado, que una barra de hierro le desgarró a Marcelo desde el culo hasta la boca —anuncia, siempre tan chismoso—. Me encantaría saber en qué momento lograste planear eso, si estuve a tu lado todo el tiempo, manejando la situación en las galerías subterráneas.

—Ser guapo y gracioso no son mis únicos talentos, hermanito. Tengo muchos otros. ¿Vas a seguirme vigilando?

—Hasta que llegue Vittorio, sí. Después estaré libre.

La respuesta honesta me hace reír a carcajadas. No es que no supiera que la repentina cercanía de Cesare fue una orden de nuestro hermano mayor, nunca lo dudé. Vittorio confía en mí lo suficiente como para dejarme al mando de la Sagrada, pero no lo suficiente como para no sospechar de mi predisposición a cruzar límites. Es un hombre inteligente.

—Ah, ¿tú serás el que estará libre?

—¿Crees que te seguiría si tuviera otra opción?

—Siempre puedes desaparecer, no es como si no tuvieras nada más que hacer. Prometo no decirle a Vittorio. —Me burlo, sonriendo de lado y Cesare abre la boca, ultrajado, como sabía que lo haría. ¿Seré tan predecible para Vittorio como Cesare lo es para mí?—. Eres demasiado correcto —lo acuso—. ¿Viniste solo para verme, Cesare?

—En realidad, vine a decirte que tenemos a un sobreviviente. Está consciente, aunque sin control sobre su cuerpo. Mañana temprano será interrogado, ¿quieres estar presente?

11

RAFAELLA ESPOSITO

Es la primera vez que veo a mi madre encogerse al recibir atención. Normalmente, es el tipo de persona que prospera al estar en el centro de todo, pero hoy no es el caso, y no puedo culparla.

El tipo de atención que atraemos mientras pasamos del vestíbulo a la sala de la casa de Marcelo, donde su cuerpo y el de Sariah están siendo velados, no es la que Sofía Esposito ha buscado ansiosamente toda su vida. Está muy lejos de eso.

Las personas nos miran, me miran de reojo, y el murmullo va creciendo en ondas hasta que toda la sala se convierte en un mar agitado cuyo único objetivo es agredirme con palabras ácidas susurradas demasiado alto como para permanecer en la clandestinidad.

Mi madre mantiene la cabeza baja, esperando que su postura sumisa atraiga algo de misericordia, como si no supiera que tal cosa no existe en el mundo en que vivimos.

Nos detenemos en un rincón de la sala, lo suficientemente alejados del resto como para escondernos, si no fuera porque están tan decididos a lanzarnos miradas. Mi padre deja sola a mi madre y a mí menos de cinco minutos después, desapareciendo en el corredor lleno de gente para resolver lo que él considere importante ahora.

Lleno mis pulmones de aire y mantengo la cabeza erguida. Me niego a sentir vergüenza por el resultado de una suma en la que no tuve ninguna elección: mi compromiso con Marcelo y su muerte poco después.

Miro alrededor del lugar, donde ya había estado algunas veces antes, cuando la esposa de Marcelo aún vivía y era lo suficientemente educada como para recibir a una familia que estaba por debajo de la suya en la jerarquía, para cenas ocasionales.

La casa, de arquitectura clásica e italiana, tiene cuadros colgados en lujosos marcos y muebles de madera oscura y barnizada, esparcidos por todas las paredes. Alfombras coloridas, con trabajos intrincados, cubren el suelo y candelabros elaborados cuelgan del techo. La casa que sería mía en unas pocas semanas.

O tan mía como se le permite a una mujer poseer algo en nuestro entorno.

El pensamiento me hace querer bufar, pero ni siquiera de mi propio cuerpo soy realmente dueña, ¿verdad?

La amarga verdad es que sería la casa la que me poseería, si los planes que habían hecho para mí no hubieran sido frustrados por el accidente. Gracias a *Dio*, lo fueron.

No puedo controlar el rubor que va apoderándose de mis mejillas y cuello ante los chismes sobre mí, circulando por la sala como si tuvieran piernas propias, pero sí controlo mi reacción a ellos.

Es estúpido que nuestro mundo sea tan susceptible a la superstición. De todas las personas... ¿Quién diría que precisamente aquellos que se niegan a someterse incluso al concepto más mundano, el de la legalidad, serían los primeros en doblegarse ante el misticismo?

A los ojos de la mafia, nunca fui más que una mercancía para ser intercambiada, una pieza en su tablero de negocios, y ahora, todos se están preguntando si tengo un defecto de fábrica basados en nada más que la superstición.

Ninguna mirada nos observa con firmeza. Las miradas son lanzadas en nuestra dirección, pero nunca duran más de unos segundos. Solo hay un par de ojos, en toda la sala, que se atreve a fijarse en mí por más de dos segundos, y son azules.

Tizziano me mira de arriba abajo, y la sonrisita cretina con la que ya estoy tan acostumbrada a irritarme se pega a su rostro cuando asiente, satisfecho de que esté usando su regalo.

No debería estar sonriendo, pero no es como si a ese hombre le importara lo que debería o no hacer. Tampoco debería haberme dado un vestido, ya sea una broma de mal gusto o no.

¿Por qué me dio el vestido?

Fue fácil convencer a mi madre de que la ropa fue un regalo de Gabriella. No sería la primera vez que mi amiga me daría la armadura necesaria para enfrentar a nuestra comunidad durante la verdadera batalla que es estar expuesta al juicio de todos.

La voz de alguien corta el aire, resonando en las frías paredes de la casa y haciéndome romper el contacto visual con nuestro Don.

—Al menos su hijo se salvó de la tradición de honrar los negocios del padre. Menos mal que su compromiso ya estaba arreglado con la chica de los Bellucci —dice una mujer, a quien no

me giro para mirar, aumentando la sensación de incomodidad que me invade.

Y no es porque me moleste haberme librado de casarme con Francisco. Santa sabe que el alivio de descubrir que estaba comprometido solo fue superado por el de saber que su padre estaba muerto. Todo lo que quiero es que esto termine, que el período de luto llegue a su fin, para poder seguir con mi vida, aunque solo sea hasta que mi padre me encuentre otro prometido.

Sin embargo, este deseo parece ofender al propio tiempo, que se vuelve cada vez más decidido a arrastrarse, convirtiendo esta pesadilla en forma de velorio en una tortura interminable.

—Tengo que ir al baño —le digo a mi madre, que me agarra la mano con fuerza.

—No me dejes sola.

Estoy segura de que intentaba darme una orden, pero su tono sale casi como una súplica, y miro a los lados, topándome una vez más con la atención de Tizziano, que sigue fija en mí. Si me quedo aquí un segundo más...

—No tardaré —prometo, soltando mis dedos de los suyos y dirigiéndome al pasillo.

La agitación y los murmullos me acompañan mientras camino hacia el baño, y al llegar a la puerta, me encuentro con un grupo de mujeres que concentra toda su atención entrometida en mí.

Doy media vuelta, negándome a darles el placer de verme esconderme. Manteniendo los hombros dolorosamente rectos, voy hasta la mesa servida, aunque el hambre sea la última de las sensaciones que me atormentan. Tomo un plato y recorro la larga superficie de caoba, demorándome tanto como puedo para analizar cada una de las opciones como si realmente me importara. Un movimiento a mi izquierda llama mi atención y giro el rostro para ver qué sucede sin ni siquiera pensarlo.

Mi padre está de espaldas a mí, conversando con un hombre que no conozco, que nunca he visto. A juzgar por su apariencia y edad, debe ser amigo de Marcelo.

Normalmente, no tengo ningún interés en los negocios de mi padre, pero la expresión en su rostro mientras habla con el desconocido hace que mi estómago se hiele. Mi padre no suele mostrar sus emociones de manera tan clara, y está estampado en su rostro, para quien quiera verlo, lo molesto que está.

Agudizo el oído para intentar escuchar lo que dicen, y cuando no funciona, continúo recorriendo la mesa, sin intención aparente, hasta acercarme lo suficiente a los dos como para poder escuchar.

—Un matrimonio rápido es la solución, amigo mío. Te lo digo yo —dice el extraño a mi padre, y él maldice en voz baja. El frío en mi estómago se extiende por toda mi piel.

De mí. Están hablando de mí.

—Si quiere evitar que su hija quede marcada, puedo quitarte el problema de encima.

La risa de mi padre es amarga.

—El problema costó mucho dinero para criar, y no me gustan las pérdidas.

El dolor sordo que esas palabras esparcen en mi pecho es completamente desmedido. No es como si su significado fuera alguna novedad para mí. Siempre lo supe.

Bajo la cabeza y aprieto los labios hacia adentro, humedeciéndolos. En mis sueños tontos de adolescente, cuando no me estaba graduando en una gran universidad y convirtiéndome en presidenta de Italia, me casaba con un hombre que sería un buen padre para mis hijos. Fantasía estúpida.

—Puedo pagar —responde el desconocido, y de repente, el olor de las comidas en la mesa frente a mí es demasiado para mí. Quiero vomitar.

Dejo el plato aún vacío en la cima de una pila de platos limpios y prácticamente corro al baño. Quedarme y terminar de escuchar la conversación no cambiaría nada en mi vida, de todas formas.

Mientras me arrodillo frente al inodoro y vomito lo poco que comí hoy más temprano, es imposible no pensar que, tal vez, haber deseado que todo esto terminara lo más rápido posible fue el movimiento equivocado.

12

TIZZIANO CATANEO

Golpeo la mesa con el puño, una y otra vez, al mismo ritmo que el insistente latido en mis oídos. Las fotos esparcidas frente a mí solo alimentan el ruido que no se ha silenciado ni un poco.

Espero que, en el rincón más podrido del infierno donde el alma de Marcelo Ganduli haya encontrado descanso, esté agradecida con el ángel vengador que decidió que sería una broma cruel hacer que Vittorio Cataneo se enamorara. Porque si no fuera por eso, si no fuera por esa maldita luna de miel que me obligó a asumir un papel que no es mío, el exnovio de Rafaella nunca habría recibido la misericordia de una muerte tan rápida.

Para mi desgracia, tuve que delegar el trabajo, así que me queda lidiar con la frustración de ver en un bucle infinito, dentro de mi propia cabeza, todo lo que no hice con Marcelo hasta que mi mente decida que ya me ha torturado lo suficiente y me permita volver a pensar con claridad.

Tomo una de las fotografías y un gruñido escapa de mi garganta al mirarla. El miedo en el rostro de Rafaella alimenta mi odio por no haberle dado a Marcelo el final que merecía.

Unas estacas clavadas en su horrendo culo no habrían sido ni remotamente suficientes. Ese hijo de puta merecía que le arrancaran la carne de los huesos, que la derritieran y se la dieran de comer a los cerdos por atreverse a poner esa boca inmunda sobre lo que es mío, por haber tenido la audacia de causar en Rafaella esa expresión de asco y desesperación.

Me froto las sienes con el pulgar y el índice, sintiendo el latido intensificarse, y es como si, en una especie de venganza inesperada, mi cuerpo quisiera obligarme a sentir todo lo que Rafaella sintió. El asco revuelve mi estómago y amarga mi boca. Y, como un golpe certero, el recuerdo de Cesare comparando a Rafaella con un perro inunda mis pensamientos. Golpeo la mesa con fuerza, rompiendo el ritmo de antes.

Suelto el aire entre los dientes, oyendo las palabras de mi hermano como si estuviera delante de mí, diciéndolas en ese mismo momento, sugiriendo que Rafaella es una puta mascota.

Justo ella, que defendió a su amiga como una leona cuando me referí a Gabriella como la mascota de Vittorio. Incluso después de meses, aún recuerdo con perfección la expresión desafiante en su rostro cuando se enfrentó a mí, en la cocina de mi madre, la primera vez que nos vimos.

Rafaella no se intimidó ni se encogió ante mi presencia, tamaño o posición. Ella pudo haberse ido de Italia cuando aún era muy joven para saber mucho de mí, pero no tengo dudas de que debió haber escuchado suficientes advertencias sobre mí después de su regreso. En nuestro mundo, lo único que viaja más rápido que los rumores son las balas. Tal vez ni ellas.

Y aun sabiendo que no soy un hombre que toma el desrespeto y la insolencia a la ligera, por su amiga, y contra lo que cualquier persona sensata consideraría prudente, Rafaella me enfrentó, y eso me divirtió.

Pensé que intentaba llamar mi atención. No me sorprendió ser rechazado cuando la busqué por primera vez. Pero que siguiera resistiéndose, en todas las demás ocasiones y, especialmente, la determinación que encontré en sus ojos cuando me tomé la molestia de buscarla, sí me sorprendió.

La forma en que defendió a su amiga no tenía nada que ver conmigo. De hecho, hoy creo que si Rafaella pudiera retroceder en el tiempo y quedarse callada solo para que yo no la notara, tal vez lo haría. Si pudiera, claro. Lo cual, honestamente, dudo mucho.

Mia bambola es una luchadora. Todos estos meses, negándose a ceder a la atracción que nos consume y a mis avances poco justos, solo sirven como prueba de ello.

Sé que, a primera vista, la forma en que presiono a Rafaella no parece muy diferente de lo que hizo Marcello. Pero ni una sola vez, ni siquiera la primera, sus ojos mostraron algo remotamente parecido al miedo o al asco. Al principio, estaba curiosa, y un poco indignada también. *¿Cómo me atrevía? Ya me había dicho que no.* Pero por mucho que se sintiera ofendida, sus ojos también estaban llenos de lujuria. Siempre encuentro deseo en ellos. Rafaella me dice que no con la boca, y que sí con la piel y con el cuerpo todo el tiempo.

En la foto que sostengo, sin embargo, solo veo desesperación y una especie de desolación que solo alguien en un estado de extrema vulnerabilidad puede sentir. Y mi mujer no puede permitirse el lujo de sentirse vulnerable.

La risa que escapa de mi garganta es ácida. Arrugo la foto, la arrojo a un lado y enfoco mi atención en otra, más reciente. Esta, del velorio de hace unos días, muestra a Cosmo

conversando con Michelle Rossi. El infeliz ni siquiera tiene la marca de la Sagrada, la tatuaje en su brazo muestra su lealtad a Cosa Nostra.

Chasqueo la lengua.

Ningún hijo de puta que se atreva a hacer que Rafaella se sienta frágil tiene derecho a seguir respirando, y, sin duda, no tendrá la misericordia de una muerte rápida. Marcelo fue el último, y eso lo puedo jurar.

Tal vez el vestido fue una admisión de culpa innecesaria. Rafaella no es tonta, sin duda entendió parte de lo que quería decir. Me pregunto si lo entendió todo. Me pregunto si entendió que no era el vestido el regalo, sino la ocasión que la llevaría a usarlo.

Me pregunto si entendió que el único altar al que subirá será el mío, o la lápida de quien intente ocupar mi lugar.

Cesare estaba terriblemente equivocado al compararla con Golliath, pero tenía razón en una cosa: si no es mía, Rafaella no será de nadie más, y casi siento lástima por ella por haberse convertido en el objetivo de mi obsesión.

13

RAFAELLA ESPOSITO

—Ven aquí, *figlia mia*.

Mi madre me llama cuando paso por la cocina con el cesto de ropa limpia, y la miro por encima del hombro. Su cabello rubio oscuro está peinado hacia atrás y sujeto con un pañuelo floreado. A pesar de llamarme, no me mira. Respiro hondo, agotada, aunque el día apenas comienza.

¿Será que quienes trabajan en una oficina, un supermercado o una farmacia odian el trabajo doméstico tanto como yo? Nunca sé si estoy saturada o si simplemente no nací para esto. A veces pienso que si organizo un armario más, voy a morir.

Lamentablemente, nunca ha sucedido, pero tengo la esperanza de que en el próximo intento, así sea.

—¿Me dejas poner la ropa en los dormitorios?

—No, no. Ahora, ven aquí.

Presiono la parte interior de mi mejilla con la lengua y camino hacia la mesa de madera vieja en el centro de la cocina, donde mi madre está amasando una masa. La falda de su vestido se mueve con cada uno de sus movimientos.

Apoyo el cesto en el banco, lista para lavar mis manos, pero mi madre sacude la cabeza y se quita la harina de las manos, limpiándolas en el trapo que lleva atado a la cintura.

El horno encendido calienta cada centímetro del piso de terracota y las gruesas paredes. Apenas llego, y ya mi camiseta comienza a pegarse a la piel. Las vigas del techo son las únicas inmunes al calor. Gracias a Dios, porque peor que este sauna solo es un incendio.

—Pensé que querías ayuda. ¿Quieres que te alcance algo?

Miro de un lado a otro, ya buscando el rodillo de masa entre los utensilios colgados en las paredes.

Mi madre frunce los labios, desviando su mirada azul de la mía por unos segundos, y la piel de su cuello se estira cuando duda. Mi estómago se enfría.

Mi madre adora hablar. Si está dudando, esta conversación no puede ser buena. Desisto de lavar las manos y me siento en el banco, al lado del cesto, esperando.

—Tu padre ya está negociando un segundo compromiso para ti y eso no es justo.

Parpadeo, sorprendida.

No por la información; desde el velorio, sabía que no tardaría en suceder. Un hombre que estuvo dispuesto a negociar bajo el techo del novio muerto, ciertamente es un hombre con prisa, lo cual, sinceramente, no entiendo.

Mi padre nunca ha sido un ejemplo de paternidad, y crecí muy consciente de mi papel en esta familia. Siempre supe que Carmo me mandaría lejos en cuanto surgiera un matrimonio ventajoso en el horizonte. Pero nunca imaginé que me rifarían al mejor postor de manera tan rápida.

Esto me sorprende tanto como la indignación de mi madre, pero solo hasta que presto atención a lo que está diciendo y me doy cuenta de que la víctima de la injusticia que lamenta no soy yo, sino ella misma.

Juego con algunos hilos deshilachados de la barra de mis shorts para tener algo que hacer con las manos.

—No merezco esto, hice todo para criar a una hija perfecta: —solloza— inteligente, bonita, que supiera hablar, comportarse. Trabajé como una esclava en este castillo durante los últimos doce años, ¿y para qué? ¿Eh? ¿Para qué? —me pregunta, con los ojos llenándose de lágrimas.

¿Mis padres siempre estuvieron locos? ¿O algo sucedió durante el tiempo que estuve fuera? Porque no recuerdo que fueran así. ¿Será posible que estuve ciega todo este tiempo?

—¿Por qué? —vuelve a preguntar, entre lágrimas—. ¿Por qué no puedes hacerte notar? ¡No es tan difícil! El subjefe ya está interesado; si te esforzaras un poquito...

—Ya no sé de cuántas maneras diferentes puedo decirte que Tizziano solo está interesado en una cosa —murmuro, cruzando los brazos, sin paciencia para su intento de manipulación.

—Qué bueno que lo mencionas. —La forma repentina en que deja de llorar me hace entrecerrar los ojos. Ni siquiera tiene vergüenza—. Estuve pensando, y creo que es seguro decir que este es uno de los pocos casos en que los fines justificarían los medios. —Mis ojos se entrecierran tanto que casi no puedo ver a través de ellos.

Mi madre estira los brazos, apoyando sus dedos regordetes sobre la mesa enharinada. Me concentro en las pecas en su pecho para no tener que mirar su descaro.

—¿Qué caso? —Me hago la tonta—. No estarás sugiriendo que yo...

—Que te acuestes con el subjefe, sí —susurra, y la miro, incrédula.

Sus ojos van de un lado a otro de forma paranoica, asomándose por la ventana de la cocina como si acabara de sugerirme que matara al *maledetto* en lugar de acostarme con él.

Mis hombros caen unos centímetros mientras mi mente intenta procesar lo que acaba de ocurrir, y empujo mi cabello hacia atrás con ambas manos. Me siento mareada con la vuelta que da mi mundo en un segundo.

—Si lo seduces bien, podrías incluso conseguir un matrimonio —vuelve a susurrar—. Y si eso no funciona —inclina la cabeza levemente, y la pena que veo en sus ojos me revuelve el estómago, aunque no sé si ese sentimiento es hacia mí o hacia ella misma—, considerando... todo... tal vez, ser su amante sea un destino más amable.

Me levanto; debería sentirme ultrajada, y aunque no sé si realmente lo estoy, sigo el guion obvio.

¿Hasta dónde hemos llegado?

¿Hasta dónde he llegado yo? Porque, siendo calculadora, esta no es una idea tan absurda, y no es como si nunca hubiera pensado en ello antes.

No en la parte de ser amante de Tizziano, claro que no. Dios sabe que esa es una humillación a la que nunca me sometería. Y definitivamente no creo ni por un segundo que haya alguna posibilidad de que el subjefe se case conmigo después de conseguir lo que quiere. Si esa fuera la lógica del *maledetto*, la Sagrada tendría que adoptar la poligamia, porque a estas alturas, ya tendría al menos dos docenas de esposas.

Aun así... Me siento tentada.

Acostarme con él, aunque sea una sola vez... No soy de hierro, claro que ya me he preguntado "¿por qué no?" antes. Y definitivamente, no voy a admitirlo justo ahora frente a mi madre. Pero si ella quiere tanto que sea atrevida...

Me doy una palmada en los muslos y echo la cabeza hacia atrás, sacudiéndola de un lado a otro, conteniendo la respiración hasta que mi rostro se calienta.

—¿Sabes lo que pienso, *mamma*?

—¿Qué? —pregunta esperanzada.

—Que, o tú y mi papá enloquecieron en los últimos años, o yo siempre he estado loca. Solo eso explicaría no haber notado su locura antes.

—¡Rafaella! —protesta, indignada, y yo río, aunque no tiene ninguna gracia.

—Te metiste en la cabeza que algo imposible tiene grandes probabilidades de ocurrir —la acuso—, y papá decidió que soy un objeto, en lugar de un ser humano...

—No es nada de eso —me interrumpe, hablando más fuerte que yo, pero sinceramente, ¡qué importa! Si no puedo hacer otra cosa, al menos voy a hablar.

—Y ninguno de los dos —hablo más alto que ella, obligándola a escucharme— se detuvo un segundo a pensar en cómo me siento yo. —Su rostro adopta una expresión ofendida, pero se queda callada—. Honestamente, prefiero pensar en ustedes como personas desequilibradas, porque la alternativa es admitir que para mis propios padres, mi único valor está entre las piernas.

Harta de esta conversación, irritada hasta el último cabello, y agotada de ser empujada de un lado a otro, sin perspectiva de una luz al final del túnel en el que se han convertido mis días, empujo el banco detrás de mí, que hace un ruido agresivo al arrastrarse.

—Veintiún años —responde mi madre llorosa—. Veintiún años invirtiendo en ti, ¿y tienes el valor de decir que no tienes valor?

Me río más.

—Invirtiendo —repito la palabra que, tal vez, en otra casa, significa algo bueno.

—Te di mi cuerpo —grita—, mi mente, mi juventud. ¿Y qué pido a cambio?

—¡Yo no pedí nada de eso! ¡Yo no pedí nacer! —le grito de vuelta.

—¡Que te cases con el hombre adecuado, solo eso! —continúa su delirio donde lo dejó, como si no hubiera pasado el último minuto entero gritando mi indignación—. Pero ¿qué haces tú? ¿Qué haces, Rafaella? ¡Cándida tenía razón! En lugar de ser nuestra salvación, ¡serás nuestra maldición y por elección propia! Dios te agració con belleza para atraer la atención de un hombre decente, ¡pero no con la inteligencia para usarla en beneficio de tu familia! ¡Ingrata! —me acusa, y miro hacia arriba, conteniendo las lágrimas.

Me niego a llorar, me niego.

Paso por encima del banco y agarro el cesto de ropa. Si Dios es bueno, esta vez moriré al organizar la ropa en los armarios. Que así sea, amén. Salgo de la cocina sin responder.

14

RAFAELLA ESPOSITO

Soy patética, en serio. No hay otra justificación para la decepción sigilosa que asoma mi cabeza, arrastrada desde lo más profundo de mi pecho, cuando llego a la sala de estar de Tizziano y la encuentro vacía. La locura de mi madre está empezando a contagiarme.

Sacudo la cabeza de un lado a otro, poniendo los ojos en blanco ante mí misma. Agua. Necesito agua para lavar estos pensamientos torcidos antes de empezar a trabajar. Cruzo el espacio abierto hasta llegar al otro lado. Un pedazo de papel, doblado sobre la mesada de piedra blanca, me hace entrecerrar los ojos cuando leo mi nombre escrito en él con una caligrafía rápida, casi descuidada, pero aún así, muy bonita.

Respiro hondo, preparándome para lo que sea.

¿No estabas quejándote por no encontrarlo? ¡Pues ahora aguanta! Una vocecita insolente resuena en mi cabeza mientras tomo la nota y la abro.

"Estás de descanso. Disfruta tu duelo."

T.

Abro la boca, parpadeando varias veces. *¿Disfrutar mi duelo? ¿Es esto algún tipo de broma?* Me humedezco los labios y sacudo la cabeza de un lado a otro.

¡Quel maledetto! Pero, pensándolo bien, mi madre quiere tanto que sea obediente, así que voy a empezar hoy mismo.

Doblo la nota y la meto en el bolsillo de mis pantalones, deshaciendo el camino hasta los vestidores del personal. Me deshago del uniforme y salgo del castillo sin nada, dejando mi bolso en el armario para recogerlo después. Ni siquiera me despido de Luigia; si mañana quiere quejarse, la nota me servirá como prueba. Al menos el *maledetto* tuvo la decencia de escribirla él mismo.

Tan pronto como me alejo lo suficiente del castillo para estar sola, dejo de caminar. No quiero volver a casa.

Marcello ha monopolizado mis días libres durante las últimas semanas, y entre esquivar sus manos indiscretas y fingir interés en lo que decía, apenas he podido respirar.

Ni siquiera he podido pasear por la Cantina después del trabajo para ver a la gente. El

infeliz me dio una lista de reglas a seguir hasta el matrimonio, y quedarme confinada cuando no estaba trabajando era una de ellas.

Además, la discusión de esta mañana con mi madre sigue rebotando en mi cabeza, su sugerencia y acusaciones repitiéndose en un bucle enloquecedor. Lo último que necesito es volver a la escena del crimen.

Decido caminar. La cantina es grande; podría pasar horas deambulando por ella sin necesidad de pasar dos veces por el mismo lugar.

Sí. Caminar hasta que mi mente olvide los problemas, o mi cuerpo se apague de agotamiento, parece un buen plan.

***

Caminar no está ayudando.

Si las calles vacías han servido de algo, ha sido solo para dispersar mis pensamientos por ellas y, ahora, estos han crecido y caminan a mi lado, disputando espacio de igual a igual.

Desde las aceras hasta las casas coloridas con ventanas en forma de arco, cada centímetro por donde pasan mis pies me recuerda mis problemas. Y esto no es un privilegio de la villa.

Llegué aquí huyendo de las viñas, y a las viñas huyendo de los establos, y a los establos huyendo, ya ni recuerdo de dónde. Es simplemente imposible olvidarme de todo aquí.

¡Cómo extraño la vendimia! Durante la cosecha, a cualquier hora, las calles de la Cantina están llenas de trabajadores temporales y sus familias yendo y viniendo. Si ese fuera el caso hoy, podría disfrutar del silencio sin que se haya vuelto ensordecedor.

Una puerta se abre a mi izquierda y un niño de, como mucho, tres años sale por ella, agarrado a su madre, que viene justo detrás. La mujer, con un vestido floreado y un pañuelo en la cabeza, lleva un bebé atado a su cuerpo y una niña, apenas más grande que el niño de pantalones cortos, en su otra mano. Después de ellos, viene un hombre, y él cierra con llave la puerta de la casa cuando todos ya están afuera.

Los niños sonríen, y el hombre no parece estar enamorado, pero besa la frente de su esposa y juega con la boina de su hijo antes de que sigan su camino sin notar mi mirada curiosa.

Me quedo parada en medio de la acera, observándolos hasta que desaparecen en la esquina. Es una imagen bonita; parecen lo que imagino que es una familia de verdad.

Nunca supe lo que es eso. Mis padres nunca me miraron de esa manera. Y si La Santa no me ha abandonado, nunca lo sabré, porque, si puedo evitarlo, nunca tendré hijos. Quizás eso me mate, las mujeres infértiles son vistas como escoria en nuestro mundo, pero no creo que me

quede mucha voluntad de vivir como para lamentarlo.

Creo que necesito *cannolis*.

Salivo solo de pensar en una caja llena de ellos, y no cualquier *cannoli*, sino el de la tiendita al sur del camino hacia el centro, fuera de los muros de la Cantina.

Me humedezco los labios, sintiendo un aroma imaginario llenar mi nariz. Alguien me dijo una vez que la comida es como un abrazo. La Santa sabe cuánto necesito uno en este momento.

***

Me siento en la hierba y apoyo la caja de *cannolis* en mi regazo. El aire frío y la vista impresionante son recompensas más que justas para la quemazón en mis piernas. Hacía mucho tiempo que no venía aquí.

Los jeans no son la ropa ideal para una caminata, aunque sea corta, pero al menos llevo zapatillas. Pienso en quitármelas y pisar el suelo directamente, pero decido quedarme así.

El mar azul parece infinito debajo del acantilado. Estoy lo suficientemente lejos del borde como para no correr el riesgo de caer, y, aun así, el esfuerzo físico que hice para llegar aquí no es la única razón de mi corazón acelerado.

Cierro los ojos, respirando hondo varias veces y sonrío para la nada cuando mi mente permanece tranquila, incluso después de estar sola e inactiva durante varios minutos. Silencio. Finalmente.

Es triste saber que no puedo quedarme aquí para siempre, pero no me aferro a ese pensamiento. Por hoy, puedo. Tengo *cannolis* y mi propia compañía, así que, antes de que se ponga el sol, no me iré, aunque aún falte mucho para eso.

Pongo mi playlist favorita a sonar suavemente y dejo el celular en modo avión. Me como todos los dulces y luego me recuesto en la hierba. Mi cabello se esparce por ella y mi camiseta se sube, dejando que la hierba roce en algunos puntos de mi espalda.

Me río sola, tratando de ver formas en las nubes, hasta que mis ojos se cierran, y ya no me esfuerzo por abrirlos nuevamente. Me quedo así durante mucho tiempo. Tanto tiempo que creo que me quedo dormida. Me despierto cuando recuerdo que me acosté en lo alto de un acantilado.

¡Por La Santa! ¿Y si me hubiera caído?

Abro los ojos, sobresaltada, y encuentro el cielo gris. Las pocas luces que atraviesan una que otra nube están siendo sofocadas por la semioscuridad que las rodea.

¿Qué tan cliché es comparar el clima con mi estado de ánimo? Cambió de repente de soleado a algo triste. Las olas también parecen más agresivas ahora que antes de que me quedara dormida. Me pongo de pie y me acerco al borde para ver mejor.

Estoy hipnotizada por la violencia con la que explotan contra las rocas, rebelándose contra la pared del acantilado y unas contra otras. De repente, es como si no hubiera más espacio en el océano para todas ellas.

El aire llena mis pulmones y un viento fuerte sacude todo mi cuerpo, pero no retrocedo.

¿Cómo sería caer desde aquí?

¿Cómo sería si muriera ahora y todo simplemente terminara? ¿El matrimonio, el miedo, las dudas? ¿Y el viento en el rostro, y los cannolis, y mis canciones favoritas? Todo.

—¿Pensando en lanzarte?

Basta con escuchar su voz para saber exactamente quién ha llegado. El susto me hace saltar hacia atrás y me doy vuelta, mirando a Tizziano, irritada.

El cabello más largo en la parte superior de la cabeza que en los laterales es sacudido por el viento, incluso con el gel haciendo su mejor esfuerzo por mantenerlo en su lugar. El *maledetto* está parado frente a la pared de hojas que esconde este lugar del camino, mirándome.

—¿Prefieres que lo haga desde un punto específico para que puedas verlo mejor?

Lo desafío con sus propias palabras, y Tizziano entrecierra los ojos, analizándome clínicamente, mientras da pasos seguros en mi dirección.

Su rostro es la misma máscara de frialdad de siempre, mientras se acerca cada vez más, haciéndome sentir que no hay suficiente aire para que pueda respirar.

Su respiración cálida toca mis labios y parpadeo, ansiosa por lo que está a punto de suceder, pero en lugar de besarme, me hace otra pregunta.

—¿Tienes ganas de morir, *bambola*?

—¿Por qué te importa?

Pregunto entre dientes, de repente irritada, y ya ni siquiera sé por qué. Tizziano cierra las manos alrededor de mis caderas y me presiona contra la parte inferior de su abdomen, hasta que ya no queda espacio entre nosotros.

—Porque hay formas más divertidas de hacerlo.

Entonces, todo da vueltas.

Sus manos se aferran a las mías, atrapándolas en mi espalda, y luego me empuja hacia el borde del precipicio hasta que quedo prácticamente suspendida, apenas con las puntas de mis pies tocando el suelo.

El viento parece disfrutar de la locura de Tizziano y sopla con más fuerza, rebelde, balanceándome al borde del acantilado, levantando mi blusa y dejando mi piel al descubierto. Mis pies vacilan y mi pecho arde en desesperación.

Mis ojos se abren de par en par, y abro la boca, necesitando ese aire que no lograba tomar antes. La sangre retumba en mis oídos y mi corazón late con fuerza en mi garganta mientras la urgencia me consume, pero no tanto como el infinito azul que tengo frente a mí.

Es aterrador, pero también es hermoso. De verdad, es tan hermoso que me hace olvidar el miedo y recordar que morir sería el final, de verdad. El final.

Puedo respirar.

La adrenalina sigue presente, manteniendo mis músculos tensos. Sollozo, mis párpados tiemblan, siento la mano fría que sostiene las mías apretar con más fuerza, y luego río, justo antes de que un tirón me regrese al suelo, dejándome de nuevo firme sobre mis pies, con Tizziano frente a mí.

Echo la cabeza hacia atrás mientras todo mi cuerpo es sacudido por la risa. Mi pecho se expande y luego se comprime, y un jadeo silbante escapa de mis labios junto con la carcajada. Hay cosas peores que la muerte.

Miro a Tizziano y me sorprende ver una emoción desconocida en sus ojos. No la reconozco, pero es tan intensa que hace que el frío abandone mis huesos y el calor cubra mi piel. Me roba el aliento y la capacidad de moverme, apagando mi risa y envolviéndonos en el más absoluto silencio.

Hasta hoy, nunca había encontrado nada más que deseo o vacío en la mirada azul de Tizziano, y ahora me encuentro sin saber qué hacer con lo que veo, porque no sé qué es. Se acerca aún más, encajando nuestros cuerpos y abrazando mi cintura con un apretón sofocante.

Abro la boca para quejarme cuando el beso no llega, pero lo único que sale de mí es un grito desgarrador de profundo abandono cuando Tizziano nos lanza al precipicio sin apartar los ojos de los míos, y una vez más, siento el alivio de la muerte susurrando, tentador, en mi oído.

Los pocos segundos que tardamos en sumergirnos en la completa oscuridad no son suficientes para construir certezas, pero no creo que pudiera pensar en una forma más divertida de morir.

15

TIZZIANO CATANEO

—¿Y si no supiera nadar? ¡Maldita sea! —grita Rafaella, retorciéndose el pelo a un lado de su delgado cuello.

La ropa empapada se le pega a cada curva, y la camiseta blanca está completamente transparente. El sujetador de algodón no tiene ningún atractivo especial, pero inclino la cabeza, admirando cómo se ajusta a las suaves curvas del cuerpo de Rafaella de todas formas.

Paso la lengua sobre mis dientes superiores, todavía sorprendido por el deseo de envolverla nuevamente en mis brazos y robarle un beso de esa boca que no para de quejarse. Han sido meses de tormento y aún no logro acostumbrarme.

—Te estaba sosteniendo, *bambola.*

—Sí, me salvé de ahogarme para estar ahora empapada, ¡y a punto de morir congelada en esta pendiente! ¡Hay un viento horrible!

Chasqueo la lengua, ignorando su dramatismo.

—Conseguí tu atención cuando dijiste que estabas mojada, pero la perdiste con todo lo demás. Para alguien que quería morir, estás muy quejumbrosa. Quítate la blusa —pido mientras desabrocho mi camisa.

—¿Qué? —pregunta con una voz aguda—. ¡Y quería morir rápido, *stronzo*! Una muerte tranquila, no después de una noche entera de hipotermia.

—Aún no es de noche, *principessa*, el clima cambió y oscureció, pero todavía es temprano.

—No me voy a quitar la blusa. —Golpea el suelo con los pies en la pendiente y me detengo.

—Sí, lo harás —aseguro, terminando de desabrochar los botones de mi camisa, y Rafaella se da la vuelta.

Sus ojos entrecerrados vuelven rápidamente a la normalidad cuando se encuentra con mi torso desnudo a su disposición. Me mira sin pudor desde los hombros hasta los vellos que se pierden dentro del pantalón, recorriendo lentamente cada uno de mis tatuajes. Rafaella muerde su labio.

—Me alegro de que te guste lo que ves, *bambola*, pero si tienes frío, vamos a solucionarlo pronto para que puedas entrar en calor.

—¿Resolver qué? —tartamudea, arrancándome una carcajada.

Es tan fácil de afectar... Hacerla llegar a un orgasmo debe ser tan simple como presionar un botón.

Doy los pasos que nos separan.

—Tu blusa está transparente, *bambola*.

Rafaella baja la cabeza y sus ojos se abren al darse cuenta de que tengo razón, como si eso ni siquiera se le hubiera pasado por la mente antes.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunta enfadada.

—Del tejido blanco, pero eso no significa que dejaré que cualquier otra persona lo vea. Quítate la blusa, escúrrela y luego póntela debajo de mi camisa.

La expresión irritada vacila cuando la sorpresa borra las líneas de su frente, y Rafaella levanta las cejas. Sus labios se comprimen porque no puede discutir. Es un buen plan, el único posible. Odiaría tener que matar a mi propio chofer; es un soldado leal de la Sagrada.

Generalmente, no soy tan quisquilloso como mi hermano mayor en cuanto a los procedimientos de seguridad. Vittorio siempre lleva cuatro hombres consigo, además de su chofer. Me gusta conducir mi propio auto y no suelo andar con más de un soldado si puedo evitarlo. Este cambio en el protocolo es solo uno de los sapos que estoy tragando durante la luna de miel del Don.

—No voy a quitarme la ropa delante de ti —declara.

—Es solo la camiseta, Rafaella. No estás quedándote desnuda.

—No me lo voy a quitar delante de ti.

—Ya estoy viendo todo —digo, señalando la ropa transparente.

—¡No lo haré!

Patea el suelo como una niña malcriada, cerrando los puños. Respiro hondo, sabiendo que lo que estoy a punto de hacer es ridículo.

Humedezco los labios, empujo el interior de mi mejilla con la lengua y me doy la vuelta, quedando de espaldas a Rafaella. Solo pasan dos segundos antes de que la oiga moverse, luego el agua escurre cuando Rafaella retuerce la tela varias veces.

—Puedes darte vuelta —autoriza.

Giro, ya quitándome mi propia camisa y ofreciéndosela. Rafaella la retuerce una vez más y se la pone, abotonando solo la mitad superior, por encima de sus caderas.

Nunca había entendido el atractivo de ver a una mujer con mi ropa, hasta este momento. Tal vez, la culpable sea la irritante manía de Rafaella de rechazar mi dominio. Su resistencia multiplica por mil mis ganas de hacerla ceder, de todas las maneras posibles.

—Gracias —dice con las mejillas enrojecidas por el frío y la vergüenza—. Pero si no nos hubieras tirado por el acantilado, esto no sería necesario.

Vuelve a quejarse y sigue haciéndolo durante todo el camino hasta el auto, aceptando mi ayuda cuando la necesita en los tramos más difíciles de la pendiente, pero negándose a hablar conmigo más allá de sus refunfuños.

No hago ningún esfuerzo por ocultar mi satisfacción. Sabía lo que estaba haciendo cuando nos empujé por el borde del precipicio. No era la primera vez que saltaba de uno, y estaba seguro de que estábamos a salvo. La posición de las rocas, la altura del salto y la temperatura del agua en esta época del año no representaban un peligro, pero la mirada de Rafaella, cuando la encontré mirando al abismo, sí era peligrosa.

Más que nadie, sé reconocer la serenidad de quien ha elegido su destino, y nunca más quiero ver eso en el rostro de Rafaella: la mirada de quien no tiene nada que perder. Sus quejas y el brillo indignado en sus ojos son un cambio que acepto con gusto.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —pregunta cuando entro al auto y me siento a su lado, en el asiento trasero.

Ella tira de mi camisa, ajustándola más a su cuerpo, completamente envuelta en la tela. La división de la camioneta ya está levantada; doy dos golpecitos y el chofer pone el auto en marcha.

—No necesito encontrar lo que nunca he perdido.

Rafaella frunce el ceño y me mira, humedeciéndose los labios.

—¿Qué quieres de mí, Tizziano?

—Todo.

Ella revuelve los ojos y carraspea con desdén antes de girarse a mirar el paisaje borroso por la ventana.

—Sabes que me voy a casar.

Solo basta la mención de Marcelo para que un escalofrío irritante recorra mi cuerpo.

—La última vez que lo comprobé, tu prometido estaba muerto.

—Y el cuerpo ni siquiera se había enfriado cuando mi padre ya estaba negociando con el siguiente —murmura, volviendo su mirada hacia mí—. Teniendo en cuenta su evidente desesperación, tal vez la próxima vez que me veas, ya pertenezca a alguien más.

Su piel blanca, como porcelana, sigue enrojecida por el frío, pero sus labios ya han recuperado el tono rosado después de unos minutos con la calefacción. Rafaella respira despacio, sus ojos azules se centran en mi rostro y su cabello es un desastre mojado.

Ella no lo ha entendido, entonces.

La desesperanza es menos definitiva que la rendición, pero aún así no combina con su rostro. Me gusta cuando cambia.

Rafaella mantiene sus ojos fijos en los míos por varios minutos, y yo dejo que lo haga. Esa es una de las cosas que me intrigan de esta mujer. Las personas no suelen mirarme mucho tiempo, la mayoría del tiempo, el miedo que sienten hacia mí les hace apartar la mirada rápidamente. Nunca me ha importado, pero admito que me he acostumbrado a ello.

Pero Rafaella no actúa así, nunca lo ha hecho, ni siquiera en nuestro primer encuentro. Y que conserve la audacia necesaria para no solo mirarme a los ojos, sino para mantener esa mirada, es casi fascinante.

Ya ha demostrado ser una mujer lo suficientemente inteligente como para saber que guarda dentro de sí una dosis saludable de respeto por su subjefe, pero no de miedo. ¿Por qué no? Y aun así, ese respeto nunca le ha hecho bajar la cabeza innecesariamente.

Su mirada cae hacia mi boca, luego vuelve a mis ojos, mientras su rostro adquiere un aire grave, como si satisfacer sus deseos, constantemente ignorados y a la vez tan evidentes, fuera una decisión demasiado importante para tomarla a la ligera.

Me gusta observarla, ver cómo todos esos sentimientos atraviesan su rostro y se mezclan con la necesidad que es imposible ignorar entre nosotros. Pero cuando finalmente se decide, lo hace por los motivos equivocados. El temor que sigue atrapado en sus ojos es toda la prueba que necesito.

Su cuerpo se inclina hacia adelante y, respirando lentamente, Rafaella une nuestros labios en un movimiento decidido. Su lengua recorre la mía, luego se enreda en ella, marcando el ritmo. Le doy lo que quiere, pero no dejo que el beso dure mucho.

Se abraza a sí misma, frotando las palmas de las manos sobre sus brazos, tratando de

calentarse más rápido, sintiéndose avergonzada cuando yo me aparto.

—Si hubiera sabido que lo único que necesitabas para lanzarte a mis brazos era un compromiso con otro hombre, te habría conseguido uno antes —provoco, y la desolación en su mirada se convierte rápidamente en ese fuego que tanto me gusta.

—¡Eres un cerdo! —acusa, y yo sonrío de la forma que sé que la enfadará más.

Acerco nuestras caras, invadiendo su espacio personal hasta el límite que mantiene nuestras bocas separadas.

—¿Y eso qué te hace a ti?

Tomo su mano y la llevo a mis labios. Beso cada una de sus falanges, pero Rafaella la aparta de mí, enojada. Gruñe y aprieta los dientes, mirándome furiosa por varios segundos, con los labios y las fosas nasales temblando, como si estuviera librando una gran batalla interna.

—Gracias por venir a buscarme.

—Ya te lo dije, *principessa*, no vine a buscarte. Vine a llevarte a casa.

16

RAFAELLA ESPOSITO

Me detengo en la puerta de la sala, parpadeo, y cuando la imagen no cambia, me froto los ojos con los puños cerrados. ¿Estoy soñando despierta? ¿O sigo en la cama, soñando que desperté?

Mi madre está prácticamente bailando mientras prepara la mesa del desayuno más abundante que he visto en esta casa en toda mi vida. Sofia sonríe y mueve los brazos con gestos exagerados y teatrales, mientras tararea la música que suena en la radio con un tono agudo y lleno de adornos.

—¡Ah, te despertaste! —grita emocionada al girarse y verme en la entrada, todavía en pijama.

Parpadeo, y ella se acerca a mí, toma mis manos y prácticamente me arrastra hasta la mesa. Descubrir que soy la razón de su entusiasmo me sorprende más que su euforia.

Desde nuestra discusión en la cocina, hace unos días, no hemos estado en los mejores términos, y pensé que el anuncio de mi padre, en la cena pasada, haría que su comportamiento conmigo fuera aún más hostil.

Como si algún ángel hubiera escuchado mi conversación con Tizziano y dicho amén, descubrí anoche que ya estoy comprometida, otra vez. Al parecer, mi padre y el tal Michelle, con quien lo escuché hablar durante el velorio de Marcelo, llegaron a un acuerdo sobre el precio que valgo. ¡Qué barbaridad!

Y eso ni siquiera es lo mejor. También descubrí por qué nunca había visto a Michelle antes: él no es miembro de la Sagrada, sino de la Cosa Nostra, nuestra mafia hermana. Lo que significa que, si en algún momento las dos mafias entran en guerra, me convertiré en enemiga de mi propia familia.

Me gustaría creer que la indiferencia de mi padre ante esta posibilidad se debe a su confianza en la solidez de nuestra alianza con la Cosa Nostra, pero considerando su prisa por deshacerse de mí, está claro que simplemente no le importa.

—¡Ven, ven! ¡Preparé una mesa digna de mi princesa! Tenemos muchas cosas que decidir.

—¿Decidir? ¿Sobre qué? —pregunto genuinamente confundida, no sabiendo si realmente desperté.

¿Será esta una nueva modalidad de pesadilla? Si es así, creo que puedo decretar que La Santa me odia.

—¿Cómo que sobre qué, Rafaella? ¿Sigues dormida, hija mía? ¡Sobre tu boda! Tenemos que decidir el lugar, los colores, y especialmente la fecha. ¡Tenemos que decidir la fecha lo más pronto posible! —declara, aplaudiendo como una niña que acaba de recibir la bolsa de dulces más grande del mundo.

Frunzo el ceño sin entender absolutamente nada mientras mi madre se ocupa de preparar un plato de desayuno para mí. Noto que hasta hay *cannolis* en la mesa. ¿Ahora está emocionada con la boda?

—¿Tú... cambiaste de opinión sobre la boda? —Consigo organizar mis pensamientos lo suficiente para preguntar—. Pensé que habías dicho que no te gustaba el novio con el que papá estaba negociando.

Se detiene, gira solo su rostro hacia mí y me mira como si fuera estúpida. Mi madre tuerce los labios, baja el plato, lo coloca sobre la mesa, y chasquea la lengua.

—Lo que diga tu padre no importa, Rafaella, no seas tonta —retrocedo, sintiendo cómo la arruga en mi frente se profundiza. ¿Mi madre enfrentando a mi padre? Esto, definitivamente, es una novedad—. No después de lo que pasó ayer —canta—. ¡Sabía que me escucharías! ¡Lo sabía! Cuando me dijeron que llegaste a la Cantina con el subjefe, tuve que contenerme para no salir bailando por la cocina de la signora Anna —confiesa—. Es verdad que usar su camisa fue un poco exagerado, pero no importa. Cuantas más pruebas, mejor.

Entonces fue eso...

Me dejo caer contra la silla, dejando que todo mi peso recaiga sobre el respaldo, mientras cierro los ojos y tomo una inspiración profunda.

—¡Lo sabía, hija mía! ¡Sabía que no serías cruel con nuestra familia! Solo estabas confundida, ¿no? —pregunta con una sonrisa en la voz—. Pobrecita, crié a una buena niña —mi madre apoya sus manos en mis mejillas y besa mi frente—. Ahora come, necesitas estar bien dispuesta para todo lo que haremos hoy. ¡Vamos, vamos! Ya le avisé a Luigia que hoy no vamos a trabajar. Eso es otra cosa que tenemos que decidir, cuándo lo vamos a hacer oficial. La novia y la suegra del subjefe no pueden seguir trabajando como empleadas en la mansión.

—Mamá... —Empiezo, abriendo los ojos.

—Ya me lo imagino, hija mía: desfilando con los vestidos más hermosos en los eventos de la *famiglia*, matando de envidia a las otras chicas, ¡la segunda dama de La Santa! —me interrumpe, delirando aún más, y remata todo con una deliciosa carcajada—. ¡Mi niña! ¡La esposa del subjefe! —vibra—. Michelle le pidió a tu padre una boda rápida. Cosmo fijó la cena oficial de compromiso para dentro de unos días, pero ya estoy planeando un té con Concetta para que parezca que te enfermaste terriblemente...

—Mamá, ¿de qué estás hab...

—Así —continúa en su delirio como si yo no hubiera intentado hablar—, solo tu padre y yo iremos a la cena. Con suerte, cuando me disculpe por tu frágil salud, conseguiremos más que posponer el compromiso y la boda. Pero incluso si no tenemos suerte, encontraremos la manera de darte más tiempo para atrapar al subjefe.

Me arroja toda esta información como si estuviera hablando del clima, y me siento mareada, sin saber si quiero gritar por estar una vez más atrapada en un matrimonio apresurado, por el odioso compromiso o por la locura de mi madre. Tal vez quiera gritar por las tres cosas hasta quedarme sin voz.

—¡Mamá! —esta vez hablo alto y firme, y ella finalmente interrumpe sus propios delirios para escucharme—. ¡Todavía soy virgen! —declaro en voz alta y clara para que no quede ninguna duda de que sus alucinaciones no son más que eso: alucinaciones .

Sofia abre la boca y lleva la mano al pecho, mirándome por unos segundos con una mezcla de horror e indignación en su rostro antes de recuperarse. Se endereza de la posición inclinada en la que aún estaba, finalmente deja de servirme, luego se deja caer en la silla a mi lado y se humedece los labios.

Su exhalación es larga, lenta y ruidosa, como si la hubiera apuñalado y necesitara tiempo para lidiar con la hemorragia.

—Bueno, confío en que resolverás ese problema lo antes posible —asegura al fin. Y ahora, es mi boca la que se abre.

Intento hablar varias veces y en ninguna de ellas logro producir sonido alguno. Esto no puede estar pasando realmente.

Apoyo los codos sobre la mesa y llevo el rostro a mis manos. Mis dedos se infiltran entre las raíces de mi cabello en la línea de la frente, y mi deseo es arrancarlos hasta que no quede ninguno.

—Y necesitas estar impecable esta noche —me avisa—. Tendremos una jornada de limpieza en la parroquia de la cantina para las festividades del día de La Santa. Nos ofrecí como

voluntarias, necesitamos comenzar a ganarnos el favor de las fieles. No queremos que hablen de ti lo mismo que hablan de tu amiga.

—¡Mamá! —Protesto y ese es mi límite.

Me levanto de la silla, arrastrándola por el suelo con un chirrido estridente y salgo de la sala sin haber probado ni un maldito *cannoli*. Perdí el apetito.

¿Puede empeorar mi vida?

***

Necesito aprender a mantener la boca cerrada, o al menos a dejar de hacer o pensar cosas que hagan que mis ángeles de la guarda, y tal vez hasta la propia Santa, se sientan desafiados.

Sacudo la cabeza, manteniendo una pequeña y falsa sonrisa pegada en mi rostro mientras el sacerdote sigue felicitándome por la boda. Alguien debería darme una medalla por esto.

¡Mejor aún! Merezco ser canonizada por no salir corriendo y gritando, después de escuchar de la boca del propio sacerdote que la Parroquia ya está reservada para mi boda, dentro de tres semanas. ¡Tres putas semanas!

—Michelle se está preparando para dejar Italia —el padre Armando suelta otra novedad en mi regazo, sin importarle ser el mensajero de noticias amargas, o creyendo que ya las sé todas —, por eso la boda es tan rápida, ¿no? Me alegra que vayas a tener la oportunidad de ver más del mundo fuera de estos muros.

Su sonrisa amable comprime todo dentro de mí. Es un buen sacerdote, nunca juzga y siempre brinda apoyo. Durante mi adolescencia, pasé mucho tiempo en esta parroquia, huyendo de casa y de las expectativas de mi madre. El padre Armando nunca me hizo sentir vergüenza por ello, es más, siempre me hizo sentir muy cómoda para decir lo que realmente quería, incluso si no era lo que mis padres planeaban. Sofia nunca lo supo, y en nuestro mundo la confianza vale mucho más que el dinero.

El deseo de arrastrar al padre a la sacristía y vomitar todos los sentimientos que luchan dentro de mí es grande, pero el bullicio a mi alrededor, de al menos dos docenas de mujeres yendo y viniendo con cubetas, escobas y trapeadores, lo hace imposible.

Esta noche, las paredes de la congregación han ganado oídos, y, a diferencia de los del sacerdote, estos no son nada confiables.

Hago lo que puedo: fijo la sonrisa en mi rostro para que no se desvanezca bajo ninguna circunstancia y asiento con la cabeza, coincidiendo con cada palabra que sale de la boca del hombre frente a mí sobre mi supuesta libertad. Y en otro probable ardid de los ángeles que están

molestos conmigo, mis ojos se posan en una esquina de la pintura del techo que nunca había visto antes.

Sé describir con perfección a los ángeles desnudos esparcidos por la superficie abovedada, las nubes, y puedo recitar de memoria los colores de los pañuelos que cada una de las decenas de figuras tiene en las manos. Pero ese pájaro, dentro de una jaula dorada, en la esquina, cerca de la ventana de vitrales, nunca lo había visto. O si lo vi, no me importó lo suficiente como para recordarlo.

Los pájaros enjaulados nunca habían sido objeto de mis pensamientos antes. Tal vez lo estoy viendo ahora porque estoy a punto de vivir una vida similar a la suya: encerrada en una jaula de lujo. Si es que es de lujo. Eso es algo que ni siquiera puedo asegurar aún. Pero, ¿para qué la prisa? En tres semanas, lo descubriré.

17

TIZZIANO CATANEO

Ella está lo suficientemente distraída para no darse cuenta de mi llegada, a pesar del espejo a pocos pasos de distancia. Su aroma a jazmín me alcanzó en cuanto puse un pie en el umbral de la casa, mucho antes de llegar al clóset.

No me sorprende sentirlo a esta hora. Hay algo en su fragancia que, al igual que su dueña, se esparce por todas partes. Desde que "rescaté" a Rafaella del ala de Vittorio, parece que han colocado ramos de jazmín por toda mi casa. O tal vez, su olor se ha impregnado en las paredes de mi nariz, y este es solo uno de los muchos efectos nuevos que esta mujer tiene sobre mí.

El cabello recogido en el moño que siempre usa para el trabajo ya tiene algunos mechones sueltos. Esos mechones se balancean frente a su rostro cuando Rafaella se pone de puntillas para alcanzar una repisa alta.

El uniforme a medio poner, sin el saco del traje y con las mangas de la camisa blanca arremangadas hasta los codos, se estira, pero lamentablemente no me muestra ni un pedacito de su piel suave.

Me toma solo dos segundos llegar hasta ella, sin pensar en nada más. De hecho, cuando ella está en la habitación, tengo que hacer un esfuerzo consciente para no moverme en su dirección.

—Ahora solo me estás provocando —susurro, aprisionando su cuerpo entre el armario y el mío. Ella deja de moverse, manteniendo el brazo extendido incluso después de haber colgado la percha en su lugar, y exhala despacio. Los vellos de su nuca se erizan, invitándome; rozo mi nariz en ese punto, planto un beso en su cuello e inhalo su delicioso aroma directamente de la fuente—. ¿Te quedas hasta tarde y dentro de mi habitación, *principessa*? —chasqueo la lengua —. Si querías verme, solo tenías que pedirlo, habría llegado antes para ti. —Beso la parte trasera de su oreja, y Rafaella se derrite, dejando que su cuerpo caiga contra mi pecho.

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando —murmura, fingiendo inocencia.

Hundo mis dedos en su cintura, mis labios invaden el cuello de su camisa, besando la piel de su cuello y tratando de llegar a su hombro a pesar del tejido. La giro con un movimiento rápido, sus ojos están cerrados, sus mejillas están calientes, y su respiración ya es irregular. Sus ojos se abren, me mira con inseguridad, el mismo gesto que tenía en el auto, el día que saltamos

del acantilado, después de que me besó y yo me retiré.

Tan inocente... Si fuera un hombre bueno, o al menos un hombre mejor..., pero no lo soy. Si Rafaella me diera la oportunidad, la devoraría por completo, cuerpo y alma, hasta que no quedara nada. De hecho, lo haré. Si no recibo la oportunidad, tengo la intención de robarla.

La miro, intentando entender cómo es posible que me sienta tan curioso por todo lo que la rodea. Ella muerde su labio rosado, luego mira mi boca, y sonrío, encontrándola aún más deliciosa. Siempre la encuentro más deliciosa que la última vez que la vi.

La existencia de esta mujer me enloquece. Lamo sus labios. El sabor de su boca, a diferencia de su olor, es efímero. Nunca consigo tenerlo conmigo el tiempo suficiente, y es lo suficientemente adictivo como para que siga volviendo por otra dosis, una y otra vez.

Deshago su moño y sus cabellos rubios caen como una cortina por su espalda, rozando mi brazo. Enredo mis dedos entre ellos hasta agarrarlos con fuerza en la raíz. Rafaella jadea y vuelve a cerrar los ojos, entregada. Río en voz baja. Los días en que simplemente ya no puede resistirse son, sin duda, mis favoritos.

Doy un paso adelante, empujándola contra el armario, y al inspirar profundamente, sus pechos rozan mi pecho. Lamo su boca otra vez, pero en lugar de alejarme al final, la beso.

Mis labios devoran los suyos con una añoranza y una necesidad injustificables y, al mismo tiempo, indiscutibles. Rafaella entrelaza su lengua con la mía, devolviendo cada lamida, chupada y mordida con igual intensidad. Ella sube las manos hasta mi cuello, metiendo una bajo el cuello de mi camisa, hundiendo sus dedos cálidos en mi piel, mientras que la otra rasguña mi cuero cabelludo. Su cuerpo se inclina, ofreciéndose a mí, poniendo a prueba mi control con dosis insensatas de deseo. Sus suspiros, mezclados con gemidos bajos, erizan mi piel y despiertan en mí un deseo increíble de arrancar más sonidos de su boca traviesa y deliciosa.

Cada centímetro de ella lo tomo con avidez. Deslizo mis dientes por su mandíbula, arañando su piel y lamiendo su garganta, chupando un pequeño atisbo de su escote antes de volver a sus labios y susurrar contra ellos.

—¿Cambiaste de opinión, *princesa*? ¿Te cansaste de torturarnos a los dos?

Chupo su labio inferior para retrasar la respuesta de siempre, pero esta vez no llega. Rafaella abre los ojos y me mira en silencio, dudando. El azul de sus ojos ha sido casi completamente consumido por sus pupilas dilatadas, y el círculo amarillo en el centro de ellos ha desaparecido.

—Puede que sí —dice en voz baja.

Su respiración cálida y entrecortada se mezcla con la mía por varios minutos. *¡Ah, bambola!* Suelto una risa áspera, aparto las manos de su cuerpo y pego mis labios a su oído.

—Voy a contar hasta tres —susurro—, y cuando termine, nada me detendrá. —La respiración de Rafaella se vuelve aún más peligrosa ante la advertencia—. Uno. —Rozo la punta de mi nariz por la curva de su oreja, chupo el lóbulo y soplo. —Dos. —Muerdo la línea de su mandíbula hasta llegar a su barbilla y lamo el camino de vuelta hasta sus labios.

La beso otra vez, devorando su boca hasta que ella implora, apretando mi cuello, por aire. Solo entonces retrocedo para mirarla. Ella traga con dificultad, parpadea lentamente, y cuando mi boca se abre para decir "tres", Rafaella se da la vuelta y se va.

18

RAFAELLA ESPOSITO

—¿Estás ahí o te quedaste congelada? —pregunto cuando la imagen de Gabriella se queda estática por demasiado tiempo.

Ella cierra la boca, asintiendo con la cabeza. Mi amiga se aparta el cabello detrás de las orejas y apoya las manos sobre la mesa donde está el celular. Su piel está aún más bronceada de lo habitual, y hay un brillo casi cegador en sus ojos. Está feliz. O al menos lo estaba, antes de esta llamada.

—*Lo estoy* —confirma, parpadeando con expresión perdida—. *Entonces, ¿te vas y ni siquiera sabes a dónde?*

—Creo que lo descubriré hoy. Mi *mamma* realmente logró que pareciera que estaba enferma para que no asistiera a mi propio banquete de compromiso la semana pasada, y ha mantenido la mentira lo suficiente como para que mi querido prometido no haya venido a conocerme en persona aún, así que no hemos tenido la oportunidad de hablar.

Gabriella asiente, como esos muñequitos de porcelana en el tablero del auto.

—*¿No quieres conocerlo?* —pregunta en voz baja, notando mi evidente falta de entusiasmo.

—¿Qué diferencia habrá? —Me encojo de hombros—. Si tuviera la oportunidad, preferiría aprovechar mis últimos días a solas tanto como pudiera.

—*Luigia debe de sufrir un colapso al perder a dos empleadas a la vez.*

Bufo.

—Ojalá me hubiera perdido a mí. Aún me obligan a trabajar. Faltar comprometería el plan que mi *mamma* asegura que estoy llevando a cabo. Michelle no forma parte de la Sagrada, no sabe lo que pasa dentro de la Cantina. Fue fácil mantener la mentira, hasta que mi papá se cansó de las artimañas de mi *mamma* y dejó claro que no postergaría la boda. Según él, no necesito estar saludable, solo necesito poder decir "sí" y, si ni eso puedo hacer, con que asienta con la cabeza será suficiente.

—*¡Es horrible!* —lamenta en un murmullo, parpadeando varias veces.

—Al parecer, mi prometido tiene un viaje muy importante planeado y no está dispuesto a

cambiar ni una coma en los planes que ya hizo —digo, soltando una risa incrédula.

—*¡Oh, Dios!*

Gabi exclama sorprendida. Realmente no entiendo cómo pudo haberse enamorado del Don y aún sorprenderse con mentiras y manipulaciones. Las dos cosas me parecen imposibles de conciliar.

—*Pero, ¿y si estuvieras realmente enferma? ¿Y si no pudieras viajar?*

—¿Quieres saber qué dicen los rumores en el castillo?

—*¿Qué dicen?* —Me responde con el ceño fruncido. Yo chasqueo la lengua.

—Que, según escucharon de los hombres que conocen a Michelle, él no cambiará ningún plan. Ni siquiera canceló las acompañantes que había contratado para el viaje, aunque encontrara una esposa en el camino.

Los ojos de mi amiga se agrandan y veo en ellos todo el asco y horror que sentí la primera vez que escuché esa información. No sé si es verdad, pero no me sorprendería si lo fuera.

Todavía recuerdo el tono, la forma en que ese hombre se refirió a mí en el funeral de Marcelo, como si no fuera más que una mercancía. Un peso del que podría librar a mi propio padre.

¿Sería tan improbable que alguien que piensa así sobre la mujer con la que se va a casar, también planee restregarle prostitutas en la cara? No lo creo.

—*Las habladurías son crueles, Rafa.* —Gabi lo intenta, y yo solo le dedico una mirada con la ceja arqueada—. *¿Cómo te sientes?* —Cambia de enfoque.

—¿Honestamente?

—*¡Claro!*

—No tengo idea. Si eso es un hecho y no un rumor, o planea dejarme en paz, y por eso las prostitutas, lo que en lo personal creo que sería una bendición. O para él, no valgo ni un centavo más que ellas y un anillo no significa que deba recibir un trato especial.

—*Yo podría...*

—No —la interrumpí, sabiendo exactamente lo que venía a continuación.

—*¡Tienes que dejarme intentarlo, Rafaella!* —insiste ella—. *Si me dejas hablar con Vittorio, él podría interceder.* —Su tono lloroso hace que parezca que ella es la que está a punto de ser entregada en un matrimonio arreglado, no yo.

En la realidad en la que creció mi amiga, cosas así no eran más que escenas de películas y libros. Aún recuerdo su absoluto horror cuando le conté quién era el Don.

Gabriella había sido secuestrada, arrastrada a un país al otro lado del océano de donde nació, estaba viviendo en la Cantina desde hacía días, y aun así, su mente no pudo interpretar lo obvio y entender que había caído en las garras de la mafia italiana. Era demasiado surrealista para que pudiera siquiera considerarlo. No es que importe ahora.

—No hay nada que el Don pueda hacer, Gabi. A menos que algo ande mal, la autoridad de un padre es soberana en su casa, y mi papá no está haciendo nada diferente de lo que hacen todos los demás —repito por lo que debe ser la décima vez—. También tienes que empezar a prepararte para esto —le recuerdo, porque enamorada o no, ella tomó una decisión al casarse con el Don.

Un día, serán las hijas de Gabriella las que pasarán por esto. No creo que Don Vittorio sea tan indiferente al hombre que se case con su hija como lo es mi padre, no si se preocupa por Gabriella, y el amor que mi amiga siente por su esposo me hace creer que sí lo hará.

Ella no lo soportaría. Solo pensar en eso ahora, cuando ni siquiera tiene hijas por las que sufrir, hace que sus ojos se llenen de lágrimas, la realidad la destrozaría. Ya la está destrozando, poco a poco, en realidad, gracias a otra elección que hizo mi amiga al casarse con el Don.

Gabriella parpadea y sacude la cabeza.

—*No desviemos el foco de esta conversación* —Protesta—. *El asunto eres tú y lo que haremos para resolver esto.*

La amo un poco más por incluirse, por querer aliviar un poco la carga compartiéndola conmigo. El problema es que el peso de ser quienes somos no entiende de matemáticas.

—No hay nada que resolver.

—*I...* —empieza, pero se detiene, inclina la cabeza y cierra los ojos. —*Me mata que no puedas elegir, Rafa. Me mata que tengas que obedecer, que tu voz no tenga importancia en tu propia vida.* —Sonrío levemente, tratando de consolarla.

Gabriella se levanta de la silla y ahora puedo ver su cuerpo entero.

—*¡No necesitas sonreírme!* —dice con firmeza, estirando el brazo hacia el móvil por el que estamos hablando. La tela de su vestido largo y holgado se balancea con su enérgico movimiento—. *No necesito tu consuelo, ¡soy yo quien debería consolarte a ti!*

Humedezco mis labios antes de morderme el inferior y reír de verdad, aunque la situación no tenga nada de graciosa. La indignación de Gabi es lo más cercano a algo reconfortante que

puedo tener.

—No hay nada en este mundo que pueda consolarme —digo con sinceridad—, pero saber que te importo, que a alguien le importo, hace la diferencia, amiga. —Me encojo de hombros—. Y estoy feliz de que al menos ya hayas regresado. No tendré que pasar por esto sola —admito en voz baja.

—*¡Por supuesto que estaré contigo! Volvería antes si fuera necesario*.

—El Don no interrumpiría su propia luna de miel por la boda de una don nadie como yo, Gabriella. No tendría sentido.

—*No es solo su luna de miel. Y se lo pediría amablemente*.

—¿Aprendiendo a intercambiar favores sexuales? ¡Bien hecho, amiga! —me burlo, incapaz de perder la oportunidad.

Gabriella abre los ojos de par en par y se queda boquiabierta.

—*¡No es nada de eso! ¡Dios mío, eres terrible*!

Echo la cabeza hacia atrás, riendo, y siento que mi pecho se vuelve mil kilos más ligero de tanto reír. La última vez que me había reído fue con Tizziano, segundos antes de que nos tirara por el acantilado. *Hombre detestable*.

—*¿En qué estás pensando?*

—¿Qué? —disimulo, girando el rostro para evitar la mirada inquisitiva de mi amiga. Cuando vuelvo a mirarla unos segundos después, tiene los ojos entrecerrados.

—*Tenías una expresión graciosa en el rostro, ¿en qué estabas pensando?*

—En ti, tratando de chantajear al Don con sexo —miento, viendo cómo sus mejillas se ponen rojas. Bajo la voz hasta que apenas es un susurro cuando digo mis siguientes palabras—. ¿Cómo funciona eso? ¿Lo atas...

—*¡Por La Santa! ¡Basta!*—grita.

Mira de un lado a otro, obviamente preocupada de que su esposo, que ni siquiera está en la misma habitación, haya oído. Esta vez, río tanto que lágrimas brotan de mis ojos.

—Te quiero —digo cuando logro volver a respirar normalmente—. Eres una amiga increíble. Gracias por ser mi fenomenal amiga.

—*¿Porque te hice reír?*

—Por no soltarme la mano.

Frunce la nariz de una manera graciosa y sacude la cabeza de un lado a otro, desestimando mis palabras.

—*¿Qué planes tienes para esta noche?*

—Pensé en aparecer en el restaurante como una mendiga. ¿Qué te parece? —Es su turno de reír—. Estoy bromeando. Solo me voy a sentar ahí y esperar a que termine. Creo que hacerlo sentada será un buen entrenamiento para cuando tenga que hacerlo acostada.

Mi comentario final borra cualquier rastro de sonrisa de la cara de mi amiga, pero ella no dice nada al respecto.

—*¿Me llamarás si necesitas algo?*

—¿Algo como llorar escondida en el baño del restaurante?

—*Lo que sea.*

Sonrío.

—Te llamaré...

19

RAFAELLA ESPOSITO

Debería haber venido vestida como una mendiga.

Tal vez esto no avergonzaría a Michelle tanto como nos están avergonzando a nosotros, pero podría ser suficiente para que nos echara y acabara con esta humillación de una vez por todas.

La espera de casi una hora afuera del restaurante responde todas las preguntas que no me hice. Mal momento para acordarme del *maledetto* llamándome *principessa*.

Una vocecita tonta e ilusa susurra en mi cabeza que Tizziano nunca me pondría en una situación así. Sí, claro.

Nos encontramos algunas veces después de aquel día en que me rescató del precipicio, después del beso. Lo que fue más que entre el anuncio del primer compromiso y el funeral de Marcello, pero mucho menos de lo que mi madre esperaba.

Al día siguiente de mi descanso, cuando llegué a su ala para trabajar, él ya se había ido, pero había una nueva nota esperándome, decía "¡Felicidades!" y nada más.

Al principio, me preocupaba que Tizziano interpretara ese beso como una luz verde, porque no lo era. No debería haberlo hecho, fue un desliz.

Mis sentimientos eran un desastre, la adrenalina corría por mis venas, el frío calaba en mis huesos, y Tizziano estaba ahí, tan cerca, su aroma envolviéndome, intoxicándome, su mirada desnudándome sin pudor alguno, su presencia consumiéndome y su boca, tan tentadora... No sé qué me pasó.

Pero el tiempo demostró que no tenía de qué preocuparme, nada cambió. El subjefe siguió siendo tan inconveniente como siempre, aprovechando cada oportunidad para acorralarme, nada fuera de lo común. Y, tal vez, yo facilité que eso ocurriera una o dos veces, pero solo hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo y me detuve.

Aliso el vestido negro en mi cuerpo —el mismo del funeral, me pareció apropiado— y mantengo la cabeza erguida, ignorando las miradas curiosas dirigidas a mi familia. Al menos, el restaurante no es uno de la Sagrada, o mañana esta situación sería el tema principal en los pasillos de la Cantina.

—Esto es un absurdo —murmura mi madre, lo suficientemente bajo para que solo yo la escuche—. Fijar la cena aquí porque ya tenía una reunión en el restaurante era ultrajante, ¡pero esto! ¡Esto es humillante!

Se remueve, ajustando innecesariamente las mangas de su elegante vestido rosa pálido. Su rostro maquillado, con una mezcla de vergüenza e ira, se contrae en una mueca cada vez más profunda, y lanza dagas con la mirada hacia la puerta cerrada, como si la madera y el vidrio tuvieran la culpa de cómo nos están tratando.

Miro a mi padre, estudiando su reacción silenciosa. Su rostro y cuello están enrojecidos, y sus labios están apretados en una fina línea. Sus hombros están tensos y esconde sus manos cerradas en puños, en los bolsillos de sus pantalones.

No debería sentirme esperanzada, pero las acciones de Michelle están haciendo que sea muy difícil no hacerlo. Ni siquiera puedo medir el tamaño del desprecio que esta noche está mostrando y apenas ha comenzado.

Si algo haría que mi padre desistiera de este matrimonio, es el desdén. Los hombres de poder no permiten que su ego sea herido.

Mi madre tiene razón. El lugar de la cena de compromiso no debería haberse elegido en función de la conveniencia de la agenda de negocios del novio, pero esa ni siquiera ha sido la peor ofensa hasta ahora. Michelle debería al menos haber reservado una segunda mesa dentro del restaurante si su encuentro tenía alguna posibilidad de retrasarse, pero eso no fue lo que hizo.

Ahora, el lugar está lleno y no podemos entrar hasta que mi prometido termine sus asuntos, cosa que no parece tener prisa por hacer.

La puerta se abre y una joven, de largo cabello oscuro y vestida completamente de negro, pasa por ella, sonriendo.

—¿Señor Esposito? —llama, y mi padre se presenta—. El señor Rossi está listo para recibirlos —avisa, indicándonos el camino con un gesto.

La seguimos hacia el interior y nos encontramos con un ambiente sofisticado, con cortinas pesadas y oscuras, candelabros de cristal y mesas cubiertas con finos manteles.

La empleada nos conduce por el salón hasta llegar a una mesa redonda de diez lugares aún con vajilla y servilletas de tela sucias, rodeada por hombres de pie que se despiden de alguien que reconozco como Michelle.

No es la primera vez que lo veo, pero es la primera vez que le presto atención. Es definitivamente más joven que Marcelo, y también más atento con su apariencia.

Michelle no tiene una barriga prominente, y su cabello gris es abundante y está perfectamente peinado hacia atrás. La barba está bien recortada y lleva un traje sin corbata, impecable. Es alto y su aspecto podría considerarse razonable, si no fuera por algo a su alrededor que me eriza la piel de una manera nada agradable.

—Carmo, ya hablo contigo —dice con desdén, sin lanzarnos ni una mirada, cuando llegamos a la mesa.

Mi padre aprieta los dientes, irritado, y yo miro de él a mi madre, sin saber qué hacer. ¿Deberíamos sentarnos en la mesa sucia? ¡Por La Santa! Esto solo empeora. No es que me queje, claro. Esta noche, mientras peor, mejor.

Los invitados de mi prometido se van sin dirigirse a ninguno de nosotros. Después de varios minutos, aún quedan tres y mis padres y yo seguimos de pie. *¡Esto es ridículo!* Michelle habla con cada uno de ellos antes de finalmente concentrar su atención en nosotros tres, pero no por completo.

—Siéntense —ordena, en lugar de pedir, ya jalando su propia silla mientras revisa su celular.

Miro la mesa sucia, mi madre hace lo mismo, pero nuestros gestos no significan nada para Michelle. Sigue ocupado con el aparato y solo levanta la vista cuando se da cuenta de que ha pasado más que suficiente tiempo y no nos hemos sentado.

Él fija su mirada en mi padre, esperando. Hago lo mismo, esperando que este sea el momento en que ponga fin a todo esto y finalmente nos vayamos.

No es lo que sucede.

Carmo jala la silla y se sienta en la mesa sin recoger. Parpadeo, sorprendida, pero trago en seco y lo imito. Mi madre tarda un poco más en ocultar su sorpresa y unirse, pero también lo hace.

—Siéntate a mi lado para que podamos resolver esto. —En lugar de pedir disculpas, Michelle da otra orden en cuanto me acomodo en la silla. Busco nuevamente instrucciones en la mirada de Carmo y él asiente, indicándome que obedezca. Tardo en creerlo—. Vamos, niña, no tengo toda la noche.

La brusca advertencia hace que mis piernas se muevan, me levanto, rodeo la mesa y me siento en la silla al lado de Michelle. El olor acre, una mezcla de sudor, licor fuerte y tabaco, oculto bajo la ropa bien cortada, golpea mi nariz inmediatamente de manera repugnante. Una mano grande y áspera se posa sobre mi muslo y vuelvo a mirar a Carmo, ahora, con los ojos bien abiertos.

Él no puede ver a través del mantel, pero estoy segura de que puede entender, por la evidente cercanía del brazo de Michelle, lo que mi prometido está haciendo. Es inapropiado de tantas maneras diferentes, que ni siquiera podría contarlas.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, temiendo lo que pueda pasar. Quiero que el compromiso termine, pero prefiero evitar un derramamiento de sangre por mi honor, si es posible. Michelle no forma parte de la Sagrada, no hay necesidad de llevar el caso al Don, mi padre puede simplemente reaccionar como mejor le parezca, aunque eso signifique violencia.

Excepto que no lo significa.

Mi padre no dice nada y mantiene los ojos deliberadamente por encima del cuello de Michelle, y si eso no fue la gota que derramó el vaso, nada más lo será.

El asunto con la esperanza es que no es como un virus, que se propaga de manera sectorial, es como un incendio, dominando, consumiendo y destruyendo. El aire me falta cuando me doy cuenta de que la mía fue en vano. Este compromiso va a suceder.

El latido descontrolado de mi corazón se calma de repente, como si incluso él hubiera dejado de luchar. Una presión repentina domina mis oídos y observo con los ojos ardiendo a Michelle llamar al mesero y pedir una botella de espumante.

Ni siquiera se molesta en pedir que limpien la mesa.

¿Por qué nadie limpia la maldita mesa?

Hago lo que le dije a Gabriella que haría, vivo los siguientes minutos en piloto automático. Veo una conversación entre los dos hombres desarrollarse, pero no presto atención.

Los restos de comida provocan mi olfato y revuelven mi estómago. Mantener la bilis contenida en la garganta es solo una tarea más de la que mi cerebro sobrecargado debe preocuparse.

La bebida llega, no sé si rápido o despacio, junto con copas limpias. La vajilla y las servilletas sucias finalmente son retiradas después de que se sirve el espumante.

Michelle saca un anillo del bolsillo interno de su saco. La joya estaba suelta ahí dentro, sin caja ni nada. Él levanta mi mano derecha, desliza la alianza simple por mi dedo sin preguntar nada, y el anillo quema mi piel, pesa en mi brazo.

Dejo de lado la sensación de opresión en mis oídos para escuchar lo que dice cuando levanta su copa en el aire.

—Por un negocio más exitoso —brinda, mirándome—. No importa cuántas joyas coleccione, siempre es emocionante cuando consigo añadir una nueva al harén. —Sus labios se

curvan y su mirada se fija en mi garganta un segundo antes de que trague saliva, como si supiera que esa sería la reacción que sus palabras me arrancarían y le gustara—. Tú, Rafaella, eres una bellísima joya que me alegra adquirir. —Baja la voz, diciendo la última frase solo para mí. Sus labios se entreabren lo suficiente para que vea los dientes amarillos dentro de su sonrisa, demasiado lasciva para un espacio público. Cuando Michelle continúa hablando, lo hace tan bajo, que me pregunto si realmente escuché—. Y qué suerte tienen mis amigos por no ser un hombre egoísta y por gustarme compartir lo bueno que tengo con aquellos que son menos afortunados.

20

TIZZIANO CATANEO

—Levántate. —Gianni mantiene abierta la puerta de la oficina, en el centro de entrenamiento de La Santa, mientras pasa por ella. Instintivamente, alzo la mano para atrapar las llaves que me lanza antes de siquiera apartar la vista de la pantalla de la computadora—. Nos vamos.

—¿Dónde está el incendio? —pregunto ya de pie, porque si mi abogado dice que nos vamos, nos vamos.

—Probablemente en tu cabeza. ¿Alguien más aparte de mí tuvo el valor de entrar en esta sala hoy? —Él arquea una ceja y yo resoplo. *¡Cobardes!*—. Eso pensaba yo. ¡Eres insoportable! Vámonos.

Se queda parado empujando su cabello casi rubio hacia atrás antes de meter la mano libre en el bolsillo. Con la otra sigue sosteniendo la puerta abierta desde que mi hermano entró. No tiene intención de aceptar un no por respuesta.

Gianni siempre supo cómo manipularnos a todos, incluso a Vittorio, hasta cierto punto. Cuando éramos niños, su mirada suave nos desconcertaba; nunca sabíamos cómo manejarla, y al final, siempre terminábamos haciendo lo que quería.

Y aunque en lugar del niño enclenque ahora haya un hombre de cuerpo esbelto, demasiado apegado a sus trajes de alta costura, el menor de los Cataneo aún sabe cómo usar nuestra falta de tacto con su personalidad a su favor. Cualquiera podría decir que Vittorio, Cesare y yo estamos hechos de la misma materia prima, y no solo en sentido biológico. La violencia, el instinto primitivo de conquista y el gusto por lo que es convencionalmente inaceptable, a su manera, está en todos nosotros.

Pero Gianni es diferente. Él también tiene todo eso, pero nadie lo adivinaría a primera vista. Su piel sin tatuajes, su sonrisa fácil y la arrogancia característica de los abogados harían que cualquiera pensara que pertenece a la bolsa de valores, o a un bufete especializado en delitos de guante blanco.

Por más atento que sea el observador, nunca llegaría a la conclusión de que Gianni es un mafioso, lo que lo convierte en el hombre perfecto para defender nuestros intereses, por supuesto. Sus hermanos no son los únicos que puede manipular con maestría.

Al final, Gianni merecía su puesto en la Sagrada tanto como cualquiera de los otros hijos de mi padre.

Miro las llaves que me lanzó.

—Tu Maserati[16] nuevo acaba de llegar de la personalización.

—¿Y por qué no empezaste por ahí, *Cazzo*[17]?

—¿Y cuál habría sido la gracia?

Me guiña un ojo demasiado parecido al mío, lo que me frustra.

—Ya no soporto ir en camioneta—me quejo.

—Tus días de camioneta están contados. Hablé con Vittorio hoy, es cuestión de días hasta que regrese. Pero para evitar que explotes antes de eso, como dije, nos vamos.

—Y supongo que ya explicaste nuestra ausencia en la cena.

—¿No te enteraste? Tuvimos una filtración de información online bastante comprometida. Nos tomará horas solucionarlo. Quizás toda la noche —responde con su tono más profesional y, luego, una sonrisa maldita se apodera de su rostro.

Nadie escapa de sus habilidades de manipulación, ni siquiera su propia madre.

—Sabes que en la jerarquía, el Don está por encima del abogado, ¿verdad? —pregunto, pero ya estoy apagando la computadora.

—Entiendo eso, y que el hermano menor gana al hermano mayor en cualquier jerarquía —responde con una sonrisa de lado mientras paso por la puerta.

—¿Incluido en la orden de boda? —Me burlo.

—¡Ni empieces!

Me río a carcajadas.

***

La noche sin estrellas pasa por las ventanas abiertas del coche como una pantalla de oscuridad misteriosa.

En las puertas de la Cantina, piso el acelerador, sintiendo la potencia del auto que esperé meses para que sea mío. Su rugido resuena contra el vacío a nuestro alrededor, potente. Gianni suelta una carcajada, compartiendo el entusiasmo, y yo sacudo la cabeza, satisfecho.

—Vamos a ver de qué es capaz esta belleza —digo, pisando el embrague y, esta vez, realmente arrancando el auto al acelerar.

La aguja va de cero a cien en menos de dos segundos, y me río, sintiéndome como un niño con un juguete nuevo.

La luna, casi llena, está baja en el cielo, la única testigo de la bestia de metal devorando el asfalto a una velocidad que crece en la misma medida en que la adrenalina inunda mis venas. Una extensión física de mi propia necesidad de escapar de las garras del control.

Gianni es una presencia constante y silenciosa a mi lado, casi tan imponente como el rugido del motor que resuena por la avenida desierta hasta que llegamos a las calles mal iluminadas de un barrio pobre de Catania, ya acostumbrado al movimiento de autos de carreras.

Las carreras callejeras vinieron en el paquete de subjefe, y nunca me habían interesado antes de eso, pero una vez que se convirtieron en mi responsabilidad, me aseguré de entender cómo funcionaba cada engranaje del mecanismo, incluida la emoción de los competidores.

La forma en que me sentí personalmente desafiado, sin embargo, fue una sorpresa. Pocas cosas tienen el poder de despertar ese sentimiento en mí. Correr lo hizo con la intensidad suficiente para convertirse en un pasatiempo, y, en algún momento, elevarse a la escala de necesidad. Una pequeña dosis de exposición a un peligro controlado que ya ha matado a mucha gente, y cada vez que no me mata, es una sensación increíble.

Giro el volante en una curva cerrada, el auto se adhiere al asfalto como si fuera parte de él. Gianni se agarra con firmeza, su cuerpo balanceándose ligeramente con el movimiento, pero sin una pizca de miedo.

El viento es un susurro constante en nuestros oídos. Las luces de la ciudad parpadean en secuencia a medida que pasamos, un borrón de colores que se mezcla con la oscuridad, y aunque hoy fue otro día lleno de burocracia, no hay cansancio, solo el sabor del peligro que siempre me ha seducido.

Presiono más el acelerador, desafiando los límites. Mi hermano me observa, con una sonrisa cómplice en sus labios. Él entiende, siempre ha entendido.

A medida que dejamos las calles atrás, siento cómo la presión del día se disipa, las responsabilidades, las expectativas, todo se desvanece en la pura emoción de la velocidad.

El peso del liderazgo, la vigilancia constante, las decisiones, la falta de tiempo para lo que realmente me interesa... Todo esto se ha acumulado en una montaña de presión, pero mientras el motor ruge como un depredador nocturno, ahoga el martilleo en mi cabeza que no tengo tiempo de silenciar.

21

RAFAELLA ESPOSITO

Las palabras de Michelle siguen resonando en mi cabeza, incluso después de varios días. He estado pensando mucho en ellas, en todos los significados diferentes que podrían tener. Ninguno parece remotamente alentador.

Tic-tac. Cada veinticuatro horas menos en mi cuenta regresiva hacia la boda, es un escalón que subo hacia la miseria total y absoluta. Los días parecen volar, mientras que las noches se vuelven interminables. No he podido dormir, comer se ha convertido en un ejercicio de resistencia, y no importa a dónde mire, todo me lleva de vuelta a esa mesa en el restaurante, a ese olor repugnante y la sensación nauseabunda de la mano callosa tocando mi piel.

Paso casi todo el tiempo con miedo de lo que sucederá después de salir de esa iglesia, después de salir de la Cantina. Ya he odiado este lugar muchas veces, pero siempre fue seguro. No creo que vuelva a saber lo que es eso una vez que me case.

Los únicos momentos en los que logro no pensar en todo esto son cuando Tizziano está molestándome. *Realmente he tocado fondo.*

Con una frecuencia mucho mayor de lo que sería saludable, me pregunto si rendirme de una vez a esta atracción no sería la solución a todos mis problemas. Le daría a mi cuerpo lo que tanto quiere y, de paso, descubrir, en la noche de bodas, que otro hombre usó su "preciada joya" antes que él, quizás haría que mi prometido se volviera loco y me diera una muerte sin dolor. Un pase libre para lo que sea que las palabras de aquel brindis quisieran decir. Es aterrador cómo, con cada día que pasa, esta parece una solución menos absurda y más eficiente.

Marcelo era un viejo repugnante y, potencialmente, un cobarde. No dudo que estuviera dispuesto a usar la fuerza física para conseguir de mí lo que quisiera, pero ¿Michelle? Ese hombre activó todas mis alarmas internas. Para una hija de la mafia, eso significa mucho.

Y luego están los rumores...

Antes, nunca había escuchado nada sobre Michelle, pero ahora, parece ser todo de lo que la gente habla cuando estoy cerca. Él y su hijo.

Mi estómago se revuelve solo con los recuerdos, y cruzo la calle, acelerando el paso cuando el viento aumenta. Meto las manos en los bolsillos del pantalón, intentando calentarlas. Están frías, y la brisa tibia no tiene nada que ver con eso.

Mi madre sigue ofreciéndonos para cualquier actividad en la iglesia, y mientras los hombres de la Cantina no hacen más que intercambiar miradas llenas de significado cuando paso, las mujeres están más que dispuestas a hablar.

La Sagrada no es una institución de caridad, sus miembros son criminales de todo tipo que ignoran por completo lo que el sentido común define como moral. Pero hay ciertos negocios en los que ni siquiera estos hombres sin escrúpulos, ladrones, asesinos, torturadores y políticos, se involucran. Hay ciertos límites que ni ellos cruzan. Nuestro código de honor no lo permite.

La Santa no toca a los niños, no obliga a las mujeres a prostituirse ni esclaviza personas. El violador de nuestras mujeres es castigado con la muerte, y el abuso doméstico, si se descubre, puede llevar al mismo destino.

Claro que, cuando se trata de este último, los casos rara vez salen a la luz. Muchas mujeres tienen miedo, pero el hecho es que la Sagrada tiene honor. Según los rumores que me han estado persiguiendo estos días, la Cosa Nostra no.

Me encantaría fingir que no creo en todo lo que he escuchado sobre los negocios de Michelle, haría mi vida mucho más fácil. Quizás hasta podría volver a dormir. Pero, ¿por qué alguien se molestaría en inventar cosas tan perversas?

¿Y la mala sensación que tuve al mirar a Michelle, al estar a su lado? ¿Y todas las palabras que él susurró para que nadie más que yo las escuchara? Las personas podrían mentir, pero el comportamiento de mi prometido, no.

Doblo la esquina hasta llegar a la última casa en esta parte de la ala de los empleados. Las luces encendidas me indican que mis padres ya están en casa. Giro la llave en la cerradura y empujo la puerta, pero me detengo después de solo dos pasos.

El sonido de vidrio rompiéndose contra la pared me hace saltar en el lugar, asustada, antes de ver los pedazos del jarrón esparcidos por el suelo, a unos metros frente a mí, en la sala.

—¡No es posible! ¡No es posible! —grita mi padre una y otra vez, y parpadeo, confusa, por unos segundos, sin saber si entrar o no.

Mi padre nunca ha sido un hombre violento en casa. Lo que sea que lo haya llevado al límite, debe ser algo muy serio. Respiro hondo, cierro la puerta y entro. Cruzo el pasillo con cuidado, lista para dar la vuelta al menor indicio de necesidad.

Al final, ver la escena es aún más extraño que escucharla. Carmo está caminando de un lado a otro, pasando las manos por su cabello ralo, con el rostro y el cuello rojos, obviamente nervioso.

Mi madre también está en la sala, pero su postura es completamente diferente. A pesar de sus labios y frente fruncidos, no parece preocupada y cuando abre la boca, entiendo por qué.

—Esto es una señal de La Santa, Carmo. Ese hombre no era el adecuado para nuestra hija si...

Espera, ¿dijo "era"?

—Sofía, no estoy de humor para tus desvaríos sobre Rafaella y un matrimonio imposible con el subjefe —le advierte entre dientes, y mis cejas se levantan ante su tono agresivo.

—¡No es imposible! —protesta mi madre, ahora sí, poniéndose roja—. Si tuvieras un poco de paciencia, yo ten...

—¡No tengo tiempo para tener paciencia, Sofía! ¡*Cazzo*!

La arruga de mi frente se hace más profunda cuando sus palabras no tienen sentido para mí.

¿Por qué no tendría tiempo? ¿De qué están hablando?

—Otro prometido muerto —mi padre se queja, respondiendo a la pregunta que me hacía en silencio, y mi corazón se acelera. Contengo la respiración.

—¿Ha muerto Michelle? —pregunto en voz alta.

Ambos se giran hacia mí, solo entonces dándose cuenta de que llegué.

—La Santa nos hizo ese favor —confirma mi madre, y me apoyo en la pared cuando mis piernas flaquean—. Dicen que ese hombre traficaba personas, Carmo. Que su hijo...

Mi madre sigue hablando, pero dejo de escuchar. En mi cabeza, solo tres palabras resuenan en un bucle infinito: está muerto.

Muerto.

Michelle está muerto.

Cierro los ojos, sintiéndolos arder, y mis labios quieren esbozar una sonrisa, así que escondo mi rostro con las manos mientras intento calmarme lo suficiente como para enfrentar a mis padres en la huida hacia mi cuarto. No es necesario.

El sonido de una puerta cerrándose me hace bajar los brazos, y encuentro a mi madre caminando hacia mí, con una sonrisa en el rostro tan grande como la que yo estaba reprimiendo. Me abraza con fuerza, luego toma mis manos.

—La Santa está con nosotros, hija mía —celebra—. Pedimos tiempo, y ella nos lo

concedió.

Mi madre da un pequeño salto y, aunque no creo que tenga razón sobre los motivos de la muerte de Michelle, es imposible no sentirme tan feliz como ella, porque, de hecho, sucedió.

Muerto... Michelle está muerto.

22

RAFAELLA ESPOSITO

Mantenerme quieta me cuesta tanta energía que me hace sudar. La gota que recorre mi espalda, por dentro de la camisa y bajo el traje, es solo uno de los muchos malestares que me están devorando viva hoy. La voz de Luigia es otro malestar más.

Ella sigue hablando, hablando y hablando, y finjo que estoy escuchando, escuchando y escuchando. Gracias a Dios que las otras encargadas del castillo también están aquí, porque después voy a necesitar preguntar sobre qué diablos trató esta reunión, ya que no presté atención a ni una palabra.

—Todas pueden retirarse —finalmente dice—, excepto tú, Rafaella.

Ah, ¡genial!

Un músculo por encima de mi boca tiembla mientras me esfuerzo por mantener mi rostro como una máscara en blanco, pero lo consigo.

Con la misma prisa que yo, las otras tres mujeres prácticamente corren hacia fuera de la pequeña oficina de Luigia. Cruzo las manos frente a mi cuerpo cuando ella enfoca toda su atención en mí.

—Como ya sabes, el Don está de vuelta.

Sí, Luigia, lo sé. Y por eso estoy desesperada porque dejes de hablar. Quiero ir a abrazar a mi amiga. ¿Es posible?

—Pero Marta aún no ha regresado, así que necesitaré que te dividas entre el ala del Don y la del subjefe durante los próximos días. ¿Crees que puedas hacerlo?

¿Más trabajo? Una excelente noticia para recibir al final del día. ¡Qué maravilla! Lo único que necesito es que el poco tiempo que me queda pase más rápido, ¿verdad? ¿En qué momento mi vida se torció tanto?

Pero no digo nada de eso. Me trago cada uno de mis pensamientos ácidos. Si tengo suerte, moriré envenenada por ellos y no despertaré mañana.

—¡Por supuesto, Luigia!

—Bien. Puedes retirarte.

Con un gesto, sigo el ejemplo de mis colegas y también salgo prácticamente corriendo. Pero en lugar de girar a la derecha al final del pasillo para dirigirme al vestuario y luego salir del castillo, giro a la izquierda y subo las escaleras hasta llegar al ala del Don y de Gabriella por primera vez en semanas.

Hoy debería haber sido mi último día trabajando en la sección de Tizziano en la mansión, pero me niego a pensar en eso ahora. Camino por los corredores conocidos hasta la puerta de madera oscura, detrás de la cual sé que encontraré a mi amiga. Toco dos veces antes de abrir, y cuando asomo la cabeza en la inmensa biblioteca, Gabriella levanta la vista del libro que tiene en las manos y me sonríe de inmediato. Esta vez, corro de verdad.

Ella se levanta y me abraza con fuerza. Me quedo en su abrazo, con los ojos cerrados.

¡Dios mío, cómo extrañé esto! ¡La extrañé tanto!

—¡Ay, qué ganas tenía de verte! —murmura en mi oído, y yo murmuro algo en respuesta, sintiendo que si intento hablar, terminaré llorando.

¡Por La Santa, en qué desastre me he convertido!

Odio muchísimo sentirme tan vulnerable. Pero, ¿cómo disimular ser otra cosa cuando siento que mi vida se ha reducido a ser una canoa agujereada en medio de un mar embravecido?

—¿Cómo fue la vuelta a casa? —pregunto, cuando finalmente nos separamos, pero en cuanto sus ojos se detienen en mi rostro, la sonrisa de Gabriella desaparece. Inclina la cabeza ligeramente y levanta la mano, acariciando mi mejilla.

—¿Qué pasó?

—Nada. Solo te extrañaba mucho.

—Y si eso fuera todo, verte haría que tus ojos parecieran más felices, no más tristes.

—Están más felices —le aseguro, y su pecho sube y baja visiblemente cuando respira hondo.

—¡Ay, Rafa!

Gabi me jala para otro abrazo y, antes de que me dé cuenta, estoy llorando, no de manera silenciosa y educada, sino con un llanto entrecortado y agudo que parece salir del fondo de mi alma. Aún no había llorado, ni cuando volví a casa, aunque no quisiera hacerlo. Ni cuando me enteré del compromiso con Marcelo, ni después de las palabras aterradoras de Michelle.

En los últimos meses, y especialmente en las últimas semanas, he sentido muchas cosas: rabia, impotencia, repulsión, indignación y miedo. Incluso he sentido odio y necesidad de

venganza, pero en los brazos de mi amiga, por primera vez, me quiebro.

Gabi se sienta conmigo en el sofá donde estaba antes de que llegara, y me abraza. Me deja sollozar y temblar en sus brazos hasta que no me quedan más lágrimas, hasta que mi garganta está seca, hasta que mis mejillas están rojas y la punta de mi nariz hinchada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta suavemente, acariciándome la mejilla.

—Estoy comprometida —le cuento en voz baja, con la voz ronca, y ella retrocede sorprendida.

—Pero yo pensé...

—El hijo de Michelle me reclamó —la interrumpo, explicando entre respiraciones cortas —. Nos casamos en dos días.

—¿Dos días? —grita Gabriella, abriendo los ojos de par en par, y yo no tengo fuerzas para más que un movimiento de cabeza—.¿Qué... Qué te dijo? ¿Cómo es él?

Un llanto histérico y amargo vuelve a dominarme. Gabriella me abraza de nuevo.

—No lo conocí. Ni siquiera vino al funeral de su propio padre. —Sollozo—. ¿Qué tipo de ser humano falta al funeral de su propio padre? —respondo aún llorando, tartamudeando entre sollozos.

Mi amiga parpadea, y yo bajo la cabeza, intentando lidiar con mis propias emociones, que golpean mi pecho con una fuerza que dificulta respirar.

Gabi se aparta cuando logro dejar de llorar.

—Rafa..., pero eso es...

—Tradición... —repito la palabra que me dijo mi padre—. Apenas tuve una noche de sueño decente después de la muerte de Michelle antes de recibir la noticia.

—Si él no vino personalmente, entonces, ¿cómo...? —pregunta frunciendo el ceño.

—Mi padre vino a mi habitación la mañana siguiente al descubrimiento, diciendo que había recibido una llamada de Stefano. —Arrugo la nariz al decir la última palabra—. Ese es el nombre de mi nuevo prometido; y que las cosas continuarían como estaban: me casaría en la misma fecha, con el mismo vestido, en la misma iglesia.

—Pero, ¿por qué tanta prisa? ¿Por qué no esperar a que te conozca primero?

Sacudo la cabeza de un lado a otro, negando, porque no sé, aunque mi mente se ha convertido en un hotel de lujo donde todo tipo de expectativas aterradoras se mudan con gusto.

—Cuando intenté argumentar, escuché que debía dar gracias a Dios por esta tradición, que tenía suerte de que Stefano aún me quisiera, aunque yo fuera una mujer de veintidós años con dos prometidos muertos, porque nadie más lo haría.

—¡Eso es absurdo! —Gabi empieza, pero se interrumpe y, de repente, su rostro se pone pálido. Parpadea varias veces—. ¿Este hijo? —dice en tono de pregunta, recordando finalmente la conversación que tuvimos días atrás.

—Él mismo... —Asiento con la cabeza, confirmando, y más lágrimas ruedan por mis mejillas—. Del que dicen que casi fue asesinado por la Cosa Nostra por dirigir un burdel clandestino con mujeres traficadas. Hasta donde sé, Michelle solo tenía a ese.

Las estanterías altas a mi alrededor parecen aún más altas hoy, sofocantes. O tal vez sea solo el nudo permanente en mi garganta que está dificultando respirar el aire con olor a papel de la biblioteca.

Gabriella me observa, preocupada, se inquieta en el sofá y entrelaza los dedos de las manos.

—Yo... ¡Urgh! —Se rinde ante las palabras después de una pausa, y gruñe. Entiendo el sentimiento. Si pudiera, no volvería a hablar, solo gritaría, como una salvaje—. ¿Y si huyes?

—Me cazarían y matarían, o peor. Y considerando el tipo de negocios de mi nuevo prometido, hay muchas posibilidades peores que la muerte.

—Por favor —suplica—, déjame hablar con Vittorio. Por favor, Rafa... Si las cosas que escuchaste sobre él son ciertas...

—Si para su padre yo no valía más que una prostituta, me imagino que para un hombre como él valdré aún menos.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dice Gabi en un tono susurrado, y las lágrimas que corren por su rostro atraen nuevas lágrimas a los míos.

—No hay nada. —Repito mi desesperanza en voz alta—. No hay nada.

23

TIZZIANO CATANEO

El silencio de la noche es casi tangible, envolviendo cada pared, cuadro y alfombra del castillo como un manto oscuro, interrumpido solo por el sonido de mis pasos en los pasillos. La viña de mi familia, con sus vastas tierras y el castillo en el centro, siempre ha sido un símbolo de poder y tradición. Pero esta noche, parece diminuta en comparación con la tormenta que se agita dentro de mí mientras camino hacia el despacho de Vittorio.

La rabia que hierve en mi pecho es más que una simple irritación; es una furia violenta, nacida de mi deseo y derecho sobre Rafaella. Su llanto, escuchado a través de esa puerta cerrada, desató emociones que no tengo la menor intención de controlar, una necesidad de proteger, de castigar al causante de tal desesperación.

Cuando la vi en las escaleras y la seguí, mi intención era robarle un beso, quizás dos, pero parecía tan apresurada que decidí esperar y descubrir a dónde se dirigía. Y una vez que la escuché desmoronarse, me fue imposible retroceder.

He vivido y respirado el mundo de La Sagrada desde que tengo memoria. La violencia, el poder, la lealtad y la justicia impartida con nuestras propias manos son el código por el que vivo. Pero Stefano... Ese hijo de puta... No tiene ni idea de lo que significa la palabra honor.

Caminando por los silenciosos pasillos de la ala de Vittorio, cada paso mío es calculado, con la ira burbujeando bajo la superficie. La reunión que tendremos no será agradable.

Vittorio está de mal humor, consciente de que estoy detrás de las muertes de los prometidos de Rafaella, aunque sin poder probarlo. ¿Y yo? Estoy de pésimo humor, consumido por la necesidad de vengar cada lágrima derramada por mi mujer.

Encuentro la puerta del despacho entreabierta, con una tenue luz escapando por la rendija. La empujo sin golpear, entrando en la sala dominada por un escritorio de caoba y estanterías llenas de libros. Vittorio está sentado detrás del escritorio, con una expresión dura, sus ojos clavados en mí. Su mirada es una mezcla de desafío y cautela.

—Tizziano —me saluda, pero no estoy dispuesto a seguir su juego.

—Las últimas semanas en La Sagrada han sido exactamente como deberían ser, Don —resuelvo, sin dar vueltas, el tema oficial de la reunión, enfrentándolo sin desviar la mirada. —. Protegí a nuestra familia, a nuestros negocios. Hice lo que era necesario.

Vittorio se pasa una mano por el pelo.

—¿Solo lo necesario? —pregunta, con la acusación implícita en su voz. Sabe que no puede castigarme sin pruebas, y yo nunca dejaría evidencia en mi contra.

—Nada más allá de eso, pero ahora que hemos resuelto esto, creo que tenemos un asunto más urgente —mi voz es baja, pero cargada de una intensidad feroz—. Estoy aquí por Rafaella.

Vittorio me estudia por un largo momento, como si evaluara la profundidad de mi determinación.

—¿Y qué pretendes hacer exactamente con respecto a Rafaella?

—Lo que dije que quería hacer la mañana siguiente a tu boda, reclamarla.

—Sabes que eso no es posible.

—¿Vas a fingir que no sabes lo que Stefano pretende hacer? —Las palabras se me escapan entre dientes apretados, mi mano se cierra inconscientemente en un puño hasta que mis nudillos se vuelven blancos. La lucha por mantener una fachada de calma es casi palpable, cada palabra de Vittorio es como una chispa lanzada a mi ya inflamable ira—. ¿Por qué el *figlio di puttana*[18] quiere una boda en dos días? ¡Está planeando subastar su virginidad, *cazzo*!

Vittorio me observa, impasible, la autoridad de años liderando La Sagrada reflejada en su mirada indiferente.

—No sabía que te habías convertido en protector de mujeres indefensas, Tizziano. ¿Cuál será tu próxima petición? ¿Deberíamos cerrar los burdeles de La Sagrada? ¿O es que las mujeres que nos deben algo ya no podrán pagar con su cuerpo o con su vida?

Un ligero temblor atraviesa mis fosas nasales cuando aprieto los dientes, manteniendo la fachada de civilidad en silencio, ignorando la provocación de Vittorio. Sin embargo, mantener el odio lejos de mis ojos es mucho más difícil que controlar mis acciones.

—El padre de ella aceptó el matrimonio —continúa Vittorio—, Stefano tiene derecho a llevarse a su esposa a donde quiera después de eso. La Sagrada no interferirá en asuntos conyugales, especialmente cuando los acuerdos se han sellado bajo nuestras tradiciones. —El tono es calmado y su postura es relajada en la silla.

Mi respiración se vuelve superficial, controlada, en un intento de contener la explosión tan ansiosa por ocurrir. La sensación es la de mil agujas picando la fina superficie de mi contención, y sentirme tan cerca del descontrol es algo completamente nuevo.

—¿Y lo que Carmo está haciendo? ¿Tampoco es asunto nuestro? Vendiendo a su hija al

mejor postor para pagar una deuda de juego, descargando en su familia las consecuencias de sus propios vicios.

Vittorio carraspea y desvía la mirada hacia una pila de papeles sobre su escritorio, desestimando lo que dije.

—Los matrimonios ventajosos son una práctica tradicional, no seas hipócrita. Y en cuanto a la deuda de juego de Carmo, no es el primero ni será el último. Mientras no traicione a La Sagrada, tampoco es asunto mío.

—¿Y Gabriella? —mi voz es un susurro cortante al mencionar a Gabriella, el único indicio del torbellino bajo la superficie—. ¿Qué le dirás cuando tu esposa descubra lo que pasará a su mejor amiga?

—Si Gabriella tiene suerte, le daré el pésame. Stefano es conocido por matar a sus mujeres más rebeldes una vez que pierde interés en ellas.

De nuevo, la respuesta de Vittorio se entrega con una calma que contrasta violentamente con la tormenta dentro de mí, pero me obligo a no reaccionar más allá de forzar mi propio cuerpo a permanecer inmóvil.

Mi postura se endurece, una estatua de contención forzada. La mandíbula apretada, la inhalación profunda y lenta, todo está calculado para esconder la furia que amenaza con desbordarme.

—¡Nosotros cuidamos de los nuestros! Rafaella es una de nosotros.

El mensaje recordatorio sale afilado, cortante, mientras hago un esfuerzo titánico por mantener mi voz estable y mi cuerpo inmóvil, salvo por la leve tensión de los músculos, visibles bajo la camisa.

—¿Estás insinuando algo ante tu Don, subjefe? —pregunta Vittorio con una ceja arqueada, la decisión en sus ojos tan firme como una roca—. Nuestros negocios son más grandes que cualquiera de nosotros. Interferir ahora sería desafiar nuestra palabra y nuestras tradiciones. La Sagrada es tradición, Tizziano, y lo sabes tan bien como yo.

Un silencio pesado se instala entre nosotros, mis manos se abren y se cierran a los lados de mi cuerpo, el único signo visible de la lucha interna que estoy librando.

—Entonces, que así sea. —Las palabras salen de mí en un susurro, antes de que me levante y salga.

24

VITTORIO CATANEO

Me reclino en la silla, observando cómo Tizziano cruza el umbral de la puerta, en un silencio tan cargado como la mirada que deja atrás. La tensión entre nosotros, lista para estallar ante la menor provocación, flota en el aire, densa e innegable. No pronuncia una palabra, pero su partida resuena más fuerte que cualquier discurso podría hacerlo. La puerta se cierra con un suave clic.

A diferencia de mí, mi hermano ni siquiera intentó interpretar su papel decentemente. Su postura y mirada me dicen todo lo que sus cuidadosamente escogidas palabras no dijeron. Sé, con una certeza que me corroe tanto como me define, que mi prohibición caerá en oídos sordos.

Tizziano no está conforme, no realmente. ¿Y yo? Lo conozco demasiado bien para esperar algo diferente.

La verdad, aunque nunca pronunciada en voz alta, danza silenciosamente entre las líneas de nuestra conversación. No son las palabras las que determinarán el destino de la Sagrada, sino las acciones tomadas en las sombras, en los pequeños y grandes momentos.

A pesar de lo que hice creer a Tizziano, Rafaella no es solo una pieza más en el ajedrez de la Sagrada; ella es la amiga más cercana de Gabriella, la mujer por quien incendiaría el mundo si eso significara ahorrarle cualquier sufrimiento.

Bajo mi piel, la bestia que soy se agita, lista para cualquier enfrentamiento, excepto tal vez aquel que me pediría ir en contra de Gabriella. Por ella, hasta la bestia se inclina.

La ironía de la situación no me escapa. Utilizo la lealtad de Tizziano, su obstinación, para poner a prueba su obediencia, sabiendo muy bien que fallará. Es una paradoja que me divierte y me desafía.

Pero si algo me sucediera, él sería el siguiente en la línea de sucesión. Su posición, tan cercana al poder, requiere más que simple obediencia; exige la forja de habilidades e instinto. Y en esos instintos, debe haber más que el reflejo de un líder en potencia; debe haber el reflejo del propio futuro de la Sagrada. Es mi deber, como líder de La Santa, asegurarme de que Tizziano esté preparado.

Reconozco que este tipo de manipulación es un juego peligroso que elijo jugar. Sin embargo, hay un delicado equilibrio en cada decisión que tomo, una balanza que pesa el presente contra el futuro incierto con cada sí o no.

Cuento sus pasos silenciosos mientras mi hermano se aleja hacia su propia ala, viendo en mi mente cómo se resuelve la trama, los hilos del destino de Rafaella, Tizziano y la Sagrada entrelazándose.

Tizziano se deshará, discretamente, de Stefano, como hizo con los anteriores prometidos de Rafaella. Se casará con la *ragazza*, y pondremos un punto final a esta historia, sea lo que sea que la haya comenzado.

Aunque la obsesión de mi hermano por el ama de llaves dura ya casi un año, yo esperaba de verdad que, para cuando yo volviera de viaje, él hubiera encontrado una candidata más interesante y renunciado a la idea de la boda. Tizziano siempre ha sido un vigoroso fugitivo de la idea del matrimonio.

El acuerdo de matrimonio de Rafaella no fue inesperado. Conozco las deudas de Carmo y esperaba desde hace meses que hiciera algo al respecto. Un miembro de posición inferior como él no tenía muchas salidas; o traicionaría a la Sagrada, motivo por el cual lo mantenía bajo una estricta vigilancia, o vendería a su propia hija.

La noticia de la muerte de Marcelo, sin embargo, sí me sorprendió. No porque dudara de la capacidad de Tizziano para hacer algo así, sino porque me di cuenta de que le importaba lo suficiente Rafaella como para actuar en defensa de su reclamación. Lo que sea que la chica haya hecho para estar tan profundamente bajo la piel de mi hermano, probablemente será la razón del eterno arrepentimiento de la amiga de Gabriella.

Tamborileo los dedos sobre la mesa y me levanto, saliendo del despacho poco después. Con las manos en los bolsillos, camino por los pasillos conocidos, sintiendo cómo el peso del día se desvanece, sustituido por una expectativa casi juvenil.

La puerta de la biblioteca está entreabierta, como sabía que estaría. Gabriella está acostada en el sofá, en el centro de la biblioteca, con un libro en las manos, envuelta en la suave luz amarillenta de la lámpara de cristal. Su cabello oscuro está esparcido sobre el asiento y sus piernas flexionadas, un tobillo sobre la rodilla de la otra. El vestido corto se ha deslizado, acumulándose en sus caderas, ofreciéndome una deliciosa vista de la tanga de encaje azul.

Aunque no hice ningún ruido al abrir la puerta, solo su rostro se vuelve hacia mí, su

atención completamente comandada por mi presencia.

La punta ligeramente enrojecida de su nariz me hace inclinar la cabeza hacia un lado, apoyándome en el marco para contemplar a la mujer en el centro de la sala, rodeada de libros con tapas de cuero.

Meses después de que ella dominara completamente mi existencia, todavía me pregunto cómo es posible.

Antes de Gabriella, mi vida siempre estuvo dominada por el peso del liderazgo y la guerra. Y aunque sabía que mi padre había logrado, de alguna manera, conciliar ese mismo peso con ser un buen padre y un buen esposo, aún no podía entender cómo lo había hecho. Sus palabras, dichas hace algún tiempo, todavía vuelven a mi memoria de vez en cuando. Me dijo que la familia era esencialmente una cuestión de fe. La fe de que, por esas personas, valía la pena ser tu mejor versión con el fin de inspirarlas a ser las mejores versiones de sí mismas.

Sigo pensando en eso, cada vez que encaro los ojos oscuros y sumisos de mi esposa, porque cada vez que lo hago, las palabras de Francesco Cataneo me parecen más distantes de mi realidad.

No quiero ser el mejor hombre que pueda para Gabriella, no. Quiero ser el peor, la deseo con una intensidad y profundidad que ningún buen hombre sería capaz de soportar.

Quiero doblegarla a mi voluntad, quiero que me pertenezca en cuerpo y alma cada segundo, de cada minuto, de cada hora, de cada día. Quiero su rendición completa y quiero deleitarme con el placer que ella siente al rendirse.

Lo quiero todo de ella: sus sonrisas, sus lágrimas, sus suspiros, miradas, pensamientos, deseos y miedos, lo quiero todo. Y no importa cuánto Gabriella alimente esta hambre mía, sigue creciendo a niveles alarmantes. Quiero poseer a mi esposa y, cuanto más tomo de mi bella, más quiero tomar.

Mis ojos se entrecierran.

Tal vez, al final de cuentas, sí sea una cuestión de fe, porque en algún momento entre el instante en que Gabriella me atrapó en aquella acera del aeropuerto en Brasil y el día de hoy, consumirme en ella se ha convertido en una especie de religión, una de la que soy más devoto de lo que jamás fui de La Santa.

Gabriella baja el libro, y la expresión en su rostro, junto con las evidentes señales de

haber llorado recientemente, me hacen moverme hacia ella. No ha salido de casa hoy, y no tengo la menor duda de que nadie ha entrado aquí, así que no puede estar herida.

Tan pronto como me detengo frente a ella, Gabriella se levanta y rodea mi cuello con sus brazos. Paso mis dedos por su cabello y hundo mi nariz en su cuello, aspirando su aroma cálido y gruñendo con la satisfacción que llena mi cuerpo al instante.

—¿Qué pasó? —pregunto, sin ninguna suavidad en mi tono. Ella tarda en responder, y aprieto los dientes, sintiendo la necesidad de resolver lo que sea que la está molestando, carcomiendo mi estómago por dentro—. Gabriella —le advierto cuando sigue en silencio.

—Prometí que no te involucraría en esto —admite en voz baja, y aclaro la garganta.

Beso su frente, la punta de su nariz y sus mejillas. Es ella quien busca mi boca. Gabriella roza suavemente nuestros labios, pero es suficiente para hacer que la jale aún más hacia mí, eliminando completamente cualquier espacio que quedaba entre nosotros.

El beso es todo, menos gentil; es un choque de realidades que se fusionan: mi necesidad de ella, su aceptación de mí.

Mi lengua choca con la suya, que de inmediato se rinde, entregándose a mi ritmo, dejándose envolver, masajear, chupar. El sabor de Gabriella se esparce por mi boca, satisfaciendo mi adicción a ella, llenando mis venas con un placer que nada nunca me ha dado: ni el poder, ni la violencia, ni siquiera el dolor.

—¿Por qué estabas llorando? —pregunto cuando se aleja, jadeando, y mi tono no deja espacio para evasivas.

—Vi a Rafaella —explica, con los ojos fijos en los míos, que ya comienzan a humedecerse. Limpio las lágrimas que se acumulan en las esquinas, odiando verlas allí—. Está comprometida de nuevo. Yo... —Gabriella cierra los ojos y toma una profunda inspiración—. Sé que no se puede hacer nada... Yo solo...

—¿Solo qué?

—Odio que no se pueda hacer nada —admite, y una esquina de mi boca se eleva levemente. Gabriella me lanza una mirada de reojo—. No es gracioso lo que estoy diciendo —me regaña, y esta vez sonrío de verdad.

—No he dicho que lo fuera.

—¿Y por qué te ríes? —exige saber, aunque está completamente envuelta en mis brazos.

—Porque sigues siendo una caja de sorpresas, *amore mio*, por eso. Lloras por tu amiga, porque tiene que entregarse a un destino que tú abrazaste tan alegremente.

—Pero yo elegí esto —afirma, decidida—. Te elegí a ti.

—No habrías tenido otra opción, *amore mio*. ¡Eres mía!

—Lo soy —concuerda, y a pesar de la tristeza aún presente en su rostro, la declaración también hace que un brillo orgulloso atraviese sus ojos—. Para poseer y proteger. —Rozo mis labios con los suyos cuando ella repite mis votos—. Pero Rafaella quería elegir, así que yo quería también que ella pudiera elegir.

—Las cosas no siempre salen como queremos.

—Pero siempre son como tú quieres.

Arqueo una ceja.

—¿Me estás pidiendo algo, Gabriella?

Se muerde el labio.

—¿Haría alguna diferencia si lo pidiera? —La pregunta es formulada en un tono bajo, casi inaudible, y sé que ya no estamos hablando solo de Rafaella.

Gabriella me mira con los ojos llenos de pena. Sí, está triste por su amiga, pero es el dolor de ver lo que podría sucederle a Raquel, si Gabriella tomara una decisión, lo que la está dejando miserable.

—Pensé que habías prometido que no harías eso —digo de todos modos, y Gabriella inclina la cabeza, frunciendo el ceño, diciéndome en silencio que ambos sabemos que la pregunta no era sobre Rafaella—. Por tu amiga, no. No lo haría —respondo finalmente, y mi esposa entiende lo que no dije—. Pero, con quién casarse no es la única elección de la que una mujer de la Sagrada necesita prescindir.

Gabriella traga saliva y asiente con la cabeza, acordando. Pega su rostro a mi pecho, presionándose contra mí en busca de consuelo y suelta un largo suspiro.

—Te extrañé —dice, y sé que no volverá al tema, ni sobre el que hablábamos, ni sobre el

que no hablábamos.

—También te extrañé —respondo, permitiendo que la vulnerabilidad, nunca concedida a otros, se manifieste en su presencia.

Ella siempre saca todo de mí, y aunque dije que no intervendría en el caso de Rafaella, incluso si Gabriella me lo pidiera, sé que es una mentira. Si no supiera que la situación está a punto de resolverse por Tizziano, para quitar la expresión desolada del rostro de mi bambina, yo intervendría, por supuesto.

Gabriella inclina la cabeza hacia atrás y abre los ojos para mirarme. Los sentimientos desbordándose hacen que mi pulgar se mueva, acariciando su mejilla.

—Creo que la luna de miel me dejó mal acostumbrada.

—¿Extrañas Grecia, *amore mio*?

—Extraño tenerte a cualquier hora.

—No te preocupes por eso, Bella. Estoy aquí ahora, y soy todo tuyo.

25

RAFAELLA ESPOSITO

La luz del sol que invade la habitación contrasta cruelmente con la oscuridad que siento por dentro. Cada capa del vestido de novia pesa más que el plomo sobre mi piel.

Mi estómago se revuelve, en una constante batalla entre el deseo de vomitar y el miedo a desmayarme. El vestido, blanco y voluminoso, es una jaula de encaje y expectativas, un recordatorio físico de la trampa en la que me encuentro. Odio cada centímetro de él, odio lo que representa, y me odio a mí misma por estar aquí. Las maletas hechas, apoyadas en la esquina de la habitación, oprimen mi pecho y me obligan a mirar de reojo al espejo, pero evito mi propio reflejo de inmediato.

—¿Rafa? —Gabriella me llama y la miro.

Es extraño y, al mismo tiempo, familiar tener a mi amiga en mi habitación. Gabriella nunca había venido a mi casa antes. Bueno, y creo que nunca más vendrá, ya que estas son las últimas horas en que esta casa seguirá siendo mía.

Con un vestido sencillo y azul claro, Gabi hace las veces de dama de honor, y me gustaría ser capaz de expresar mi gratitud por estar aquí, por no haberme dejado sola, pero aunque su presencia es reconfortante en cierto nivel, la sensación helada de soledad no me abandona.

—¿Sí?

—¿Necesitas algo? —me pregunta, y creo que debo haber estado en silencio demasiado tiempo.

No creo que Gabriella esté dispuesta a matarme, así que doy la única respuesta posible antes de ser arrastrada de nuevo al caos de mis propios pensamientos.

—No, gracias.

Mientras lucho con la tormenta interna que amenaza con devorarme, la puerta de la habitación se abre bruscamente, y mi madre entra con aire decidido, sosteniendo una taza de té.

—Toma —me ofrece—, te va a calmar. —Me reiría si tuviera fuerzas para ello. Nada en este mundo puede calmarme, pero me entrega una pastilla después de que doy el primer sorbo de té—. Esto también ayudará. —Sofía mira de reojo a Gabriella, con respeto—. Tu amiga ya debe haberte hablado —dice, con las mejillas sonrojadas, y no puedo creerlo—. Pero, cuando llegue el

momento, solo quédate ahí y espera a que termine. Puede... doler un poco... pero termina rápido.

Detrás de mí, Gabriella jadea, horrorizada por la naturalidad con la que mi madre acaba de decirme que acepte ser violada, pero yo no hago más que parpadear una y otra vez.

Quiero responder, quiero decirle que nada de esto está bien, que mi corazón está destrozado, mi alma, una tormenta de desesperación. Pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta, ahogadas por el miedo y la ansiedad que me consumen.

—Vas a estar bien, Rafaella —promete, acercándose para acomodar un rizo de mi cabello, sin embargo, su voz suena distante, como si viniera de otro mundo, uno donde mi felicidad importara más que las alianzas y los acuerdos hechos a mis espaldas—. Solo quédate ahí y espera a que termine —repite, pero al igual que las palabras anteriores, estas también caen en el vacío, incapaces de aliviar el peso que aplasta mi pecho.

Sofía comienza a moverse por la habitación en silencio, ajustando cada detalle, cada pliegue de mi velo, cada curva del tejido. Y solo me doy cuenta de que dejó la puerta abierta cuando mi padre pasa por ella.

Nunca pensé que podría odiarlo, pero no conozco otro nombre para el sentimiento que amarga mi boca en este momento.

—Señora —saluda primero a Gabriella, y ella le responde con un leve asentimiento, pero la expresión en su rostro no oculta el desprecio.

Mi amiga toma la bolsa que dejó sobre el tocador, incapaz de soportar estar en la misma habitación que Carmo.

—Con permiso, necesito hacer una llamada. Vuelvo enseguida.

—Estás hermosa —me dice mi padre con una pequeña sonrisa, como si le importara, y respiro hondo.

—Gracias.

—Hoy es un gran día para nuestra familia. Estoy orgulloso de ti.

Cada palabra suya me hiere, aunque no debería. Yo lo sabía. Lo sé desde hace mucho tiempo y, aun así, sigo siendo lastimada por mi papel en un juego de poder en el que no elegí participar.

No le respondo. Mi padre se acerca, deja un beso en mi frente y sale de la habitación para hacer lo que sea que crea importante hacer mientras yo cuento los segundos para el final de mi vida, tal vez, para celebrar.

Miro el reloj en la pared, los minutos se arrastran como horas, cada tic-tac es un martillazo en mi cordura.

Gabriella vuelve, intenta hablar conmigo sobre varios temas diferentes, pero no logro responder a sus intentos con más que monosílabos.

La idea de entrar en esa iglesia, de casarme con Stefano, me llena de un terror que no puedo describir. Prefiero morir, prefiero caer muerta en este mismo instante, que dar un solo paso hacia ese altar.

Pero los minutos se convierten en horas, y el coche que debería llevarme a mi destino, a mi fin, no llega.

La confusión inicial da paso a un alivio momentáneo, rápidamente ahogado por la ansiedad y el miedo a lo desconocido, porque estos sentimientos son lo único que sé sentir últimamente.

¿Qué significa esto? ¿Por qué Stefano aún no ha llegado? ¿Será que algo sucedió? ¿O simplemente se rindió conmigo, una mercancía que perdió su valor antes de ser entregada?

Escucho el movimiento de mi padre fuera de la habitación, caminando de un lado a otro, haciendo llamadas y exigiendo explicaciones que, a juzgar por su tono de voz cada vez más irritado, no está recibiendo.

Mi madre tiene el buen sentido de permanecer en silencio al respecto, prestando tanta atención como Gabriella y yo a cualquier indicio de información que podamos obtener de las conversaciones de mi padre. El día se convierte en noche antes de que él vuelva a mi habitación y me ordene cambiarme de ropa.

No habrá boda.

26

TIZZIANO CATANEO

—Una mattina mi son svegliato, o bella ciao, bella ciao, bella ciao ciao ciao, Una mattina mi son svegliato, e ho trovato l'invasor...[19] —tarareo mientras camino por el centro de entrenamiento de La Santa hasta el ring de boxeo. Flexiono las manos, envueltas en vendas, y las miradas preocupadas que recibo de los futuros soldados de La Sagrada, que ocupan el lugar, solo mejoran mi estado de ánimo.

Durante las semanas sirviendo como Don interino, solo pasaba por el CT de camino a la oficina, en la parte trasera. Pero ahora que soy libre, puedo volver a una de mis responsabilidades favoritas: probar los límites de aquellos que quieren hacer su juramento a La Santa.

La Sagrada, a diferencia de muchas otras mafias, no hace distinción de sangre; cualquier hombre puede hacer el juramento si demuestra ser digno de él. Recibimos todo tipo de almas: enteras y rotas, ricas y pobres, preparadas o no. Solo hay una similitud entre ellas: hasta encontrar a La Santa, estaban todas perdidas.

Pero una vez encontradas, les damos todo lo que necesitan, incluido el entrenamiento. El ring de boxeo es, obviamente, una prueba superficial de ese entrenamiento, pero ayuda a separar el grano de la paja tanto como cualquier otra prueba. Aquellos que no pueden manejar un ambiente limpio y controlado, no tienen la menor posibilidad en el caos que suele ser la realidad.

El espacio está equipado con aparatos de musculación y máquinas de boxeo. El símbolo de la Sagrada, la cruz coronada por la rosa y el puñal, está pintado del suelo al techo en una de las paredes, y el olor a sudor, sangre y productos de limpieza es penetrante.

En el subsuelo, hay galerías que forman parte de la historia de La Santa tanto como mi sangre, al igual que toda la violencia que ocurre en ellas.

Subo a la plataforma y paso entre las cuerdas, inclinando el cuello de un lado a otro y dando pequeños saltos. Andrea, el entrenador físico del grupo que me espera, me mira con una ceja levantada y le sonrío de lado, asintiendo.

El primero en entrar al ring conmigo es un chico, no debe tener más de dieciséis años. Sus ojos recorren mis brazos y torso expuestos, las tatuajes cubriendo cada centímetro de mi piel

hasta el cuello y el dorso de las manos, y traga saliva. Sonrío, pero no avanzo, dejando que él dé el primer golpe. La sala observa en silencio, incluso los hombres hechos que están en el CT para sus entrenamientos rutinarios han dejado de hacer lo que estaban haciendo para mirar.

Está bien, admito que generalmente me gusta hacer de esto un espectáculo, pero hoy me siento atípicamente benevolente. Con un suspiro casi inaudible, el chico finalmente avanza, sus golpes técnicamente correctos, pero afectados por el nerviosismo. Esquivo con facilidad, manteniendo la sonrisa, pero en lugar de derribarlo sin piedad, como haría en cualquier otro día, espero su próximo intento.

—¿Cómo te llamas? —pregunto mientras nos rodeamos.

—Simone.

—¿Estás nervioso, Simone?

Traga saliva y sus ojos se desvían, pero cuando vuelven a mirarme, están decididos.

—Sí.

—¿Te das cuenta de que podría matarte?

—Sí.

—Entonces hazlo bien, porque a diferencia del nerviosismo, no voy a matarte, como mucho, te heriré gravemente.

El chico suelta una risa nerviosa, pero obedece, y golpe a golpe se vuelve más atrevido. Que yo no contraataque en serio, ayuda.

El entrenamiento continúa, cada hombre entra al ring conmigo y sale luciendo más desconfiado que el anterior, y cuando hago una pausa, Cesare, que en algún momento llegó y ha estado observando todo desde lejos, finalmente se acerca. Levanta una ceja y se acaricia la barba espesa.

—Estás siendo obvio, Tizziano —dice, mientras me vuelco una botella de agua en la cara.

El sudor corre por mi cuerpo, pegando los shorts a mis piernas. Me giro hacia mi

hermano, mirándolo con una sonrisa.

—No sé de qué estás hablando, Cesare.

—¿Ningún hombre inconsciente? ¿Ningún hueso roto? ¿Nadie gravemente herido? —lanza las preguntas una tras otra, señalando con la cabeza hacia el ring—. Apenas sangraron.

—Hoy no tengo ganas de perder el tiempo limpiándome la sangre de debajo de las uñas.

—Claro, porque ya tuviste que hacerlo más temprano, ¿verdad? ¿O usaste guantes?

—De nuevo, no tengo idea de lo que hablas. Hace semanas que no tengo tiempo para torturar a nadie.

Cesare suelta una risa entre dientes.

—Espero que seas más convincente cuando hables con Vittorio. El Don te está esperando. —Su voz es seria, pero hay un brillo de diversión en sus ojos.

Empujo el interior de mi labio inferior con la lengua.

—Vittorio puede esperar un poco más.

***

—¿Estamos jugando a ver quién parpadea primero? ¿Para eso me llamaste? No es por nada, pero ya tuve suficiente de esta oficina en las últimas semanas. Ahora que regresaste, esperaba no tener que verla por un tiempo.

Giro el bolígrafo que tomé del escritorio de Vittorio entre mis dedos, disfrutando de su irritación, y de reojo, noto cómo sus fosas nasales tiemblan ligeramente, un raro desliz en su fachada de control absoluto.

Vittorio pasa la lengua por el centro de su labio superior. El traje oscuro perfectamente ajustado a su cuerpo refuerza la imagen de compostura que su rostro está a punto de contradecir.

—Encontraron a un miembro de la Cosa Nostra despellejado vivo en nuestro territorio, colgado de un gancho como un cerdo, en un almacén abandonado, Tizziano. Estoy esperando escuchar lo que mi subjefe tiene que decir al respecto, y me parece recordar que te llamé hace dos horas.

Mi respuesta es medida, teñida con un tono de indiferencia calculada.

—Un supuesto miembro de la Cosa Nostra —lo corrijo—. Y es una desgracia, sin duda.

—Tizziano —gruñe, la frustración evidente en cada sílaba, pero yo solo levanto la cabeza, deteniendo el movimiento del bolígrafo entre mis dedos.

El aire en la oficina es denso con una tensión no resuelta. Mi cuerpo, sin embargo, está en un estado de relajación profunda, cada músculo suelto, cada respiración tranquila. No recuerdo la última vez que tuve la mente tan en calma. Vittorio, por otro lado, parece estar a punto de perder la compostura.

—Al menos, eras discreto —dice entre dientes—. Un accidente de coche, un shock anafiláctico, pero esto... —interroga, lanzando un paquete de fotos sobre la mesa frente a mí—. Esto fue extravagante, imprudente. —Su mano golpea la mesa con fuerza—. Esto puede interpretarse como un acto de guerra, Tizziano.

Incapaz de resistir, dejo escapar una suave risa, no de alegría, sino de pura satisfacción al observar el cuerpo despellejado y sangrante en las fotos.

—No lo sé. —Aprieto el labio inferior hacia afuera, aún mirando las imágenes—. Hicieron un buen trabajo desfigurándolo... Y le sacaron los dientes. No se puede saber si realmente era un miembro de la Cosa Nostra; por lo que sé, la propia Cosa Nostra podría haber invadido nuestro territorio, despellejado a uno de nuestros hombres y dejado el cuerpo en ese almacén, irreconocible.

Me encojo de hombros. La ira en los ojos de Vittorio es la cereza del pastel. Si no fuera por su arrogancia, Rafaella no estaría pasando por la serie de desastres en que se ha convertido su vida en las últimas semanas.

Si no hubiera sido por tu arrogancia, mi *bambola* no habría llorado. Tal vez lo habría hecho, por rabia hacia mí en algún momento, pero, desde luego, no con la desesperación y el abandono que presencié hace unos días.

—Olvidas algo —dice Vittorio entre dientes, sus ojos azules destilando frialdad—, no nos falta ningún hombre.

—Estoy seguro de que eso se puede arreglar.

—Tizziano, no puedo matarte, pero puedo castigarte —amenaza, y yo hago un chasquido

con la lengua, rodando los ojos.

—¿Por qué?

—¡Basta ya! ¡La paciencia tiene sus límites y tú ya has sobrepasado todos los míos! —decreta.

Paso la lengua por el interior de mis labios y asiento, enderezando mis hombros y ajustando mi postura, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

—Sí, Don.

—No voy a recompensar tu imprudencia. Estás prohibido de interferir en cualquier cosa relacionada con el destino de Rafaella de ahora en adelante. Cesare se encargará de limpiar tu desastre, pero es el último con el que pienso lidiar. —A diferencia de su explosión anterior, estas palabras se pronuncian en un tono bajo y cortante, el tono habitual del Don.

Miro fijamente a Vittorio durante varios minutos.

—¿Algo más?

—Hablo en serio, Tizziano. Si Carmo está tan empeñado en casar a su hija, yo mismo encontraré un esposo para ella y resolveré esto de una vez por todas.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Me levanto y salgo de la sala, encontrando a Cesare esperándome en el pasillo.

—Ya no estás tan de buen humor, ¿eh? —se burla—. Supongo que no lograste ser más convincente, entonces.

—¿No tienes otra cosa que hacer?

—Sí, limpiar tu desastre.

—Todavía no...

—Todavía no sabes de qué estoy hablando —dice conmigo—. Pero Tizziano... —Cesare se detiene y coloca su mano en mi pecho, deteniéndome también. Su mirada atrapa la mía en una advertencia silenciosa antes de que sus palabras den voz a sus intenciones—. Hasta ahora, mi

papel era observar e informar, no interferir. Ahora tengo nuevas órdenes, y nunca fallo en mis órdenes.

—¿Me estás amenazando?

Cesare se ríe.

—¿Qué? —pregunta, fingiendo confusión—. ¡Claro que no! —Mi hermano presiona el labio hacia afuera y sacude la cabeza de un lado a otro—. Ni siquiera sabes quién es el responsable del desastre que tengo que limpiar, ¿verdad?

27

RAFAELLA ESPOSITO

Si alguna vez me encuentro con mi ángel de la guarda, le daré una patada en el culo. Y por esta blasfemia, el padre Armando puede hacerme rezar todas las Aves Marías que quiera, pero no voy a pedir perdón. Hay algo muy mal con el ser celestial que debería estar cuidando de mí. ¿Existe alcohol en el cielo? ¿Estará borracho?

Mantener la cabeza en alto mientras camino de regreso a casa hasta el castillo es una tarea casi dolorosa, enfrentar las miradas, los murmullos... La novia abandonada en el altar. Y escucha bien, Santa, no me estoy quejando. Ni cerca de eso, pero ¡los chismes! ¡Por La Santa! ¡Odio los chismes!

Exhalo con fuerza cuando un grupo de muchachas adolescentes me señala sin ningún pudor y se ríe. Les lanzo una mirada fulminante y considero seriamente decirles que, con esa actitud, ni siquiera encontrarán novios para ser abandonadas en el altar. Claro, creo que eso sería una bendición, pero si se están riendo de mí, dudo mucho que piensen lo mismo.

Marcho, cada vez más irritada y humillada, hacia la mansión, pero escondo el segundo sentimiento bajo capas infinitas del primero. Las personas no entenderían de todos modos. Pensarían que mi motivación fue el abandono, cuando en realidad, fue que me hayan puesto en la posición de ser abandonada, para empezar.

Suspiro aliviada cuando encuentro mi casillero en el vestuario del personal, todavía con mi nombre, y con un uniforme limpio y planchado. No debería estar más en Sicilia, así que no sabía si aún tenía un empleo, pero lo voy a tomar como un sí.

Varias compañeras pasan junto a mí, pero nadie me habla mientras me cambio, ni en mi camino hacia la oficina de Luigia, y eso me alegra. Hoy es un buen día para ser *persona non grata*[20], quizá la próxima década completa sea de buenos días para eso.

Para mi desgracia, sin embargo, la jefa de las gobernantas está en su oficina, su rostro severo concentrado en la lectura de unos papeles, los pequeños anteojos rectangulares con una cadena de perlas, en la punta de la nariz.

—Buenos días, Luigia.

—Buenos días, señorita.

Tomo mi tablilla con la lista de tareas de hoy en la ala del Don, pero cuando voy a recoger la del ala del subjefe, ya no está allí. Frunzo el ceño.

Luigia debe notar mi desconcierto o molestarle que me quede parada mirando el tablero de tareas, porque levanta la vista para ver qué está mal.

—Ya no estás a cargo del ala del subjefe —avisa, interpretando correctamente mi confusión.

—¿Ha vuelto Marta?

—Todavía no.

—¡Claro! —Asiento con la cabeza—. Ni siquiera debería estar aquí. Es lógico que ya se hayan hecho arreglos —murmuro más para mí que para ella, y ni siquiera debería sorprenderme.

Estar en el ala de Tizziano siempre fue algo temporal, aunque hoy, específicamente, me gustaría mucho verlo. Luigia no responde a mi comentario.

—Dejé un anillo en el ala del subjefe, la semana pasada. Antes no importaba, no pensaba volver aquí solo por eso, pero ahora... Pasaré por allí antes de ir a la ala del Don, ¿está bien? —pido, y no es del todo una mentira.

Realmente dejé un anillo allí, pero la bisutería es tan insignificante hoy como lo era ayer, y para ser honesta, ni siquiera sé qué exactamente espero al ir a la casa de Tizziano una última vez. A esta hora, es probable que él ya ni siquiera esté en casa. Solo que...

—No te demores. —La voz de Luigia corta mis pensamientos—. El Don dio órdenes explícitas de que no quiere que trabajes en la ala del subjefe.

Mis cejas se alzan tanto que podrían alcanzar la raíz de mi cabello.

¿No fue por mi matrimonio, entonces?

Abro la boca, pero me detengo antes de cometer el error de preguntar, sería una pésima idea. Solo asiento y salgo de la oficina. Cruzo el laberinto de corredores familiares hasta las escaleras, subiendo los escalones, sola. El personal de limpieza y de mantenimiento no usa los mismos accesos que la familia Cataneo y las amas de llaves.

Me detengo en cuanto alcanzo el rellano del ala del subjefe. Mi pecho se infla y mi respiración cambia.

Tizziano está sentado en la butaca de la sala de estar, relajado, exactamente como estaba el día que me contó que Marcelo estaba muerto. Hay una sonrisa torcida en la comisura de sus labios y me observa detenidamente.

Mentí cuando dije que no sabía qué esperaba al venir aquí, esperaba exactamente esto.

Esa mirada azul estudiándome con un interés que es solo suyo, los labios rosados curvados de esa manera irritante, la mandíbula marcada, el cuerpo esculpido, los tatuajes que se asoman por debajo de la camisa, desde el cuello hasta el dorso de las manos. Ver todo esto, era exactamente lo que esperaba. Y ahora que lo vi, ya no parece suficiente.

—¿Hoy no hay vestido negro de regalo ni día libre? —hablo yo primero, porque no creo que podría soportar su juicio también. No el de él.

Hago que mis piernas se muevan, entrando en la sala y deteniéndome a unos pasos de la butaca en la que está sentado. Su sonrisa se amplía.

—No tienes un novio muerto. Para abandono en el altar, tengo otro tipo de consuelo, pero no creo que tengas el valor de aceptarlo.

Lo dice, y aunque las palabras son ácidas, él las hace sonar nada más que pervertidas. Tizziano se levanta y todo mi cuerpo tiembla, recordando y extrañando el calor de su proximidad.

Como si supiera lo que estaba pasando por mi mente, él reduce la distancia entre nosotros en solo dos largos pasos. Es probable que en realidad lo sepa. Como siempre, su brazo envuelve mi cuerpo como si fuera suyo.

—Hola, *principessa* —dice en voz baja, y la caricia lenta de su pulgar en mi mejilla me hace cerrar los ojos brevemente.

Eso. Esto era lo que esperaba encontrar cuando vine aquí. Respiro hondo, inhalando el aroma de tabaco y menta.

—Solo vine a buscar un anillo que olvidé aquí la semana pasada. Luigia me removió oficialmente de tu ala —susurro a medias verdades, y Tizziano me besa, ambos con los ojos abiertos.

—Lo sé. —Asiente con la cabeza, rozando nuestros labios, y podría llorar de alivio por la sensación de seguridad que me invade al estar en sus brazos.

No tengo ilusiones, Tizziano es un cretino, un hijo de puta egoísta que no quiere nada de mí, más que verme ceder. Un día, lo comparé con Marcelo, pensé que Tizziano, al igual que mi primer prometido, tampoco se preocupaba por mis negativas. Me equivoqué, porque la verdad es que nunca le dije “no” de verdad a Tizziano. Mis negativas eran mentiras, tanto para él como para mí misma, y lo único que él hacía era ver a través de ellas. Estoy cansada de mentir.

¿Y para qué? Nunca imaginé que extrañaría los días en los que la peor cosa a la que me enfrentaba era una violación consentida.

Si con un prometido muerto mi padre se desesperó lo suficiente como para entregarme a un hombre que apenas conocía, ¿qué será capaz de hacer ahora que tengo dos prometidos muertos y uno que me abandonó?

—¿Y si lo hago? Tal vez acepte —murmuro cuando sus labios descienden por mi mentón, provocando y erizando mi piel.

Sus dedos sujetan mi cintura posesivamente y sus ojos azules nunca se apartan de los míos.

—Tal vez... —repite, saboreando la palabra—. La última vez, solo tuve que contar hasta tres antes de que tu "tal vez" se convirtiera en un "no". —Se ríe y desliza la punta de su nariz por la línea de mi mandíbula, bajando por mi cuello y aspirando profundamente.

—Entonces, no cuentes esta vez —susurro, y Tizziano vuelve a mirarme. Cualquier rastro de sonrisa desaparece por completo de su rostro.

Tres latidos de mi corazón. Me besa. Hay un hambre en ese beso, que parece ser mucho más que solo física. Su boca encuentra la mía con una urgencia que refleja la confusión y el tumulto en mi propio corazón. Me sumerjo en ese beso, permitiéndome sentirlo por completo. Me entrego, me deshago, me olvido de cualquier cosa que no sean los labios, la lengua y los dientes de Tizziano. Sus manos en mi cuerpo, su olor en mi nariz.

Nuestras lenguas se entrelazan, una y otra vez, en una danza deliciosa antes de que Tizziano tire de mi labio inferior con los dientes, una mordida suave que provoca un escalofrío por mi columna. La sensación es como si estuviera saltando de ese precipicio, otra vez. Tizziano lo lame antes de volver a devorar mi boca como si fuera lo más delicioso que ha probado en su

vida.

Su mano desciende por mi espalda, atrayéndome más cerca, y apretando mi culo con la fuerza suficiente para levantarme del suelo, mientras la otra se infiltra entre las raíces de mi cabello, deshaciendo mi moño, tirando de los mechones, provocando una ardiente sensación que me sobrecoge con un torbellino de emociones que ni siquiera sabía que era posible sentir con solo un beso.

La lengua de Tizziano es audaz, entra y sale de mi boca, se enrosca con la mía, la domina, exige sumisión y luego la acaricia, recompensando la obediencia.

Me derrito, escuchando los sonidos que salen de mi garganta sin que yo tenga control sobre ellos. Cada fibra de mi cuerpo reacciona estremeciéndose y entregándose, llevándome a un estado tan absoluto de necesidad que el grito de mis pulmones se vuelve un problema secundario. La urgencia de sentir más de esta sensación que domina mi cuerpo es mucho mayor que la de respirar.

Cuando Tizziano separa nuestros labios, estoy jadeando, y no tengo dudas, estoy roja.

—Haré algo mejor, *bambola* —dice muy serio, su respiración tan agitada como la mía—. Te daré todo el día para pensar. Esta noche, en la fiesta de La Santa, te esperaré en la sala de la sacristía, después de la campana. Si estás allí, sabré que es un sí.

Luego, se aleja, me mira con ojos incendiarios durante unos segundos que parecen durar una eternidad, se da la vuelta y se va. Y yo me quedo.

Me quedo con el corazón acelerado, el cuerpo caliente, el rostro rojo y una duda: ¿qué fue lo que acaba de pasar?

28

RAFAELLA ESPOSITO

Tizziano lo logró. Me volvió loca.

Esa es la única explicación para que, durante los últimos cuarenta minutos, haya estado mirando el vestido floreado extendido sobre mi cama. No debería ir a la fiesta; ya había decidido que en las próximas semanas no saldría de casa a menos que fuera estrictamente necesario.

Si el paseo de ida y vuelta al castillo estuvo lleno de murmullos, no quiero pensar en la fiesta a la que asistirá toda nuestra comunidad.

Entonces, *¿por qué elegí un vestido?*

Me dejo caer sobre la cama, rebotando en el colchón. Cubro mis ojos con el brazo, irritada por lo frágil que me siento, con una nostalgia ridícula por la sensación de seguridad que encontré en los brazos de Tizziano más temprano, y tan cansada de dudar que podría dormir una semana entera.

Qué nostalgia de cuando me creía fuerte. Ahora, no sentirme patética ya es una gran victoria. Respiro hondo, intentando silenciar mis pensamientos caóticos por tan solo diez segundos.

¡Basta de autocompasión, Rafaella!

Me levanto y miro el vestido de nuevo. Dejemos eso para cuando no haya otra cosa que podamos sentir. Hoy, tenemos otra opción.

Me visto y me maquillo con cuidado, dejo el cabello suelto y me pongo tacones medianos. Cuando termino de arreglarme y me miro en el espejo, me gusta lo que veo, aunque siento que refleja el ritmo desbocado de mi corazón.

Exhalo lentamente por la boca varias veces, intentando calmarme, y fallo en todas. Me rindo. Tomo mi bolso y salgo de la casa vacía; mis padres ya se fueron a la fiesta.

Mi madre, aunque muerta de vergüenza, también está desesperada por no ser excluida de la vida social por mi no-casamiento, y mi padre probablemente piensa que la fiesta de La Santa

es una excelente oportunidad para conseguirme otro novio. No me sorprendería que mañana por la mañana ya hubiera otra alianza en mi dedo. Tiemblan solo de imaginar lo repugnante que deberá ser el hombre para aceptar a una mujer con mi historial que, a estas alturas, incluso yo reconozco que parece tener muy mala suerte.

Hoy no, Rafaella. ¡Hoy no!

Marcho por las calles iluminadas de la cantina, escuchando cómo la música de la parroquia se vuelve cada vez más fuerte a medida que me acerco. Las calles adyacentes están llenas de la fiesta. Hay banderines de colores colgados en los postes, imágenes de La Santa ondeando, y corazones y rosas flotando en forma de globos inflables por todas partes.

Había olvidado cuánto solía amar esta fiesta. Hace años que no veía una. Humedezco mis labios, caminando por las calles adoquinadas entre los puestos de comida y juegos tradicionales, el aroma del vino flota fuerte en el aire y la música alegre, típica italiana, resuena alta a través de los altavoces. Me perdí la misa.

Miro el reloj en lo alto de la torre de la iglesia; aún falta media hora para que suene la campana. Deambulo, ignorando algunas miradas y chismes, cuando las personas menos ocupadas con su propia diversión tienen tiempo de fijarse en mí, y buscando a Gabriella.

Sé que mi amiga debe estar ocupada, posando como Primera Dama, junto al Don, pero quería verla. O, al menos, eso es lo que me digo, aunque en lugar de buscar ojos oscuros, busco iris azules, y en lugar de un cuerpo femenino, busco uno masculino, tatuado, y mucho más grande que yo. No lo encuentro de ninguna manera.

¿Estoy haciendo el ridículo? ¿Está Tizziano bromeando conmigo? ¿Haría algo así?

Vuelvo a mirar el reloj en la torre, pero no han pasado ni cinco minutos. El nerviosismo me corroe el estómago y no sé qué hacer conmigo misma. Mi corazón late en mis oídos y puedo sentir cada latido en la punta de mis dedos. Estoy sudando.

¡Por La Santa! ¿Será que voy a apestar?

—¡Rafaella! —La exclamación sorpresiva de mi nombre me saca de mi crisis interna, y me giro hacia el grito que se escucha por encima de la música y el ruido de la multitud.

¡Ah, maldición!

Mi madre camina rápidamente hacia mí, llevando una bandeja.

—*Ciao* —digo a regañadientes. Esperaba pasar desapercibida para ella.

—¡Qué bueno que viniste! Así es como nos recuperamos, levantándonos y enfrentando las cosas. Ven, vamos a buscar algo para que hagas —dice mientras ya me toma de la mano y me guía entre la multitud.

Echo un vistazo al reloj de la torre, una vez más. Suspiro, resignada. Ocupando mis manos, sin duda, es una mejor forma de pasar el tiempo que angustiándome por los latidos de mi propio corazón.

—Padre Armando, su bendición —le pido al llegar dentro de la iglesia y encontrarlo. Mis ojos se desvían hacia la puerta cerrada de la sacristía.

Qué irónica elección de Tizziano. Han sido tantas las veces que usé esa sala para confesar mis pecados y, esta noche, es allí donde anunciaré la decisión de cometer el más grande de todos.

—Hija mía —me sonríe dulcemente—, ¿cómo estás? —Me encojo de hombros, no de manera rebelde, sino diciendo que no sé, y él asiente en respuesta—. Si necesitas hablar, las puertas de mi sacristía siempre estarán abiertas para ti.

Ok, Padre Armando. Tal vez debería tener cuidado con lo que dices...

—Gracias, Padre.

—Pero me alegro de que hayas venido.

—Claro que vino —interviene mi madre—. A Rafaella le encanta la fiesta de La Santa. No se la perdería por nada.

Sonrío y asiento, porque, ¿qué más podría hacer?

—Toma. —Mi madre me empuja una canasta de flores en los brazos—. Llévala al puesto de Martina, ella está cerca de la fuente. Se le acabaron.

Asiento, aún con una sonrisa forzada. Saludo al sacerdote, y él me deja ir. Salgo de la iglesia y vuelvo a la multitud.

Bien, ocupar las manos para pasar el tiempo. Puedo hacer eso.

***

¡Maldición, maldición, maldición!

Miro de un lado a otro, como si la solución a mis problemas fuera a saltar mágicamente de las paredes abarrotadas de la pequeña despensa.

¡Por La Santa! ¿Cómo pude encerrarme aquí dentro?

Golpeo la puerta, pero con la música resonando afuera, es imposible que alguien me escuche. No puedo creerlo. Si estoy en lo cierto, la campana va a sonar en cualquier momento y... Mis pensamientos se interrumpen con el repique, seguido de los vítores festivos.

Es tradición en la fiesta de La Santa que, a las 21:02, suene la campana y luego griten "¡Viva!" dieciocho veces en su honor. No puedo creerlo. No puedo creer que después de todo el tiempo perdido hoy, pensando, imaginando este momento, preguntándome si realmente tendría el valor, descubro que sí, solo para nunca poder aprovecharlo.

Río, disgustada, porque claro, esto también me sería negado. Definitivamente, mi ángel de la guarda es un alcohólico. La música vuelve a sonar después de los honores a La Santa, y suspiro.

Me inclino para sentarme en una pila de sacos de azúcar, y la puerta se abre de repente, golpeándome en la frente. El impacto es lo suficientemente fuerte para dejarme aturdida, pero no tanto como para lastimarme.

Parpadeo al ver a María, quien me mira con el ceño fruncido y la pregunta "¿Qué haces aquí?" estampada en el rostro.

—Me quedé atrapada, gracias —es lo único que digo antes de salir corriendo, literalmente.

¡Por La Santa! Estoy haciendo que el llanto de Bella porque Edward no quería acostarse con ella parezca una situación ligera y sencilla. Pero, ¿a quién le importa?

Los pasillos de la iglesia están vacíos, así que llegar al templo es fácil y me obliga a reducir el paso. Lo último que necesito es llamar la atención sobre adónde me dirijo.

Camino despacio y agitada, tan distraídamente como puedo fingir, por el costado de la iglesia, paseando los dedos por los bancos hasta llegar al altar.

La música se amortiguó por el rugido de mi propio corazón a mitad de camino y no hay

nada en mi cabeza más que expectativa e incluso miedo.

La campana sonó hace minutos... Puede que él... Puede que ya no esté allí. Exhalo por la boca, sintiendo la fina capa de sudor que se ha acumulado sobre mi labio superior.

Abro la puerta y entro tan rápido como puedo, apoyándome en ella en el mismo segundo y cerrando los ojos por reflejo. No he tenido un infarto. Etapa número uno completada con éxito.

—Hola, *Principessa*.

29

TIZZIANO CATANEO

¡Ella vino!

Aunque todo mi plan dependía de eso, tenía serias dudas de que funcionara, porque hasta ahora, Rafaella nunca había tenido más que unos breves momentos de debilidad en su determinación. Pero supongo que convertirse en víctima de su propia vida tiene un precio.

Sus ojos se abren y me mira, jadeante y roja, como si hubiera corrido todo el camino hasta aquí. Me muerdo el labio mientras observo su cuerpo pequeño y curvilíneo, los senos llenos subiendo y bajando rápidamente, sus muslos gruesos expuestos por el vestido corto, y su cabello suelto.

—¿Huyendo del monstruo, *bambola?*

—¡Ah, no! Él me hizo una promesa —dice con una diversión burlona que estoy seguro no sabe lo sensual que suena—. Vine a cobrarla.

—Ven aquí —la llamo.

Rafaella se lame los labios y se impulsa hacia adelante, despegándose de la puerta y caminando hacia mí, al centro de la sala. Esta noche, una determinación completamente diferente a la que estoy acostumbrado a ver en sus ojos brilla en ellos.

Bajo la atenta mirada de las imágenes esparcidas en las estanterías, envuelvo mi brazo en su cintura y coloco mi mano en su mejilla. Sus brazos rodean mi cuello. Los santos son nuestros primeros testigos esta noche.

—Llegas tarde. ¿Dudaste?

—Estoy aquí —responde desafiante, y muerdo su boca por su audacia—. ¿A dónde vamos?

—¿Por qué tenemos que ir a algún lugar? —Rafaella abre los ojos sorprendida antes de lanzarlos hacia las imágenes y las sotanas esparcidas por la sala. Me río, y ella resopla.

—*¡Stonzo!*

—No tengo prisa.

Presiono nuestros labios, besándola despacio para demostrarlo, muy diferente a la última vez.

Encajo nuestros labios, disfrutando la suavidad de los suyos antes de saborearlos. Mi lengua se desliza lentamente por ellos, luego los chupo. Rafaella gime suavemente, ya olvidada de los santos que la preocupaban segundos atrás.

Tiro de su cuerpo, acercándonos aún más, aplastando sus senos contra mi pecho. Ella jadea en mi boca, sus manos buscando algo que agarrar en mi nuca y hundiendo sus uñas en mi cuero cabelludo cuando no encuentran nada. *A Mia bambola* le gusta arañar, y a mí me encanta.

La beso durante mucho tiempo, una y otra vez, hasta que Rafaella queda completamente rendida en mis brazos, con los ojos embriagados de deseo, los labios hinchados, el cabello desordenado, perfecta para el papel.

—Tizziano —gime mi nombre cuando bajo los labios por su mentón, lamo su garganta y su escote, deslizando mis manos bajo el vestido y agarrando su culo desnudo, piel contra piel. Rozo mis dedos contra el elástico de sus bragas, y Rafaella abre los ojos—. Salgamos de aquí, por favor —suplica.

Vuelvo a acercar mis labios a su boca.

—¿Está segura, *Principessa*? Después de esto, no hay vuelta atrás.

Mis palabras son un susurro engañoso. Rafaella dio el paso sin retorno mucho tiempo atrás, el día en que me desafió por primera vez.

—Absolutamente... —jadea, buscando mis labios—. ¡Absolutamente!

—Bien —murmuro, y vuelvo a meterle mi lengua en la boca.

En un timing perfecto, se abre la puerta de la sacristía y el padre Armando, sorprendido, invoca a Dios.

—¡Dios mío misericordioso! ¿Qué está pasando aquí?

Rafaella se aleja de mí a la velocidad del rayo, retrocede tres pasos y se vuelve hacia la

puerta.

—Uy, Padre. Creo que tengo un pecado más que confesar —digo ajustándome la erección que deliberadamente dejé crecer en mis pantalones.

Cuando levanto la vista, sin embargo, es casi imposible no sonreír, porque, observando a una Rafaella roja como un tomate y a mí, no está solo el padre Armando, sino una verdadera audiencia formada por nada menos que el propio Don, mi futura suegra, mi madre, y una de las viudas más chismosas de la *famiglia*.

No tengo idea de qué reunió a este grupo inusual, pero ni siquiera yo podría haber pedido uno mejor.

***

—¿Te forzó? —le pregunta Vittorio a Rafaella.

Controlo mi reacción, aunque lo que realmente quiero es preguntar si esto es realmente necesario. Pero todo lo que obtendría como respuesta sería una mirada de advertencia del Don, así que me mantengo en silencio. No necesito decir nada más para conseguir lo que quiero, de todas formas.

Rafaella tiene la cabeza baja, y el rubor todavía no ha dejado su piel, incluso casi una hora después de que nos encontraran en la sacristía.

Mi hermano despidió a la viuda, habló con el cura y llevó a la familia de Rafaella al castillo, con el fin de resolver la situación como un asunto doméstico. La primera etapa de la resolución, al parecer, consiste en hacer preguntas estúpidas.

—No —respondió Rafaella, sin levantar los ojos en un tono casi inaudible. ¡Y *cazzo*! Cómo odio que esté pasando por esto.

—¿Entraste en esa sala por tu propia voluntad?

—Sí.

—¿Tocaste y te tocaron por voluntad propia?

—S-sí.

Vittorio deja que el silencio se asiente en la oficina, mirando a Rafaella con una

intensidad que me saca de mi centro. La rabia burbujeando bajo su piel es evidente para quien quiera verla. Y eso, más que cualquier otra cosa, me preocupa.

El Don nunca pone sus sentimientos por encima del deber. Bueno, una vez lo hizo, por Gabriella, pero en todo lo demás, Vittorio no lo hace. Y es precisamente esa frialdad calculada la que me da la certeza de que no me va a gustar lo que está a punto de decir cuando mi hermano abre la boca.

—Tengo una propuesta para ti —dice, dirigiéndose a Rafaella, y mia bambola finalmente levanta la cabeza. Sus ojos están llenos de lágrimas, y exhalo con fuerza para controlar mi reacción ante eso.

—Solo hay una propuesta que hacer —interrumpo, rompiendo mi resolución de mantenerme en silencio hasta que esto terminara.

—Todavía no estoy hablando contigo, pero no te preocupes, ya llegaré a eso —advierte con monotonía, volviendo a hablar con Rafaella inmediatamente después—. Tu vida no ha sido fácil —declara, y mis ojos se entrecierran, porque eso ni siquiera es el tipo de cosas que mi hermano tomaría en cuenta—. Y no está por mejorar. Podría acabar con esto, aquí y ahora. No me importaría matarte en este momento. Lo haría como un regalo por tu amistad con Gabriella. Finalmente estarías libre, en el cielo.

Rafaella parpadea y frunce el ceño, tardando casi un minuto entero en entender exactamente lo que Vittorio está ofreciendo. Tiempo durante el cual cada gota de sangre en mi cuerpo se volvió fría. *¡Figlio di putanna!*

La expresión en su rostro es casi creíble; una mirada distraída, miserable o esperanzada podría fácilmente creer que él le está ofreciendo a Rafaella una salida, libertad, como un acto de misericordia, y no es así, porque está castigándome a mí.

—¿M-muerte? —tartamudea—. ¿Se está ofreciendo a matarme? —pregunta, con los ojos muy abiertos y un estremecimiento recorriendo su cuerpo. Maldigo a Vittorio por esto.

—Así es. La alternativa creo que es obvia.

Rafaella traga en seco y desvía la mirada, observándome por primera vez desde que nos descubrieron. Sus ojos son un pozo de duda y vergüenza, y tarda más en apartarlos de lo que me permitió sostenerles la mirada.

Mira sus propias manos, y aunque ya he sido torturado de las formas más crueles e

inimaginables, aunque he recibido seis balazos, los segundos durante los cuales ella pondera las alternativas que tiene parecen ser los más lentos que he vivido.

Luego traga en seco y levanta la cabeza, finalmente lista para responder.

—Casarme, Don. Prefiero casarme.

—Muy bien. Si eso es lo que quieres, se casarán mañana, al mediodía.

30

RAFFAELLA ESPOSITO

—Me veo ridícula —digo al reflejo en el espejo, del cual, a diferencia de la última vez que usé este vestido, no huyo.

Es como una especie distorsionada de *déjà vu*: la habitación, la ropa, el objetivo del día, mis sentimientos, todo es igual. Excepto que, de alguna manera, también es diferente.

—No digas tonterías. ¡Te ves hermosa! Este vestido es precioso, sería un desperdicio no usarlo.

Mi madre termina de abotonar la parte trasera del vestido y se coloca a mi lado. Está con su mejor atuendo, un vestido de tafetán azul oscuro y tacones negros. Su rostro de mejillas redondeadas está suavemente maquillado y el cabello recogido en un moño perfecto, enrollado sobre la nuca.

—Me hubiera encantado que tuviéramos tiempo para comprar otro, pero el subjefe tenía prisa —dice con una sonrisa satisfecha que me hace llevar las manos a las sienes para masajearlas.

De todas las cosas que no previ que sucederían en las últimas veinticuatro horas, esta es, sin duda, la más obvia: mi madre está en éxtasis. Logró mantener su satisfacción oculta hasta que cerramos la puerta de casa anoche, pero una vez hecho, comenzó a bailar prácticamente sobre el gastado piso de madera, porque sus planes habían resultado.

Sofía usó esas palabras, exactamente esas palabras, cuando vino a felicitarme, después de que mi padre se retiró, por finalmente haber hecho lo que una buena hija haría. Según ella, más vale tarde que nunca.

—Para con eso —me reprende, dando un leve golpecito en mi mano—. ¡Vas a arruinar el peinado así!

La queja es seguida por sus dedos acomodando los rizos sueltos que había aplastado, inconscientemente. Cierro los ojos y la dejo jugar a las muñecas conmigo. Hay preocupaciones mucho más urgentes en mi cabeza, peleando por ser las primeras en las que pensaré.

Voy a casarme con Tizziano Cataneo.

Trago el nudo en mi garganta, sintiéndome mareada cuando olvido respirar por demasiado tiempo. Sofía lo ignora por completo, los ruidos de sus movimientos a mi alrededor me irritan tanto como me cansan.

—Necesitas sonreír más. ¡Este es el día más feliz de tu vida!

Abro los ojos solo para ponerlos en blanco.

—¿En serio, mamá?

Es todo lo que me digno a responder, y a pesar de la mirada de desaprobación que recibo, su euforia no disminuye.

—Te vas a casar con Tizziano Cataneo. Has ganado el premio gordo, Rafaella.

Ella sonríe, quitando el polvo inexistente de su propia ropa. Es mi turno de ignorarla, ya estoy lo suficientemente mareada y desorientada por la agitación que crece dentro de mí, no necesito a mi madre.

Mi corazón resuena contra las paredes de mi pecho, cada latido es un recuerdo vívido de los momentos robados con Tizziano... Sus caricias, su mirada... La idea de casarme con él nunca había cruzado por mi mente.

Cuando la puerta de la sacristía se abrió anoche, estaba segura de que mi ángel guardián borracho había decidido concederme mi deseo de la muerte de la manera más cruel que pudo imaginar: sería expuesta, mi familia avergonzada, y mi padre me mataría o me entregaría a uno de los burdeles de la Sagrada; así que yo misma terminaría con mi vida, porque prefiero morir a enfrentar el destino que me esperaría allí.

Pero contra todo pronóstico, Tizziano no intentó, ni una sola vez, evadir la responsabilidad de casarse conmigo. Su voz, enfrentando al Don, a pesar de su propio desliz, diciendo que solo había una propuesta que hacer, ha resonado en mi mente cada segundo desde que lo dijo.

No dormí ni un minuto esta noche, pasé todos esos momentos repitiendo mentalmente seis palabras: “Voy a casarme con Tizziano Cataneo”.

—Rafaella, estás pálida. —Mi madre pellizca mis mejillas, tratando de remediar lo que

ella cree que es un gran problema.

Todo lo que hago es asentir por reflejo, incapaz de verbalizar la tormenta bajo mi piel. ¿Cómo podría ella entender?

Mi respiración se vuelve irregular. Trago saliva, el "¿Y si?" late en mi mente como una melodía seductora.

Tizziano y yo... ¿Y si este matrimonio pudiera ser algo más? Él parecía querer casarse.

Sacudo la cabeza, regañándome a mí misma. Debo estar volviéndome loca. Eso es. Las circunstancias me han vuelto loca. La última cosa en el mundo que Tizziano Cataneo quiere es casarse.

Pero tal vez... Tal vez, con el tiempo...

¿Él me vuelve loca? Sí, definitivamente. ¿Me irrita y provoca en cada oportunidad? Sin duda, pero eso no es lo único que hace.

Una sola mirada suya es capaz de incendiar todo mi cuerpo. El desgraciado solo necesitó besarme para que yo me olvidara por completo de mis pudores en la sacristía de la parroquia.

Mi piel se eriza al pensar en su proximidad, y una sensación de calor se esparce por mi estómago en respuesta física a los recuerdos.

—Es hora de irnos. —La voz de mi padre invade la habitación.

Ha sido más discreto que mi madre, pero Carmo definitivamente no está triste con la forma en que se han desarrollado las cosas, a pesar del sermón sobre la decencia que me dio. Tuvo la osadía de decirme que lo decepcioné.

Sigo a mis padres hasta el auto, y soy completamente consumida por las emociones en el corto trayecto hasta la iglesia. Todas giran en un torbellino confuso.

Mi estómago se contrae cuando estacionamos. Mis manos tiemblan levemente, pero mantengo la cabeza en alto al pisar la acera vacía. Es casi como si hubieran avisado a las personas que no vinieran a la iglesia en este horario.

Hay dos soldados esperando frente a la puerta, y uno de ellos entra cuando me giro en su dirección. Respiro hondo, incapaz de evitar que mi rostro se ponga rojo ante la perspectiva de enfrentar al padre Armando. Como si todo lo demás no fuera suficiente, nunca más podré mirar a

ese hombre sin pensar que vio mi culo.

Él y Don. Don me vio el culo. Mi futura suegra me vio mi culo. ¡Por La Santa, ella con certeza ya me odia!

—¿Vamos? —pregunta mi padre, y solo entonces me doy cuenta de que mi madre ya no está a nuestro lado.

Entrecierro los ojos y expulso el aire lentamente por la boca, haciendo mi mejor esfuerzo para que mis pulmones me obedezcan y funcionen a un ritmo decente, pero no parecen interesados en nada más que volverme loca, muy parecidos a mi novio.

Novio.

Consigo esquivar el pánico que sube por mi columna el tiempo suficiente para asentir y aceptar el brazo que Carmo me ofrece. Caminamos hacia los pequeños escalones y no llego ni siquiera pasaron dos segundos antes de que las puertas frente a ellos se abran, revelando un templo vacío, excepto por la familia del novio, el padre Armando, mi madre y Tizziano.

No hay una sonrisa en su rostro mientras camino hacia él en un silencio tan mórbido como el de los velorios de mis últimos novios. No hay marcha nupcial, ni flores en el camino. No hay ninguna certeza, solo dudas. Un camión entero de ellas.

Mi padre me entrega a Tizziano antes de sentarse junto a mi madre en el banco detrás de mí, los Cataneo en el lado opuesto. Tampoco hay dama de honor ni ramo de novia.

Tizziano sostiene mi mano entre las suyas. Su toque es áspero, calloso, y no afecta en nada el ritmo de mi corazón, que ya late descontrolado, no puede empeorar.

—Hola, *principessa* —susurra, y me siento la mujer más estúpida del mundo cuando mi corazón cambia de ritmo, pareciendo bailar para el hombre frente a mí.

El cura comienza a hablar, pero todo lo que oigo es el rugido de la sangre en mis oídos. Y mirando el rostro tormentosamente atractivo de Tizziano, el tiempo y el espacio dejan de existir hasta que solo quedamos yo y mis incertidumbres. Me ahogo en ellas.

¿Y si haber sido sorprendidos fue un golpe de suerte?

—¿Rafaella? —el padre Armando me llama, tocando mi hombro, y me sobresalto, girándome hacia él.

—¿Aceptas a Tizziano Cataneo como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, de hoy en adelante, hasta que la muerte los separe?

Su tono reticente es suficiente para que sepa que esa es la segunda vez que me hace la pregunta. No escuché la primera.

Mis ojos se dirigen a Tizziano. Tiene una ceja y una de las comisuras de sus labios sutilmente levantadas. Su rostro no hace ningún esfuerzo por disimular la expresión de victoria. ¿Por qué?

—Sí.

PARTE II

La perdizione[21]

31

RAFAELLA CATANEO

La *signora* Ana es la primera en salir de la iglesia, obviamente prefiriendo haber venido para el evento para el que se vistió: un velorio. Ni siquiera me dirigió la palabra, pero su vestido negro con mangas abullonadas fue un mensaje alto y claro: me odia. ¿No es una excelente manera de ser recibida en la familia?

Solo de imaginar el caos que se desatará entre las mujeres de la Sagrada cuando se corra la voz sobre este matrimonio... Creo que cuando mi cabeza deje de dar vueltas, probablemente explotará.

—Felicidades —dice Gabriella en voz baja, abrazándome.

Mi amiga es la primera de los Cataneo en acercarse a Tizziano y a mí cuando la ceremonia termina. Me estrecha con cariño entre sus brazos, y luego extiende una mano, algo titubeante, hacia su cuñado. Él le lanza una mirada juguetona, y yo le doy un codazo.

Aunque su madre fue la única en salir disparada por la puerta como una flecha, su padre y sus hermanos no parecen ni un poco dispuestos a reconocer nuestra existencia más allá de estar presentes aquí.

Mis sospechas se confirman cuando, tras terminar de hablar con un soldado, el Don le dirige una mirada significativa a Gabriella, quien se disculpa con un gesto silencioso y se aleja, volviendo a su lado.

Tizziano y yo no recibimos ni una fracción de la atención que Don Vittorio usó para comunicarse con la esposa que estaba frente a nosotros.

En cuanto mi amiga se reúne con su esposo, la familia de Tizziano sigue el rastro de la *signora* Ana, dejándonos solos con el sacerdote y mis padres, sin habernos dirigido la palabra a ninguno de los dos.

Parpadeo, esforzándome por entender, y al mismo tiempo, incapaz de concentrarme por más de diez segundos en algo que no sean mis pensamientos y sentimientos hacia el hombre que sostiene firmemente mi mano.

Marido.

Tizziano es ahora mi marido.

—Me gustaría confesarme antes de irme —pido, interrumpiendo la conversación de mi madre con el padre Armando, un devaneo sobre cambiar la decoración del altar que no pude seguir escuchando.

Un silencio incómodo se apodera del grupo cuando el peso de mis palabras golpea a cada uno como una piedra arrojada a un lago. Todos saben lo que quisiera confesar.

El rubor mancha las mejillas de mi madre y mi padre finge no inmutarse, pero desvía la mirada.

—Esperaremos a que nos llames —dice mi madre, apenas dándome un rápido abrazo de despedida antes de darse la vuelta para salir.

Mi padre la sigue, pero cuando Tizziano, aún en silencio, suelta mi mano, giro el rostro en su dirección inmediatamente.

La sonrisa cínica que se dibuja en su rostro es más que suficiente respuesta para la pregunta que no hice, pero él decide usar también las palabras.

—El cura ya está al tanto de todos mis pecados —explica, encogiéndose de hombros—. Te esperaré afuera. —Besa mi mejilla y se aleja.

Me quedo mirando el pasillo vacío por donde él se fue durante varios minutos antes de que el cura me llame.

—¿Rafaella?

Trago saliva y dirijo mi atención hacia él. La sotana ceremonial es el único otro signo, además de mi vestido, de que hoy se celebró un matrimonio.

—Lo siento, padre... —empiezo con un suspiro, buscando las palabras. Sabiendo que confesarme no es lo único que le debo al sacerdote—. Lamento lo de anoche, yo... —me detengo cuando no encuentro justificaciones.

¿Qué podía decir? ¿Que estaba loca de lujuria?

Me cubro el rostro con las manos y me lamento, sintiendo cada uno de mis nervios a flor

de piel. El retumbar en mi cabeza es constante. El padre Armando ríe suavemente y coloca una mano bajo mi codo, guiándome hasta que estamos sentados, lado a lado, en el primer banco de la iglesia.

—Está bien, hija mía. Estoy seguro de que esos Santos han visto indiscreciones mayores.

El comentario, aunque bien intencionado, solo me avergüenza más.

—Padre —gimo.

Él sostiene mi mano.

—¿Estás bien? —pregunta, y tal vez sea porque nunca ha traicionado mi confianza, pero le digo la verdad.

—No lo sé. Por primera vez, se me dio una elección, y no puedo dejar de preguntarme si hice la correcta.

Las cejas del padre Armando se fruncen mientras me observa, y sus ojos se agrandan levemente cuando se da cuenta del tipo de elección de la que estoy hablando.

—Habla conmigo, hija mía.

Entonces hablo. Dejo que cada uno de mis miedos y anhelos llenen la pequeña iglesia.

Confieso mis deseos más íntimos y oscuros, hablo sobre lo infeliz que me sentí con el primer compromiso, sobre cómo me sentía asqueada y cuánto recé a La Santa para que cada uno de mis pretendientes muriera. Cuento sobre la sensación de alivio que me invadía en cada velorio, el pavor que sentí cuando Stefano me reclamó, y el mar de confusión en el que me ahogué cuando él no apareció para la boda.

Le explico todo, cada paso y decisión que me llevó hasta este momento, y cuando termino, no estoy segura de que mis sentimientos sean más claros, pero sin duda me siento más ligera.

El padre Armando me dirige una mirada significativa, como si no solo me hubiera oído, sino que también me hubiera entendido.

—Diez Ave Marías y quince Padrenuestros, hija mía —sentencia, confirmando mis sospechas de que sí, me entiende.

Una vez, me mandó rezar tres novenas completas por haber insultado a mi madre en pensamiento. Acabo de confesar que deseé y celebré la muerte de dos hombres diferentes, entre otras cosas igual de terribles. Veinticinco oraciones son una ganga, y lo sé.

—Gracias, padre —murmuro, respirando hondo, sabiendo que la confesión no puede durar para siempre. Mi nueva realidad me espera afuera. Tiene ojos azules, lo suficientemente fríos como para provocar incendios, tatuajes por todo el cuerpo y una sonrisa que me estremece e irrita en partes iguales.

Como si sintiera que aún no estoy lista para enfrentarla, el padre Armando vuelve a hablar.

—Pude haber hecho la vista gorda, ¿sabes? —Giro el rostro hacia él, con el ceño fruncido —. Pero incluso con la incomodidad y la rapidez de las cosas, veo que hay cuidado y, a su manera, hasta cariño en las acciones de Tizziano.

—¿Cuidado y afecto? —pregunto, con una confusión evidente en el rostro—. Creo que quiso decir capricho.

El cura se ríe suavemente.

—Pude haber cerrado la puerta de la sacristía sin reaccionar, pude haber evitado que alguien más viera lo que yo vi, pero en las últimas semanas tu destino ha cambiado de manos tantas veces... —lamenta—. Tizziano nunca adornará uno de estos vitrales. —Levanta la mano, señalando las ventanas a nuestro alrededor—. Pero lo conozco. Lo conocemos.

Exactamente como siempre, las palabras del padre Armando penetran mis defensas, dejando grietas a su paso. No puede estar tan equivocado, ¿o sí?

¿Qué tan peor podría ser Tizziano comparado con todos los demás? Ayer estaba dispuesta a acostarme con él por elección, así que, definitivamente, esa parte del matrimonio no será un problema. Lo más probable es que pierda el interés después de cansarse, pero vivir en celibato y con cuernos es mucho mejor que ser golpeada y violada.

—Conozco a ese chico desde que usaba pañales, Rafaella. Y sí, siempre ha sido caprichoso, pero nunca realmente se interesó por nada que no fueran los asuntos de la Sagrada. —El cura continúa.

—Interesar... —murmuro más para mí misma que para él—. Es una forma de verlo.

El padre Armando vuelve a reír.

—Si se tomó la molestia de armar ese circo, es porque realmente le importas, hija mía. Y de verdad espero que puedan encontrar un camino juntos, a pesar de este inicio turbulento. No creo en eso de que Dios escribe derecho con líneas torcidas, así que claro que no pensé que Tizziano se convertiría en un pretendiente ejemplar de la noche a la mañana, pero encontrarlos a ustedes dos en la sacristía... No me molestó, de verdad. Te merecías algo mejor de lo que estabas recibiendo hasta entonces.

Parpadeo, continuando escuchando las palabras del padre Armando, incluso después de que su primera frase hace que mi corazón deje de latir.

Primero, pienso que obviamente entendí mal. Pero a medida que el sacerdote continúa con su cauteloso consejo, los recuerdos del día de ayer llenan mi mente y todo lo que pensé que eran coincidencias empieza a parecerse mucho a otra cosa.

Tizziano estaba esperándome cuando llegué a su ala por la mañana, pero ¿cómo? ¿Cómo podría estar seguro de que iría allí cuando el mismo Don había prohibido mi presencia en su casa? ¿Por qué el Don prohibió mi presencia en la casa de Tizziano?

Mi corazón, que estaba quieto, pasa a golpear mi pecho con latidos casi punitivos. Mi boca se seca mientras intento comprender las conexiones que mi cerebro agitado hace antes de que tenga la oportunidad de procesarlas.

Él... Él me esperó... Pero aun si de alguna manera sabía que iría a su ala, a pesar de mis órdenes, no podría saber que cedería, o lo que diría... Que...

—Aun así, no debería haber arreglado algo con usted en la sacristía, padre —consigo decir, sintiendo el corazón en la garganta, con las palabras apenas teniendo sentido para mí.

Es una apuesta ciega, sorda y muda, y enfoco mis ojos en el rostro del padre Armando, esperando que la confusión domine su expresión, excepto que... No sucede.

El cura tuerce los labios, como si estuviera de acuerdo con lo que dije antes de responderme.

—No debería —admite, y dejo de respirar por completo—, pero si puedo darte un consejo para la vida que comenzaste hoy, es: a veces es mejor ser feliz que tener la razón.

Estoy segura de que las últimas palabras son aquellas en las que el cura esperaba que me

concentrara, pero pasan de largo por mi mente, cayendo en un vacío absoluto del que nunca podrán ser recuperadas.

No hay espacio para ellas en mi cabeza ahora, no. Cada rincón, curva y contorno está lleno de una única pregunta, plantada por la confirmación que busqué sin realmente esperar recibir: Tizziano planeó que nos sorprendieran.

La pregunta que resuena en mi mente como si mi cerebro no tuviera otro propósito de existencia más que servirla es: ¿por qué?

32

TIZZIANO CATANEO

Exhalo lentamente, disfrutando la sensación mientras aplasto la colilla del cigarro bajo mi pie. El movimiento dispara una punzada de dolor en mis costillas. Al igual que el silencio absoluto fuera de la iglesia, es un recordatorio del castigo desmedido de Vittorio.

Las calles que rodean la parroquia de la Cantina están completamente desiertas, tal como se ordenó que permanecieran durante toda la tarde. Según mi hermano, ya había tenido suficiente público la noche anterior para el espectáculo que monté.

Todo esto, por supuesto, después de que él me llenara los oídos sobre los acuerdos que mi insubordinación había echado a perder. Me ofrecí para darle la noticia al prometido que había conseguido para Rafaella de que no habría boda, pero eso solo pareció irritar más al Don. Una lástima, realmente me habría gustado esa tarea.

Antes de la noche anterior, no recuerdo cuándo fue la última vez que mi hermano mayor y yo nos enfrascamos en una pelea física de verdad. No es que aguantar el castigo sin devolver el golpe pueda llamarse pelea.

Maledetto controlador.

Para alguien tan crítico con el temperamento de nuestra madre, Vittorio a veces podría tomarse de la mano con Anna Cataneo y caminar junto a ella hacia el reino del melodrama.

Aún no puedo creer el desprecio que mostró a Rafaella, incluso dentro de su preciosa iglesia. Como si el vestido fúnebre no enviara ya un mensaje suficientemente claro, mi madre parecía evitar incluso respirar el mismo aire que mi prometida.

A Gabriella no suele afectarle la evidente indiferencia de Anna, al menos desde que Vittorio dejó claro que no toleraría que se faltara al respeto a su mujer. Pero eso es porque ella es extranjera. Mi cuñada no entiende la importancia ni la influencia de la opinión de mi madre, no todavía. Y ni siquiera sé si, cuando lo entienda, le importará. No cuando ahora es ella quien está en la cima de la pirámide jerárquica de la Sagrada.

Después de la boda de Vittorio, los días de abeja reina de Anna Cataneo empezaron su

cuenta regresiva, y me irrita que decida usar sus últimos suspiros para faltarle el respeto a mi *bambola*.

Bufo, sacando otro cigarro del paquete y encendiéndolo. Inhalo profundamente, el relajamiento inunda mis venas de inmediato, compitiendo con la sensación de victoria que ningún castigo impuesto por mi hermano será capaz de arrebatarme.

Rafaella elige este momento para atravesar las puertas de la iglesia, su vestido blanco y voluminoso susurrando con sus movimientos apresurados. Aún no decido si me gusta o no la audacia de Sofía al vestir a mi esposa con el vestido comprado para otra ocasión. Nunca hubo la oportunidad de que Rafaella lo usara en otra boda, pero su madre no sabía eso.

Las largas piernas, que estoy contando los segundos para ver desnudas, cruzan la distancia hasta el coche con una prisa que levanta mis cejas.

¿No se supone que confesarse debería haber ayudado a aliviar la tensión?

Las cosas no mejorarán mucho cuando mi esposa descubra que no tendremos derecho a luna de miel y que hemos sido desterrados de la vida familiar de los Cataneo y de los eventos sociales de la Sagrada hasta nuevo aviso.

Vittorio sabía que el dolor físico no me molestaría, y cuando se dio cuenta de que sus sermones tampoco estaban siendo suficientes para disminuir mi satisfacción por haber conseguido lo que quería, decidió castigarme a través de Rafaella. Después de todo, mi hermano se dio cuenta de que el malestar de ella, por alguna razón, me incomoda.

Dejo caer el cigarro a medio fumar al suelo, aplastándolo mientras camino hacia el vehículo que me espera, y no puedo evitar sonreír. Vittorio puede enterrarme en castigos, pero ya he ganado el mayor premio.

Rafaella está libre de su familia y de los animales a quienes su padre osó prometer su mano. Es oficialmente mía, como siempre supe que sería.

Todo está exactamente donde debería estar.

33

TIZZIANO CATANEO

La ventaja de no tener ninguna recepción cuando Rafaella y yo llegamos a la cantina es que no tengo que esperar más para finalmente obtener lo que he estado deseando durante meses.

Hago una nota mental para agradecer a Vittorio por esta parte del castigo más tarde. Es un bono adicional que esto solo va a irritar más a mi hermano.

El coche se detiene frente a la mansión y, después de los procedimientos de seguridad, bajo primero, ofreciendo ayuda a Rafaella para que también baje, sin soltar su mano.

Al igual que en el corto trayecto desde la parroquia hasta aquí, parece perdida en sus pensamientos y no dice nada mientras atravesamos los pasillos y subimos las escaleras. No me importa; mis pensamientos también están perdidos, completamente sumergidos en todas las cosas que haré con esta mujer en unos minutos. Hay tantas posibilidades… Me pregunto si será por las buenas o por las malas. A juzgar por la noche anterior, diría que será por las buenas.

Cada paso que damos hacia mi ala de la mansión es un número menos en la cuenta regresiva que ocurre en mi cabeza.

—Bienvenida, esposa —digo cuando llegamos al descansillo—. ¿Debería cargarte en brazos?

Rafaella me ignora, desvincula sus dedos de los míos y avanza hacia la sala de estar, poniendo varios pasos de distancia entre nosotros. Solo entonces se da la vuelta y deja caer la máscara cuidadosa que ha mantenido en su rostro desde que salimos de la iglesia. Su silencio y agitación no eran producto de la situación, entonces.

Creo que eso responde a mi pregunta. Será por las malas. Sonrío.

—¿Un trago? —ofrezco, caminando hacia el bar en la esquina de la sala y sirviéndome una doble medida de whisky. La única respuesta que recibo es el sonido de sus dientes apretándose lo suficiente para que lo escuche.

Me bebo el trago de un solo golpe y camino hacia Rafaella, acabando casi por completo

con la distancia que tan ansiosamente colocó entre nosotros. Humedezco mis labios, recorriendo con la mirada su hermoso rostro y su cabello recogido en un peinado bajo.

Su pecho sube y baja ya con dificultad, como si hasta su respiración Rafaella la hubiera estado controlando antes, y ahora finalmente se permitiera respirar libremente.

—¿Por qué? —pregunta entre dientes, sus ojos chispean con un fuego que no es exactamente lo que esperaba, pero que alimenta el mío.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué nos expusiste para que nos descubrieran?

Mi sonrisa se amplía. ¡Qué cura más chismoso!

Rafaella abre los ojos como platos, moviendo sus pupilas de un lado a otro, como si buscara la respuesta a su propia pregunta en los rincones de la sala.

—¿Eso era lo que tanto te preocupaba, *principessa*? —Chasqueo la lengua—. Podrías haber preguntado antes. La respuesta es bastante simple, en realidad. Pensé que si no resolvía tu problema, la próxima vez que pasaras por un precipicio, realmente saltarías. —Le lanzo una guiñada a Rafaella y la furia domina su rostro tan rápido como su mano se levanta, soltándome una bofetada que hace que mi cuello gire.

Cierro los ojos brevemente y pego mi pecho al de Rafaella con un paso deliberadamente lento, mientras los vuelvo a abrir. Ella no retrocede, ni se intimida cuando mi abdomen aplasta las voluminosas faldas de su vestido de novia.

Rafaella se mantiene firme, parada en el mismo lugar, enfrentándome. Su respiración se vuelve aún más superficial, pero la ira en sus ojos no cede ni un centímetro a ningún otro sentimiento.

El ardor extendiéndose por mi mejilla amenaza con excitarme, mientras miro a la primera mujer que ha tenido el valor de levantarme la mano en toda mi vida.

Acerco nuestros rostros hasta que estamos respirando el mismo aire, inhalando las exhalaciones del otro, con nuestras miradas enfrentadas en una batalla silenciosa y las puntas de nuestras narices tocándose.

¿Qué más tienes para mí, bambola? ¿De qué tipo de violencia es capaz esta pequeña que

ahora es mi esposa? Me encantaría ver.

Muevo la cabeza lenta y amenazadoramente, la sonrisa que ya ha hecho que hombres adultos se orinen encima sigue colgada en mis labios, y no afecta a Rafaella ni por un segundo.

—Me quitaste la única elección que podía tener —me acusa entre dientes. Todo su cuerpo tiembla de odio, el rojo invade sus ojos y cada músculo de ella está tenso—. Ya había sido acosada, humillada, vendida al mejor postor y luego al único que apareció, pero desde el fondo del pozo no hay más para abajo. Con dos novios muertos y uno que me abandonó en el altar, sería muy difícil que mi padre me consiguiera un cuarto. Tal vez, finalmente podría ser libre, y tú, con tu arrogancia, con tu estupidez, me quitaste eso.

Mi carcajada es espontánea. Ambos sabemos que su padre le conseguiría otro novio, incluso si el desgraciado no ofreciera más de un dólar por ella. Carmo estaba desesperado. Pero que tenga el descaro de acusarme...

¡Oh, qué audaz es mi esposa!

—¿Libre? —pregunto, el movimiento de mi boca rozando la suya.

—Si querías casarte conmigo —ignora por completo mi pregunta, en medio de su arrebato—, ¿por qué no lo hiciste antes? ¿Por qué no antes de que un hombre pensara que tenía derecho a tocarme porque me puso un anillo en el dedo? ¿O antes de que él decidiera lo que podía o no comer? ¿Por qué no antes de que me entregaran a un novio que no se molestó en cancelar las prostitutas que tenía programadas para el viaje que sería nuestra luna de miel? ¿Por qué no antes de que el hijo de ese hombre me reclamara como si fuera algún tipo de herencia torcida?

—Lo que no te mata, te fortalece, *principessa*. Y la mujer que estaría a mi lado no tenía el lujo de ser tan fácilmente perturbable.

Rafaella se atraganta, como si mis palabras la hubieran golpeado físicamente.

—Tú... —Se interrumpe, solo retrocediendo la cabeza un poco, pero no por miedo, sino por la incredulidad que emana de cada poro. Su cuello se inclina, sus ojos se entrecierran, sus labios se entreabren—. ¿Me estabas poniendo a prueba? —pregunta, indignada—. ¿Eso era todo? ¿Todo lo que pasé fue una prueba tuya?

—No, pero te agradará saber que, si lo hubiera sido, habrías pasado con honores. —Me encojo de hombros, y las fosas nasales de Rafaella se estremecen—. Y estás convenientemente

olvidando, *principessa*, que fuiste tú quien dijo que eras del tipo de mujer que se casa. Tú, no yo. —Frunce el ceño, como si intentara recordar en qué momento me dijo eso—. Ayer en la mañana me dijiste que no contara hasta tres, ¿recuerdas? Fuiste tú quien me encontró anoche en la sacristía, y tú tocaste y fuiste tocada por voluntad propia, Rafaella... Tantas posibilidades —susurro las últimas palabras en su oído—. Tantas cosas podrían haber sido diferentes si hubieras tomado una sola decisión diferente y, aun así... Tomaste todas las que te pusieron en mi camino.

Sus manos se apoyan en mi pecho, y aunque su voz es fría, el calor de su piel se siente contra la mía.

—No tienes derecho a acusarme de eso —protesta—. Por fin estábamos de acuerdo. Por fin queríamos lo mismo y, por primera vez, yo era la única que saldría perjudicada si cedía a mis propios deseos. Por eso fui, porque te estaba eligiendo a ti. —Suelta una carcajada amarga y veo que su labio superior se eleva ligeramente cuando vuelvo a encararla—. O al menos, eso creía, pero en realidad lo único que hacía era bailar al ritmo de tu música.

—Nunca estuvimos de acuerdo, *bambola* —le aseguro, levantando la mano para acariciar su mejilla enrojecida.

Rafaella mantiene sus ojos fijos en los míos, dejando que el silencio se instale por un breve segundo antes de romperlo.

—Si no hubiera ido anoche, ¿me habrías buscado, Tizziano? ¿O todo lo que querías era verme ceder?

Mi pulgar desciende por su mejilla en una caricia lenta, delineando la línea de su mandíbula antes de volver a subir hacia la mejilla.

—No recuerdo, *Bambola*, la última vez que no conseguí lo que quería, y nada de lo que hicieras, bueno o malo, cambiaría eso. Ya me pertenecías desde la noche en que me dijiste que esa era la única forma en que te tendría en mi cama, y ahora, me pertenecerás para siempre.

—*¡Scemo*[22]! —maldice Rafaella, y definitivamente vamos a necesitar tener una conversación sobre lo que me excita y lo que no. Porque golpearme y luego insultarme mientras me mira con esa mirada asesina... Mi sonrisa se amplía.

—¿Quién te ha enseñado a insultar, *bambola*? —bromeo, rozando mis labios con los suyos y dando un paso adelante, forzando su cuerpo hacia atrás—. ¿Una *nonna* tejiendo?

—¡*Stonzo*! —me vuelve a insultar, y esta vez mi risa es sonora.

—Ah, *principessa*, nos vamos a divertir mucho juntos...

—¿Divertirnos? —protesta, indignada—. ¡*Figlio di puttana*!

La hago callar juntando nuestros labios, tragándome sus maldiciones y protestas, y cuando Rafaella me muerde la lengua con fuerza, lo único que consigue es hacerme gemir.

Mi lengua envuelve la suya, su sabor inunda mi boca, mientras su aroma, la suavidad de su piel, y el ardor de sus uñas, clavándose en mis brazos, se infiltran en mi sistema nervioso.

Rafaella tiene ese poder, de abrumarme con casi nada, mientras me deja constantemente ansioso por descubrir qué más puedo arrancar de ella. Meses de deseo reprimido rugen en mi pecho, haciendo que mi sangre hierva en las venas.

La certeza de que, esta vez, nada en este mundo me va a detener, es suficiente para que las contenciones que mantengo con puño de hierro sobre mi propio cuerpo se rebelen, intentando romperse. Quiero sumergirme sin reservas en el abismo de placeres que es la mujer en mis brazos, pero no tengo prisa. Hundirme en la cuna de Rafaella será el paraíso, sin duda. Pero hacerla suplicar por ello... Será como tener al infierno arrodillado a mis pies.

Su espalda choca contra la pared, y nuestros cuerpos se alinean. Una de mis manos se aferra a su cintura fina, mientras la otra va a su cabello, infiltrándose por los mechones en su nuca y deshaciendo el peinado hasta que cae sobre mi brazo.

La resistencia de mi esposa no dura mucho; sus maldiciones ridículas se transforman en gemidos en mi boca, su cuerpo entero reacciona a mi toque rudo, impulsándose hacia mí en una súplica silenciosa por más.

Sus pechos se empinan, sus brazos rodean mi cuello, y su cabeza se mueve al ritmo que dicto, acompañando cada mínimo movimiento para no perder ni una pizca de contacto.

—Te odio —gime cuando me alejo para que pueda respirar.

Beso y muerdo su mentón, deslizo mis dientes hacia abajo, hasta la base de su cuello, y lamo mi camino de vuelta hacia su boca.

—Mientras tu vagina ame mi verga, *bambola*, no me importa.

Sus ojos vuelven a maldecirme, pero no doy tiempo a que sus labios hagan lo mismo. La

reclamo en un beso que roza la violencia, extiendo mis dedos por su cuello, presionando ligeramente. Rafaella jadea y yo me río roncamente contra sus labios.

Tiro hacia abajo del busto de su vestido, sus pechos con sus pezones rosados y duros rebotan, asfixiados sobre el borde y aplastados por mis palmas hasta que Rafaella suplica por respirar. Solo entonces retrocedo, humedeciendo lentamente mis labios, saboreando el espectáculo.

El azul de sus iris ha sido devorado por el negro de sus pupilas, su boca hinchada está manchada de lápiz labial y su cabello es un desastre por el peinado que fue deshecho tan precariamente.

—Perfecta, *principessa* —me sumerjo en sus pechos, succionando un pezón, rodeándolo con mi lengua y raspándolo con mis dientes después.

Rafaella suelta un pequeño grito, su cuerpo cediendo contra la pared cuando mi mano encuentra el otro pezón y juega con él entre mis dedos. Ella se pierde en la sensación.

Bebo cada uno de sus gemidos, me alimento del contorsionismo desesperado de su cuerpo. La beso, lamo y chupo hasta que Rafaella se disuelve en mis manos y se frota contra mí, desesperada por más. Hasta que no quede duda alguna de algo: puede odiarme todo lo que quiera, pero lo hará en mi cama, y pidiendo por favor.

34

TIZZIANO CATANEO

— Espero que estés yendo a nuestra habitación —advierto después de permitir que Rafaella me empuje y pase por debajo de mi brazo. Ella me lanza una mirada furiosa por encima del hombro y sale dando golpes con los pies. Le doy cinco minutos antes de seguirla y chasqueo la lengua al encontrarla aún con el vestido de novia—. Y yo pensando que había perdido la oportunidad de abrir el regalo...

—Necesito ayuda con el vestido —admite, su voz saliendo entre dientes, y miro la fila de pequeños botones en su espalda. Hay docenas de ellos.

Humedezco mis labios, me quito el saco y dejo que Rafaella vea, en el espejo frente al que está parada, cómo se dibuja una sonrisa en el rincón de mis labios. Desabrocho el cinturón de la pistola y lo dejo en la mesa, junto a la puerta.

Me desarmo por completo, para luego acercarme, llevando solo mi cuchillo favorito, que siempre tengo conmigo: acero Damasco con patrones complejos y mango de marfil robusto.

—Pidiendo con tanto cuidado... —susurro en su oído, manteniendo mi mirada en la suya a través del reflejo.

Sus párpados se cierran lentamente mientras se estremece, pero al darse cuenta, Rafaella abre los ojos, decidida a resistir. Mi risa es audible.

Dos pasos detrás de ella, coloco el cuchillo sobre la cómoda y me quito la corbata. La tiro al suelo sin apartar mis ojos de los de mi esposa. Desabotonó la camisa, observando cómo su garganta se mueve lentamente. Rafaella permanece inmóvil, una estatua de orgullo, pero veo el leve temblor en sus labios, la respiración que se vuelve más pesada, la forma en que sus manos se aferran al vestido con cada trozo de piel que revelo.

Sus pupilas dilatadas se pierden en mis tatuajes, comenzando en el cuello y descendiendo, hasta que llegan a mis manos, desabotonando los pantalones y bajándolos por las piernas.

Rafaella entreabre los labios, exhalando en expectativa cuando pongo mis dedos en los calzoncillos. Casi oigo su corazón acelerarse cuando arranco el tejido, y mi pene queda libre.

Ella jadea, su determinación de parecer indiferente siendo traicionada por sus propios ojos cuando buscan los míos.

Extiendo el brazo hacia el cuchillo sobre la cómoda. Rafaella se estremece con el simple roce de nuestras pieles. Riéndome, cierro la distancia entre nosotros y junto su cabello en un solo hombro. Uso el lado sin filo del cuchillo para quitar, uno a uno, los botones de sus ojales. Hago esto deliberadamente lento. Con cada segundo de proximidad, la respiración de Rafaella se vuelve más intensa, su pecho subiendo y bajando con más rapidez. Cada botón liberado la deja más expuesta, no solo en piel, sino en reacción cruda.

Sus vellos se erizan bajo el toque frío de mis dedos y ella se inclina ligeramente contra mí, sin darse cuenta de la traición de sus propios miembros.

Llego al último botón y presiono el acero frío contra su espalda baja, siendo recompensado con un estremecimiento delicioso de su parte. *¿A mi bambola le gustan los juguetes divertidos?* Sin embargo, ella se aleja antes de que pueda probarlo.

Mi esposa se da vuelta, sosteniendo el vestido de novia bajo los pechos. La mezcla de deseo, desafío y rabia en su mirada es un tipo nuevo de afrodisíaco. Ella mira entre la cama y yo, repetidas veces, antes de respirar hondo, pasar los brazos por las tiras anchas del vestido y soltarlo, dejándolo deslizarse por su cuerpo hasta acumularse en un montón en el suelo.

Rafaella sale del voluminoso cascarón con la cara roja y una mirada desafiante más, sube a la cama y se acuesta de espaldas, inmóvil.

La intención clara detrás de sus acciones me arranca una risa sincera. Esto funcionaría con un hombre mejor que yo, con menos paciencia que yo, con menos determinación que yo.

Danilo, el prometido que Vittorio había encontrado para Rafaella, probablemente se sentiría ofendido por la frialdad fingida y se daría por vencido. Una lástima para mi *bambola* que no fue con él con quien se casó.

—Pensé que a estas alturas ya habrías aprendido que soy un hombre paciente, *Bambola* —le digo mientras me acerco a un lado de la cama. —Hay una razón por la que, a pesar de que no es mi trabajo extraer información de nuestros enemigos, me llaman *itarsiatore*[23]. El dolor no es mi única especialidad, Rafaella.

Me inclino, acercando mi boca a su oído, rozando la punta de mi nariz en su cabello extendido sobre las sábanas oscuras.

—¿Sabes cuántas veces te he imaginado exactamente así, Rafaella? ¿Desnuda? ¿En mi cama? —Me río—. He perdido la cuenta, *principessa*. He perdido toda la puta cuenta.

Retrocedo y camino lentamente alrededor de la cama hasta llegar al otro lado y subirme a ella de rodillas, acostándome de lado, cerca del cuerpo ya no tan inmóvil de mi esposa. Le aparto el cabello de la oreja y estiro la mano sobre su abdomen plano, manteniendo los dedos a milímetros de la piel, subiendo lentamente, una amenaza que nunca cumplo. Su abdomen tiembla con cada centímetro más cerca de sus pechos.

—¿Y sabes cuántas veces se me puso la verga bien dura pensando en esto, acostado justo aquí, exactamente donde estás? —Recorro su oreja con la punta de la lengua, muerdo el lóbulo y soplo detrás de él—. Pero no me masturbé, *bambola*, en ninguna de esas veces. ¿Sabes por qué? —Bajo la punta de mi nariz por la curva de su cuello y tomo una respiración profunda—. Porque sabía que era solo cuestión de tiempo hasta tenerte haciendo esto para mí.

Rafaella aprieta los dientes e intenta tragar un gemido cuando mi mano pasa directamente sobre su pezón rígido y necesitado, la primera grieta en su armadura de indiferencia.

Sonrío contra su piel, tocando su rostro solo para que ella sienta cómo se estiran mis labios.

—Entonces, ¿sabes lo que hacía en esas noches, Rafaella? —susurro, volviendo mi boca a su oído en el instante en que mi mano llega a su cuello—. ¿Cuando el deseo de tenerte casi me volvía loco? ¿Sabes lo que hacía, *bambola*?

Envolví mis dedos alrededor de su cuello, finalmente dándole algo de contacto. Rafaella cierra los ojos y entreabre los labios, exhalando casi aliviada por la migaja, y presiono ligeramente, controlando su flujo de aire. Sus ojos se abren nuevamente, mostrando una leve alarma, y alineo nuestros rostros, obligándola a mirarme.

—Planeaba. —Mi mano baja, volviendo a torturarla con el toque fantasma, ahora hacia abajo—. Planeaba lamer todo el camino desde tu boca hasta tu vagina, y escucharte gemir cuando sintieras, por primera vez, la sensación de tener una lengua entre las piernas. Planeaba chuparte hasta que dejases mi rostro cubierto con tu flujo vaginal, hasta que tu sabor estuviera impregnado en mi boca. Planeaba, Rafaella, darte nalgadas hasta que tu trasero quedara del color de tus pezones. Planeaba enseñarte cómo me gusta que me chupen la verga, y cuando aprendieras, te recompensaría, haciéndote gritar con mis dedos. Planeaba hacerte calentar de todas las formas posibles e imposibles, *bambola*, y solo cuando estuvieras exhausta, implorando,

sin aguantar más, te penetraría hasta el fondo de tu ser.

El gemido que Rafaella no puede contener casi ahoga el sonido de las sábanas, pero lo estaba esperando. Miro hacia abajo y encuentro sus piernas abiertas, como una invitación. Mi risa es fuerte.

—¿Así de fácil, *principessa*? —Chasqueo la lengua y giro a Rafaella, pegando su espalda a mi pecho. Ella gime y se arquea al sentir mi erección contra su culo, haciéndome estremecer. Mordisco la oreja de mi hermosa esposa, rozando las puntas de mis dedos en su piel—. En mis fantasías, me dabas un poco más de trabajo.

35

RAFAELLA CATANEO

Me echo hacia atrás otra vez, moviendo mis caderas, frotándome contra Tizziano e ignorando sus palabras crueles, porque lo único que me importa ahora es calmar el fuego en mi piel.

Él suelta una risa grave y burlona en mi oído, mordisqueando mi oreja, pero también ignoro eso; no puedo pensar con claridad. Admito que estoy desesperada si eso significa que él realmente me tocará. No quiero más provocaciones torturantes ni palabras que son como caricias fantasmas, sino ese toque rudo y delicioso que si ya me volvía loca vestida, estoy segura de que ahora me partirá en dos.

—Por favor —susurro, y obtengo otra risa ronca como respuesta.

Tizziano se mueve con una lentitud deliberada, haciendo que nuestros cuerpos se rocen en varios puntos en el proceso. Y cada pequeño toque, cada roce mínimo, envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo.

—¿Por favor qué, *Bambola*? —susurra.

—No lo sé —admito, necesitada—. Yo sólo... por favor... —le ruego.

Respirar se ha vuelto difícil y el pulso entre mis piernas es doloroso. A Tizziano no parece importarle; no parece importarle nada más que trabajar para destruir mi cordura.

Con una facilidad increíble, me levanta el torso y pasa su brazo por debajo. Su palma se extiende sobre mi abdomen y un gemido escapa de mis labios con ese simple toque. Así de sensible me ha dejado el maldito.

Tizziano chasquea la lengua.

—¿No lo sabes, *Bambola*? Si no sabes lo que quieres, entonces no puedo dártelo.

Lame mi oreja, recorriendo mi mandíbula hasta llegar a mi cuello, mientras sus manos se mueven con una lentitud amarga por mi abdomen, cintura y caderas, sin llegar jamás al lugar donde más lo necesito, más que nunca en mi vida.

—¿Qué quieres, *principessa*?

La pregunta repetida resuena en mi piel, sin encontrar más pelos que erizar, porque la cercanía de Tizziano, su calor, sus provocaciones, ya lo han hecho todo. Gimo y él muerde mi nuca, empujándome hacia atrás, contra su erección caliente en mi espalda.

De repente, odio el hecho de que aún llevo puesta la ropa interior, de que todavía haya alguna barrera entre nosotros. Mis caderas se mueven por sí solas, rozando su erección contra mi espalda, pero no es suficiente, ni cerca de ser suficiente. Sobre todo porque Tizziano las sujeta con fuerza, obligándolas a detenerse.

Juega con sus uñas en mi muslo, rascando hacia abajo y hacia arriba, acercándose mucho al borde de la tela que cuelga de mis caderas, pero apartándose poco después. Cuando Tizziano se arrodilla y se arrastra por el colchón hasta situarse entre mis piernas, casi lloro de alivio.

Su cuerpo musculoso completamente a disposición de mis ojos, su erección provocando mis deseos, e incluso la sonrisa despreciable en los labios de mi marido, cada una de esas cosas me hace sentir un paso más cerca del colapso.

Mis ojos se posan en la erección tan cercana a mi centro. Se me hace agua la boca por el deseo de saborearla.

Tizziano la tiene muy grande, y aunque una parte de mí sabe que debería preocuparme por eso, el resto de mi ser solo puede enloquecer aún más, imaginando cómo se sentiría tenerlo llenándome justo en ese lugar donde ahora me siento tan desesperadamente vacía.

Levanta mi pierna y un gemido prolongado escapa de mi garganta cuando Tizziano besa mi pie. Lenta y provocativamente, sus labios húmedos recorren cada uno de mis dedos, que se curvan.

Él se deleita con eso, y sus labios se deslizan hacia arriba, dejando un rastro de fuego húmedo en su camino. Me retuerzo sobre las sábanas, levantando las caderas, y eso solo hace que la sonrisa maliciosa en el rostro maldito y hermoso de Tizziano se ensanche.

Torturarme le divierte. He conocido muchas facetas de este hombre en los últimos meses, pero esta es la primera vez que lo veo: paciente, dedicado, decidido.

Tizziano tiene un objetivo y tengo la sensación de que el mundo podría acabar y aun así no se detendría. Si me quedara alguna capacidad de raciocinio en este punto, probablemente saldría corriendo, pero bastaron unos cuantos besos, toques y respiraciones sobre mi piel para

que todo lo que me quede sea la necesidad de que él me toque.

Sus labios siguen provocándome y cuando alcanzan la parte trasera de mi rodilla, Tizziano lame esa zona. Cierro los ojos, gimiendo sin vergüenza, sintiendo cada músculo de mi cuerpo tenso, como si mi piel estuviera demasiado estirada. ¿Cómo es posible que me sienta tan increíblemente excitada de esta manera?

—¿Ya descubriste lo que quieres, *principessa*? —pregunta suavemente, casi como una caricia en el aire.

No puedo responder, estoy demasiado perdida en las sensaciones. El olor a menta y tabaco, las luces amarillentas de la habitación, el sonido de la respiración de Tizziano y mis propios gemidos, todo es demasiado y a la vez insuficiente. La presión en mi bajo vientre parece capaz de partirme en dos si no se alivia en los próximos segundos.

—Alivio —respondo apresuradamente—. Necesito alivio.

Tizziano ríe, pero se inclina sobre mi cuerpo, un brazo estirado al lado de mi cabeza, el otro agarrando con fuerza mi muslo, exactamente como quería que lo hiciera.

—Lo que necesitas, *Bambola* —dice con sus labios sobre los míos. Mi lengua sale de mi boca sin mi consentimiento, desesperada por probarlo de nuevo, pero Tizziano retira la cabeza solo un poco, lo suficiente para quedar fuera de mi alcance—, es un orgasmo. Pero te aceptaré alivio como respuesta.

Cualquier palabra que él diga después de eso se pierde en el gemido que escapa de mi garganta cuando Tizziano se mueve, con sus caderas encajadas completamente entre mis piernas, y su miembro duro frotándose contra mi ropa interior, haciendo que el encaje se hunda entre mis pliegues con la presión.

Cualquier pensamiento que pudiera haber tenido se evapora, dejando solo el placer recorrer mi cuerpo de punta a punta, aunque todavía de manera insuficiente.

Deslizo mis manos por los brazos de Tizziano, subiéndolas hasta sus hombros, luego hasta su cuello, rodeando con mis dedos su columna fuerte, y entonces me inclino hacia adelante, buscando su boca, y él me deja alcanzarla.

Mi lengua invade la suya con desesperación, con necesidad. Necesito su sabor tanto como necesito el aire. En realidad, más. Mucho más.

Los movimientos de Tizziano entre mis piernas hacen que sienta como si mi sangre estuviera hirviendo. Es como si hubiera un globo inflándose dentro de mí, la presión aumentando y aumentando con cada movimiento, y sé, simplemente sé, que entre la fricción en mi clítoris y su lengua en mi boca, voy a explotar en cualquier momento.

La mano en mi muslo aprieta, asegurándose de que abrace cada movimiento de sus caderas, incluso cuando mis músculos comienzan a temblar y mi garganta emite gritos que se ahogan en el beso de Tizziano.

Mis piernas tiemblan mientras mi mente sigue ascendiendo y ascendiendo, hacia lo que parece ser el infinito. Las palmas de mis manos hormiguean, y siento que nunca más podré respirar. Cierro los ojos un segundo antes de que el placer me desgarre por completo, y si esto es la muerte, podría pasar el resto de mi vida muriendo así.

Todo mi cuerpo se estremece, y aunque el toque se vuelve agonizante, Tizziano no deja de moverse, frotándose contra mí y arrancando gemidos de mi garganta maltratada por el placer y los gritos.

Baja con la boca por mi mentón, lamiendo mi mandíbula otra vez hasta que sus dientes alcanzan el lóbulo de mi oreja y juegan con él. Jadeo, mi pecho sube y baja, exigiendo cada vez más aire.

—Te ves hermosa cuando llegas al clímax, bambola... —susurra en mi oído, rozando su nariz en mi cuello justo después—. Apostaría mi vida a que te verás aún más hermosa cuando acabes en mi verga. ¿O esto fue suficiente para ti?

Cada palabra va acompañada de una caricia lenta en mi piel desnuda. Tizziano recorre lentamente el camino desde mi muslo hasta mi pecho, deslizando la punta de sus dedos por mi piel sudorosa.

Abro los ojos y, exhalando por la boca, lo miro. La sonrisa maliciosa vuelve a asomarse en la comisura de sus labios en cuanto nuestras miradas se encuentran, porque sabe que la respuesta a su pregunta es no.

Distribuye más besos por mi mandíbula y mentón antes de levantarse, alejando su calor de mí, lo que provoca un gemido de protesta que araña mi garganta. La risa de Tizziano es sonora y chasquea la lengua.

—No aceptaré gemidos como respuesta, *Bambola*, quiero palabras. ¿Eso fue, o no,

suficiente para ti? —se burla, arrodillado entre mis piernas abiertas, con sus ojos fijos en los míos, aunque cada centímetro de mi cuerpo está a su disposición. Levanta una ceja cuando no respondo de inmediato.

—No —admití en voz baja.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Que me deshaga de esto?

Sus dedos rozan los costados de mi ropa interior.

—A ti. Te quiero a ti —gimoteo.

—¿Así que no necesitas que la quite?

—¡Eres un miserable! —lo acuso, y Tizziano se ríe.

—Lo soy, principessa. Qué mala suerte la tuya, ¿no? —Baja la mirada hacia el centro de mis piernas, chasqueando la lengua en desaprobación—. ¡Mira cómo has dejado tu ropa interior, *Bambola*! —Su voz es deliciosamente baja, ronca y cálida mientras vuelve a inclinarse sobre mí. El movimiento hace que su miembro duro presione el encaje contra mi clítoris otra vez, y me retuerzo—. ¿Quieres deshacerte de ella? —pregunta, jugando con el elástico en mi cadera, y la profunda inhalación que tomo cuando su olor vuelve a estar tan cerca debería ser respuesta suficiente, pero Tizziano hablaba en serio cuando dijo que era un torturador—. ¿Quieres?

—Quiero —admito, sintiéndome derrotada y desesperada a partes iguales.

El orgasmo que arrasó mi consciencia hace unos minutos ya está completamente olvidado por mi cuerpo ansioso.

—Entonces, pídemelo, *Bambola* —Baja su rostro hasta que su boca está alineada con mi oído—. Pídele a tu marido que te quite la ropa interior y te haga suya.

La orden disfrazada de provocación hace que mi cuerpo entero se retuerza, y antes de que tenga la oportunidad de detenerme, ya estoy obedeciendo.

—¿Me quitas la ropa interior, Tizziano? ¿Me la quitas y me haces tuya?

Él echa la cabeza hacia atrás lo suficiente como para que yo pueda ver la sonrisa cruel que se extiende por su rostro.

—¿Qué tipo de marido sería si le negara un deseo tan urgente a mi esposa?

Se incorpora, y lo siguiente que oigo es el sonido del encaje rasgándose. En cuanto me deja completamente desnuda, Tizziano agarra mi trasero, me da la vuelta en el colchón y levanta mis caderas, manipulando mi cuerpo como si fuera una muñeca. En algún rincón de mi mente, sé que esto no debería excitarme aún más, pero lo hace. Mi cabello cae alrededor de mi rostro, nublando mi visión, dejándome completamente a merced de las sensaciones.

—Las manos sobre el colchón, Rafaella —ordena, dejándome de rodillas.

Apoyo las manos en el colchón y soy recompensada con una caricia en la espalda baja, mis piernas abiertas, goteando deseo, palpitando de necesidad. La anticipación me devora cuando el toque de Tizziano me abandona y lo oigo moverse en el colchón. Pero en lugar de acercarse, se aleja, y no entiendo sus intenciones hasta que su boca está entre mis piernas y sus manos agarran mi culo, abriéndolo.

Grito cuando Tizziano aprieta mi carne y hunde su lengua entre mis piernas, sobrecargando mis nervios ya sensibles, haciendo que sienta como si todo mi cuerpo fuera a quebrarse. Agarro las sábanas, hundiendo los dedos en el colchón, y mis caderas se empujan hacia su boca sin que yo se lo ordene, sumergiendo mi cerebro en un mar de sensaciones que me hace cerrar los ojos y gritar, una y otra vez.

Tizziano me lame, de abajo hacia arriba, en movimientos largos y deliberados, su lengua serpenteando por mis pliegues y rodeando mi clítoris cada vez que lo alcanza.

Cada lamida expulsa cualquier rastro de coherencia que pudiera haber quedado en mí después de haber sido llevada a un estado de desesperación tan grande que me hizo suplicar que la última barrera entre Tizziano y yo fuera eliminada.

Me revuelco en su boca, sin control sobre mí misma. Solo el deseo y el abandono dirigen mis movimientos desesperados por obtener más. Sus manos se deslizan sobre mi piel, los dedos frotan mi entrada mientras la lengua de su dueño hace miserables los pequeños labios de mi vulva.

Gimo, grito y me retuerzo, montando su boca. El placer que recorre mi cuerpo es todo y nada a la vez; es fuego, es viento, un caos absoluto, y siento que me voy a romper, y deseo desesperadamente romperme.

—Tizziano —gimo su nombre, arqueando aún más mi cuerpo.

En respuesta, uno de sus dedos, que antes solo provocaba mi entrada, empieza a rodearla,

penetrándola superficialmente de vez en cuando, en sincronía con las chupadas que Tizziano da en mi clítoris. El sonido húmedo de mi excitación extendiéndose por mi vulva, mezclado con la saliva de Tizziano, me pone aún más caliente.

La sequedad en mi garganta es casi tan intensa como la de mi boca, que se pega a mis dientes por los gemidos cada vez más altos y descontrolados. El deseo me consume, exigiendo una satisfacción que solo su boca maldita, que lame, chupa y besa entre mis piernas, como si guardara el secreto de la vida eterna, puede darme.

Mis caderas se mueven más rápido, frotándose contra su rostro, montándolo, hasta que siento que no podré respirar si no llego al clímax. Sus manos ásperas en mi piel parecen controlar mi respiración, aunque estén lejos de mi garganta. Una de ellas sube por mi cuerpo, recorriendo mi costado hasta alcanzar uno de mis pechos, apretándolo con fuerza suficiente para causar una punzada de dolor que solo intensifica mi placer.

La sensación me debilita, casi me derrumba. Mis ojos se ponen en blanco, deseando estar más cerca de la cabecera, más cerca de cualquier cosa en la que apoyarme. El aire se me escapa de los pulmones cuando Tizziano hace todo a la vez: chupa mi clítoris, aprieta mi pecho con fuerza y me penetra con la punta de su dedo.

Mi grito es mudo, ahogado. El orgasmo sacude todo mi cuerpo, haciendo que mis músculos se contraigan, temblando por completo y arqueando mi espalda. Me desplomo en el colchón, y casi de inmediato, Tizziano me gira, dejándome boca arriba.

Me toma unos segundos abrir los ojos, aún atrapada en un mundo de placer y destellos, aunque siento que mi cuerpo vuelve a ser manipulado. Cuando finalmente logro enfocar, veo que Tizziano está entre mis piernas, mirándome expectante, y hay más hambre en sus ojos de lo que jamás había visto.

Respiro entrecortadamente, intentando humedecer mis labios, pero siento mi lengua tan seca como una lija. Solo bastó mirarlo para que la necesidad volviera a apoderarse de mi cuerpo, todavía debilitado por el orgasmo, y a juzgar por el brillo malicioso en sus ojos, Tizziano lo sabe. Él lo sabe.

Levanta una de mis piernas hasta engancharla en sus caderas, y me doy cuenta de que su verga está posicionada en mi entrada, lista para deslizarse dentro. Alzo las caderas, tratando de meterla, pero me inmoviliza, y mi marido chasquea la lengua, disfrutando de mi desesperación.

—Tizziano —Me quejo—. Por favor... ¡Por favor!

—Tan desesperada —murmura contra mi boca antes de lamerla.

Y con una embestida lenta y sin aviso, comienza a penetrarme. Mi boca se abre contra la suya, mis paredes se expanden y contraen con la deliciosa invasión. La verga de Tizziano se desliza fácilmente dentro de mí, y cada centímetro que avanza hace que mi corazón lata más rápido.

Mis caderas luchan contra el agarre que las mantiene bajo control, queriendo moverse, queriendo más de esa invasión que me vuelve loca, pero Tizziano no lo permite.

—Por favor —repito, completamente fuera de mí—. Por favor.

—No quiero comerte solo una vez, Rafaella. Vamos a empezar despacio, pero no te preocupes, hoy no vas a dormir sin estar completamente adicta a mi verga —asegura, retrocediendo sus caderas y pegando su boca a la mía.

Tizziano parece coordinar los movimientos de su lengua con los de sus caderas, retrocediendo la primera cada vez que las segundas avanzan, entrando más profundo tanto arriba como abajo, reduciéndome a una masa sobre las sábanas.

El olor de nuestros cuerpos sudorosos, mezclado con mi excitación, es embriagador, y creo que cada entrada y salida de Tizziano me acerca más a la locura que la anterior, hasta que se detiene, porque en ese momento sí estoy segura de que me voy a volver loca.

Sus ojos se clavan en los míos después de varios segundos de mi respiración entrecortada, y luego retrocede para embestirme de golpe, llegando al fondo y dejando un grito atrapado en mi garganta. Duele, pero no es un dolor real. Es una presión, una quemazón tensa que se disipa segundo a segundo, y cuando Tizziano se retira otra vez, inmediatamente quiero volver a sentir esa sensación.

Arremete de nuevo, y gimo prolongadamente en su boca, volviendo a besarlo, mi lengua enredándose con la suya mientras nuestros ojos no se separan ni por un segundo.

Nos besamos con los ojos abiertos. Gemidos y respiraciones llenando la habitación a nuestro alrededor, acompañados por el sonido de las caderas de Tizziano chocando contra las mías a un ritmo que no es brusco, pero tampoco lento, es perfecto. Y si antes parecía que un globo se inflaba dentro de mí, ahora es como si decenas de ellos se llenaran con cada uno de mis gemidos, con cada gruñido de Tizziano, con cada encuentro de nuestras bocas.

Clavo mis uñas en su cuello fuerte, pero el sudor en su piel las hace deslizarse por sus

hombros y brazos. Mi mente está completamente perdida en la plenitud absoluta que conquista mi cuerpo con cada embestida, hasta que esa plenitud es lo único que soy capaz de reconocer.

—*¡Dio mio!* —grito, descontrolada, cuando Tizziano mete la mano entre nosotros y acaricia mi clítoris.

La combinación de sensaciones ahoga mi mente en la plenitud absoluta, conquistando mi cuerpo con cada embestida, hasta que esa plenitud es lo único que soy capaz de reconocer.

—¡Tizziano!

Su nombre, gritado con el poco aire que queda en mis pulmones, es la única advertencia que puedo dar antes de que el mundo entero explote y mi visión se oscurezca.

Todo mi cuerpo es sacudido por un orgasmo avasallador que me deja temblando, ciega y muda para cualquier cosa que no sea la sensación inundando cada una de mis terminaciones nerviosas. Podría haber pasado toda una vida y no sabría decirlo. Es diferente a cualquier cosa que haya sentido antes, porque, al mismo tiempo que siento todo, es como si nada más existiera excepto el delicioso vacío a mi alrededor. Me deshago, fundiéndome en ese vacío, convirtiéndome en la nada.

—Abre los ojos, Rafaella.

Es la orden dada por la voz familiar que arrastra mi conciencia lentamente de vuelta a mi cuerpo, y cuando la obedezco, me encuentro contenta de haberlo hecho, aunque me haya costado todo un mundo de satisfacciones, odiaría habérmelo perdido.

El rostro de Tizziano está contraído por el placer, sus pupilas han engullido el azul de sus ojos y sus labios están entreabiertos. Se impulsa una vez más dentro de mí, un gruñido ronco sale de su garganta al mismo tiempo que sus dedos se enredan en mi cabello, levantando mi cabeza hasta que nuestras bocas se juntan y él derrama su semen dentro de mí.

36

TIZZIANO CATANEO

—Subjefe. —La voz siempre tranquila y controlada de Matteo me hace levantar la cabeza.

Dejo el bolígrafo y chasqueo los dedos, mis ojos pasan por encima de las montañas de papeles que abarrotan la mesa frente a mí, mientras el Consigliere se detiene en la puerta de la oficina, en el centro de entrenamiento de la Sagrada.

Aprieto los dientes, sabiendo que cualquiera que sea la razón por la que Matteo está aquí, solo agregará más obstáculos entre mí y el lugar donde realmente quiero estar: en la cama, donde dejé a Rafaella desnuda y dormida, sin haber tenido la oportunidad de disfrutar lo deliciosa que es su vulva por la mañana.

Lo que, irónicamente, solo ha alimentado mi obsesión por ella. En las últimas horas, mi mente no ha dejado de trabajar, ni por un segundo, en todas las cosas que planeo enseñarle a Rafaella.

Ignorando la distancia, mi cerebro ha seguido maquinando, planificando con precisión cada próximo paso que daré, porque ahora que tengo mi nuevo juguete, comienza la parte más divertida: romperlo. Y ese juguete es una delicia para coger.

El dolor y el placer son más parecidos de lo que la mayoría de la gente imagina. Ambos pueden ser herramientas de control si se usan correctamente. Ambos pueden llevar a alguien a la locura. Ambos pueden destruir o elevar un espíritu. Y ambos se tratan, primordialmente, de entender los deseos, los miedos y las debilidades del otro y usarlos a tu favor. Pero Rafaella, anoche... Su resistencia solo llevó esto a otro nivel. Desmoronarla fue fácil porque en realidad nunca se resistió, y aun así, el placer de verla perderse...

—¿Piensas entrar o te vas a quedar mirándome desde la puerta?

Los ojos azules de Matteo ni siquiera parpadean ante la provocación. Su frialdad, como siempre, no deja espacio para que ningún otro sentimiento se transparente.

—Parecías perdido en tus pensamientos —responde, finalmente entrando—. No voy a

tardar, solo vine a dejar esto.

Me extiende un pendrive.

—¿Y esto qué sería?

—Los informes de lavado de dinero del último semestre.

No dejar que mi rostro refleje el disgusto que siento es posible solo gracias a años de autocontrol.

—Y me lo estás entregando porque...

—Órdenes del Don. Dijo que te encargarías de esto en los próximos meses.

¡Figlio di puttana! Extiendo la mano, tomo el pendrive y lo arrojo sobre la mesa que Vittorio parece pensar que no estaba lo suficientemente llena. Juro por La Santa que mataría a ese desgraciado, si eso no me condenara a ser el Don.

—Y felicidades por el matrimonio —dice Matteo, por encima del hombro, mientras sale por la puerta antes de que tenga la oportunidad de mandarlo a la mierda.

Me levanto y camino hasta la ventana, observando el entrenamiento afuera. A diferencia de la oficina de Vittorio aquí, que está enterrada en el fondo del centro de entrenamiento, preferí que la mía tuviera vista hacia donde realmente están pasando las cosas, en lugar de solo mirar piedras frías.

Si fuera por mí, ni siquiera tendría una oficina. Para ser honesto, este lugar ha pasado mucho más tiempo cerrado en los últimos años que realmente en uso, y obligarme a trabajar aquí es solo otro de los castigos del Don. Después de todo, podría perfectamente manejar toda esta burocracia desde mi casa y distraerme con mi esposa en intervalos calculados para aliviar el tedio que provoca. De hecho, creo que eso me haría más productivo, si soy sincero.

Volverme adicto a Rafaella nunca fue un riesgo, pero después de experimentar la sensación de tenerla suplicando por mí, admito que es algo en lo que estaría dispuesto a caer. Al final, ella tenía razón. Lo nuestro es uno de esos casos en los que el orden de los factores no alteraría el producto. Me habría casado con Rafaella de una forma u otra, porque tenerla solo una vez nunca sería suficiente, y la simple idea de que alguien más escuche sus gemidos me vuelve un asesino. Son míos, para provocar, beber y silenciar.

Pero eso no es todo lo que quiero poseer. Quiero a Rafaella loca, completamente fuera de sí, deseando ser mía, perteneciendo a mí con placer, convirtiendo sus deseos en los míos. Quiero doblegarla hasta que no quede nada más que lo que yo elija preservar de su espíritu indomable.

No es como si no supiera exactamente cómo hacerlo. Normalmente, el dolor es mi camino preferido, con Rafaella será ligeramente diferente. Anoche fue solo un bosquejo del cuadro que planeo pintar. Una obra maestra que exigirá paciencia, creatividad y una precisión quirúrgica en mis métodos.

Pero si solo tengo las noches con ella, me llevará mucho más tiempo entrenarla como quiero. Vittorio lo sabía, no tengo dudas, y se aseguró de llenar la oficina del centro de entrenamiento con cada montón de trabajo burocrático que encontró en las basuras de toda Sicilia, porque no hay la menor posibilidad de que todo esto realmente pertenezca a la Sagrada.

En las colchonetas que dan a mi ventana, los hombres se mueven con agilidad y precisión, una danza que conozco muy bien, pero de la cual también estoy indefinidamente alejado.

Vuelvo a la silla y reanudo el trabajo aburrido. Cada documento leído y firmado es un orgasmo menos que le doy a Rafaella.

37

RAFAELLA CATANEO

Mantengo los ojos cerrados, escuchando el ambiente a mi alrededor. Despertar sintiéndome ridícula es, definitivamente, una desagradable novedad. Usualmente, ese pensamiento me espera al menos hasta después del desayuno para aparecer, pero parece que esto es otro disgusto más que puedo atribuirle a mi marido.

Marido.

Me giro en la cama, lo más lentamente que puedo, y estiro la pierna, fingiendo un movimiento involuntario mientras duermo, solo para encontrar las sábanas frías. Entreabro un ojo, lentamente, y confirmo mis sospechas: estoy sola.

Abro los dos ojos y suelto un largo suspiro. Me incorporo y las sábanas resbalan, frotando mi cuerpo desnudo en mi propia cara, como un recordatorio cruel de lo patética que soy, como si el sutil latido entre mis piernas y el placer que aún corre por mis venas no fueran suficientes recuerdos de lo miserablemente que fallé anoche.

Me llevo una mano a la cara, frotándome los ojos y empujando el cabello hacia atrás. La necesidad de darme una bofetada solo es superada por las ganas de volver a hacerlo todo de nuevo. ¿Qué tan profundo es el hoyo en el que me he metido, Dios mío?

Quería una disculpa. Quería que el *maledetto* al menos admitiera que fue absurdo exponerme de esa manera antes de que abriera las piernas para él, pero no duré ni diez minutos. Ni diez miserables minutos.

Solo le bastó quitarse la ropa, torturarme con toques casi inexistentes, y exhibir frente a mis ojos lo que sabía que mi cuerpo estaba desesperado por recibir, para que me olvidara de todo lo demás y me rindiera.

Y de qué manera tan espectacular cedí. Supliqué, más de una vez, y ahora he despertado sola. No soy mejor que un perro, ¿verdad? *¡Maldita sea!*

Me levanto, negándome a pensar en eso, a pensar en dónde podría haber ido Tizziano tan temprano. ¿Ya se habrá aburrido? ¿Necesitó aún menos de lo que pensé para considerarse

victorioso y pasar a la siguiente pobre mujer?

Sacudo la cabeza, torciendo los labios con disgusto al pasar junto al vestido de novia, hecho un montón en el suelo, en mi camino hacia el baño. Me doy una larga ducha, aunque sé que será imposible quitar el olor de Tizziano de mi cuerpo usando su jabón.

Todo pasó tan rápido... Ni siquiera pensé en cosméticos cuando preparé mis maletas. Tal vez debería pasar por la casa de mis padres más tarde para recogerlos.

Maletas. Abro los ojos de golpe. No traje mis maletas. ¡Dios mío! Si tengo que elegir entre usar la ropa de Tizziano o volver a ponerme ese vestido, juro que me regreso al baño y me ahogo en la bañera.

Entro al vestidor, pidiéndole a Dios que, por algún milagro, mis maletas hayan sido traídas aquí antes de la boda. No sería improbable que no me hubiera dado cuenta.

Quizás mi madre incluso me dijo algo al respecto y simplemente no le presté atención. En las horas después del incidente y antes de la ceremonia, realmente no puse atención a nada más que a mis propios pensamientos.

Mis cejas se alzan cuando entro en el armario de Tizziano, y me debato entre la sorpresa y el alivio cuando encuentro un lado entero de la habitación prácticamente vacío, ocupado por las pocas cosas que había metido en las dos maletas que había preparado.

Aparentemente, no solo trajeron mis maletas, sino que también despejaron un lado del vestidor para mí y organizaron mis cosas en él. Suelto una risa, aunque no me hace ninguna gracia.

Por lo visto, Tizziano aún no se ha dado cuenta de que se casó con una mujer humilde. Mis ropas no llenaron ni una octava parte del espacio asignado, y parpadeo.

Me casé. ¡Maldita sea! Me casé con Tizziano Cataneo y luego tuve sexo con él. Varias veces. Es lo que parece decir mi propio reflejo en el espejo que cubre toda una pared del vestidor.

Siempre pensé que eso de que una mujer cambia después de tener sexo por primera vez era una tontería. Pero el brillo rojizo en mi piel, la hinchazón en mis labios, y las marcas en mi cuerpo, algunas moradas y otras rojas, escondidas bajo la toalla que me envuelve, son, definitivamente, cambios. ¿Será a esto a lo que se refieren?

Tomo un vestido cualquiera del perchero, pero me detengo con él aún en el aire. Inclino ligeramente la cabeza. ¿Será apropiado que me ponga esto? La Signora Anna siempre está vestida como si fuera a un evento, y hasta Gabriella, incluso en casa, siempre luce bien arreglada.

Miro el resto de mi ropa y muerdo mi labio. No es como si tuviera opciones mucho mejores. Mis ojos se posan en el vestido que Tizziano me dio para el velorio de Marcelo. Es mi mejor ropa casual y por un momento, considero ponérmelo, pero no parece lo correcto.

Bajo el vestido que había elegido y decido usar el amarillo con pequeñas flores blancas estampadas. Si no es apropiado, supongo que lo descubriré muy pronto.

Me visto y me peino, decidiendo dejar que mi cabello se seque de forma natural. Mi estómago ruge en el momento exacto en que estoy lista para salir del cuarto, aunque no me siento del todo lista.

¿Qué debería hacer? Es decir, sé exactamente cuáles son supuestamente los deberes de una esposa, pero de alguna manera, no parecen ser lo que necesito hacer. Bueno, definitivamente necesito comer algo, o mi estómago va a salir de mi cuerpo en protesta. Empezaré por ahí.

Moverme por la casa es fácil y extrañamente natural. Claro, es natural, pasé las últimas semanas trabajando aquí todos los días. Me detengo al llegar a la sala y encontrarme con dos enormes cajas de regalo sobre uno de los aparadores.

Ambas son negras con un lazo rojo para que no haya dudas de lo que son: regalos de boda.

Es tradición en la casa del santo que siempre se envíen en paquetes con los colores de La Santa, para traer buena suerte a los recién casados. Sin embargo, un vistazo rápido a las tarjetas me hace dejar las cajas exactamente donde están. Ambas están dirigidas solo a Tizziano.

¿Sabe la gente con quién se casó? Lo dudo mucho. Es probable que si le abriera la puerta de la mansión a una de esas personas que tan amablemente le enviaron un regalo, me siguieran tratando como a un ama de llaves.

Me giro para ir a la cocina, pero el sonido de pasos en las escaleras me hace mirar por encima del hombro. Luigia llega al descansillo con una pequeña carpeta en las manos, acompañada de Anelise, que por el uniforme, parece haber sido ascendida de empleada a ama de llaves. Me doy la vuelta para enfrentar a las dos, sin saber cómo actuar, pero Luigia me ahorra el trabajo de adivinar.

—Signora Cataneo… —Me saluda, y casi miro hacia atrás mío, buscando a la signora Anna. Casi. Pero mi cerebro reacciona justo a tiempo para evitar la vergüenza. Conmigo. Está hablando conmigo—. Buenos días.

—Buenos días, Luigia. Buenos días, Anelise.

—He venido a presentarle a su nueva ama de llaves, señora —informa Luigia, y tal vez felicité a mi cerebro demasiado pronto, porque no llegué a esa conclusión por mí misma.

—Mi nueva ama de llaves —repito.

—Sí. Ya conoce a Anelise, ella se encargará de su ala de la casa.

—¿Incluso después del regreso de Marta?

—Marta no regresará, señora. Decidió quedarse con su hermana de forma permanente.

Retrocedo la cabeza, sorprendida por la noticia, y luego vuelvo a mirar a Anelise, que ahora tiene las manos cruzadas frente al cuerpo y la mirada fija en el suelo.

Siempre fue tímida. Desde que la conocí, cuando regresé a Italia, sus ojos marrones parecen tener una atracción fatal por el suelo.

No hace falta ser muy lista para imaginar por qué Luigia la eligió como ama de llaves de mi nueva casa: es, muy probablemente, una de las pocas empleadas que no ha terminado en la cama de mi marido. O al menos eso espero, pero confiaré en Luigia. Ella siempre lo sabe todo.

—Bienvenida, Anelise.

Mis palabras salen casi como una pregunta, porque no tengo idea de qué decir. ¡Dios mío, necesito aprender a comportarme, y rápido! Las mujeres de la *famiglia* estarán ansiosas por destruirme al primer signo de debilidad, y no estoy dispuesta a darles ese placer.

—Y-y-yo... —Anelise tartamudea al levantar la mirada. Mira de mí a Luigia y de Luigia a mí un par de veces antes de volver a hablar—. Gracias. Y felicidades por su matrimonio.

—Gracias.

—Ahora que ya se han presentado, puedes continuar con tus tareas, Anelise —la despide Luigia, y la tímida mujer de cabello oscuro y cuerpo pequeño sale prácticamente volando hacia el pasillo.

—Es muy tímida, ¿verdad? —murmuro para mí misma.

—Sí, señora.

—Ay, Luigia, por favor. ¿Señora? —me quejo, porque se siente muy raro escuchar eso de su boca. Ahora entiendo las quejas de Gabriella.

—Es lo que es usted —me reprende—. Y es mejor que empiece a acostumbrarse.

Suelto una risa, me froto las manos en la cara y me dejo caer en el sofá sin ningún cuidado.

—Si tienes un manual, lo acepto.

—Para empezar, no se tire así en los muebles. —Esta vez, mi risa es sincera—. ¿No va a abrir sus regalos?

—No son para mí —digo, apoyando la cabeza en el sofá y levantando la vista.

—Son regalos de boda.

—No llevan mi nombre.

El rostro severo de Luigia invade mi campo de visión, convirtiéndose en todo lo que veo cuando se inclina sobre mí.

—Has pasado suficiente tiempo en este castillo para saber que las paredes tienen oídos, jovencita. Así que ten cuidado con lo que dices. Y si no actúas como lo que eres, una señora, nadie te tratará así.

El consejo, en tono de advertencia, me hace enderezar los hombros mientras me siento completamente erguida.

—Las cosas sucedieron demasiado rápido.

Me froto el rostro de nuevo, sintiéndome exhausta, aunque aún no sean ni las nueve de la mañana.

—Pero sucedieron. Acostúmbrate. Y será mejor que lo hagas antes de que termine el aislamiento.

—¿Aislamiento?

Me levanto, quedando frente a Luigia con las cejas fruncidas.

—¿No te lo dijo el subjefe?

—Mi marido parecía estar con mucha prisa por librarse de mí, Luigia. No hubo tiempo para conversaciones de pareja.

—¡Jovencita!

—A ver qué te parece de esta manera: mi marido tenía un día muy ocupado hoy, Luigia. Desafortunadamente, no hemos tenido la oportunidad de conversar.

—Mejor —me elogia, aunque con un tono burlón al corregirme—. No podrán asistir a las cenas familiares ni a ningún evento de la familia hasta nuevo aviso.

Retrocedo la cabeza, parpadeando. Una risa seca se queda atorada en mi garganta.

¿Estamos castigados? ¿Esto es obra de la signora Anna?

No es que realmente me moleste no tener que lidiar con ella por un tiempo; esa mujer me odia y probablemente aprovecharía cualquier oportunidad para envenenarme. Mantenerme lejos de ella es sinónimo de seguridad. Pero, ¿por cuánto tiempo piensa esconderme? ¿Hasta que Tizziano quede viudo y pueda casarse con alguien de quien ella se sienta orgullosa?

—¿Desterrados? —repito la palabra.

—Temporalmente.

—¿Puedo ver a Gabriella?

—Sí. No hay restricciones al respecto. Tampoco para que salgan, no sé, a hacer compras, por ejemplo —responde, acompañando la última frase con una mirada de arriba abajo a mi sencillo vestido—. Debido a lo rápido que sucedieron las cosas, no hubo tiempo de tramitar tus nuevos documentos y cuenta bancaria, pero el subjefe hizo los arreglos para que uses esta tarjeta temporal. Los fondos saldrán de la cuenta general del castillo. —Luigia extiende hacia mí la carpeta que sostenía—. También encontrarás ahí una copia de tu acta de matrimonio. Tu madre pidió visitarte, está esperando una respuesta.

Reculé la cabeza de nuevo, parpadeando más que antes. Demasiada información. ¿Tizziano hizo arreglos para que yo tuviera una tarjeta? ¿Él realmente hizo cualquier tipo de arreglo? Me sorprende la noticia.

—¿Lo pidió?

—Lo pidió, señora —enfatiza Luigia la última palabra, y una carcajada sincera escapa de mi garganta, porque estoy segura de que este es un giro que Sofia no esperaba—. No tienes que apresurarte en responder. Cuando quieras dar una respuesta, solo avísale a Anelise.

—¿Sabes, Luigia? —le digo, sonriéndole—. Creo que me caes mejor ahora que ya no eres mi jefa.

Ella disimula, pero veo un sutil levantamiento en las comisuras de sus labios.

—¿Necesitas algo más, señora?

—No, Luigia. Y gracias.

—A tus órdenes, señora. Con permiso.

Ella camina hacia las escaleras y las baja, dejándome sola. Durante un tiempo, sigo mirando hacia el lugar donde estuvo, y casi me dejo caer en el sofá otra vez, casi. Pero la carpeta en mis manos me recuerda el primer consejo que recibí.

Me siento elegantemente y la abro. Hay un sobre blanco con una tarjeta negra, exactamente igual a la que recibió Gabriella cuando el Don decidió tomarla bajo su protección, pero esta no tiene ningún nombre impreso. La contraseña está anotada en un pequeño papel, también dentro del sobre. Y detrás de él, mi acta de matrimonio.

¡Por La Santa! Esto es real, ¿verdad? Realmente me casé con Tizziano Cataneo. Al menos, el papel en mis manos dice que sí. Bueno, nadie puede decir que ese hombre no es persistente.

¿Irritante? ¡Terriblemente! ¿Completamente fuera de lugar y con la cordura seriamente cuestionable? Sin duda alguna. Pero, a juzgar por la noche pasada, Tizziano definitivamente está comprometido con sus objetivos. Un idiota. Pero un idiota decidido.

Y un idiota con un beso que vale millones y una verga que vale lingotes de oro, capaz de hacer lo que quiera conmigo después de media docena de besos.

Cierro los ojos involuntariamente, y mi mente se llena de imágenes de la noche anterior. Aún no puedo creer que no sentí dolor, ningún dolor real. Hubo presión, ardor, pero todo fue tan placentero, y solo quería que él continuara, que me diera más... ¡Ay, mi Santa!

Mi centro late después de esos recuerdos. Estoy perdida, porque aparentemente, Tizziano ni siquiera necesita besarme para tenerme en sus manos. Los recuerdos de sus besos, de sus caricias, ya me dejan lista para hacer lo que él quiera.

Gruño, irritada conmigo misma, porque no puedo simplemente resignarme a ser su putita personal, aunque nada haya sido tan placentero como actuar precisamente así la noche pasada. La forma en que me miró cuando lo pedí, cuando lo imploré... Todas y cada una de las veces.

¡Concéntrate, Rafaella! ¡Concéntrate, maldita sea!

¡Yo merezco respeto! Es mi vida y no puede reducirse a abrir las piernas cuando ese *maledetto* lo desee. No puedo ser simplemente la mujer que abre sus piernas para el subjefe cuando él quiere, solo por un maldito documento. Me niego a ser nada más que una propiedad de Tizziano.

Mis ojos se dirigen directamente a los regalos, aún sobre el aparador. Luigia tiene razón. Si no actúo como lo que soy, nadie me tratará así. Si no exijo respeto, no lo recibiré. No necesito amor, pero quiero respeto, y el primero que debe aprender esto será el idiota del subjefe, ahora también conocido como mi marido. Él va a aprender que no soy una *Cenicienta* agradecida que va a mostrar su gratitud por haber sido sacada de una vida de servidumbre manteniendo la boca cerrada y las piernas abiertas.

Es su papel dar el ejemplo y exigir de quien sea que me trate con toda la dignidad que su esposa debe recibir, sin importar cómo llegué aquí. No me importa que solo me respeten por él, siempre y cuando lo hagan, y mientras Tizziano no entienda eso, nadie más lo hará.

Creo que nuestro "castigo" es casi un regalo, al final de cuentas, porque aunque haya entrado en el campo de batalla con los ojos cerrados, o no, me doy cuenta de que al final, terminé justo en medio de una guerra. Y la primera gran batalla será dentro de mi propia casa. Mi nueva casa. Y no será bonito.

Otra cosa en la que Luigia tiene razón: necesito hacer algunas compras.

38

TIZZIANO CATANEO

Escuchar los ruidos en el comedor de la sección de mis padres y pasar de largo es una experiencia nueva para mí. No es que me sienta realmente mal por perderme una o dos cenas familiares. Especialmente porque sé que mamá debe estar en modo drama al máximo. Pero aún así, es una sensación extraña. Subo las escaleras, ya sonriendo porque sé lo que me espera.

Rafaella no contestó mis llamadas esta tarde cuando intenté hablar con ella, y desde entonces he estado planeando enseñarle que no debe ignorarme, no importa lo molesta que esté conmigo.

Me informaron que salió con Gabriella para hacer compras. Sé que llegó hace casi dos horas y ha estado en casa desde entonces, pero ninguna de esas noticias me las dio ella.

El delicioso aroma que me recibe al llegar al rellano de las escaleras me sorprende. A esta hora, el único lugar donde se sirve comida en toda la mansión es en la sección de mi madre. Los empleados tienen, literalmente, prohibido servir en cualquier otra parte de la casa.

Anna solo aflojó con esa regla cuando Gabriella se mudó a vivir con Vittorio, porque ni loca quería a la "puttana" brasileña en su mesa. Pero Rafaella necesita comer, y si estamos vetados de las cenas familiares, es obvio que mi esposa habría pedido o preparado algo.

Sin embargo, cuando entro en casa, me doy cuenta de que el aroma es solo la primera de varias novedades.

Me preguntaría si entré en la sección correcta, pero dudo mucho que cualquiera de mis hermanos haya desarrollado de repente un gusto por la decoración colorida de la noche a la mañana. Y no creo que ni siquiera Gabriella se atrevería a hacer cambios tan drásticos en la decoración de Vittorio como los que se hicieron en la mía.

Las cortinas oscuras fueron reemplazadas por unas claras, casi blancas. La alfombra gris también dijo adiós, y ahora hay una nueva, en tonos tierra, ocupando su lugar. El sofá tiene cojines nuevos, y las butacas están cubiertas con mantas. Hay portarretratos esparcidos por las superficies, y para mi sorpresa, realmente hay fotografías en ellos.

Y la mesa de comedor... está puesta. Para dos. Con platos, servilletas de tela e incluso un arreglo floral. Además, hay empleadas en la cocina, en mi cocina. Entrecierro los ojos, desconfiado.

Creo que, con la excepción de Luigia y la misma Rafaella, nunca había visto a una empleada realmente trabajando en mi casa. ¿Empleadas fingiendo trabajar para cruzarse conmigo? Claro, pero ¿ocupadas de verdad? Nunca.

En cualquier otro contexto, me jactaría de que mi verga solo necesitó una noche para hacer el trabajo, pero cuando se trata de Rafaella... Algo simplemente no parece correcto.

—Ah, has llegado —dice Rafaella al salir al pasillo con un vestido azul marino y tacones altos.

Aparentemente, mi decoración no fue lo único que ella renovó. Su cabello rubio está un poco más claro y unos centímetros más corto, no sé si por los rizos en las puntas o porque lo cortó.

Camina hacia mí con ese rollo tan sexy que tiene y yo inclino la cabeza con admiración. Hermosa. Es devastadoramente hermosa. Maquillada y arreglada, o desnuda, revolcándose en mi boca.

—Buenas noches —dice a un brazo de distancia—. No sabía a qué hora llegarías, así que aún no han servido nada.

Si me hubieras atendido la llamada, lo habrías sabido. Pero no digo eso. Con un paso, cierro la brecha que nos separa y rodeo su cintura con mis brazos. Rafaella extiende las manos sobre mi pecho, pero sus ojos no se dirigen a las dos mujeres que están a unos metros.

Mi sección no tiene paredes, así que no tengo dudas de que las dos empleadas están observando atentamente nuestra interacción ahora.

—Hola, *Bambola*. ¿Planeas envenenarme? —le pregunto en un susurro, solo para que ella escuche.

Se ríe en voz baja y chasquea la lengua.

—Creo que tendrás que comer para averiguarlo.

Me toca reír.

—Necesitarás algo más fuerte que el veneno para acabar conmigo, *principessa*.

—Creo que eso también tendremos que esperar a que comas para descubrirlo.

Entrecierro los ojos, porque Rafaella lo dice con seriedad. *¿Realmente intentaría envenenarme?*

—Echarías de menos mi verga —me burlo y Rafaella pone los ojos en blanco—. ¿Día agitado, *Bambola*? —le pregunto, señalando el espacio a nuestro alrededor con la cabeza—. ¿Compras y redecoración? Y yo preguntándome si te encontraría acostada en la cama, aún lamentándote por haberte visto obligada a casarte.

Rafaella resopla, empujándome ligeramente y dando un paso atrás. Dejo que se aleje.

—Si no lloré anoche, cumpliendo con la peor parte de mis deberes, ¿por qué me quedaría en la cama hoy, con la parte divertida de ellos?

—¿La peor parte? —pregunto arqueando una ceja, y mi disposición para dejarla ir se evapora. Rompo la distancia que ella puso entre nosotros, y mis brazos son mucho menos amables al envolverla esta vez. Paso una mano por su cabello suelto y la otra agarra su cintura—. Mentirosa —susurro en su oído, segundos antes de tomar su boca en un beso punitivo.

Muerdo su labio inferior con fuerza, y Rafaella gime suavemente en mi boca, aprovechando mi agarre para frotarse contra mí, olvidándose, o ignorando, que no estamos solos.

Me encuentro disfrutando mucho de esta entrega y de su falta de inhibiciones. Solo interrumpo el beso cuando sé que ella está completamente sin aire.

—Voy a lavarme las manos para cenar —aviso, retrocediendo un paso, y ella permanece unos segundos más aturdida, con los ojos cerrados.

—Pediré que sirvan la comida mientras tanto —responde en voz baja, con los labios enrojecidos.

***

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Rafaella, ya sentada a la mesa, mirándome con las cejas fruncidas.

Miro debajo del sofá y detrás de los muebles del salón y no encuentro nada, al igual que no encontré nada en ninguno de los otros lugares en los que miré cuando fui a nuestro

dormitorio.

—Buscando las trampas que podrías haberme puesto.

Ella pone los ojos en blanco.

—¡Oh, por el amor de Dios, Tizziano! —protesta, dándose la vuelta a la mesa—. La cena se va a enfriar.

La miro, todavía desconfiado, pero camino hacia la mesa y me siento en el lugar de la cabecera que Rafaella ha reservado para mí. Curiosamente, no se siente extraño. Lo que definitivamente es raro es que ella me sirva el plato y lo coloque frente a mí.

Espero a que ella se sirva también, pero no empiezo a comer. Sigo esperando a que ella lo haga primero.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—¿No vas a comer?

Rafaella mira su plato y luego me mira a mí. Luego levanta una ceja.

—¿Estás preocupado, marido?

—No intentarías envenenarme, ¿verdad? Mi hermano se enfadaría mucho.

Se ríe.

—¿De verdad? Porque, según lo que me dijo Gabriella esta tarde, parece que estaría bastante contento, tal vez hasta me daría un premio por deshacerme de ti. —Rafaella apoya los codos sobre la mesa y me mira fijamente, esperando—. Come, esposo. Pedí que prepararan tu favorito.

Las bruschettas de jamón serrano y gorgonzola son realmente mis entradas favoritas, pero hoy me parecen demasiado sospechosas. Me doy cuenta de que ya no hay nadie en la cocina.

—¿Dónde están las empleadas?

—Las despaché. Tal vez no quería testigos.

Tomo una de las entradas y me la llevo a la boca. Porque, no, Rafaella no haría eso. Creo que no. El sabor es el mismo de siempre, así que ella habría tenido que usar un veneno sin olor,

ni color, ni sabor. No podría haber conseguido uno de esos fácilmente.

Rafaella suelta una carcajada, toma el tenedor y el cuchillo, y corta un trozo de la bruschetta lentamente, en lugar de llevársela directamente a la boca. Observo cómo la cuchilla va y viene, cortando el pan despacio cuando podría haberlo mordido de una vez. Termina de partir la entrada, pincha el trozo más pequeño con el tenedor y se lo lleva a la boca.

—Parece que por hoy estás a salvo, marido —dice, después de tragar saliva, pero su tono suena deliberadamente amenazador.

—¿Por hoy?

Ella se encogió de hombros.

—Todo indica que sí.

—Qué sádica.

Ella vuelve a reír y comenzamos a comer en un silencio agradable. Una novedad en comparación con las cenas familiares a las que he estado obligado a asistir toda mi vida.

Cuando terminamos los entrantes, Rafaella me sirve de nuevo, ahora la ensalada, y no puedo evitar desconfiar de su amabilidad. Esto no es lo que esperaba. Hago una nota mental para comprobar mi lado de la cama antes de acostarme.

—La berenjena no, por favor —le pido mientras empieza a servirme el plato principal. Sin embargo, me lo sirve de todos modos y me pone el plato delante—. Creo que no me has oído, pero te he pedido que no pongas berenjena.

—Te escuché —asegura, sirviéndose a sí misma.

—No he comido berenjenas desde que tenía, no sé, ¿ocho años?

—Menos mal que ya tienes más de treinta años, ¿no? —responde, sin mirarme siquiera, empezando ya a comer.

Y aunque inclino la cabeza ante lo que ha insinuado, decido hacer lo mismo. Como todo lo que había en el plato, excepto la berenjena, y cruzo los cubiertos, indicando que estoy satisfecho.

—Me gustaría comer el postre en cuanto termines —avisa Rafaella cuando termina su

cena.

—Pero ya terminé.

—No, no has terminado.

Miro la posición de mis cubiertos, ella mira la posición de mis cubiertos y luego la berenjena apartada.

Empuja el interior de su mejilla con la punta de la lengua mientras espera. Vuelvo a tomar los cubiertos, y contra todos mis instintos, pincho una rodaja de berenjena y la como. El amargor no es tan fuerte, pero lo siento en cada rincón de mi boca. *Odio esta maldita cosa.* Rafaella sonríe y sigue con una satisfacción indiscreta cada bocado que mastico y trago.

Cuando termino, ella recoge ambos platos y se levanta, llevándolos a la cocina y regresando con dos copas. Rafaella pone una frente a mí y se queda con la otra.

—¿Tu favorito? —pregunto al verla devorar el zabaglione[24].

—No, mis favoritos son los cannoli, de cualquier sabor. Pero también me encanta el zabaglione.

—Clásico.

—Una auténtica italiana —declara y se ríe de sí misma.

—¿Y cómo era para una auténtica italiana vivir en Nueva York?

—Caótico al principio, pero luego aprendí a disfrutarlo. Aunque extrañé los cannoli —dice mientras se lame los labios, limpiando cualquier rastro del postre, y me pregunto si sabe lo sexy que eso fue. Estoy casi seguro de que no.

Me como mi propio postre hasta que no queda nada y, después de recoger la mesa, por primera vez desde que llegué, noto cierta inseguridad en mi mujer.

Interesante.

—¿Lista para la peor parte de tus deberes, esposa? —provoco, extendiéndole la mano, y Rafaella no responde. Simplemente entrelaza sus dedos con los míos, y caminamos en silencio hasta el cuarto. Sin embargo, en el instante en que cruzamos la puerta, la acorralo contra la madera—. Estaba pensando —digo con nuestros rostros muy cerca el uno del otro— que creo

que a partir de esta noche, cada vez que estemos en este cuarto, te quiero desnuda.

—¿Qué? —pregunta, ya respirando con dificultad, sus pupilas dilatándose aunque apenas la he tocado—. No puedes simplemente decidir que siempre estaré desnuda cuando estemos en el cuarto.

—Mi cuarto, mis reglas.

—Pensé que era nuestro cuarto.

—Y lo era, así como el resto de la casa era mío. Has hecho tu declaración, *Bambola*, y la he escuchado. Incluso comí la berenjena —le recuerdo, porque nada más que ejercer este tipo de control sobre Rafaella me habría convencido de hacerlo—. La casa es tuya, *principessa*. Fuera de estas paredes, puedes hacer lo que quieras, pero aquí dentro vas a obedecer cada una de mis órdenes y te encantará. ¿Estamos de acuerdo?

Rafaella inspira una gran bocanada de aire antes de responderme.

—Estamos.

—Bien, *principessa.* Entonces sé una buena esposa y empieza a cumplir con tu parte.

39

RAFAELLA CATANEO

—¿Un acuerdo? ¿Hiciste un acuerdo con él? —Gabriella pregunta, incrédula—. ¿Un acuerdo que incluye favores sexuales?

—No se puede considerar un favor si es mi deber. —Me encojo de hombros y mi amiga levanta una ceja con ironía—. No puedo resistirme. No es como si realmente pudiera decirle que no. Y no me mires con esa cara, señora “nueve en punto”.

Las mejillas de Gabriella se ponen rojas al recordar el acuerdo que tiene con su marido. Uno que, dicho sea de paso, es mucho más escandaloso que el mío.

Ella se acomoda en el suelo donde estamos sentadas, y se sirve un poco más de helado del que está en la mesa antes de responder.

—No te estoy juzgando. —Levanta las manos en señal de rendición—. Solo pensé que no estarías dispuesta a ceder en algo así.

—Estoy aprendiendo a elegir mis batallas, y si el dormitorio es un campo de batalla en el que no merece la pena luchar, no tiene sentido intentarlo. Los días son míos, las noches son suyas. Y no es que vaya a ponerme triste por ello.

—¿Así de fácil?

—Perdí cualquier oportunidad de resistirme a ese desgraciado cuando lo dejé besarme en la Vendimia. —Niego con la cabeza, lamentándome.

Ah, si hubieran inventado una máquina del tiempo, juro que volvería a esa noche solo para decirle a la estúpida Rafaella del pasado que besar a Tizziano Cataneo fue el peor error que jamás cometería.

O tal vez debería volver incluso antes y decirle a la bocazas que le contestó enfadada que mantuviera la boca cerrada.

—Y te estás concentrando en la parte equivocada del trato —refunfuño.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la parte correcta?

—Esa en la que Tizziano hace lo que yo quiero durante el día.

—Pero la parte en la que aceptaste no usar ropa, nunca, dentro del cuarto, sonó mucho más interesante...

—También recuerdo a alguien que aceptó no usar ropa... interior. Y no solo dentro del cuarto. No tires piedras teniendo techo de vidrio, querida.

—No sé por qué te he contado estas cosas —murmura.

—¿Cómo? —pregunto, entrecerrando los ojos cuando la expresión de su cara pasa de la frustración a la diversión.

—Nada.

—¡Nada, nada! ¡Gabriella, no te hagas la tonta!

Sonríe ampliamente.

—Aún no puedo creer que somos cuñadas —celebra estirando los brazos y abrazándome —. Es algo increíble, ¿no?

—Es la única parte buena de todo esto —coincido, devolviéndole el abrazo.

—Eso y tu acuerdo... —se burla, y la empujo. Ella se ríe a carcajadas.

Yo también tomo un poco más de helado y me meto una cucharada llena en la boca.

—No veo la hora de que se les acabe el castigo. Creo que voy a llorar de emoción cuando puedas ir a las cenas familiares.

Resoplo, lamiendo mi cuchara.

—Probablemente no duraré una semana antes de que me prohíban asistir otra vez, Gabi, lo siento. Pero no hay forma de que me quede callada escuchando las impertinencias de la signora Anna. Ni tú deberías.

Gabi se encoge de hombros.

—Ya no me lanza impertinencias, solo me mira de reojo.

—Eso porque el Don dejó claro cuál era tu lugar y cuál era el de ella. Eso es lo que estoy tratando de lograr con Tizziano. No sé si este acuerdo será suficiente, pero creo que es un buen comienzo.

—¿Y él ha notado tu ropa nueva? ¿Tu peinado?

Desvío la mirada, pasando la lengua por mis dientes. Sí, Tizziano notó que la mitad de mi clóset se llenó de la noche a la mañana. Pero hubo algo que lo sorprendió más que cualquier otra cosa. La expresión maliciosa que apareció en su rostro cuando me quité la ropa interior y Tizziano me vio completamente depilada me hace morderme el labio. ¡Por Dios, qué fácil soy! Mi cuerpo reacciona solo con la idea de su deseo. Esto ni siquiera debería ser posible.

—Tú... —Empiezo, pero dejo de preguntar a mitad de camino.

—¿Yo qué? —pregunta Gabriella, llenándose la boca de helado.

—Nada.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Cómo que nada? ¿Yo qué?

Humedezco mis labios, juntando valor. No es como si pudiera preguntarle esto a cualquier otra persona.

—¿Te sientes... fácil? ¿Para el Don?

Gabriella parpadea, y por un segundo, creo que no ha entendido lo que quiero decir, pero luego echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Creo que nunca ha habido una palabra para describir lo "fácil" que soy para Vittorio. Todo lo que tiene que hacer es mirarme y estoy mojada. A veces ni eso. Un mensaje de texto, una frase por teléfono... "Fácil" se queda corto.

—¿Y se le pasará? —pregunto, un poco ansiosa, y Gabriella se ríe de nuevo, más fuerte esta vez.

—Espero que no.

—Ah, yo espero que sí a Tizziano. Lo espero mucho.

—Creo que estás siendo demasiado pesimista con todo esto.

—¿Recuerdas que me casé con Tizziano Cataneo, verdad?

Ella se encoge de hombros.

—Y yo estoy casada con Vittorio Cataneo. Si yo puedo ser feliz con él, tú...

—Es diferente. Ustedes están enamorados.

—¿Y quién dice que tú y Tizziano no pueden enamorarse? Empezaron diferente, pero...

Mi carcajada corta las palabras de Gabriella, y ella chasquea la lengua, disgustada.

—Eres graciosa, Gabriella. ¡Muy graciosa!

—Solo digo que no es imposible.

—Y yo solo digo que te has vuelto loca.

—Tal vez... O, tal vez, termines tragándote tus palabras.

—No, no lo creo. Ni en broma.

—Ajá... Claro... ¿Y tus padres? —Cambia de tema, y aunque agradezco salir de la tierra de fantasía, no me gusta tanto el nuevo tópico—. ¿Alguna novedad?

—Mi madre me mandó un mensaje diciendo que quiere venir de visita. No le respondí.

—¿Y tu padre?

—Silencio total. Nada nuevo.

—Siento mucho que tengas que lidiar con ellos.

—Yo también, amiga. Yo también…

40

TIZZIANO CATANEO

—Sé que no teníamos planes de expandir nuestro territorio a corto plazo, pero Las Vegas es una oportunidad que no podemos ignorar —dice Matteo, y Vitto se queda pensando un momento.

—¿Y estás seguro de que todos los miembros del MC están muertos?

—Cada uno de esos miserables.

—Es muy raro —digo, frunciendo el ceño—. Sabemos que los miembros de los clubes de motociclistas son desorganizados, pero ¿matarse entre ellos por una mujer? ¿Todos se mataron solo por una pelea de faldas?

Me recuesto en la silla, entrelazando los dedos sobre mi regazo. Sentados en la mesa de reuniones en la oficina de Vittorio, en el centro de entrenamiento, estamos el Don, el Consigliere, Cesare y yo, discutiendo tras recibir una noticia inesperada.

Las Vegas, que antes era territorio de los “Desert Reapers MC”, de repente se convirtió en una posible conquista, ya que todos los miembros del club de motociclistas fueron encontrados muertos esta mañana. Las fuentes coinciden en que la masacre fue causada por una disputa entre el líder y su segundo al mando por una mujer, que también terminó muerta.

Parece que el club se dividió cuando los dos líderes decidieron reclamar a la misma mujer, y las dos facciones se enfrentaron hasta que no quedó nadie. Un verdadero chiste.

—¿A quién enviaríamos? —pregunta Cesare—. A estas alturas, todos los carteles y mafias de América del Sur deben estar enviando a alguien o preparando las maletas para ir a Las Vegas.

—Ninguno de ellos sería rival para la Sagrada —digo, porque es verdad—. Y ya tenemos a Remo allí. No sería difícil expandir el territorio. Yo podría ir —me ofrezco, porque una temporada en Las Vegas no me suena nada mal. ¿Y quién mejor que yo para establecer un nuevo territorio?

—Por si se te olvidó, subjefe, acabas de casarte —dice Vittorio con una mirada significativa, y sé que responder que no tengo intención de dejar a mi esposa no cambiaría nada, especialmente cuando mi hermano corona su declaración con una sonrisa fría.

No voy a ir a Las Vegas, no porque a mi hermano le preocupe mi matrimonio, sino porque me está castigando por casarme. Exhalo lentamente, controlando las ganas de mandar al Don a la mierda.

—¿Quién, entonces? —pregunta Matteo, porque para él, obviamente, yo también era la mejor opción.

—Enzo ha hecho un buen trabajo en Reno —comenta Vittorio, y aprieto los dientes, tragándome el amargor que sube a mi garganta—. Quizás no necesitemos enviar a nadie.

Una mirada a mi hermano mayor es más que suficiente para saber que su sugerencia no fue hecha sin intenciones. Está harto de saber que odio a ese hijo de puta y que, si no fuera porque está en Estados Unidos, a todo un océano de distancia, ya lo habría matado.

Puede que sea un buen hombre de confianza, pero nunca me cayó bien. Por supuesto, de todas las personas a las que Vittorio podría haberle dado el trabajo que pedí, se lo daría a él, solo para molestarme. La mirada burlona de Cesare es solo una confirmación.

—Tal vez —está de acuerdo Matteo—. Además, fue él quien nos informó. Sería una buena recompensa.

—Habla con él al respecto, Tizziano —me ordena Vittorio, y no hago más que asentir, porque si tuviera que decir algo, definitivamente no sería “Sí, Don”—. ¿Algo más? —pregunta a Matteo, que niega con la cabeza—. Muy bien. Buenas noches, caballeros.

Soy el primero en levantarme y salir de la habitación. Cesare me sigue.

—¿Tu esposa te castigó por andar con los pantalones puestos, subjefe? —se burla, y ni siquiera me molesto en mirarlo por encima del hombro. Continúo mi camino hacia mi propia oficina en el centro de entrenamiento—. Sabes, tal vez tenga la solución para eso. Estoy yendo al Via del Pottere. ¿Quieres venir? —invita, deteniéndose en la puerta cuando entro en mi oficina.

—No.

—¿No? —pregunta, y no necesito mirarlo para saber que tiene las cejas levantadas—. ¿Por qué no? Estás prohibido de asistir a las cenas, ni siquiera tendrías que inventar una excusa

para faltar.

—Que yo sepa, Cesare, no tengo que darte explicaciones —respondo, mirándolo por primera vez desde que salimos de la oficina de Vittorio.

Mi hermano sonríe.

—¿Adónde vas?

—No es de tu incumbencia, pero a casa.

Miro el reloj, son las siete menos cuarto. Tengo quince minutos para llegar a la hora de la cena fijada por Rafaella. Cesare se ríe a carcajadas.

—¿Tres días? ¿Tres días te bastaron para olvidar que *"tenías la intención de casarte, no de comprometerte"*?

—Mi único compromiso es con mi verga dura, Cesare, y hasta que me canse, lo que me espera en casa es mucho mejor que cualquier cosa en el Via del Pottere.

Desde hace tres días, la única razón por la que salgo de la cama es la perspectiva de volver a ella. Después, claro, de llegar a casa a las 19 en punto y comer lo que sea que haya preparado mi esposa.

Mi respuesta no impide que Cesare vuelva a reírse, pero se encoge de hombros.

—Si tú lo dices... —Se gira para salir, pero se detiene antes de cerrar la puerta por completo—. Por cierto, interesante lo que hiciste con tu garaje —comenta con una sonrisa burlona, y frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con "lo que hice con mi garaje"? ¿De qué demonios estás hablando?

***

Ella reorganizó mis autos.

De alguna manera, Rafaella logró convencer a alguno de los empleados para que se atreviera a conducir mis autos, y no solo reorganizó mi colección, colocándolos en orden alfabético y agrupándolos por colores en degradado, sino que también dispersó cestos basura con frases como, "siéntete como en casa, pero recuerda que no lo estás. Tira la basura en su lugar", y

ambientadores en todos mis deportivos. Ahora, en lugar de oler a cuero, huelen a lavanda. A lavanda...

Subo los escalones hacia la casa despacio, mi mente corre pensando en cómo castigarla por su osadía. No es la primera vez que Rafaella pone a prueba los límites de nuestro acuerdo. Ha hecho otros cambios en la casa, incluso en mi oficina.

Mandó pintar las paredes, quitó cuadros que no le gustaban e incluso me pidió permiso para reemplazar algunos muebles. Le respondí que la casa era suya, pero el cuarto era mío. Sabía que no podía bajar la guardia con esa maldita, pero no imaginé que tendría la audacia de tocar mis autos.

Pensé que se limitaría a crear reglas tontas de convivencia que ha estado estableciendo, como poner los vasos sucios siempre en el fregadero, bajar la tapa del inodoro y cerrar la pasta de dientes. Reglas que, sinceramente, no me molestó cumplir religiosamente. Pero no. Por supuesto que no.

Cuando llego al rellano, la encuentro sentada en el sofá, con la cara más tranquila del mundo, revisando su celular. Lleva un vestido color vino que resalta cada una de sus curvas y un par de tacones dorados. Su cabello está suelto, exactamente como sabe que me gusta.

—*Ciao*, marido —saluda, y el brillo malicioso en sus ojos es todo lo que necesito ver para saber que es plenamente consciente de que ha cruzado un límite.

—*Ciao*, esposa.

Entro en la sala de estar, ya extendiendo la mano hacia ella. Rafaella frunce ligeramente el ceño.

—¿No quieres prepararte antes? —pregunta, porque siempre me tomo el tiempo de quitarme el saco y la corbata antes de cenar, pero no esta noche. Esta noche, tengo prisa.

—No. Estoy bien.

Ella se encoge de hombros y se levanta, nos sentamos a la mesa, y la danza que ya se está volviendo familiar entre nosotros comienza. Rafaella me sirve las entradas, y yo como cada bocado, sabiendo que cada bocado nos acerca más al momento en que tendrá que enfrentar su castigo.

41

TIZZIANO CATANEO

—Gracias, chicas. Que tengan una buena noche —Rafaella se despide de las empleadas mientras se levanta de la mesa.

No hago más que asentir con la cabeza antes de entrelazar mis dedos con los de mi mujer y conducirla por el pasillo hasta los dormitorios. Cuento cinco pasos antes de apretar a Rafaella contra la pared. Ella jadea y abre los ojos.

—Tizziano —Mi nombre sale de su boca como una advertencia mientras acerco nuestros rostros al máximo.

—¿Ya no me llamas "marido"?

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Qué parece que estoy haciendo, Rafaella? —le susurro mientras coloco una de mis piernas entre las suyas, obligándola a abrirse para mí.

Y aunque sus palabras protestan, los ojos de Rafaella se cierran rápidamente, y un gemido suave se escapa de su garganta.

—¡Las empleadas, por Dios, Tizziano! —Se acuerda justo cuando sus caderas comienzan a moverse sobre mi rodilla.

—¿Te divertiste con mis autos, Rafaella? —pregunto, acercando mi boca a la suya, rozando mis labios sobre los suyos—. ¿Llenándolos de esos aromatizantes? —La pregunta sale entre dientes, y no sé qué me enfurece más, si la audacia de esta mujer o el hecho de que, aun estando furioso, el deseo de poseerla es aún mayor que el de castigarla.

Es estupendo poder hacer las dos cosas a la vez.

—Te voy a coger aquí mismo, Rafaella, y no tienes derecho a negarte, después de haber abusado de mi colección.

—¡Tu colección estaba en mi garaje! —jadea cuando mi rodilla presiona su ya mojada

entrepierna. La humedad traspasa incluso mi pantalón.

—Y mi habitación está en este pasillo.

Lamo la piel de su cuello hasta llegar a su mejilla, y Rafaella gime suavemente otra vez.

—Tizziano... —se queja cuando aprieto sus pechos entre mis manos—. ¿Y piensas cogerme en el pasillo? ¿Donde cualquier empleado podría vernos?

—Pensé en hacerlo en la ventana, Rafaella, para que toda la Cantina vea lo hermosa que te ves gimiendo mi nombre, pero como estamos castigados, tendrás que esperar.

—No tendrías las agallas —me desafía, con los ojos muy abiertos y las manos apoyadas en mi pecho. Sonrío ampliamente.

—¿No? —le pregunto, y Rafaella inclina la cabeza, dudando—. Desnúdate, esposa.

Retrocedo un paso, y el cuerpo de Rafaella se derrite contra la pared. Coloca las manos a los lados, con las mejillas encendidas, las pupilas dilatadas, y el pecho subiendo y bajando.

Su expresión es una mezcla de desafío y resignación. Está tratando de encontrar una salida, pero se niega a ser la primera en romper nuestro acuerdo.

Sus ojos se desvían hacia el pasillo, como si intentara calcular la distancia entre nosotros y las empleadas en la cocina, si es que no hay más personas en la casa. Los cierra y, después de unos segundos, vuelve a mirarme directamente antes de respirar profundamente y despegarse de la pared.

Mi esposa agarra la tela del vestido ajustado y se lo quita de un tirón, dejando al descubierto su suave piel sin ceremonias. El hecho de que no se avergüence de su desnudez es otra cosa que he aprendido a adorar en Rafaella.

No es que tenga razones para sentirse avergonzada. ¡De ninguna manera! ¡La maldita está buenísima! Pero la modestia tonta es algo que suelen inculcar en las mujeres de nuestro círculo.

La lencería, un conjunto de encaje negro, tampoco tarda en caer al suelo del pasillo. Completamente desnuda, Rafaella me mira como retándome: "¿Y ahora qué?".

Sin ningún tipo de delicadeza, meto la mano entre sus piernas. Mis dedos se deslizan fácilmente por su empapada vagina. Suelto una risa ronca mientras acerco mi cuerpo al suyo, frotando deliberadamente el tejido de mi chaqueta contra sus sensibles pezones.

—Tus palabras dicen que no quieres que te descubran, *bambola*... Pero tu cuerpo parece disfrutar mucho la idea. —Rafaella muerde su labio, reprimiendo un gemido cuando masajeo su clítoris, y río de nuevo, acercando mi boca a su oído y lamiendo detrás de él antes de susurrar—. Ah, no, *principessa*. Vas a gemir. Vas a gritar. Tu castigo será que cada maldito empleado en esta casa oiga lo bien que te coge tu marido.

Deslizo los dedos hacia abajo, introduciendo dos de golpe en el canal apretado, y Rafaella inclina la cabeza hacia atrás, frotándola contra la pared. Bajo mis labios por su cuello, dejando besos a lo largo, por sus hombros, hasta que muerdo uno de sus pezones duros.

La miro sonriendo, con su pecho en mi boca. Extraigo lentamente los dedos, y sin previo aviso, los introduzco de nuevo en su cálida entrepierna. Rafaella revuelve los ojos y gruñe tratando de contener el grito, pero no lo logra, porque repito el movimiento, succionando el pezón delicadamente y rodeándolo con la lengua mientras mis dedos la penetran con ritmo intenso. Ella intenta taparse la boca con las manos, pero la sujeto por las muñecas, manteniéndolas arriba.

Su cuerpo entero tiembla con el esfuerzo de mantenerse en silencio. Reduzco el ritmo, volviéndolo lento y suave, y Rafaella respira aliviada. Giro los dedos lentamente dentro de ella, estirando las paredes que hacen que mi deseo crezca.

Curvo los dedos moviéndolos así, y Rafaella gime, contorsionándose y frotándose contra la pared, arqueando la espalda y empujando su pecho contra mi boca. Mantenerse en silencio hace que sus ojos se llenen de lágrimas y su boca, ahora abierta, me implora en silencio que acabe con su tortura.

Circulo su pezón una última vez y lamo toda la extensión de su piel hasta sus labios. La beso, mientras sigo masajeando suavemente su entrepierna, moviendo mis dedos lentamente en una tortura agonizante que deja a mi esposa completamente desesperada, pero aún silenciosa.

Mi lengua se enreda con la suya, succionando y lamiendo cada curva y contorno.

—Estás deliciosa —murmuro cuando interrumpo el beso.

—Tizziano... —pide ella, y me río mientras saco los dedos de ella, lentamente, más despacio que en cualquier otra ocasión.

—Grita para mí, *principessa*.

Entro con los dedos estirados profundamente en la vagina de Rafaella, y el impulso la

sorprende tanto que no tiene tiempo de contener el grito que rasga su garganta. Me inclino, mordiendo el pezón que aún no había lamido, y lo succiono con fuerza, sabiendo que dejaré una marca allí.

Rafaella se mueve contra mi agarre, montando mi mano, y meto un tercer dedo en ella, lo que acaba con cualquier control que le quedaba.

Ella gime y grita sin reservas, persiguiendo el orgasmo sin preocuparse por si alguien puede escuchar, y cuando llega al clímax, temblando y gimiendo, no le doy ni un minuto para recuperarse. Suelto sus muñecas, pero ella no se mueve, las mantiene en su lugar mientras mis dedos salen de su interior para buscar el condón.

Desabrocho mi cinturón y mi pantalón, sacando mi verga bien dura y mis testículos de la ropa interior sin bajarla. Coloco el preservativo y agarro la cintura de Rafaella, levantándola en el aire. Aunque todavía está temblando, ella cruza las piernas alrededor de mi espalda.

—Métetelo, *Bambola*.

Sus manos, temblorosas, me guían firmemente hacia su entrada. La sensación de sus músculos abriéndose para recibirme pone a prueba mi determinación.

Rafaella me mira, con una expresión de deseo crudo y evidente, porque otra cosa que estoy aprendiendo sobre mi esposa es que es deliciosamente ansiosa cuando se trata de mi verga.

Penetro de un solo golpe, arrancando otro grito de Rafaella, que inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, exponiendo su garganta para mí. La lamo y la succiono, retrocediendo y avanzando con un ritmo castigador, pero delicioso.

Prácticamente gruño cuando siento en mi verga un apretón aún más violento que el recibido por mis dedos. Rafaella arquea aún más la espalda hacia mí, su cuerpo completamente abrumado por el placer la destroza y pide más.

Sus gritos y gemidos no son el único ruido en el pasillo. La inconfundible melodía de nuestras caderas golpeándose, el sonido húmedo de mi verga en su vagina, son ruidos fuertes, y cualquiera en la habitación de al lado sabrá exactamente lo que estamos haciendo.

La perspectiva hace que mi verga se inflame aún más, aumentando el placer que recorre mis venas. Rafaella clava las uñas en mis hombros, mis embestidas cortas y fuertes la devastan sin piedad.

Beso sus hombros, su cuello, su rostro, cualquier parte de piel que alcanzo, menos su boca. Esa la dejo libre para que anuncie a quien quiera escuchar cuánto disfruta de tener mi verga dentro de ella.

—Tizziano —gime ella, gritando mi nombre, su cuerpo entero temblando en mis brazos, con la boca abierta y la cabeza aún inclinada hacia atrás.

Disminuyo la velocidad de mis embestidas y empiezo a penetrarla despacio mientras ella se tranquiliza y su alma vuelve a su cuerpo. Cuando abre los ojos, la despego de la pared y empiezo a caminar hacia nuestra habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta jadeante, mordiendo el labio y gimiendo de manera quejumbrosa

—Ahora sí, nuestra velada puede comenzar.

42

RAFAELLA CATANEO

—¡Pero si olían a cuero puro! —Protesto, y la incredulidad en la cara de Tizziano no tiene precio.

—Son coches deportivos, Rafaella. A cuero es exactamente a lo que deberían oler.

—No estoy de acuerdo. Me gustaban mucho más con olor a lavanda.

—¡Ah! —refunfuña, dándose vuelta en la cama para quedar boca arriba y cubriéndose los ojos con el brazo—. Solo de pensarlo me dan ganas de penetrarte contra esa puta ventana, ¡maldita sea!

—¡No, por favor, no! —suplico, levantando las manos en señal de rendición—. ¡Te prometo solemnemente que no volveré a tocar tus autos si juras no volver a amenazarme con echarme un polvo en público! ¡Y tampoco lo hagas de verdad! —Me corrijo, señalándolo con el dedo, cuando Tizziano baja el brazo y sonríe maliciosamente.

—¿Estás proponiendo una excepción a nuestro acuerdo? —pregunta con una ceja arqueada.

—Así es.

Él hace un puchero.

—Parecías disfrutar bastante la emoción.

Dejo caer mi espalda en la cama, cambiando de estar de lado a una posición totalmente derrotada.

—¡Fue increíble! El problema será mañana, cuando tenga que enfrentarme a Martina y Aria. O a cualquier persona, en realidad. Porque seguro que nuestro showcito ya es el tema de conversación de todos los empleados de este castillo, y no solo de las que trabajan en nuestra ala.

Escucho el crujir de las sábanas antes de que la sombra de Tizziano se cierna sobre mí y su mano comience a acariciar mi abdomen, el costado de mi cuerpo, y luego mi pecho. Abro los ojos.

—Que hablen lo que quieran. Estabas en tu casa, con tu marido.

La forma en que dice las palabras me confunde, es como si simplemente no le molestara

lo más mínimo que de repente se haya visto obligado a compartir su vida conmigo.

Y hablar... Hablar con Tizziano es tan fácil... Demasiado fácil. Honestamente, pensé que seríamos una pareja que solo tiene sexo y coexiste.

En el poco tiempo que tuve para pensar sobre lo que esperaba de este matrimonio, desde que descubrí que iba a suceder, ni siquiera se me ocurrió que realmente conversar con Tizziano fuera una posibilidad.

Pero ha sido más que eso, ha sido una realidad. Obviamente, no somos una pareja experta en charlas, pero acabamos de casarnos. Y lo que más me sorprende es que él se muestre abierto a ello. Que lo permita.

No me lo esperaba, pero mentiría si dijera que no me gusta esta sorpresa. Tal vez, con el tiempo, podamos llegar a ser, no sé, ¿amigos? El rostro de Tizziano se torna extraño de repente. *¿Habré estado en silencio demasiado tiempo?*

—No tenía intención de meterme con tus autos —admito, queriendo escapar de los pensamientos que rondan mi cabeza.

—¿En serio? —pregunta burlón—. ¿Y qué pasó? ¿Tropezaste y terminaron organizados alfabéticamente y por colores?

Pongo los ojos en blanco.

—No. Necesité pedir ayuda. No sé conducir —admito, un poco avergonzada—. Incluso pensé en pedirte que me enseñaras, pero después de tu showcito solo porque moví tus juguetitos de lugar... No quiero ni imaginar lo que harías si rayo uno de ellos sin querer.

La broma tiene un fondo de verdad. Pensándolo bien, quizás sea completamente verdad. Realmente pensé en pedirle que me enseñara a conducir. En Nueva York, algunos amigos me dieron algunas lecciones, pero nunca obtuve la licencia, porque ni mi padre ni mi tío lo permitieron.

Eso fue lo que me llevó al garaje, honestamente. Quería ver si Tizziano tenía algún auto que fuera bueno para empezar a practicar, uno pequeño y lo más viejo posible, uno que no importara si lo chocaba.

El gusto de Tizziano por los autos deportivos y de lujo no es un secreto. De hecho, presumir de haber visto uno de los autos de Tizziano es prácticamente un logro entre los hombres de la Cantina. ¿Y los que dicen haber estacionado uno? Esos son tratados como héroes. Porque además de que los autos son realmente increíbles, todos saben lo celoso que es el subjefe con ellos. Pensé que era una exageración... Bueno, definitivamente no lo es.

—Ninguno de nosotros quiere ver eso, Rafaella —confirma Tizziano, poniéndose de repente pálido, y yo no puedo evitar soltar una carcajada—. Entonces, si no fue un accidente...

—Tenía curiosidad. Como dije, no sé conducir, pero me gustan los autos deportivos, y solo había visto uno o dos de los tuyos... —cuento una media verdad, porque nunca admitiré la verdad completa—. Y me impresionó tu colección, lo confieso... Solo que me parecía tan desordenada... No había ninguna lógica en la organización —argumento.

—Porque no tiene que haber lógica en la organización, Rafaella. Así como los autos no tienen que oler a otra cosa que no sea cuero. Ni necesitan cestos de basura.

Bufé.

—¿Y dónde pones la basura?

—¡Definitivamente, no dentro del auto!

—¿Nunca? —pregunto, sorprendida—. ¿Y si, no sé, te da ganas de comerte un chocolate dentro del auto? ¿Dónde pones el envoltorio?

—Nadie tiene permiso para comer chocolate dentro de mis autos, Rafaella.

Vuelvo a poner los ojos en blanco.

—¿Y si te quedas sin cigarrillos?

—Uso una caja de cigarrillos. Tiro el envoltorio tan pronto como saco uno.

—Ok, pero ¿y si un día olvidas tu caja y tienes que comprar un paquete en la calle?

—Tengo una caja en la guantera de cada uno de los autos.

—¿Y si se te acaban los cigarrillos en la guantera y tienes que comprar un paquete en la calle?

—¡Esta conversación no tiene sentido! —dice Tizziano con los ojos entrecerrados. El pelo de la parte superior de la cabeza, más largo que el de los lados, le cuelga hacia delante cuando se mueve.

Su mano sigue recorriendo mi piel de arriba abajo en una deliciosa caricia.

—Soy una persona curiosa.

—Mis pobres coches lo saben bien.

—¡Claro que sí! Pobres, pobres coches. ¿Qué haces si tienes basura y estás dentro del auto?

—La guardo en el bolsillo y la tiro cuando salgo de él. —Abro la boca, pero la cierro y

me relamo los labios. No tiene ningún sentido. Sería mucho más fácil si solo tuviera basureros dentro de los autos—. ¿Dónde conseguiste esos basureros, de todas formas?

Me encojo de hombros.

—Los compré por Instagram y pedí que los entregaran aquí. La tienda los envió de inmediato cuando dije para quién eran. Ser tu esposa tiene algunas ventajas.

—¿Solo algunas? —pregunta, su mano bajando por mi abdomen hacia el centro de mis piernas.

—Dije algunas, no solo unas pocas.

—Algunas mejores que otras, supongo.

—No lo sé —respondo con sarcasmo, controlándome para no retorcerme cuando Tizziano acaricia el hueso de mi cadera. Él chasquea la lengua.

—¿No lo sabes? Creo que tengo algunas cosas más que enseñarte, entonces.

43

TIZZIANO CATANEO

Deslizo el dedo por la pantalla del celular mientras bajo las escaleras, golpeando cada escalón con desgano. Salir de casa y contar los segundos para volver se ha convertido en una rutina en las últimas semanas, pero hoy, específicamente, hundirme entre las piernas de mi esposa no es la única razón por la cual estoy esperando que pase el tiempo.

Como si el papeleo interminable en el que estoy sumergido no fuera suficiente, mi agenda aún incluye una reunión con Enzo Fodido Leone y otra con Vittorio.

Molestar a mi hermano mayor siempre ha sido uno de mis pasatiempos favoritos, pero el Don definitivamente no está en mi lista de personas favoritas últimamente. No cuando, incluso después de dos semanas desde mi matrimonio, sigue castigándome siempre que puede.

—Luigia, *mia* cara —saludo al llegar al vestíbulo del castillo y ver a la gobernanta aparecer frente a mí—. ¿Cómo estás?

Beso sus mejillas y me dedica esa sonrisita que solo yo consigo.

—*Ciao*, Tizziano. Estoy bien. ¿Tienes un minuto?

—¿Para ti? Tengo todo el tiempo del mundo.

Ella pone los ojos en blanco ante mi encanto, pero las comisuras de sus labios se levantan un poco más. Ahora, su sonrisa se puede ver sin necesidad de un microscopio.

—Solo necesito uno, muchacho. Tengo una cuestión que ya debería haber tratado Anelise, pero tiene demasiado miedo de ti para preguntar. —El rostro de Luigia se retuerce en desaprobación y me río, porque la nueva ama de llaves definitivamente me tiene miedo. La mujer prácticamente sale corriendo cada vez que me ve—. Es sobre los regalos de boda. Siguen llegando y se están acumulando, esperando un destino.

Frunzo el ceño y giro la cabeza.

—¿Por qué no los abrió Rafaella?

Luigia tuerce los labios casi imperceptiblemente antes de responder.

—Estaban dirigidos solo a ti.

Mi frente se relaja con la explicación, pero la ira que ya fluía en mis venas aumenta.

Hijos de puta. La *famiglia* es mi vida, pero definitivamente, si pudiera, mataría a todos y me quedaría solo con La Santa, carajo.

Respiro profundamente. Si Rafaella se negó a abrirlos, es porque le importa.

—No los voy a abrir, Luigia. Hazlo tú, por favor. Decide qué se queda y qué se va. Lo que decidas que se quede, entrégaselo a Rafaella, y lo que decidas que se vaya, dale el destino que creas conveniente.

Ella asiente.

—Muy bien, así se hará, Tizziano.

—Hasta luego, cara *mia*.

—Hasta luego. Que tengas un buen día.

***

—¿Me extrañaste? —Empujo el hombro de Gianni al bajarme del auto en la puerta del castillo y encontrarlo haciendo lo mismo.

—¡Me vas a arrugar el traje, *cazzo*! —se queja, y yo lo empujo otra vez, solo porque puedo.

Molestar a mi hermano menor es justo lo que necesitaba para descargar un poco de la frustración que pesa sobre mis hombros. El día fue exactamente la mierda que imaginé cuando salí de casa esta mañana.

—No me has visto desde la boda, soy más importante que tu traje —afirmo, abrazándolo por los hombros mientras caminamos hacia adentro y él resopla en clara discordancia—. ¿Cómo está Sudamérica?

—Caliente a morir —se queja y me río a carcajadas.

—¿No es invierno allá?

—¿Y Brasil acaso conoce esa estación?

—Tienes razón.

—¿Lograste resolver las compras para las vinícolas?

—Sí, y también hice una escala en Colombia para poner en su lugar el proyecto de Pablo Escobar de la familia Gualdan.

—Tan eficiente... A este ritmo, pronto te ascenderán a *consiglieri*.

—¿Y tener que trabajar directamente con Vittorio? ¿Te has vuelto loco?

Me vuelvo a reír.

—De nuevo, hermanito, tienes razón. —Le dejo ir después de atravesar las puertas, porque él va al comedor de mi madre y yo voy a mi casa—. Aquí es donde nos separamos.

—¿Sigues castigado?

—Ah, los pesares y las penas de ser el segundo de Vittorio... —bromeo y Gianni entrecierra los ojos, divertido.

—¿No dice el refrán correcto "Las penas y las delicias"?

—Nada de aguantar a Vitto todos los días, es delicioso, Gianni.

—Buenas noches —dice Vittorio al pasar por la puerta, y yo llevo la mano al pecho en un gesto fingido.

—Oh, ¿estás aquí? No te había visto —miento y mi hermano aclara la garganta, disgustado, antes de saludar a Gianni con un golpecito en el hombro y dirigirse al baño.

Luigia, de pie en el *vestíbulo* sosteniendo el abrigo de Vittorio, me lanza una mirada que debería ser de reproche, pero no puede ocultar la diversión. Gianni ríe en voz baja, porque es un cobarde.

—Pero hay algo bueno en todo esto, hermano... —le digo a Gianni, ya girándome hacia las escaleras—... Mi postre es mucho mejor que el de ustedes...

—Quién te ha visto, quién te ve, Tizziano. —Gianni levanta la voz para que lo oiga, aunque ya estoy a mitad del primer tramo de escaleras—. Hablando así, empiezo a creer que te gusta esto de estar casado.

—Me alegra mucho que lo esté disfrutando. —La voz de Vittorio viene del baño, aunque no vuelve a aparecer, dirigiendose a Gianni—. Porque va a estar así por mucho tiempo. Bodas de oro es lo mínimo que me debe —gruñe.

Gianni vuelve a reír y yo pongo los ojos en blanco.

—Pero espera... ¿Todavía tienes esposa? He oído que tu colección de autos recibió una actualización, esperaba encontrarte vestido de luto, aunque fueras tú quien asesinó a tu mujer.

—Cesare es un chismoso de mierda —me quejo—. Todavía tengo esposa, mi colección ya ha recuperado su dignidad, y nunca volveremos a hablar de esto.

—Tengo fotos.

Me detengo en el primer rellano de la escalera y apunto con el dedo hacia Gianni. Él hace un sonido con la lengua y gira el cuello lentamente, como si su cerebro estuviera funcionando a

toda marcha.

Al final, mi hermano menor decide no decir lo que está pensando y comienza a caminar hacia el baño, pero su risa es lo suficientemente alta como para obligarme a preguntar.

—¿De qué te ríes?

Antes de perderse por el pasillo, vuelve la cara hacia mí, mirándome por encima del hombro.

—Solo me estoy acordando de cuando te reíste de Vittorio por no matar a Gabriella por meterse con sus caballos... El mundo da muchas vueltas, hermano.

No espera una respuesta antes de irse, lo cual es bueno, porque realmente no sabría cómo responderle. Pero no es como si Rafaella hubiera chocado uno de mis autos o hecho algo grave con ellos. Solo los reorganizó.

El sexo casi exhibicionista fue castigo suficiente, además, un exhibicionismo completo nunca sería posible. Nunca permitiría que alguien la viera desnuda.

En realidad, consideré el acuerdo que hicimos como una victoria doble, porque no tuve que renunciar a nada al final. Nunca podría permitir que alguien, además de mí, viera cómo se contorsiona su rostro en el clímax del placer, cómo se entreabren sus labios o cómo tiemblan sus pestañas. Nunca.

Con esa imagen mental en mi cabeza, llego a mi ala del castillo.

¿Cuánto tardará Rafaella en terminar la cena de esta noche?

Sin embargo, la forma en que me mira cuando entro en el salón no parece una respuesta prometedora. Está sola y no hay ningún empleado a la vista.

Rafaella lleva pantalones de sastre blancos y una blusa de seda azul, del color de sus ojos. Su cabello está suelto, cayendo sobre los hombros, con las mechones frontales recogidos detrás de las orejas, y sus labios deliciosos están pintados de rojo.

—¿Ha pasado algo, *Bambola*? —pregunto, acercándome, pero ella se aparta cuando intento rodearla con mis brazos.

—Algo pasó —dice en serio—. Y necesitamos hablar.

Retrocedo, sorprendido por el tono firme, aunque no debería sorprenderme. No es la primera vez que habla así conmigo. El único lugar donde esta mujer realmente se somete es en la cama.

Una vez más, cierro la distancia entre nosotros, rodeando su cintura con el brazo, incluso

cuando Rafaella pone las palmas en mi pecho. Entro mi nariz en su cuello, inhalando profundamente, porque me encanta su olor.

—Ahora podemos hablar de lo que quieras —digo, apretando un poco más para enfatizar lo que quiero decir. Ella resopla, pero no intenta alejarse.

—Ignoraste mi orden —dice y mi frente se frunce.

—Tendrás que ser un poco más específica.

—Sobre los regalos de boda. Le dije a Luigia que los guardara, tú le dijiste que los abriera.

—Ella me dijo que no los estabas abriendo porque estaban dirigidos a mí.

—Y no lo estaban, pero decirle que los abriera no era una decisión tuya, Tizziano.

Me humedezco los labios y asiento con la cabeza.

—Tienes razón, lo siento.

La palabra sale de mi boca tan naturalmente que solo cuando resuena en el pequeño espacio entre mi rostro y el de Rafaella me doy cuenta de que la he dicho. Es extraño que no sea extraño. No recuerdo la última vez que pedí disculpas a alguien.

Rafaella inclina la cabeza y entrecierra los ojos, como si pensara lo mismo y no creyera que pueda estar siendo sincero.

—La casa nunca será realmente mía si sigues dando órdenes y desordenando las cosas sin tener en cuenta la mía.

—Entiendo —respondo, soltándola y caminando hacia el teléfono en la mesa junto al sofá. Presiono la extensión nueve y en segundos atienden—. Que Luigia venga a mi ala. Urgente.

Cuelgo la llamada y vuelvo a mirar a Rafaella, que me observa como si, de repente, me hubiera convertido en un rompecabezas que no sabe cómo armar.

Nos quedamos así hasta que Luigia llega.

—¿Me llamaron? —pregunta.

—Sí, cara mia —respondo, acercándome a Rafaella. Me detengo a su lado, abrazando su cintura—. Cometí un error hoy. Cuando me preguntaste sobre los regalos, debería haberte dirigido a la señora de la casa —explico, y aunque Rafaella no gira hacia mí con sorpresa, la tensión en su cuerpo es suficiente para decirme que la he sorprendido—. A partir de ahora, siempre que tengas alguna pregunta, por favor, trata con ella. Y, si por alguna razón damos órdenes diferentes, la suya debe prevalecer, no la mía.

—Por supuesto, Tizziano. ¿Algo más?

—No. Eso es todo. Puedes retirarte, Luigia.

—Buenas noches —se despide con una pequeña reverencia y se marcha.

Justo entonces Rafaella se vuelve hacia mí, y la sorpresa no es el único sentimiento en sus ojos. Ella está... ¿Contenta? Por extraño que parezca, me gusta mucho saber que yo fui el responsable de esto.

—Gracias —dice, parpadeando varias veces.

—No es nada. Tenemos un acuerdo. Tenías razón.

—Aún así, tú... No necesitabas haberla llamado aquí. Habría creído en tu palabra si me hubieras dicho que no volvería a suceder.

Me encojo de hombros.

—Me gusta resolver las cosas rápido siempre que sea posible.

Ella humedece sus labios y es imposible no seguir el movimiento de su lengua. Las ganas de probar su sabor, el anhelo de hacerlo, es lo que controla mi cuerpo cuando paso mis dedos por su cabello y atraigo su boca hacia la mía.

Rafaella agarra las solapas de mi traje, impulsándose hacia mí, profundizando el beso con tanto deseo como yo. Quizás esté dispuesta a cenar rápido, después de todo.

44

RAFAELLA CATANEO

Exhalo lentamente mientras me observo una última vez en el espejo.

Aunque no lo parezca, el tejido que envuelve mi cuerpo es suave y cómodo, y me siento como envuelta en puro lujo.

El vestido diseñado a medida, es largo y está confeccionado íntegramente en tejido negro translúcido, bordado con un motivo floral de encaje. Tiene un forro color nude, más corto que la capa principal, cubriendo estratégicamente las partes necesarias con elegancia, sin restar delicadeza a la pieza.

Las tiras de encaje no son ni delgadas ni gruesas, y pequeños puntos dorados están esparcidos por todo el vestido. El escote en forma de corazón enmarca mi busto con un borde delicado, mientras que la estructura interna resalta cada una de mis curvas, a pesar de la falda amplia y voluminosa.

Complementé el conjunto con unas sandalias de tacón alto y tiras simples pero elegantes, para que el vestido fuera el verdadero protagonista, y dejé mi cabello suelto, cuidadosamente ondulado y cayendo sobre uno de mis hombros.

Que me estuvieran maquillando y peinando solo se sintió un poco menos extraño porque pude compartirlo con Gabriella por la tarde. Ella vino hasta mi ala de la casa solo para eso. Una risa seca se escapa de mi garganta al imaginar cuánto le habría gustado a mi madre verme vestida de esta manera, y cuánto habría disfrutado de toda la preparación del día de hoy.

Y no es que no me guste; este vestido fue amor a primera vista y me siento increíblemente hermosa. Me gusta todo: el maquillaje, el peinado, todo. Lo que me revuelve el estómago es la motivación detrás de toda esta producción.

Sabía que tarde o temprano tendría que hacer mi primera aparición pública en la élite de La Sagrada como esposa del subjefe, pero estaba muy cómoda con nuestro exilio. Al final, era fácil. Pero, aparentemente, el matrimonio de una prima de Tizziano con un capo de una mafia aliada es un evento lo suficientemente importante como para que nuestro castigo haya sido suspendido temporalmente.

El Don consideró que la presencia del subjefe era más necesaria que su castigo. O tal vez sabía que exponerme de esta manera sería un tipo de castigo aún más perverso que el

aislamiento, al menos para mí.

Soy muy consciente de lo loca que me consideraría la Rafaella de hace poco más de un mes si me escuchara pensar que convivir con Tizziano es fácil, pero es la verdad. Él todavía es irritante y tiene esas manías fastidiosas y mimadas, pero con la madre que tiene, eso no debería sorprenderme.

Pero todo lo demás... No esperaba mucho de este matrimonio, y todos los días descubro pequeños deseos que no me permito tener, pero que son imposibles de ignorar una vez que se presentan: conversar con Tizziano, ser respetada por él, ser escuchada en la casa que ahora es mía, y de alguna manera, compartir más que la cama.

La idea de que podemos ser amigos, aunque absurda, también parece cada vez más sensata, y esa contradicción, por sí sola, me marea. Aliso el vestido y sacudo la cabeza, girándome sobre los tacones para salir del cuarto. Enderezo la espalda y levanto la cabeza, caminando por el pasillo como imagino que debería hacerlo una auténtica Cataneo, pero mi pose se ve seriamente afectada cuando encuentro a Tizziano en la sala, mirando por las ventanas, vestido con un esmoquin completo. Nunca lo había visto en un esmoquin.

¡Por La Santa! ¿Cómo es que este hombre se ve aún más atractivo?

Su mirada se dirige a mí tan pronto entro en la sala, como si mi presencia lo atrajera, aunque probablemente solo haya escuchado el sonido de mis tacones.

La sonrisa que se apodera de su rostro me hace un millón de promesas, todas sucias. Y quiero que las cumpla todas. Tizziano deja el vaso que sostiene sobre una de las mesas auxiliares y se acerca a mí sin molestarse en ocultar cómo sus ojos recorren cada centímetro de mi piel.

—Todos los días me pregunto cómo es posible que seas tan absurdamente guapa, *Bambola* —me dice, y la forma en que lo transmite, no como un halago barato, sino como si fuera una verdad cotidiana, como si realmente dedicara segundos valiosos de su día a preguntarse eso, me hace tragar saliva nerviosamente—. Estás maravillosa.

Tizziano me rodea y se coloca detrás de mí, sostiene mis brazos y, con una delicadeza que nadie esperaría del subjefe de La Santa, me gira hasta que ambos estamos frente al espejo sobre la consola que estaba a nuestro lado.

—Tengo un regalo para ti —dice, mirándome a través del reflejo. Mis cejas se arquean, sorprendidas. Tizziano saca una cajita rectangular de su bolsillo y la abre, pero la tapa levantada no me deja ver lo que hay dentro—. Levanta el cabello, *principessa* —pide, y obedezco—. No es un collar de perro como el de Gabriella —bromea, y entiendo la broma cuando pasa una gargantilla de diamantes alrededor de mi cuello. Aprieto los labios para contener la risa, porque

sería muy feo reírme de mi amiga. No puedo reírme, no puedo reírme, no puedo reírme—. Puedes reírte, *Bambola*. Ahora es tu cuñado. La autorización para reírte de Vittorio venía incluida en el paquete de matrimonio.

Suelto una risa culpable mientras mis ojos se pierden en los puntos brillantes que ahora adornan mi cuello. El collar tiene una base plateada, casi blanca, que se retuerce en puntas irregulares por toda su extensión. Es casi como si estuviera hecho de pedazos de cristal roto.

Paso los dedos por encima, admirando su perfección.

¿Por qué me daría Tizziano algo así?

Sin embargo, no hago la pregunta en voz alta.

—Eres terrible —susurro.

—Esperaba un "Eres increíble", en realidad. O al menos un "Muchas gracias". —Bromea, mientras termina de abrochar el collar en mi cuello y deja un suave beso en mi nuca que me pone la piel de gallina.

—Gracias. —Asiento con la cabeza, poniendo los ojos en blanco, y Tizziano chasquea la lengua—. Es perfecto. Me encanta.

—Los dos sabemos que piensas que soy increíble. —Se da la vuelta, se detiene a mi lado y me ofrece la mano—. ¿Estás preparada?

—No —la respuesta honesta salta de mi boca.

—No tienes nada de qué preocuparte, *principessa*. El peor de la familia está justo enfrente tuyo —asegura, y me lanza una sonrisa cómplice.

Y que La Santa se apiade de mí, porque como por arte de magia, mi corazón se alivia.

***

Siempre he odiado la ridícula etiqueta en los eventos de *famiglia* de separar a hombres y mujeres. La separación no es literal, pero es casi como si lo fuera. Porque aunque estemos todos en el mismo ambiente, las mujeres casadas solo hablan con mujeres, y los hombres casados solo hablan con hombres.

A las solteras se les permite estar cerca de sus familias, pero las casadas, a menos que sus maridos las inviten, y ellos nunca lo hacen, son relegadas a la encantadora compañía de las víboras que las rodean, y la mayoría de ellas está bien con eso porque son víboras también. Yo no estoy bien. No estoy bien en absoluto.

En el momento en que Tizziano se aleja de mí con un beso en el dorso de mi mano, busco

a Gabriella con la mirada, aunque sé que mi amiga no puede ayudarme. A diferencia de los otros maridos, el Don la mantiene cerca todo el tiempo. Y volvería a reírme de la broma de Tizziano sobre el collar de perro si no sintiera que mi estómago está a punto de rebelarse y salir por mi boca.

Ánimo, Rafaella, tú puedes.

Enderezo más los hombros y mantengo mi cabeza erguida lo suficiente como para que me duela el cuello. Inhalo profundamente y en silencio, y doy el primer paso hacia el lado del salón donde están las mujeres.

—Rafaella, mi nuera.

Es un esfuerzo genuino no cerrar los ojos al escuchar la voz de mi suegra. Con un elegante vestido largo azul marino, me sonríe con los brazos extendidos en una invitación hacia un grupo de mujeres.

No hay nada de sincero en su sonrisa. La orden de Vittorio fue clara, y no solo para Tizziano y para mí: todos debemos comportarnos. Pero el simple hecho de que Anna me esté invitando a su círculo de amigas me parece una trampa. Una trampa de la que no puedo darme el lujo de escapar.

Fuerzo una sonrisa que espero no parezca una mueca y camino hacia las seis mujeres que me miran fijamente. No son las únicas, pero sí las más cercanas, y las primeras con las que tendré que lidiar.

Conozco a este grupo; las he visto en la mansión de los Cataneo al menos un par de docenas de veces. Michella, Giuseppina, Alessandra, Rosalba y Patrizia rondan los cincuenta años y todas tienen hijas solteras de mi edad, quienes, sin duda, esperaban que se casaran con los hijos de su gran amiga, Anna. Falsas, todas ellas.

—*Ciao*, señoras —saludo con una sonrisa cortés—. Fue una ceremonia preciosa, ¿no creen? —pregunto, tomando la iniciativa de la conversación.

—Sí, preciosa —responde Patrizia—. Tan hermosa como imaginamos que fue la tuya. Es una lástima que hayan optado por algo tan íntimo.

—Fue una elección difícil —miento, tragándome el veneno entre las líneas de sus palabras.

—Oh, sí. Muy difícil, me lo imagino —añade Michella con una risita sarcástica.

—*Ciao*, bella novia. Finalmente podemos conocerte en persona —dice Giuseppina, recorriéndome de arriba abajo sin disimulo, como si buscara algo. Una barriga, me doy cuenta

tarde. Está buscando señales de embarazo que, con poco más de un mes de casada, obviamente no tengo—. Escuchamos que no tuvieron luna de miel, esperábamos verte antes.

—Mi esposo ha estado muy ocupado últimamente. El viaje tendrá que esperar para otra ocasión —respondo, manteniendo la compostura.

—Muy ocupado, claro —interviene Michella, parada al lado de Anna, con tono irónico —. Podemos imaginar lo ocupados que siguen siendo los días del subjefe, incluso después de la boda.

—Así es. Ayudar a dirigir La Sagrada no permite mucho tiempo libre. Mi suegra sabe de eso mejor que nadie —respondo con esfuerzo, mientras Anna asiente y toma un sorbo de su champagne.

—Sí, es cierto —confirma Anna con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Y dime, ¿cómo te está tratando la vida de casada? —pregunta Alessandra, con un tono que me hace querer apretar los dientes, pero en lugar de eso, ensancho mi sonrisa.

—Muy bien. Mi suegra ha criado a un hombre maravilloso. Cualquier mujer sería afortunada de tenerlo como esposo.

Mis palabras son educadas, pero por las expresiones que se dibujan en sus rostros, sé que las han tomado como una ofensa. Por supuesto que sí. Estas mujeres necesitarán tres ataúdes cuando mueran: uno para el cuerpo, otro para la lengua y el último para su ego.

—Es una pena que no haya encontrado a alguien a su nivel —lanza Rosalba, con veneno.

Sonrío de lado, negándome a bajar la cabeza.

—O quizás, finalmente encontró a esa persona. Personalmente, me inclino más por esta explicación. Si me disculpan, señoras —añado, cerrando la conversación de manera cortés pero firme, y me doy la vuelta sin esperar respuesta

El problema, me doy cuenta, es que cada grupo a nuestro alrededor está esperando su turno conmigo, y todas sabemos que, aunque no estoy obligada a escuchar sus comentarios en silencio, tampoco puedo ignorarlas por completo y aislarme.

Respiro hondo y levanto la cabeza, esforzándome por no mostrar lo incómoda que me siento. Estaba completamente equivocada al pensar que la trampa se limitaba a mi suegra y sus amigas. Toda la maldita fiesta es una emboscada.

Va a ser una noche muy, muy larga.

45

TIZZIANO CATANEO

—Señoras —saludo al detenerme junto a Rafaella y rodear su cintura con mi brazo. Diez pares de ojos se fijan en mí, y mi esposa me mira, sonriendo como si no estuviera sorprendida por mi acercamiento, aunque sé que lo está—. Buenas noches.

—Buenas noches, subjefe —responden casi al unísono, sonriendo, aunque yo no me molesto en sonreír.

—¿Bailas conmigo, esposa? —le digo a Rafaella, ignorando al resto después del saludo inicial, porque si tengo que decirles algo más, desobedeceré la orden de Vittorio de comportarnos.

—Por supuesto. —Rafaella mantiene la fachada de normalidad en su rostro, pero ya he aprendido a leer sus ojos hace mucho, y veo el alivio en ellos.

—Regrésanosla luego, subjefe —se atreve a pedir una de las mujeres—, acaba de llegar y tenemos muchas preguntas sobre la boda —dice sonriendo.

—No hago promesas que no tengo intención de cumplir —respondo seco, mientras conduzco a Rafaella hacia el centro de la pista de baile, contando mis propios pasos para distraerme de la irritación.

Siempre me ha gustado el protocolo en los eventos de la *Famiglia*, porque tener a las mujeres separadas de sus familias era una ventaja para mí. Me resultaba mucho más fácil encontrar una boca o una vagina para echarme un polvo en cualquier baño cuando estaba aburrido. Esta noche, sin embargo, esa misma etiqueta exigía que mantuviera las distancias con la única boca y la única vagina que realmente quería follarme desde que Rafaella apareció delante de mí, todavía en casa.

La única razón por la que no lo hice antes de salir fue la orden tajante del Don de llegar a tiempo.

Este era nuestro primer evento público, y yo quería que Rafaella fuera recibida con toda la dignidad que mi esposa merece. Excepto que, después de no poder apartar los ojos de ella durante quince minutos, me di cuenta de que lo que estaba ocurriendo no podría estar más lejos de lo que deseaba.

Anna y yo tendremos una conversación muy pronto, porque por más que aparente estar comportándose, no tengo dudas de que lo que sea que esté ocurriendo tiene su sello.

Como atraída por mis pensamientos, mi madre se materializa delante de nosotros.

—Tizziano, *figlio* —dice con una enorme sonrisa—. ¿Puedes bailar conmigo, por favor? —pregunta—. Me encanta esta canción.

—No —respondo, breve y tajante, y sin soltar a Rafaella, doy un paso para esquivar a mi madre, pero ella vuelve a interponerse en mi camino.

Su sonrisa no vacila, pero su tono de voz baja para que, tan cerca de la pista de baile, solo Rafaella y yo podamos oírla.

—¿Qué te pasa, Tizziano? No me vas a hacer ese desaire aquí, frente a toda esta gente.

Sonrío fríamente, y a cualquiera que nos mire, le parecerá que estamos teniendo una conversación amigable.

—No es ningún desaire, mamma. Pero estaba a punto de bailar con mi esposa. Dejarla sola al borde del salón para bailar contigo podría dar a todos la impresión equivocada de que cualquier cosa, aparte de Rafaella, es mi prioridad. Ninguno de nosotros quiere eso. Ahora, si me das permiso.

Esta vez, cuando la esquivo, mi madre no se mueve, demasiado sorprendida por mis palabras. Rafaella y yo llegamos a la pista de baile. Envuelvo su cintura con mi brazo izquierdo y entrelazo mi mano derecha con la suya.

—Estás muy callado desde hace rato, eso me preocupa —dice Rafaella, después de que comenzamos a bailar la tercera canción.

—¿Te gustaría que matara a cada persona que te ha mirado mal esta noche, *Bambola*?

Rafaella parpadea, como si la hubiera tomado por sorpresa el hecho de que me haya dado cuenta.

—¿Es eso lo que estabas haciendo? ¿Rescatarme?

—Rescatarte sería sacarte de aquí, pero eso, lamentablemente, aún no puedo hacerlo. Tenemos que quedarnos al menos una hora, o podríamos ofender al novio, pero mi propuesta de asesinar a todos es seria.

Rafaella se ríe, como si no me creyera.

—No puedes matar a tu propia madre, Tizziano.

—No puedo, pero castigarla apropiadamente no sería tan difícil, Anna es dramática y yo

puedo ser muy creativo. Y los demás, cada uno de ellos, todavía puedo matarlos.

Se ríe más.

—Difícilmente alguien debería ser castigado con la muerte solo por mirarme, esposo.

—No sería la primera vez —murmuro, acercando más nuestros cuerpos, a pesar de que eso pueda considerarse inapropiado. No me importa lo que hablen—. Todo lo que necesito saber, Rafaella, es si estás bien o si debo comenzar a hacer una lista. De una forma u otra, es tu elección cómo sigue la vida de ellos a partir de esta noche.

Rafaella parpadea varias veces al darse cuenta de que hablo en serio, y su cuerpo se tensa en mis brazos cuando se olvida de seguir bailando por unos segundos. Yo la guío, no permitiendo que nos detengamos.

Casi puedo ver cómo se conectan las ideas en su cabeza mientras su mirada se pierde, y cuando vuelve a concentrarse en mí, sus cejas están fruncidas.

—¿Qué quieres decir con... no sería la primera vez?

Sonrío de lado y acerco nuestras frentes.

—¿Qué crees que quiero decir, *Bambola*? Para ser honesto, pensé que lo entenderías cuando te di ese vestido.

Rafaella se atraganta, y la giro cuando la música lo pide.

—Tizziano —susurra.

—¿Tengo que empezar a hacer una lista, *principessa*? —repito la pregunta a una Rafaella asombrada cuando la melodía se apaga y nos quedamos parados, en medio del salón, uno frente al otro.

Mi esposa baja la mirada por un segundo. Al levantarla de nuevo, me mira como si me estuviera viendo por primera vez.

—No.

—Entonces sigamos bailando.

46

RAFAELLA CATANEO

—Pensé que te habías olvidado de este viejo sacerdote ahora que eres una señora casada.

—Usted ni siquiera es tan viejo, Padre Armando —protesto, mientras tomo su mano y la beso—. Su bendición, Padre.

Con solo entrar a la parroquia, siento una paz que me permite organizar un poco mis pensamientos. Es curioso cómo este lugar puede ser el escenario de uno de los momentos más vergonzosos de mi vida, de la situación más incierta, y al mismo tiempo, un refugio donde encuentro calma.

Las bancas están vacías, y los santos en los vitrales de las ventanas parecen tan pacíficos como siempre. La cruz, con un Cristo ensangrentado colgando sobre el altar, sigue siendo la misma, pero hoy yo me siento diferente. Muy diferente a la última vez que estuve aquí, aunque el sentimiento que me domina sigue siendo el mismo: confusión.

Esa misma confusión es lo que me trajo hasta aquí. Necesitaba hablar con alguien dispuesto a entenderme y que no se dejara llevar por ideas románticas sobre cosas y lugares donde el romance no tiene cabida.

—Dios te bendiga, hija mía. Me alegro de verte.

—Gracias, Padre —asiento, mirando la iglesia vacía—. He venido a confesarme.

El Padre Armando inclina la cabeza levemente, y luego asiente. Señala en dirección a la sacristía y comienza a caminar hacia allá. Lo sigo.

Siempre me ha gustado la capacidad del Padre Armando para saber, sin necesidad de preguntar, cuándo la confesión debe ser en el confesionario y cuándo no. Me siento mientras él cierra la puerta, y pronto está sentado a mi lado.

—¿Qué te aflige, hija mía?

—Yo... —cierro los ojos—. No lo sé —admito.

Hace días que las palabras de Tizziano, dichas en la pista de baile de aquella boda, no me dejan en paz: "No sería la primera vez".

La certeza de que hablaba en serio me golpeó como un rayo. Tizziano ya había matado antes por personas que me miraron. Tres veces, si no me equivoco, aunque nunca escuché que se

haya encontrado el cuerpo de Stefano.

Las muertes de mis prometidos... fueron obra de Tizziano. ¿Por qué? Esa es la pregunta del millón que sigo haciéndome respecto a mi esposo. No entiendo por qué actúa como lo hace, y nunca parece que tengo todas las piezas del rompecabezas llamado Tizziano Cataneo. Cuando creo que empiezo a formar una imagen clara, descubro que es solo una pequeña parte de ella.

—El matrimonio... no ha sido exactamente lo que esperaba que fuera. —Decido comenzar desde el principio. El Padre Armando inclina la cabeza, atento—. Tizziano es... ¿decente?

El padre Armando se ríe.

—¿Eso es una pregunta? ¿O una queja? Porque si es lo segundo, sería la primera vez que escucho a una esposa quejarse de que su marido es decente. Generalmente, vienen a pedirme un milagro para que lo sean.

Yo río también.

—No, no es una queja. Solo le estoy dando contexto, Padre.

—¿Contexto para qué?

—Para mi confusión. Él no es lo que esperaba.

—¿Y qué esperabas?

—Indiferencia, en general.

—¿Y no es indiferente?

—No.

Quiero decir, un hombre indiferente no mataría por mí. Ni me habría tendido una trampa para que nos encontraran en esta misma sacristía. La cuestión es que él nunca me da respuestas completas.

Semanas atrás, cuando le pregunté por qué planeó que nos atraparan, Tizziano fue evasivo, y en su momento le creí. Ahora, sin embargo, sabiendo que sus intentos de impedir que me casara con otro comenzaron mucho antes de ese día. Es imposible no preguntarme si fue sincero.

Aquella escena ni siquiera me parece ya una falta de respeto, sino una especie de salvación distorsionada, que es lo que él alegó desde el principio. Pero, ¿por qué le importaría? ¿Por qué se tomaría la molestia?

—¿Qué es lo que él es? —pregunta sacerdote.

—No lo sé, Padre. No le entiendo.

—En cualquier otro caso, no creo que eso fuera posible, pero considerando su historia... ¿Alguna vez has intentado preguntarle directamente, hija mía?

—No creo que me responda, Padre. Tizziano es... Complicado, por decirlo de alguna manera.

—¿Y tú eres simple?

—En realidad, sí lo soy. —El Padre Armando ríe, claramente en desacuerdo conmigo—. Estoy hablando en serio —reclamo.

—Ya lo sé. Por eso es gracioso.

Bufé.

—¿Usted no debería ser la voz sabia y sensata?

—No creo que hayas venido aquí a escuchar, hija mía. Creo que querías hablar.

—No he dicho casi nada, padre.

—Si no ha sido suficiente para ti, siéntete libre de continuar hablando, tengo todo el día.

—No sé qué más decir.

—Está bien. Entonces te hago una pregunta. Pareces preocupada por no entender a Tizziano, por no saber lo que él quiere. Pero, ¿qué es lo que tú quieres?

—Yo tampoco lo sé. Creía que sí.

Y realmente lo creí. Respeto. Quería que Tizziano me respetara y que exigiera que los demás también lo hicieran. Y si el matrimonio la semana pasada probó algo, es que lo conseguí. Lo supe incluso antes, cuando Tizziano le dijo a Luigia que mi decisión debía prevalecer sobre la de él.

Entonces, ¿por qué me siento más confundida que nunca?

—Quizá deberías averiguarlo.

—Eso es lo que vine a intentar hacer aquí, Padre Armando, pero usted no me está ayudando mucho.

—Soy un sacerdote, hija mía, no un santo. No sé hacer milagros.

—Ja, ja, ja, Padre. Muy gracioso.

—Pero —vuelve a hablar, enfatizando la palabra—, conozco a unos cuantos santos. ¿Has intentado hablar con ellos?

—La verdad es que no.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de la respuesta?

—Miedo no, ¡pavor!

El padre Armando vuelve a reírse de mí.

—Todos tenemos miedo, hija mía. Solo que no podemos dejar que nos paralice. Lo sabes bien. Eres una de las personas más valientes que conozco.

Es mi turno de reír, aunque no me cause gracia en lo absoluto.

—Saberlo lo sé, pero de ahí a hacerlo...

—No te estoy diciendo que hagas lo que tanto te aterra, solo que te permitas usar tu fe. Habla con La Santa. Yo puedo escucharte siempre que lo necesites, pero las respuestas que buscas solo ella y Dios te las pueden dar.

Agacho la cabeza y respiro hondo.

—Usted dijo que no me daría consejos hoy, Padre.

—Fuiste tú quien vino a buscarme.

—Y usted dijo que me extrañaba —me giro hacia él, con los ojos entrecerrados en un gesto de acusación.

—Y era cierto.

El Padre Armando me abraza, y por unos minutos, solo disfruto de su presencia sólida, que ha estado en mi vida desde que tengo memoria. La religión es un pilar importante en nuestra comunidad, pero gracias al hombre a mi lado, para mí ha sido muchas veces más que eso, ha sido un refugio seguro.

—Yo también lo extrañé, Padre. Disculpe por haberme alejado, es que las cosas...

—Lo comprendo, hija mía. Lo entiendo —me interrumpe.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer. Lo sabes.

—Muy bien. —Me levanto de repente—. ¿Y usted? ¿Cómo ha estado? ¿Qué hay de nuevo? ¿Necesita algo la parroquia? Ahora soy algo así como una superpoderosa.

El Padre Armando echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Los pocos cabellos en los costados de su cabeza se mueven con el gesto, y termino riendo también.

Me pone al día sobre los eventos de la iglesia y me habla de un nuevo proyecto que

quiere implementar el próximo año, enfocado en los niños que vienen con las familias que trabajan en la cosecha.

Lo escucho, y le digo que creo que a Gabriella le gustará mucho el proyecto. Se anima al escucharme. Mi amiga no es religiosa, pero realmente creo que se entusiasmará con la idea de ayudar a los niños.

Paso la tarde en la iglesia, conversando con el Padre Armando y luego ayudándolo a organizar la sacristía. Es agradable. Hace que el caos en mi mente se silencie por unas horas, y cuando cruzo el pasillo de la iglesia para irme, estoy sonriendo.

Al menos, hasta que me encuentro con mi madre, que está cruzando los portones desde la calle. Su rostro está rojo, como si hubiera corrido hasta aquí.

—¡Qué bueno que todavía estás aquí! —dice, jadeando—. Luigia no quiso dejarme salir, ¿puedes creerlo? Tuve que esperar hasta que terminara mi turno. Me preocupaba no llegar antes de que te fueras. Vamos, vamos —dice, enlazando su brazo con el mío—. Tenemos mucho de qué hablar.

Empieza a caminar, prácticamente arrastrándome de regreso a la iglesia, pero solo doy unos pasos antes de plantar mis pies en el suelo.

—¡Rafaella! —Sofía se queja cuando casi tropieza.

—No voy a volver ahí adentro —le advierto—. Me voy.

—¿Cómo que te vas? —pregunta, indignada, como si fuera una audacia de mi parte rechazarla así—. He estado semanas queriendo hablar contigo, pero tu teléfono va directo al buzón de voz. Supongo que te cambiaron el número por seguridad, ¿verdad? Y Luigia simplemente no pasa mis solicitudes de visita, ni me deja verte. ¿Qué es eso de impedir que una madre visite a su propia hija? Tenemos que hablar sobre cuándo podré dejar de trabajar en la cocina. Ya debiste haberle pedido a Tizziano, pero la orden aún no le ha llegado a Luigia, le pregunto todos los días...

Me deshago de su brazo y cierro los ojos, respirando profundamente, pero Sofia está tan perdida en sus propios pensamientos que creo que ni siquiera lo nota.

—¡Mamá! —exclamo, y solo entonces se calla—. No cambié mi número, y Luigia sí me pasó tu solicitud de visita. Soy yo quien no respondió.

—¿Qué dijiste?

Sofia parpadea, y cuando comprende exactamente lo que mis palabras significan, su rostro se enrojece por una razón completamente diferente.

—¡Maldita puta desagradecida!

—Ten cuidado —advierto entre dientes—. Mi esposo no suele ser particularmente compasivo con las personas que me ofenden.

Sofía abre los ojos y retrocede unos pasos.

—¿Me estás amenazando?

—Te lo advierto —corrijo.

—¿Cómo te... ¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo a qué, mamá? ¿A negarme a ver o hablar con la mujer que siempre me trató como mercancía? ¿Que vio a mi padre prometerme en matrimonio a hombres con el triple de mi edad y se quedó callada? ¿Que me dijo que me quedara quieta y lo soportara mientras me vestía de novia para un hombre conocido por traficar con mujeres?

—Pero yo... yo...

—No quiero tus excusas, si es que siquiera te molestas en inventar alguna. Ni quiero verte, mamá. Tal vez en algún tiempo, pero ahora, definitivamente no.

Me mira, incrédula, parpadeando varias veces como si al hacerlo pudiera cambiar la realidad. No puede. Yo lo intenté, todas las veces que ella y mi padre me prometieron a un novio aún más repulsivo que el anterior.

—Buenas tardes.

Eso es todo lo que digo antes de darme la vuelta y alejarme, dejándola atrás.

47

TIZZIANO CATANEO

—Comenzamos a tomar el control de la ciudad por el norte y estamos difundiendo la noticia de que, a partir de ahora, Las Vegas es territorio de La Santa. Aún no hemos tenido conflictos, pero los Belluci están haciendo lo mismo que nosotros, solo que por el sur. Es cuestión de tiempo antes de que la guerra deje de ser fría y estalle.

Enzo reporta los últimos acontecimientos en Las Vegas. Hace tres semanas, empezó a ejecutar la orden de tomar la ciudad. Tal como Matteo lo había previsto, varios carteles, clubes de motociclistas y mafias mostraron interés en el nuevo territorio, pero al enterarse de que nos estábamos expandiendo, todos se echaron atrás, excepto los Belluci. *Maledettos*.

Pronto comenzará el derramamiento de sangre, y aunque sigo molesto por no estar ahí, me he encontrado pensando que no me gustaría tener a Rafaella en medio del fuego cruzado. Y viajar sin ella no es una opción, así que... Tal vez la estupidez de Vittorio haya sido algo bueno, después de todo.

—Bien —dice Vittorio—. Serán masacrados y regresarán al agujero de donde nunca debieron salir. ¿Algo más?

—En realidad, sí —responde Enzo, haciendo una pausa dramática completamente innecesaria. Aprieto los dientes para no rodar los ojos ante el pretencioso idiota—. *Encontramos a una mujer.*

—¿Una mujer? —repite Matteo.

—Sí. Estaba encerrada en un depósito abandonado en la ciudad. Por lo que parece, llevaba ahí semanas y, una vez que los miembros del club de motociclistas murieron, la abandonaron.

—¿Qué dice? ¿Qué sabemos de ella? Pensé que el responsable de la división del club había terminado muerto, como los demás —comento.

—La chica no dice nada. Parece demasiado asustada, solo sabe llorar. Nadie tiene información sobre ella.

—¿Chica? —Pregunta Cesare—. ¿Qué edad tiene?

—No más de veinte.

—¿Es posible que tuviera una deuda con el club de motociclistas?

—*Es posible. Pero aún no hemos logrado averiguarlo. Estamos investigando.*

—Descúbranlo y, mientras tanto, manténganla cerca. Todas las deudas de los *Reapers* ahora son nuestras. La Santa no muestra misericordia —ordena Vittorio y Enzo asiente. ¡Lamebotas!—. Si eso es todo, adios.

—*Sí, así es. Buenas noches, Don. Consigliere, Cesare*… —Hace una pausa, volviendo su mirada a la mía—. *Subjefe*.

El sutil arco desafiante de su ceja no pasa desapercibido para mí. Algún día, acabaré con este hijo de puta. La llamada se corta y agarro los brazos de la poltrona, listo para levantarme.

—Pueden retirarse. Excepto tú, Tizziano.

Suelto el sillón, dejando que mi cuerpo se hunda en el respaldo e ignoro la mirada provocadora de Cesare. Cuando Vitto y yo estamos solos, pregunto.

—¿Por fin te has cansado de castigarme, Don?

—¿Finalmente descubriste qué causó la explosión en las catacumbas y por qué esos hombres estaban allí? —Exhalo lenta y profundamente, porque no, todavía no lo he descubierto —. Eso pensé.

—No puedes planear castigarme para siempre, Vittorio.

—¿No puedo? —pregunta con una ceja levantada—. Pero si estás tan ansioso por recuperar tus derechos, a partir de mañana por la noche, tú y tu esposa pueden asistir a las cenas familiares.

—¿Podemos o debemos?

—¿Tú qué crees? —Desvío la mirada, sacudiendo la cabeza, irritado. Vittorio parece una de esas maestras estrictas que teníamos en el internado, que cuando nos quejábamos de la cantidad de tareas, duplicaban el trabajo—. Ahora, vamos a lo que realmente importa.

***

—Pero pensé que te encantaban esas películas —dice Rafaella, realmente sorprendida, antes de llevarse un bocado de comida a la boca.

—Los coches van al espacio, *Bambola*. Al puto espacio. A nadie que le gusten los coches deportivos le gusta *Fast and Furious*.

Esconde la boca tras la mano y se ríe, sacudiendo todo el cuerpo.

—Me gustó, pero solo hasta tres. Luego me rendí.

—Realmente tenemos que educarte cuando se trata de coches, Rafaella. Decir que te gusta *Fast and Furious* es un delito divorciable en esta casa.

Ella echa la cabeza hacia atrás, riendo aún más fuerte, y yo sonrío porque me encanta ese sonido.

De alguna manera, en las últimas semanas, el sexo dejó de ser lo único que me hace contar los minutos para llegar a casa. He empezado a esperar con ansias las cenas, que se han convertido en experiencias completamente nuevas.

Estaba acostumbrado a comidas ruidosas, con discusiones y una mesa llena, pero Rafaella condensaba todo eso y lo transformaba en algo diferente, mejor. Con excepción de las primeras veces, nuestras comidas nunca han sido silenciosas, pero tampoco pueden llamarse ruidosas.

Siempre tiene algo que decir, algún comentario inteligente y ácido, o una pregunta curiosa, y de una manera u otra, todas las conversaciones terminan siendo sobre cosas cotidianas y sin importancia. Antes de nuestro matrimonio, las únicas personas con las que había tenido ese tipo de conversación habían sido mis hermanos.

Y luego está su risa. Me encanta oírla reír.

—¿Qué pasa? —pregunta, y supongo que debo haber estado mirándola en silencio demasiado tiempo.

—A partir de mañana, cenaremos en la casa de mis padres —digo, y odio cada una de las palabras.

Si al recibir la noticia me molesté con Vittorio, ahora, con esta sensación de despedida en el estómago, "molesto" ni siquiera empieza a describir cómo me siento.

—Ah —dice simplemente, desviando la mirada. La decepción se refleja en su tono y en su lenguaje corporal, de repente retraído.

—Mi madre se comportará.

—Si ella no se comporta, yo tampoco, ¿está claro? —pregunta, volviendo a mirarme.

—No tienes que hacer nada que no quieras, Rafaella, nunca.

—Es una promesa peligrosa —dice con una sonrisa de lado y un brillo travieso reemplazando la decepción que había en sus ojos hace unos segundos.

—Igual la hago.

Rafaella muerde su labio y me mira como si estuviera pensando en decir algo.

—Voy a extrañar cenar solo contigo —admite lo que yo no me atreví—. Creo que ya me había acostumbrado.

Inclino la cabeza hacia ella, acercando nuestros rostros como si estuviera a punto de contarle un secreto, aunque ya haya despedido a los empleados y estemos solos en casa.

—Siempre podemos fastidiar a Vittorio y encontrar otra razón para que nos vuelva a castigar.

Rafaella se ríe a carcajadas.

—Seguro que te encantaría hacerlo.

—Molestar a Vittorio es casi mi deporte favorito.

—¿Y cuál es el primero?

—La Fórmula 1.

—¡Oh, no! —Pone los ojos en blanco y se da una palmada en la frente—. Ha sido una pregunta estúpida. Claro que es Fórmula 1.

Me río.

—¿Y tú, tienes algún deporte favorito?

—En realidad, nunca he sido fanática de los deportes en general... —Ella se lame los labios y me mira de una manera que me deja sospechando—. Pero, recientemente, creo que he descubierto uno que me gusta mucho.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Montar a caballo.

Es mi turno de reír a carcajadas.

48

GABRIELLA CATANEO

La comida en mi boca tiene un sabor a cartón, o quizá sea solo el odio que burbujea en mi estómago, haciendo que todo sepa amargo y desagradable. La sala de comedor, con sus muebles de madera oscura y lujosamente opresivos, es la misma de todas las noches. El ambiente tenso también es el mismo, pero mi paciencia para soportarlo parece ser menor que nunca.

Sentada a la izquierda de Vittorio, sacudo la cabeza lentamente. La mesa, como siempre, está llena de familiares. Corto otro pedazo de carne mientras la voz de Anna Cataneo resuena en mis oídos. Ella es la única que ha hablado desde que empezó la cena.

—Mis amigas se sintieron muy ofendidas —se queja— por la forma en que fueron tratadas. Tenemos que remediar eso. Este tipo de comportamiento no es aceptable.

Miro a Rafaella y veo que mi amiga exhala lentamente, sus ojos van de Anna a Vittorio, y sé que mi esposo es la única razón por la que ella no ha puesto a Anna en su lugar, todavía.

Desde que empezó la cena, mi suegra ha estado criticando a Rafaella. Una bienvenida familiar en el único estilo que Anna Cataneo sabe ofrecer.

Aunque no ha sido tan directa como en las noches anteriores, mientras mi cuñado y su esposa aún estaban excluidos, cada persona en la sala de comedor es perfectamente consciente del desprecio de Anna por tener que soportar a la hija de una cocinera sentada a su mesa, y peor aún, casada con su hijo.

Qué mujer tan arrogantemente insufrible. A lo largo de mi vida, he conocido a gente muy desagradable, pero mi suegra es un tipo completamente nuevo que todavía me cuesta entender.

Llevo otro bocado de comida a la boca y mastico despacio. Vittorio come tranquilamente, probablemente ni siquiera esté escuchando las quejas de su madre. Aunque siempre está atento a su entorno, es muy hábil para perderse en sus propios pensamientos cuando le conviene.

En estas cenas, suelo hacer lo mismo, pero no esta noche. No cuando veo a Rafaella apretar los cubiertos con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Si estaban tan molestas porque no quise seguir en su compañía, tal vez deberían haberse esforzado más por mantenerme a su lado —responde finalmente mi amiga, y toda la sala parece contener el aliento.

Anna se ahoga dramáticamente, seguro esperaba que Rafaella se quedara callada. Su silencio ya había durado demasiado.

—Ellas son damas de La Sagrada. No necesitan esforzarse para captar la atención de nadie. Son los demás los que se esfuerzan por captar su atención.

—Tal vez eso era cierto hace, no sé, ¿diez años? ¿Cinco? —intervengo, y todos me miran. Vittorio, en particular, ahora completamente atento a la conversación en la mesa.

Mi suegra parpadea, más sorprendida que cualquiera, porque nunca le respondo. No tengo la energía suficiente para ello, pero si hay algo que realmente me molesta es ver a las personas que amo siendo maltratadas.

Me vi obligada a mantenerme al margen durante ese infernal matrimonio, observando cómo las mujeres de La Sagrada intentaban menospreciar a Rafaella. No voy a permitir que eso ocurra en mi propia casa. No me quedaré aquí y escucharé en silencio mientras Anna sigue humillando a mi amiga.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Anna, ofendida.

—Quiero decir que hace cinco o diez años, tal vez ellas, ustedes, eran quienes todos querían impresionar. Pero ahora... Creo que las cosas han cambiado. Y hablando de cambios —miro alrededor de la sala, respiro profundamente y frunzo el ceño—, estoy empezando a pensar que el ambiente de nuestras cenas familiares también necesita un cambio.

Rafaella sonríe y baja la cabeza, mientras todos los demás rostros alrededor de la mesa permanecen inmóviles, excepto el de mi suegra, que abre mucho los ojos y la boca.

—No sé —continúo —, siento que estas cenas han estado sucediendo en el mismo lugar durante demasiado tiempo. —Me encojo de hombros, sabiendo que eso solo irritará aún más a Anna. Ella odia los gestos despreocupados—. Quizá decida trasladarlas a nuestra ala de la casa por un tiempo —reflexiono, y el rostro de mi suegra palidece.

Le sonrío antes de volver a comer, observándola solo con mi visión periférica. Su boca se abre y cierra como si fuera un pez fuera del agua, pero finalmente Anna desiste de hablar y se concentra en su plato.

Encontrar mi lugar en La Sagrada, siendo una forastera, no ha sido una tarea fácil, pero yo tomé esta decisión. Elegí a Vittorio con todo lo que lo acompaña, lo que significa que no me quedó más opción que aprender a ser lo que se espera de la esposa del Don.

En los últimos meses, me he centrado en adaptarme, en conocer la historia de La Sagrada, y aunque sé que al casarme con el Don fui elevada al puesto más alto que una mujer puede

ocupar en La Santa, he permitido que Anna siga actuando como si ese puesto aún le perteneciera.

En realidad, no me importa dejar que lo haga mientras aprendo, pero creo que ella aún no se ha dado cuenta de que ya sé que ese lugar me corresponde. Si decido cambiar el lugar de las cenas familiares, se cambiarán, porque mi palabra es la última, no la suya.

Rafaella me lanza una mirada agradecida y le devuelvo un discreto guiño. Como si lo hubieran ensayado, cuando no se dice nada más, todos los rostros se vuelven hacia Vittorio, buscando, casi suplicando por una reacción de su parte, pero mi esposo no hace ninguna intervención.

Minutos deliciosamente silenciosos pasan antes de que otra voz se escuche, y para mi felicidad, no es la de Anna. No. Mi suegra permanece en silencio por el resto de la cena.

Por fin.

***

—¿Señor? —llamo, asomando la cabeza en la oficina de Vittorio, justo en el momento en que la aguja del reloj marca las nueve.

Él levanta sus ojos azules hacia mí, recorriendo mi cuerpo vestido solo con una fina camisola negra, y hago lo mismo.

La camisa gris tiene las mangas arremangadas hasta los codos y los dos primeros botones desabrochados. Su cabello, como siempre, está peinado hacia atrás y la necesidad de pasar la mano por él, de tirarlo, me hace morderme el labio.

¡Mi marido es hermoso! Suspiro.

—Entra —dice, y obedezco, sosteniendo con fuerza la cajita en mi mano.

Si estuviera usando ropa interior, ya estaría arruinada. Definitivamente, ser fácil no es suficiente para describir lo que soy por este hombre. Después de meses, una mirada suya sigue siendo todo lo que necesito para derretirme.

—Son las nueve —le digo, aunque estoy segura de que él lo sabe tan bien como yo.

—Ven aquí. —Vittorio empuja la silla hacia atrás, dejando espacio para que me acomode entre su cuerpo y la mesa cuando me acerco—. Me estaba preguntando si el espíritu rebelde que te poseyó durante la cena haría una aparición ahora —susurra, y su mano está subiendo lentamente por mi muslo. Una sonrisa satisfecha aparece en el rostro de Vittorio cuando su palma llega a mi cadera y no encuentra tela allí, exactamente como esperaba—. Estaba pensando en formas de castigarte, en caso de que sucediera, Bella.

—Jamás, señor, obedecerlo es un placer —le aseguro, y Vittorio se levanta, su gran mano posesiva alcanza mi cuello y se extiende por él.

Su cálido aliento roza mi rostro y su presencia y calor terminan el trabajo de dejarme húmeda que su mirada había comenzado.

—Eres una buena chica, ¿verdad, *amore mio*?

Las palabras rozan mis labios.

—Sí, señor.

Él sonríe.

—Tal vez te castigue de todos modos, Bella.

—Lo que usted desee.

—Buena chica… —me dice y me besa.

49

RAFAELLA CATANEO

—Creo que voy a aceptar tu propuesta.

Me dejo caer en el asiento del copiloto, sintiendo que si fuera un personaje de caricatura, ya estaría echando humo por las orejas. Tizziano se ríe y arranca el auto, alejándolo de la acera.

—¿Cuál de ellas?

—Que hagamos algo para que Vittorio nos vuelva a castigar.

—¿Tan mal te fue?

—Te juro que odio a esas mujeres —gruño—. ¿Estás seguro de que esta reintroducción a la rutina de La Sagrada en dosis pequeñas no es otro castigo más, Tizziano?

Después de haber hecho nuestra gran reaparición en una boda importante y haber sido reincorporados a los gloriosos almuerzos familiares, llegó el momento de que yo asistiera a un evento solo de mujeres. Me bastaron cinco minutos para empezar a extrañar el aislamiento. De hecho, ya lo echaba de menos antes de salir de casa.

—En realidad, no lo sé. ¿Cómo se comportó mi madre? —pregunta Tizziano, desviando la mirada del tráfico solo un segundo.

—Lo mejor que pudo.

Después de la no tan sutil amenaza de Gabriella hace unas noches, mi suegra se ha mantenido dentro de los límites de la cortesía cuando se trata de mí. Probablemente siga tramando mi muerte lenta y dolorosa, pero lo está haciendo en silencio.

Con Gabriella a mi lado, la tarde de hoy no se acercó ni remotamente a lo que las mujeres de la élite de La Sagrada habían planeado para esa fiesta de boda, si Tizziano no hubiera intervenido, pero odio el simple hecho de compartir el mismo espacio físico que ellas.

Cuando Gabriella se casó con el Don, le dije que eran las mujeres de La Santa las que deberían aprender a ser como mi amiga, y lo decía en serio. Nuestro mundo es cruel, y siempre lo he sabido, pero fue solo recientemente que descubrí que los cuchillos, los instrumentos de tortura y las armas de fuego no son las peores herramientas que se usan aquí.

—¿Y las demás?

—Gabriella estaba allí, así que se tragaron su desprecio y fingieron que no querían matarnos a ninguna de las dos.

—Sus vidas aún están en tus manos, *Bambola*. Todo lo que tienes que hacer es decir una palabra.

Me río, más de mí misma que de la situación. ¿Qué tan torcida tiene que estar la mente de alguien para tomar la amenaza real de Tizziano a más de una docena de vidas con tanta naturalidad como yo lo hago? De hecho, hasta lo encuentro un poco tierno. Si mis colegas estadounidenses pudieran escuchar mis pensamientos ahora... Estarían horrorizados.

—Morir sería demasiado fácil para ellas. Prefiero verlas ahogarse en su propio odio por tener que lidiar conmigo, aunque eso me moleste.

—Qué sádica eres.

Me río.

—Gracias por venir a recogerme —me acuerdo de agradecerle—. No tenías que venir personalmente.

Y lo sabía. Gabriella vino con el chofer, y aunque no podíamos ir en el mismo auto por seguridad, podría haber venido con otro de los conductores de la Cantina.

—Sí, yo tenía que venir. No quiero que se olviden con quién estás casada.

Miro a Tizziano, observando su perfil. Otra frase extraña. Sacudo la cabeza para despejar el pensamiento. Respiro hondo, y el olor a cuero llena mis pulmones.

—Dudo mucho que puedan olvidarlo, ya que ese es básicamente el motivo por el cual me odian. —Me río—. Y siguen enviando regalos de boda dirigidos solo a ti, así que no te preocupes, estoy segura de que lo recuerdan. —Respiro hondo y decido cambiar de tema—. Todavía prefiero el olor a lavanda.

—Ni lo menciones —refunfuña Tizziano, y me río más.

Paso las manos por el costado revestido del auto, sintiendo la textura suave bajo mis dedos. El deportivo es espacioso a pesar de ser estrecho, y tan hermoso por dentro como por fuera.

Puse los ojos en blanco cuando salí del restaurante que había sido reservado para el evento y vi a Tizziano estacionado en esa extravagancia azul al otro lado de la calle, pero no pude evitar que me gustara. Gabriella hizo un gesto de admiración antes de subirse a la camioneta blindada en la que Vittorio la obliga a viajar.

—Tiene su encanto —admito—. ¿Una Ferrari para mi primera vez?

Tizziano sonríe.

—Un clásico. ¿Te gusta la elección?

—Esta es la 488 Spider, ¿verdad? —Mi esposo desvía la mirada de la carretera otra vez, esta vez por más tiempo que antes, y la sorpresa en su rostro es evidente—. Busqué tus autos en Google. —Me encojo de hombros—. Dije que tenía curiosidad. Pero cuéntame de este. ¿Qué lo hace especial?

—¿De verdad? —pregunta con suspicacia, como si no creyera que realmente quiero saberlo.

—En serio.

—Bueno, para empezar, es un Ferrari.

Me río.

—Bueno, eso suena importante.

—Es importante —asegura, con una sonrisa divertida en la comisura de los labios. Acelera un poco, y el auto responde con un rugido que parece tener vida propia, vibrando bajo nosotros como un animal listo para saltar—. Pero lo que la hace especial no es solo la marca. La 488 Spider tiene un motor V8 turbo, uno de los más potentes en autos de producción.

Hace una pausa, mirándome rápidamente antes de volver su atención a la carretera.

—Eso significa una aceleración instantánea, casi como un despegue. La aerodinámica es otra obra maestra; cada curva y línea no es solo estética, sino para cortar el aire, hacerla rápida... increíblemente rápida. Y el sonido... —Tizziano sonríe, casi para sí mismo—. El sonido del motor es música de la mejor calidad.

—¿Música? ¿No son todos los sonidos iguales?

—¡Ni por casualidad! —protesta, indignado, haciéndome reír a carcajadas—. Nunca suenan igual, Rafaella. ¡Nunca! Cada auto tiene su propia historia, su propio... carácter. —Me lanza otra mirada, esta vez más larga.

La velocidad con la que viajamos por la ciudad convierte los edificios y las luces en borrones a nuestro alrededor, pero dentro del auto, entre Tizziano y yo, el tiempo parece desacelerarse. Hay una intimidad creciente, no solo por el espacio confinado, sino por algo más.

—Los hombres y sus juguetes... —Me burlo.

—¿Y tus juguetes? ¿Cuáles son?

—Nunca pude tener otra cosa que no fueran muñecas y, cuando crecí, perdieron su atractivo.

Tizziano me mira, medio sonriente, medio serio.

—¿Y si pudieras elegir un juguete para adultos?

Me río.

—¿Un juguete para adultos? —Me muerdo el labio, pensativa—. Siempre me he preguntado qué se siente al ir en moto, creo que más por la rebeldía que por otra cosa.

Me encojo de hombros.

—¿Una moto? ¿Qué moto?

—No tengo la menor idea —admito, riendo—. Vi que tienes algunas, pero aún estoy investigando tus autos. Son demasiados. —Tizziano toma una curva cerrada, la habilidad con la que maneja el vehículo es casi tan impresionante como la máquina en sí. Y cuando el camino vuelve a ser recto, el motor ruge con la aceleración. Me pego al asiento y la adrenalina fluye por mis venas. Sonrío, mirando el paisaje borroso—. ¿Sabes? Creo que estoy empezando a entender eso de la música de los motores.

***

Me desplomo en el colchón, jadeante y sudada, la visión aún un poco borrosa por el orgasmo y el cuerpo agotado después de no sé cuántas rondas más. Parece que con cada una, el sexo con Tizziano solo mejora, y no puedo evitar querer la próxima, y la próxima, y la próxima... *¡Por La Santa!*

Mi esposo se quita el condón y lo descarta, y un pensamiento intrusivo atraviesa la niebla de satisfacción en la que estaba feliz de perderme. Desde nuestra noche de bodas, Tizziano siempre usa preservativo. ¿Será que sigue acostándose con otras personas?

Mi pecho se aprieta, expulsando cualquier rastro de la felicidad post-orgasmo y dejando mi mente casi transparente, de tan clara. Me levanto de la cama y voy al baño, abro la ducha y me meto bajo el agua tibia.

No estoy celosa, ni nada, pero sería peligroso si estuviera acostándose con otras personas. ¿Y si contrae alguna enfermedad y me la contagia? Además, ¿por qué querría acostarse con otras personas? ¿Hay alguna forma de que el sexo sea mejor que esto?

Tomo un poco de shampoo y lo paso por mi cabello. No es como si no supiera que la posibilidad de que Tizziano me engañe está allí. Si soy honesta, era prácticamente una expectativa.

Tragarme la humillación, sin embargo, sería mucho más difícil de lo que imaginé inicialmente. Sería, sin duda, la peor parte.

Una enfermedad, si tiene cura, se trata. Pero si ya hablan de mí sin saber que soy una cornuda, imagínate si se enteraran. Aunque, quién sabe si ya lo saben.

—Déjame hacerlo yo.

Solo cuando escucho su voz me doy cuenta de que Tizziano también está en el baño. Entra a la ducha conmigo, y con sus manos en mi cintura, me guía hacia el banquito. Me siento, y él empieza a masajearme el cuero cabelludo mientras lava mi cabello.

¿Será que…? No, mejor dejo de pensar en eso. No importa. O mejor dicho, no quiero saberlo, al menos no hasta que no me quede otra opción. Quien haya dicho que la ignorancia es una bendición sabía bien lo que decía.

Dejo que mi mente se vacíe de cualquier pensamiento o preocupación y solo disfruto de la sensación de los dedos de Tizziano en mi cabello mientras lo lava. Por ahora, es todo lo que me importa.

50

TIZZIANO CATANEO

El hedor repugnante, una mezcla de sangre, sudor, orina, mierda y carne quemada, alimenta la satisfacción que late en mis venas cuando la sala finalmente queda en silencio. El miserable que gritaba hasta hace unos segundos, ahora completamente callado. Débil, no aguantó ni la mitad de lo que tenía preparado antes de perder el conocimiento.

Me acerco al cuerpo parcialmente destrozado sobre la mesa de metal, con la piel llena de ampollas que se desprende en algunas partes y con la mitad de la cabeza completamente despojada de cabello. Podría mantenerlo vivo sin tratar sus heridas, no recuerdo la última vez que tuve un espécimen vivo pudriéndose lentamente para observar. Ha pasado demasiado tiempo.

Camino hacia la puerta de la sala de “cirugía”. El eco húmedo de mis pasos se mezcla con el pesado silencio de la torre. Es la primera vez en meses que vengo aquí y disfruto de mi lugar de trabajo favorito.

Al salir de la sala, la satisfacción recorriendo mis venas es tan palpable como la sangre que empapa mis manos y ropa. Las horas desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos allá adentro. Matteo consiguió un supuesto informante sobre lo que sucedió en las catacumbas, uno que me aseguré de interrogar personalmente. Solo necesité cinco minutos para sacar del desgraciado la poca información que tenía; las horas siguientes fueron solo para mi diversión. Lo necesitaba.

La gente suele pensar que mi placer en la tortura está en causar dolor, y nunca me he molestado en corregirlos, pero la verdad es que mi parte favorita siempre ha sido el descubrimiento.

¿Cuánto puede soportar ese cuerpo? ¿Hasta dónde puedo desentrañarlo? ¿Qué tan lejos puedo romper sus resistencias y voluntades? Son preguntas para las que siempre encuentro respuestas diferentes, y eso me fascina.

Miro la hora, y la realidad es que no tengo tiempo para usar el soplete en la bandeja de instrumentos sucios, estoy retrasado para la cena. *¡Maldita sea!* Hace demasiado tiempo desde la última vez que me divertí así y realmente perdí la noción del tiempo.

Me dirijo al panel de control de la sala principal, pero antes de que pueda empezar a apagar todo, la radio sobre la mesa emite un ruido antes de que una voz resuene detrás de él.

—*¿Subjefe?*

—Sí, Giacomo. Estoy bajando —respondo, apagando los instrumentos que usé en el desgraciado ahora abandonado en la sala de cirugía, su respiración tan leve que apenas puedo seguir el movimiento sutil de su pecho.

—*Señor, su mujer* —dice y yo me pongo en pie, inmediatamente alerta—. *Ella está aquí* —añade, y suelto un suspiro.

Cierro los ojos, haciendo una nota mental de romperle al menos un brazo a Giacomo por la pausa innecesaria en su aviso, y solo entonces dejo que mi mente procese la información que acabo de recibir.

¿Rafaella está aquí?

—*¿Está autorizada su entrada?* —pregunta Giacomo y yo me paso la punta de la lengua por el borde de los dientes. La oscuridad que me rodea se hace eco de las palabras que aún no he respondido.

—Sí —digo por impulso, pero cada segundo entre mi permiso y el sonido de las puertas del viejo ascensor abriéndose, está marcado por una expectativa agresiva.

¿Por qué he dicho que sí? No es que no sepa exactamente cuál será la reacción de Rafaella ante estos muros de piedra y oscuridad. Entonces, ¿por qué, aun así, permití que viniera hasta aquí?

—Llegas tarde —me acusa Rafaella en cuanto sale del ascensor. Sus tacones golpean el suelo crudo, produciendo un sonido inédito para mi torre. Creo que este suelo nunca había sido pisado por tacones antes—. Muy tarde.

—Perdí la noción del tiempo y por eso no te lo dije, lo siento —me disculpo automáticamente, mucho más preocupado en cómo va a reaccionar ante el espacio que la rodea que en cualquier otra cosa.

No me responde, demasiado ocupada recorriendo con la mirada cada rincón de la pequeña sala circular. Cuando finalmente se fija en mí, primero repara en los pocos rasguños en mis nudillos, luego atraviesa la distancia entre nosotros, frunciendo el ceño al analizar mi ropa

manchada de sangre.

—Me daré una ducha rápida y podremos irnos. —le aseguro, dándome la vuelta bajo el peso de su mirada.

—Este lugar... —dice Rafaella, inclinando la cabeza hacia atrás nuevamente— es el escenario favorito de las madres de La Sagrada para asustar a los niños, ¿sabías? Perdí la cuenta de cuántas veces me amenazaron de niña con que me traerías aquí para torturarme.

—Y aun así, aquí estás, por tu propia voluntad —digo, aliviado por su tono. No hay un solo rastro de aversión en su expresión.

Rafaella se encoge de hombros y camina hasta el panel de control, estudiando cada uno de los botones y palancas antes de responderme.

—Nunca me pareciste aterrador, Tizziano. Cuando era niña, eras un adolescente guapo. El único sentimiento que me inspirabas era vergüenza. No podía verte pasar sin ponerme roja.

Su confesión me arranca una risa, y me acerco, evitando tocarla para no ensuciarla con la sangre del desgraciado.

—No lo recuerdo.

Me apoyo en el panel y meto las manos en los bolsillos para no ceder al impulso de atraer a Rafaella a mis brazos.

—Claro que no, yo era una niña. Nunca miraste en mi dirección.

Su aroma a jazmín se filtra en mis fosas nasales, compitiendo y venciendo al olor antiséptico de esta habitación en particular.

—¿Qué haces aquí, *Bambola*?

—Ya te lo dije. Estás tarde. Muy tarde. Y no había la menor posibilidad de que yo apareciera para la cena en casa de tu madre sin ti.

—¿Viniste a buscarme o a esconderte? —me burlo, siguiéndola por el corredor que nos lleva de vuelta a la sala de cirugía.

—Un poco de ambos. —Río por lo bajo—. ¿Qué es eso? —pregunta Rafaella, señalando el tanque de aproximadamente 2 metros de altura y un metro de ancho frente a nosotros.

—No quieres saberlo, *principessa*. Deberías volver mientras me doy un baño, no verás nada agradable aquí hoy.

—¿Y si quiero? ¿Hay alguien aquí? —La curiosidad pura y honesta conversa íntimamente conmigo, mi pecho se llena de ganas de mostrarle.

¿Cómo reaccionaría?

—A partir de ahora, todo lo que veas no podrá ser borrado, *Bambola* —advierto, sin impedirle avanzar ni incentivarla. Ella parece tomar mis palabras como un desafío, y sigue adelante, la puerta abierta captando su atención hacia lo que hay dentro.

—¿Está muerto? —Su voz no se quiebra, su mirada no se apaga, sus pasos no retroceden, y me atrevo a decir que ni siquiera su estómago se revuelve con el nauseabundo olor.

—Todavía no —respondo con cautela, una sonrisa perversa empieza a formarse en mis labios mientras ella analiza con calma la escena y al hombre inconsciente.

—¿Y para qué sirve esa garra? Las cadenas creo que las entendí —dice, inclinando la cabeza levemente hacia un lado—. Pero la garra, no.

Giro a Rafaella, dejándola de frente a mí, quiero mirarla a los ojos. Un destello de sorpresa atraviesa su mirada, pero cuando se apaga, solo deja curiosidad. Es con ese sentimiento que sigue esperando mi respuesta, y no puedo evitar que mis cejas se levanten.

Curiosa. No horrorizada, ni asustada, traumatizada o siquiera disgustada. Solo curiosa.

—Para atrapar lo que se haya escapado de las cadenas y se haya perdido en el tanque, o lo que quiera colocar en una posición muy específica en la mesa de metal.

—¡Oh! —dice, formando un círculo perfecto con la boca. Rafaella vuelve a darme la espalda y se dirige al panel de control—. ¿Puedo probar?

51

RAFAELA CATANEO

Deslizo la pantalla del sitio web hacia abajo, sin mucho interés en los artículos exhibidos. Días después, la pregunta que Tizziano me hizo cuando fue a recogerme al restaurante aún resuena en mi mente. *¿Y mis juguetes?*

Fui sincera cuando dije que nunca me habían permitido tener juguetes para adultos. No es que ahora esté planeando comprar una moto o algo por el estilo, pero me di cuenta de que, por primera vez, estoy autorizada a tener un pasatiempo o algo similar. La cuestión es: ¿cuál?

Me gusta leer, pero no soy una lectora ávida como Gabriella. Me gusta la música, pero no hasta el punto de querer aprender a tocar algún instrumento. Me gusta bailar, pero ninguno de los zapatos de ballet en la pantalla de la computadora me entusiasma.

No quiero aprender ballet, ni jazz, ni ninguna de las danzas que serían consideradas apropiadas para la esposa del subjefe. Todo parece muy... ausente de gracia.

El completo opuesto de la torre de Tizziano. Este mundo es tan injusto, él gana coches y castillos, y yo, ollas y manteles. Resoplo, frustrada.

—¿Qué es lo que te está molestando tanto? —Su voz grave me asusta y llevo una mano al pecho.

—¡Por La Santa, Tizziano!

—¿Escondiendo algo de mí, esposa? —pregunta, parado en la puerta del cuarto, con los brazos y las piernas cruzados.

—Un amante —bromeo.

—Como si te hubiera dejado energía para eso.

—La traición no siempre tiene que ver con el sexo —le digo, y él entrecierra los ojos—. ¿Qué haces aquí?

Miro el reloj en la esquina de la pantalla de la laptop. Aún no son ni las cuatro de la tarde y Tizziano nunca llega antes de las seis y media de la noche.

—Aparentemente, salvándote de una tarde aburrida.

—¿Y puedo saber cómo?

—¿Qué te parece aprender a conducir?

Retrocedo la cabeza y parpadeo, manteniendo los ojos cerrados por unos segundos. ¿Lo entendí bien?

—¿Me vas a enseñar a conducir? —pregunto, desconfiada.

—Me dijiste que querías aprender, ¿no?

—Yo... —Lo dije, pero no pensé que lo recordaría o le importaría—. Lo dije.

—Bueno —Tizziano se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa—. No pude terminar el trabajo antes, todavía estoy enterrado en trámites, pero hoy finalmente lo logré.

—¿Y vas a usar tus primeras horas libres en semanas para enseñarme a conducir?

—Dijiste que querías aprender —repite, frunciendo el ceño, como si no entendiera por qué necesita seguir repitiendo lo mismo, y yo debo estar volviéndome loca. ¿Cómo es posible que no entienda?

Sacudo la cabeza de un lado a otro y aparto la confusión, decidiendo que ahora no es el mejor momento para ella. Me levanto.

—¿A quién le robaste el coche?

Tizziano se ríe a carcajadas.

—De nadie, pero si todavía quieres volver al castigo, esa sería una buena oportunidad. Podríamos robar uno de los de Vittorio.

***

No robamos el coche de nadie.

Y sentada tras el volante de un Porsche, no sé qué me pone más nerviosa: si la perspectiva de realmente aprender a conducir o el miedo de rayar siquiera uno de los juguetes de mi esposo.

—¿Estás seguro de esto? —pregunto, agarrando el volante con fuerza.

Tizziano se acomoda en el asiento del copiloto, observando atentamente cada uno de mis movimientos.

—¿Lo estás tú? Porque si me lo preguntas cada diez segundos, no parece.

—Está bien. Lo estoy. Pero si rayo tu coche, que quede claro, no toqué tu garaje, y eso no puede usarse en mi contra.

Tizziano sonríe ampliamente.

—¿Es eso lo que te preocupa, *Bambola*?

—¡Sí! La última vez, solo puse un poco de perfume y actuaste como si se hubiera acabado el mundo.

—Por lo que recuerdo, te gustó mucho.

—¡Esa no es la cuestión! ¿Me prometes que no me culparás?

Tizziano se ríe.

—Prometido, *Principessa*.

—Muy bien.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bien. Lo primero que hay que hacer es sentir el coche. El 718 Cayman es un Porsche, lo que significa que está hecho para responder a tu toque. Asegúrate de que estés cómoda. Ajusta el asiento y los espejos hasta que puedas ver los laterales y la parte trasera a través de ellos.

Asiento con la cabeza y hago los ajustes, concentrada en cada una de las tareas mientras las concluyo.

—Ahora, hablemos de lo básico. —Tizziano continúa, señalando los pedales—. Acelerador a la derecha, freno en el medio. Usa siempre el pie derecho para ambos. Y el pedal más a la izquierda es el embrague, ya que este coche es manual. Ya lo sabes, pero la práctica hará que todo sea más natural.

Asiento con la cabeza, todavía algo tensa, pero empezando a sentirme ansiosa por comenzar. ¿Esto realmente está sucediendo? Tizziano se inclina hacia adelante, señalando la palanca de cambios.

—El coche ya está encendido, así que empecemos poniéndolo en primera marcha. Dijiste que ya has estado en el asiento del conductor, ¿recuerdas cómo cambiar las marchas?

—Lo recuerdo.

—A continuación, pise a fondo el embrague con el pie izquierdo y pon la palanca en primera.

Sigo las instrucciones y Tizziano asiente en señal de aprobación.

—Ahora, la parte divertida. —Sonríe de manera provocadora—. Vamos a empezar a soltar el embrague lentamente. Cuando sientas que el coche comienza a moverse, aplica

suavemente el acelerador.

Respiro hondo y empiezo a soltar el embrague muy despacio, recordando las primeras veces que lo hice, cuando iba demasiado rápido y el motor se apagó. El coche da una pequeña sacudida, pero luego empieza a moverse más suavemente a medida que levanto completamente el pie del pedal.

—Bien hecho —me anima Tizziano—. Mantén la calma y siente cómo responde el auto. Ahora, con mucha suavidad, coloca solo la punta del pie en el acelerador. No es necesario pisar el pedal, *Bambola*. Solo un toque ligero.

Obedezco y siento el auto acelerar un poco. Quito el pie del acelerador de inmediato, con los ojos bien abiertos y respirando agitadamente, como si hubiera ocurrido algo mágico. Tizziano se ríe a mi lado y yo muerdo mi labio, sintiéndome algo tonta.

—Está bien, Rafaella. Repite de nuevo para cambiar de marcha —dice.

Esta vez, estoy lista para la velocidad mínima y no me asusto.

—¡Perfecto! Pisa el embrague y cambia a segunda marcha. La primera solo es para arrancar el auto. Si ya está en movimiento, cambia inmediatamente a segunda.

—Entendido.

Sigo sus instrucciones y la velocidad del auto aumenta un poco. La mordida nerviosa en mi labio se convierte en una sonrisa.

—¿Lo estoy haciendo bien? —pregunto, nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

—Sí. Sigue hasta el final de la calle y trata de hacer una curva a la derecha. Reduce la velocidad antes de la curva, mira hacia donde quieres ir y gira el volante suavemente.

Mi confianza vacila un poco con la nueva instrucción, pero asiento, decidida a demostrarme a mí misma que puedo hacerlo. Esto es mucho más emocionante que cualquier clase de baile.

Reduzco la velocidad y comienzo a girar el volante, pero la ansiedad me hace olvidar soltar el acelerador por completo. El auto, respondiendo más de lo esperado, gira bruscamente, subiendo al borde de la acera con un sacudón que nos hace tambalear en los asientos.

—¡Dios mío! —exclamo, soltando el volante, el corazón acelerado por la sorpresa y el susto.

Me doy cuenta de que fue un error cuando el volante comienza a girar solo, volviendo a su posición inicial, y una de las ruedas cae del bordillo. Tizziano agarra el volante rápidamente y

yo piso el freno. El auto se apaga.

—Las manos en el volante, Rafaella. Pase lo que pase, mientras el coche esté en marcha, nunca sueltes el volante.

Agarro el volante con fuerza hasta que los nudillos me duelen.

—Lo siento.

—Ahora el auto se apagó, así que puedes soltar.

Miro al frente, sin atreverme a mirarlo, pero Tizziano pone dos dedos bajo mi mentón, obligándome a mirarlo a los ojos. Y a pesar de mi evidente preocupación, él parece calmado, aunque con una ceja levantada.

—Está bien, Rafaella. Esto pasa. Vamos a intentarlo de nuevo, pero esta vez, recuerda soltar el acelerador un poco más y controlar el volante, ¿de acuerdo? —Asiento con la cabeza y respiro profundo—. Pisa el embrague y pon la marcha en punto muerto.

—¿Con el auto apagado?

—Exactamente. Si no lo haces, el auto se apagará de nuevo.

—Entendido.

Hago lo que me dice.

—Ahora sí, enciende el auto. —Lo enciendo—. Primera marcha, luego gira el volante a la izquierda y suelta el embrague lentamente.

Sigo las indicaciones y volvemos a la carretera. Continuamos hasta el final de la calle y mi segunda curva es más cautelosa, tal vez demasiado, y termino haciendo la curva en un arco muy amplio, casi invadiendo el carril contrario antes de corregir el rumbo.

—Sí, quizás un poco menos de cautela —comenta Tizziano con una risa contenida.

Resoplo, pero también me río.

Sigo conduciendo, sintiéndome cada vez más cómoda con el auto, a pesar de los pequeños errores. Paso la mayor parte del tiempo en silencio, concentrada en seguir las instrucciones que me da.

Sin embargo, cuando llegamos al final del trayecto que Tizziano había escogido para nuestra primera lección y trato de estacionar al lado del bordillo, calculo mal la distancia y raspo suavemente la lateral del auto contra él.

—¡Ah, maldición! —digo, encogiéndome, mientras Tizziano murmura una grosería.

Apago el auto, un poco temblorosa por la adrenalina y la vergüenza de los pequeños accidentes —. Lo siento —pido, con una mueca y Tizziano se pasa la mano por el cabello.

—Podría haber sido peor —dice, y no sé si es por la vergüenza o por la sorpresa, pero me echo a reír.

—Prometiste no castigarme.

—Sí, pero para nuestra próxima lección, definitivamente voy a robar un auto de alguien.

***

—¿Y bien? ¿Qué calificación le das a mi primera clase? —pregunto, girándome ya en el asiento del pasajero mientras Tizziano rehace el trayecto que hice al inicio en nuestro camino de regreso a casa.

—¿Calificación, eh?

—¡Ajá! De cero a diez.

—¿Tres?

—¿Tres? —exclamo en tono interrogante, abriendo la boca y agrandando los ojos. *¿Cómo se atreve*?—. ¡Pero si lo he hecho casi todo bien! —protesto.

—Te subiste a la acera y raspaste el costado del auto, Rafaella. Si no hubieras rayado la pintura, tal vez te hubiera dado un cinco.

—¡Pero fue solo un rasponcito! ¡Eso no merece una baja de dos puntos!

Tizziano levanta una ceja. Yo resoplo.

—Elegí una ruta fácil. Este recorrido lo hago hasta con los ojos cerrados —dice al llegar exactamente al punto donde comenzamos.

Abro y cierro la boca, encontrándolo gracioso y sintiéndome indignada al mismo tiempo.

—¿En serio? —lo desafío.

—Claro que sí —asegura, mirándome de reojo.

—Pongámoslo a prueba.

—¿Cómo?

—Da la vuelta —le ordeno, y Tizziano me mira con desconfianza, pero obedece. Aparca el coche y echa el freno de mano.

Me muevo en el asiento, poniéndome de rodillas, y me paso por encima de la palanca de cambios hasta estar montada en sus piernas.

—Creo que voy a disfrutar mucho de esta prueba —susurra, ya levantando la mano para enredarla en mi cabello. La aparto con un manotazo.

—No, no. —Niego con la cabeza—. Manos al volante, eres un conductor responsable —le digo mientras me muevo sobre su regazo, gimiendo suavemente cuando el centro de mis piernas roza contra él. Le desabrocho el cinturón y empiezo a quitárselo mientras le explico—. Dijiste que haces el recorrido hasta con los ojos cerrados. Vamos a ver si es cierto. A menos que, claro, te preocupe la integridad de tu Porsche.

Tizziano ríe a carcajadas.

—¿De verdad quieres jugar a este juego conmigo, *Bambola*? —pregunta en tono victorioso, sin ninguna duda de que va a ganar.

Le desabrocho los pantalones y deslizo la mano dentro de ellos, metiéndome en sus calzoncillos y agarrando su verga caliente a la que casi me considero adicta.

—Tú dijiste que podías hacerlo —susurro, masajeándolo con fuerza, como sé que le gusta a Tizziano. Su erección crece en mi mano mientras lo acaricio, subiendo y bajando, rozando la palma de mi mano contra la cabeza. Mis pezones laten de deseo, y sé que no necesito más. Ya estoy lista para él—. Solo quiero que lo demuestres.

Le lamo la boca, sonriendo contra sus labios.

—¡Ah, *Bambola*! —La exclamación es una deliciosa promesa.

—¿Eso es un sí?

Tizziano vuelve a reír y extiende la mano hacia la guantera del auto. Saca un preservativo de allí, y me niego a pensar en por qué mi marido tiene un preservativo en un auto en el que nunca había estado antes. No ahora.

—Pónmelo.

Tomo el condón y rasgo el paquete con los dientes, desenrollándolo sobre la erección de Tizziano. Levanto la falda de mi vestido, corro la ropa interior a un lado y lo posiciono en mi entrada.

Bajo despacio, con los ojos clavados en los suyos, gimiendo con cada centímetro que trago de su verga. La sensación de mis músculos estirándose es mi parte favorita, y disfruto hasta que mi culo queda pegado en sus muslos.

Lamo la boca de Tizziano de nuevo y entrelazo nuestros labios. Es imposible no gemir suavemente, incluso con mis caderas quietas, cuando su lengua invade mi boca y Tizziano toma el control del beso.

La necesidad de sentir sus manos recorriendo mi cuerpo, una enredándose en mi cabello y la otra amasando uno de mis senos, me hace sollozar y subo mis caderas, moviéndome en círculos. Apoyo las manos en sus hombros para impulsarme, y cuando toda su longitud está fuera de mí, dejando solo la cabeza presionando en mi entrada, bajo de nuevo, moviendo mis caderas en círculos.

Tizziano gruñe en mi boca, y perdida en las sensaciones, solo me doy cuenta de que ha puesto el auto en movimiento cuando empezamos a avanzar. Acelero mis movimientos, golpeando mi trasero contra sus muslos con movimientos rápidos y cortos que me hacen ver estrellas.

—Tizziano —gimo su nombre en su boca y bajo las tiras de mi vestido, agradeciendo mentalmente a la Virgen por no estar usando sostén.

Mis senos saltan libres cuando bajo el escote, y mi marido abre los ojos, contemplando mis pezones duros y rosados. Aprieto mis pechos, moviéndome en su pene, rebotando en él de una manera deliciosa. Echo la cabeza hacia atrás con la boca abierta, disfrutando de cada descenso completo, rozando mis labios vaginales contra sus testículos.

Él lame mi garganta y arrastra sus dientes por ella hasta que su boca se posa en uno de mis pechos.

—¡Maldita sea, Rafaella! —gruñe, y sus palabras vibran en mi piel.

Sigo apretando el pecho que no está chupando, golpeando mi culo contra sus muslos, revolcándome en su regazo, sintiendo cómo la opresión en el bajo vientre se hace cada vez más intensa y, muy vagamente, sé que el coche sigue moviéndose, pero no me importa. Lo único que me importa es explotar en un orgasmo.

De repente, el coche se detiene bruscamente y abro los ojos justo cuando una de las manos de Tizziano se enreda en mi pelo y la otra me agarra por la cintura.

—Llegamos, *Bambola*. Y aunque no te hayas dado cuenta, mantuve los ojos cerrados todo el tiempo.

—¿Felicidades? —jadeo, necesitada, y Tizziano ríe.

—Vas a ser mi perdición. —Y con esa declaración, impulsa sus caderas hacia arriba, penetrándome aún más profundo, y grito en su boca cuando me besa, ahogando cualquier sonido que pudiera hacer.

Su mano en mi cadera me sostiene con fuerza, manteniéndome quieta mientras Tizziano me penetra con decisión, aplastando mis tetas contra su pecho, rozando sus testículos contra mí

cada vez que se mueve, haciéndome gemir y gritar hasta que mi garganta está seca.

Es abrumador, y reviento en un orgasmo que me hace ver estrellas y me deja sin fuerzas, pero aun así, no dejo de besarlo. Cuando gruñe en mi boca y me eyacula su líquido, solo hay un pensamiento en mi cabeza: ¿cuándo será nuestra próxima clase?

52

RAFAELLA CATANEO

—¿Qué te pareció?

Miro a Gabriella, esperando su respuesta, aunque la sonrisa de su cara prácticamente grita sus pensamientos. Cruzamos la calle mientras mi amiga se limita a negar con la cabeza, asombrada.

—¡Es maravilloso! Me... ¡Me encanta!

—Sabía que te gustaría. Le dije al Padre Armando que este proyecto era lo que querías.

—¿Quién no estaría encantado con un proyecto así, Rafaella? Estamos hablando de una escuela para niños pobres.

Levanto una ceja a Gabriella y dejo de caminar un momento. Gabriella también deja de andar.

—Que yo sepa, nuestra suegra nunca ha movido un dedo para ayudar a ninguna de las familias que vienen a trabajar a la cantina durante la vendimia. —Gabriella se rasca la garganta con disgusto—. Años y años y nunca ha mirado a otro sitio que no fuera su propio ombligo.

—¿Me prometes que si, en algún momento, empiezo a parecerme a ella, me darás un par de bofetadas para que vuelva al buen camino?

—Solo si tú me prometes lo mismo.

—Tenemos un acuerdo —dice ella, extendiendo la mano, y yo la acepto.

Ambas reímos como tontas después de nuestro "pacto de damas" y seguimos caminando hacia el castillo.

—El padre Armando es una persona muy dulce.

—Dulce quizás sea exagerado de tu parte. Cuando quiere, puede ser bien amargo, ¿sabes? —advierto, y Gabriella se ríe.

—No lo parece.

—Intenta confesarte con él y verás. Una vez me dijo que rezara ocho novenas seguidas.

Gabriella se ríe.

—¿Qué has hecho? ¿Qué habías confesado?

—Que lo insulté mentalmente por tener que levantarme temprano un domingo para ir a misa.

Mi amiga se ríe aún más.

—Lo siento, amiga, pero creo que fue inocente de tu parte decirle eso.

—Era una adolescente, moría de miedo de ir al infierno, necesitaba confesarlo.

—Tomo nota: nunca confesarle al padre Armando que lo insulté mentalmente, si alguna vez eso ocurre —dice riendo—. Siempre hablas de él con mucho cariño, pero fue lindo verlos juntos. Lo tratas como si fuera parte de tu familia.

Me encojo de hombros.

—Creo que lo es. En realidad, creo que fue la única persona que me trató como si yo fuera parte de una familia, de verdad, antes de conocerte.

Gabriella hace un "Aww" y me abraza. Me río de su ternura.

—¿Qué tal? ¿Tienes clase de conducir hoy? —me pregunta, aún abrazada a mí, con una sonrisita en la comisura. La empujo con la cadera para zafarme de sus brazos y pongo los ojos en blanco.

—No, aún no sé cuándo será la próxima. Tu esposo tiene tan cansado al mío que ni siquiera se quita la ropa para dormir.

Gabriella echa la cabeza hacia atrás con una risa escandalosa que atrae las miradas de los transeúntes. Sin duda, nuestra suegra no aprobaría ese comportamiento.

—Y ahora que sabemos que lo de atraparlos juntos no fue lo único que hizo Tizziano para casarse contigo, la furia de Vittorio se entiende un poco más.

—Sí, lo admito. Después de todo, Tizziano mató hombres de la mafia.

—Lo que no entiendo es por qué no te pidió en matrimonio desde el principio. Habría hecho todo mucho más sencillo...

—Lo habría hecho. Aunque no me hubiera gustado la idea, me habría casado de todas formas.

—¿Y ahora qué?

—¿Y ahora qué?

—Si fueras la Rafaella de esa época, pero supieras lo que sabes hoy, ¿aceptarías?

¡Sí! La palabra explota en mi cabeza, pero me niego a dejarla salir de mis labios.

—¿Planeas inventar una máquina del tiempo, amiga?

Gabriella resopla, pero no fuerza la situación. Entramos en la casa por la puerta trasera, la que solíamos utilizar cuando aún éramos simples sirvientas en la mansión, porque no tiene ningún sentido rodear toda la finca solo para entrar por la puerta principal.

Las trabajadoras que encontramos en el camino o bajan la cabeza y pasan corriendo, o nos sonríen como si fuéramos diosas reencarnadas, completamente olvidadas del tiempo en que éramos colegas.

Por suerte para nosotras, no nos topamos con Luigia. Seguro que el ama de llaves no estaría de acuerdo con nuestra práctica decisión de no dar la vuelta toda la mansión solo para entrar por la puerta principal. "Compórtense". Ella diría.

—Estoy pensando en empezar clases de inglés. ¿Qué te parece?

—Me parece excelente. Si no te gustó no poder comunicarte con las personas durante la luna de miel, haz algo al respecto. Además, el Don viaja bastante, el inglés siempre será útil.

—Exactamente. ¿Tú no te animas? Sé que inglés ya hablas, pero otro idioma, ¿tal vez? Podemos contratar un profesor bilingüe.

—Mira quién habla de contratar un profesor bilingüe... ¿Quién diría que comenzamos tus clases de italiano con el traductor de Google, un cuaderno y una Luigia muy desconfiada vigilándonos, eh? —Me río y Gabriella también.

—El mundo da vueltas, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero me gusta la idea. Siempre he querido aprender a hablar francés y ruso, pero dudo que nos dejen aprender a hablar la lengua de la bratva, así que habrá que conformarse con el francés.

—Hablaré con Vittorio sobre el profesor. ¿Nos vemos en la cena? —pregunta cuando llegamos a la bifurcación en las escaleras que nos llevan a nuestras alas, cada una a un lado.

—Desgraciadamente, sí.

—El truco es enfocarse en el postre —susurra, y me toma unos segundos darme cuenta de lo que quiere decir, así que me río a carcajadas.

Cuando llego al descanso que da acceso a mi sala de estar, aún estoy riendo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunta Tizziano, sentado en el sofá, sosteniendo parte de un arma. El resto de ella está en la mesa de centro, desmontada.

Parpadeo y la sonrisa se me borra de la cara mientras me acerco despacio, curiosa por saber qué está haciendo. No hay personal de la casa, solo mi marido con toda su inquietante belleza, empuñando una pistola del tamaño de su brazo.

Por el Santo. Esto no debería excitarme, ¿verdad?

—Antes de que te quejes, lo siento. Fue por costumbre y, cuando me di cuenta de que la sala de estar quizás no era el mejor lugar para esto, ya era tarde, ya había empezado —dice en cuanto me detengo frente a la mesa, observando los objetos esparcidos sobre ella. Frunzo el ceño, por la confusión y diversión mezclándose con mi curiosidad.

—La casa es mía, pero tú también vives en ella, Tizziano. ¿Por qué me quejaría? —Él inclina la cabeza, estudiándome—. ¿Qué estás haciendo? ¿Limpiándola?

—Así es.

—¿Qué arma es esa?

Mi marido entrecierra los ojos ante la pregunta, pero levanta la parte principal del arma, sosteniéndola con familiaridad.

—Es una Beretta 92FS. —Su voz es suave, casi como si me estuviera presentando a un viejo amigo—. Un clásico. Confianza y precisión son sus marcas registradas.

Me acerco y mi curiosidad supera mis dudas iniciales.

—¿Cómo funciona?

Tizziano agarra uno de los componentes más pequeños de la mesa.

—Cada parte de un arma tiene su función. —Comienza a explicar, utilizando un tono didáctico que nunca había oído antes—. Esto de aquí es el cerrojo, retrocede con cada disparo, expulsando el casquillo gastado y cargando una nueva bala de la munición.

Con habilidad, demuestra el movimiento, incluso sin llegar a montar el arma.

—Y esto —toma otra pieza, un resorte— es el resorte de retroceso. Ayuda a absorber el impacto cada vez que se dispara el arma, haciendo más fácil mantener el control y prepararse para el siguiente disparo.

Me acerco aún más, fascinada por el proceso. Tizziano me mira, con un brillo diferente en los ojos.

—Es importante mantener todas las piezas limpias y bien lubricadas. Esto garantiza que el arma funcione como debe, sin fallos —continúa él, tomando un pequeño pincel y una botella de aceite—. Y esto —señala la munición sobre la mesa— es, claro, lo que hace que todo sea

posible. Sin ella, el arma no es más que un pedazo de metal bien elaborado.

—Interesante —murmuro, sorprendida de mi propia fascinación.

—Hay ciencia en todo, *Bambola*, incluso en las armas.

—¿Y no te parece un poco estúpido que en nuestro mundo nadie se moleste en enseñárselo a las mujeres? —pregunto, sintiéndome de repente un poco indignada—. Mi padre es el encargado de la tienda de armas de la cantina desde hace años. He perdido la cuenta de cuántas veces he llegado a casa y le he visto montando o desmontando un arma, pero nunca se ha molestado en enseñarme nada al respecto. Hasta hace unos minutos, todo lo que sabía sobre armas lo había sacado de Google, a pesar de que he pasado toda mi vida rodeado de ellas.

En cuanto la última palabra sale de mi boca, me doy cuenta de lo que acabo de hacer, de lo que acabo de decir. Y la facilidad con la que he sido sincera con Tizziano, con la que he dicho simplemente lo que pensaba, me sorprende más que cualquier otra cosa.

No temía que pensara que era una estúpida entrometiéndome en los asuntos de los hombres. Sigo sin temerle. De hecho, cuando se trataba de Tizziano, nunca tuve que tener miedo de nada. ¿Cuándo llegué a confiar así en él?

Me mira en silencio durante largos segundos antes de volver a hablar.

—¿Quieres que te enseñe otras cosas, *principessa*?

Mis labios se entreabren y parpadeo ante la pregunta. Le digo que nadie nunca se había molestado en preguntarme eso, y entonces, él lo hace. Por un momento, no sé cómo reaccionar, pero luego la única respuesta posible brilla en mi mente como un faro.

—Sí.

53

TIZZIANO CATANEO

Rafaella sale del ascensor y camina por el suelo desnudo como si fuera una reina, y mi torre fuera su castillo; las prendas deportivas y las zapatillas que le pedí que usara no cambian en absoluto esa impresión. Aunque es la segunda vez que viene aquí, me sorprende que en lugar de repulsión por el lugar, solo demuestre curiosidad.

—¿Todos los pisos están divididos así? —pregunta, dándose la vuelta para mirar las distintas puertas de la sala circular.

—Sí —confirmo, caminando hacia la primera puerta a la izquierda del ascensor. Rafaella regresa al centro de la sala y se detiene a mi lado—. Pero los pisos tienen propósitos diferentes. El que visitaste el otro día es para... —hago una pausa, buscando la palabra adecuada—. ¿Visitas?

Rafaella suelta una pequeña carcajada.

—Visitas muy especiales, imagino.

—Estabas allí —señalo, mientras coloco el dedo en el lector de huellas dactilares.

—Soy especial, ¿no? ¿Y para qué sirve este piso?

—Almacenamiento.

La puerta se abre y deja ver una habitación completamente a oscuras. Entro primero y pulso el interruptor que hay junto a la entrada, encendiendo los fluorescentes del techo.

La luz revela filas y filas de vitrinas iluminadas, cada una albergando cuchillos de todos los tipos y tamaños, algunas con hojas que brillan con un pulido impecable, otras más oscuras con marcas de edad y uso.

Rafaella se atraganta, sorprendida por lo que la rodea, y sin esperarme se adelanta y se detiene ante a la primera vitrina, con los ojos brillando de curiosidad.

Tardo unos segundos en seguirla, mi mente lucha por entender lo que está pasando. Si el interés de mi mujer por mis coches y mis pistolas me había sorprendido, su reacción ante mi colección de cuchillos me deja extremadamente confuso.

Pasamos horas, hace unas noches, hablando de armas, no solo de nombres, sino de funcionamiento, de mecanismos, y Rafaella se bebió mis palabras como una persona sedienta en el desierto, ofrecerle enseñarle más fue simplemente una reacción, más que cualquier otra cosa.

La forma en que se abrió y dejó claro lo mucho que se sentía ignorada movió mis labios antes de que pudiera detenerlos. Pero el hecho es que, cuando pensaba en ello, simplemente no sabía por dónde empezar. Y aunque me parecía que estaría encantada de pasar días, semanas, aprendiendo sobre las armas de fuego, tenía la impresión de que no sería suficiente.

Así que decidí enseñarle mi colección de cuchillos, pero sinceramente esperaba recibir aburrimiento y frustración como respuesta, no ojos ansiosos recorriendo la sala como si guardara el secreto del mundo.

Me acerco a Rafaella, moviendo la cabeza de un lado a otro sin ninguna razón en particular.

—¿Cuántas habitaciones hay? —me pregunta en cuanto me detengo a su lado, con los ojos fijos en la puerta que comunica con la habitación contigua.

—Seis. Todas los de ese piso.

—¿Y todas son de cuchillos? ¿O hay otras cosas?

Rafaella no se queda quieta. Camina por las estanterías, agachándose y levantándose, inclinando la cabeza para ver mejor un detalle u otro, y soy plenamente consciente de que estoy dejando demasiado espacio entre sus preguntas y mis respuestas, pero no puedo evitar dejar de observarla.

—Cada una de estas salas tiene un tema o tipo específico de cuchillo —explico, siguiéndola a través del mar de vidrio y metal—. Algunas son antigüedades, otras son modernas, otras son armas para uso real. La mayoría de estas últimas están en la última sala.

—Así que cinco de las seis habitaciones son solo... ¿Para colecciones?

Se inclina para examinar un cuchillo especialmente ornamentado y su mano casi toca el cristal. Pulso un botón en la parte superior de la estantería y el cristal se abre, permitiendo el acceso a los cuchillos.

Rafaella parpadea cuando estiro la mano y tomo el cuchillo en el que ella tenía los ojos puestos.

—Este se usó en el asesinato del tercer emperador chino. Tiene más de dos mil años. La historia dice que fue bañada en veneno de una planta rara para asegurar que incluso un rasguño fuera mortal. Y aquel de allí —digo, señalando con la cabeza un cuchillo simple pero elegante,

reposando en el soporte junto al que tengo en mis manos— costó el equivalente a su peso en oro en una subasta. Es una pieza única, hecha por un herrero japonés en el siglo XVIII.

Mi mujer se vuelve hacia mí, impresionada.

—¿Cómo se consiguen estas cosas?

—Con mucha paciencia y recursos —respondo con una media sonrisa—. ¿Quieres sostenerlo? —pregunto, ofreciéndoselo. Rafaella asiente lentamente—. Por el mango. Está afilado —le indico.

Rafaella levanta la pieza y se la acerca a los ojos, observando el intrincado trabajo en el mango y la hoja.

—Es precioso... Casi puedo entender tu obsesión.

—¿Obsesión? —pregunto arqueando una ceja y Rafaella aparta la vista del cuchillo para mirarme fijamente.

—Tienes seis cuartos de cuchillos, Tizziano. Supongo que podríamos llamarlo una obsesión.

—Prefiero llamarlo colección.

—La colección de un obsesivo —dice con una sonrisa—. Pero cuénteme más.

—Eres muy exigente para alguien que me está juzgando.

—Tú me invitaste —recuerda—. Sé un buen anfitrión.

—Muy bien, seré un buen anfitrión —digo, aceptando el desafío en sus ojos.

Con cuidado, le quito el cuchillo de las manos y lo vuelvo a colocar en su sitio antes de pasar a la siguiente pieza que le llama la atención. Es un cuchillo más robusto, con marcas de batalla a lo largo de la hoja.

—Éste tiene una historia de heroísmo. La llevaba un capitán templario durante las Cruzadas. Se dice que salvó la vida de su portador en más de una docena de enfrentamientos.

Rafaella se inclina para mirar más de cerca, la fascinación clara en sus ojos.

—¿Y ésos? —pregunta, señalando una serie de cuchillos más pequeños en otro estante.

—Se trata de cuchillos arrojadizos, utilizados tanto para la defensa como para el ataque a distancia. Son letales, pero requieren una precisión absoluta.

Ella toca ligeramente el vidrio, siguiendo las líneas de los cuchillos con la mirada.

—¿Sabes usar estos también?

—Sí —confirmo, con una sonrisa segura en los labios.

Nuestro recorrido continúa, Rafaella escucha atentamente, haciendo preguntas específicas cuando una pieza o otra llama su atención.

—Y esta es la sala de la diversión —anuncio cuando llegamos a la última—. Estos son cuchillos para usar, no para coleccionar.

Aquí, las paredes que antes estaban llenas de vitrinas dan paso a un amplio espacio con mesas y soportes magnéticos que exhiben una gran variedad de cuchillos. Además de las hojas, la sala está equipada con maniquíes de entrenamiento y otros equipos necesarios para la práctica.

Los ojos de Rafaella recorren el local, con una mezcla de admiración y una ligera vacilación en su mirada. Se acerca a una mesa y examina los cuchillos que hay sobre ella.

—¿Cómo decides cuál usar?

—Depende de lo que necesites hacer —respondo, eligiendo un cuchillo de tamaño medio del soporte—. Cada uno tiene un propósito específico. —Me coloco detrás de ella y le levanto el brazo. Pongo el cuchillo en su mano, pero no la suelto—. Sostén el mango firmemente —susurro contra el lado de su rostro.

Cierro mis dedos sobre los suyos y Rafaella ajusta su agarre, concentrándose por completo en la hoja que tiene en la mano.

—¿Así?

—El equilibrio es importante —continúo, acercándola a uno de los maniquíes de entrenamiento—. Y aunque la técnica y el lugar del impacto son cruciales, la conciencia del entorno es igual de fundamental.

Moviendo su brazo, demuestro un movimiento en el aire, sin tocar el muñeco, solo para ilustrar la importancia de la postura y el movimiento fluido. Rafaella observa atentamente y luego intenta imitar el gesto con cautela.

—Me siento como una aprendiz de ninja —dice riendo.

—Todos empezamos inspirados en algo —recalco—, pero espero que pronto te sientas como una aprendiz de mafiosa.

Suelta una sonora carcajada.

—Ups... Parece que ofendí a mi instructor sin querer.

—No te preocupes, puedes redimirte más tarde —le digo al oído—, desnuda.

54

RAFAELLA CATANEO

—La clase de cuchillos era sin duda más divertida —me quejo, malhumorada. Cada músculo de mi cuerpo protesta por el esfuerzo de los ejercicios previos mientras se prepara para el siguiente.

Tizziano me sacó de la cama a las seis de la mañana y me obligó a ir al gimnasio con él. Según mi marido, si vamos a tener clases de defensa personal, es importante que yo esté bien físicamente.

Así que, después de mantenerme despierta toda la noche, me sacó de la cama con solo dos horas de sueño, me hizo correr en la cinta durante veinte minutos y ahora me tortura con sentadillas. En este momento, lo odio.

—Tomo nota, *princesa* —dice mientras se levanta del banco donde estaba haciendo un ejercicio con una barra de hierro muy pesada—. Te prometo que la próxima vez me esforzaré por hacerte cambiar de opinión.

—¿Por qué eres tan insoportable?

Tizziano se ríe.

—No puedo creer que haya tardado casi tres meses de matrimonio en descubrir que eres malhumorada por las mañanas.

—Eso es porque has sido un buen marido y me has dejado dormir.

Camina hacia mí y se detiene de frente. Mientras me pongo en cuclillas, sosteniendo el peso de cinco kilos que hace que sienta que se me van a caer los brazos, Tizziano también se pone en cuclillas.

—¿Así que admites que soy un buen marido? —se burla.

Me levanto y él hace lo mismo.

—Lo único que estoy dispuesto a admitir ahora mismo es que eres el peor ser humano del mundo.

—Sabes que puedes volver a dormir después de que me vaya a trabajar, ¿verdad?

—No, no puedo porque tengo que ver al arquitecto que va a remodelar el baño de la

habitación de invitados.

—¿Por qué estamos remodelando el baño de la habitación de invitados?

—Porque tenía una fuga que destruyó el revestimiento. Ya está reparado, pero sigue viéndose mal.

Tizziano entrecierra los ojos, como si sospechara de mi cuidado por la casa, pero no dice nada.

—Muy bien, quejosa. Puedes dejar de hacer sentadillas.

—¡Gracias a Dios! —gimoteo, tirándome al suelo. Sin embargo, justo cuando estoy a punto de tumbarme y morir allí, mi marido me agarra las manos y chasquea la lengua.

—No, no, no. Ahora, sí, podemos empezar.

—¿Qué quieres decir con empezar?

Mi voz suena aguda.

De mala gana, me levanto con los ojos muy abiertos. Tizziano se ríe, le parece muy gracioso, aunque estoy segura de que no se ha acostado con un payaso, porque la única persona en la cama aparte de él era yo.

—Solo estabas calentando, *Bambola*.

—¡Me estaba muriendo! ¡Me estabas matando!

Mis protestas solo sirven para que se ría más. Si lo matara aquí, ¿podría decir que tuvo un accidente? ¿Alguien creería si digo que dejó caer la pesa en su propia cabeza?

—No, no estás muerta. Pareces muy viva para mí.

Tizziano se coloca detrás de mí, moviendo cada parte de mi cuerpo a su antojo, posicionándome frente al espejo en la pared más larga del gimnasio de nuestra ala.

Una gota de sudor me resbala por el cuello, y lo siguiente que siento es la lengua de Tizziano lamiéndomela. Me estremezco por todo el cuerpo, y paso de estar agotada e irritada a estar caliente y encendida en una fracción de segundo.

Obviamente, se da cuenta de mi cambio de postura, sobre todo porque se me ven los pezones a través de la camiseta de gimnasia.

—¿Has visto lo viva que estás? —se burla.

—¡Eres un cretino!

—Solo intento asegurarme de que tienes la resistencia y la agilidad necesaria para

defenderte en cualquier situación.

—Eso es mentira. Todo es solo una excusa para verme sufrir.

—Luego te daré un masaje —promete, y yo pienso unos segundos.

—¿Qué tipo de masaje?

—Una en la que estarás desnuda. —Resoplo, pero dejo de quejarme. Tizziano vuelve a reírse de mí. *¡Stronzo!*—. Empecemos con algo básico. Te voy a enseñar a liberarte de alguien que te agarra por detrás —explica, su voz cercana a mi oído me pone la piel de gallina y me hace concentrarme a pesar del cansancio. Con movimientos lentos, simula el ataque, dándome la oportunidad de sentir cada paso del proceso de defensa. Cada punto de contacto entre nuestros cuerpos me hace estar más alerta que el anterior—. Ahora empujas hacia atrás con las caderas, así. Y al mismo tiempo, golpeas con el codo.

Sigo sus instrucciones, sorprendida por la eficacia del sencillo movimiento.

—Ves, no era tan difícil, ¿verdad? —se burla y yo me niego a contestar.

Lo repetimos varias veces, primero con Tizziano moviendo mis extremidades y luego conmigo haciéndolo sola. Solo cuando puedo hacerlo perfectamente sin ayuda pasamos a otro ejercicio.

Mi marido se detiene delante de mí. Esta vez se centra en cómo defenderme de un ataque frontal. Tizziano sonríe y me rodea la cintura con las manos. Se inclina hacia mí, su cálida exhalación me roza los labios, el olor de su sudor me provoca el olfato y su corpulento cuerpo roza el mío cada vez que puede.

—Vamos, *Bambola*. Deshazte de mí —dice, después de explicar cómo—. Trata de desequilibrarme, crea una oportunidad para que puedas escapar.

Después de decir eso, aumenta el agarre de mis muñecas. Me relamo y arqueo la espalda, frotando los pechos contra su torso.

—Tal vez no quiero tener la oportunidad de escapar —digo en voz baja, y me pongo de puntillas, intentando besarle la boca, pero él se echa hacia atrás, apartándose de mi alcance.

Tizziano ríe roncamente y acerca aún más nuestros rostros.

—Si terminas tu entrenamiento, te prometo que te comeré antes de ir a trabajar. En la ducha.

Aprieto un muslo contra el otro mientras sus palabras llenan mi mente de imágenes.

—Si es mi día, ¿no debería poder elegir cómo quiero pasarlo? Porque ahora mismo me

gustaría que me eches un polvo ahí mismo, en ese banco —arremeto señalando con la cabeza el último aparato que ha utilizado Tizziano.

Su determinación ni siquiera flaquea. Odio que pueda mantener tanto el control de sí mismo cuando yo siento que prácticamente me disuelvo.

—Puedo cogerte ahí también, *principessa*, pero solo si terminas tu ejercicio. Tú pediste las lecciones, y yo soy un profesor muy comprometido.

—¡En volverme loca, solo si es eso! —gruño.

—Para eso también —me asegura, guiñándome un ojo.

55

RAFAELLA CATANEO

Me pregunto si la situación ha cambiado y ahora es mi ángel de la guarda quien se cuestiona si estoy borracha. Pero sigo caminando como si perteneciera a este lugar. Ignoro las miradas curiosas que me lanzan a cada paso hacia el centro de entrenamiento de La Sagrada.

El paquete en mis manos parece quemar, pero no es por la temperatura del sándwich dentro. Es la ansiedad, devorando mi estómago, lo que hace que mi cuerpo parezca estar en llamas.

Después de dos semanas de entrenamientos diarios con Tizziano, no pude contener mi curiosidad. Sé que debería haberle preguntado en lugar de simplemente aparecer en la puerta del centro de entrenamiento, pero el "no" ya lo tengo. Y confío en que Tizziano, si decide no dejarme entrar, lo hará de una forma que no me humille.

—Señora —me saluda el guardia en la puerta, y mantengo la cabeza en alto, aunque sé que la única palabra que salió de su boca en realidad significa "Detente ahí, estás loca".

Es el mismo guardia que estaba cuidando la torre de Tizziano cuando también aparecí sin avisar. Hoy, sin embargo, tiene el brazo enyesado.

—*Ciao*. Buenas tardes. Vine a ver a mi esposo. Infórmale que estoy aquí —ordeno, haciendo mi mejor imitación de Anna Cataneo.

El hombre me mira fijamente durante un segundo, como si mis palabras hubieran producido algún tipo de cortocircuito[25] en su cerebro, pero luego toma el radio colgado en su cinturón y empieza a hablar con quien esté del otro lado.

Me esfuerzo por no dar golpecitos con el pie en el suelo ni mostrar ningún signo de ansiedad. Pasan minutos que podrían ser horas antes de que el soldado asiente con el ceño fruncido.

—La llevaré con él, señora.

Mi lengua se muerde sola para no agradecer, pero me detengo. Anna no lo haría. El hombre entra en el centro de entrenamiento y yo lo sigo. Otra batalla es no dejar que mis ojos curiosos examinen cada centímetro del lugar al que entramos.

El centro de entrenamiento de La Sagrada es enorme. Podrían caber cuatro o cinco

gimnasios gigantes aquí dentro. La pared donde está pintado el símbolo de La Santa, desde el suelo hasta el techo, debe medir al menos seis metros de altura.

Cruzamos un largo pasillo, flanqueado por ringues y equipos de musculación, hasta que veo al subjefe, parado en la puerta abierta de una sala. Sus brazos están cruzados sobre el pecho y la expresión en su rostro es totalmente indescifrable.

A medida que avanzo, los hombres parecen apartarse de mi camino, siempre mirando al suelo o hacia el otro lado del centro de entrenamiento. No entiendo por qué, hasta que vuelvo a mirar a Tizziano y me doy cuenta de que su expresión indescifrable está reservada solo para mí.

A los demás los mira con la ferocidad de un auténtico jefe que infunde miedo, el mismo del que todos hablan. Solo entonces me doy cuenta de que nunca había visto esa expresión en su rostro antes. Cuando los ojos de Tizziano vuelven a mí, retoman esa mirada imposible de interpretar.

—Subjefe —le saluda el soldado que me acompañaba y mi marido se limita a asentir.

Hace un gesto para que entre en su oficina y obedezco. Tizziano entra detrás de mí y, en cuanto cierra la puerta, lanza la pregunta.

—¿Me extrañaste, *Bambola*?

Su aire es arrogante, pero la forma en que me mira... Es casi como si los pocos segundos durante los cuales me vio caminando fueron suficientes para él para descifrarme.

—En realidad, tenía curiosidad por ver cómo entrenan los hombres de La Sagrada —digo de inmediato, caminando hacia las ventanas—. Pero te traje un bocadillo. —Golpeo el paquete contra su pecho y lo suelto.

Bajo una de las persianas y miro a través de ella en cuanto alcanzo el vidrio. La oficina de Tizziano está justo en el centro del lugar, así que tengo una buena vista de todo lo que está sucediendo allá afuera.

—Puedes abrir la persiana, *Bambola*. El vidrio es polarizado, nadie te verá espiar.

—No estoy espiando —me defiendo—. Pero sigues diciendo que la rutina asesina de ejercicios que me haces hacer cada mañana no es nada, quería verlo con mis propios ojos.

—Ajá —murmura, y por los sonidos que escucho, ha vuelto a sentarse en su silla.

No sé cuánto tiempo estuve observando lo que ocurría en el centro de entrenamiento antes de darme por satisfecha, pero durante cada segundo sentí la mirada de Tizziano clavada en mí. Su atención iba y venía mientras intentaba lidiar con mi invasión de su espacio.

Me siento derrotada cuando me doy cuenta de que mi marido tenía razón. La secuencia de ejercicios que hago es ridícula comparada con los que se practican aquí. ¡*Stronzo*!

—¿Y bien? —pregunta con una sonrisa condescendiente cuando me giro hacia él. Respiro hondo y me niego a contestar.

Deambulo por el enorme despacho, recorriendo con el dedo los lomos de los libros de las estanterías y los modernos muebles grises de madera clara. Se parecen mucho a los muebles de oficina que Tizziano tiene en casa.

El salón está abarrotado de papeles, hay montones en prácticamente todas las superficies: mesas, aparadores e incluso los sofás.

—Esperaba un poco más de acción en el trabajo del subjefe —digo, al terminar de recorrer la sala, y deteniéndome justo frente a Tizziano, apoyada contra su escritorio.

Se reclina en la silla, entrelaza los dedos sobre el vientre y se humedece los labios despacio, casi analíticamente, mientras sus ojos recorren mi cuerpo de abajo hacia arriba, acariciando y calentando cada parte que es vista.

Un escalofrío me recorre la espalda ante su escrutinio silencioso. Tizziano no me responde. Se gira en la silla, saca las piernas de debajo de la mesa y se lleva las manos al cinturón mientras me mira como un cazador a su presa.

Mi corazón se acelera y mis piernas se tambalean.

No debería disfrutar tanto de esto, ¿verdad? ¡Madre mía! ¿Qué me está pasando?

—¿No te estoy dando suficiente acción, *Bambola*? —Las palabras son pronunciadas casi en un susurro, y aunque hay por lo menos treinta centímetros entre nosotros, es casi como si pudiera sentir su cálido aliento contra mi oído, disparando electricidad a través de cada uno de mis nervios—. ¿Para eso has venido, Rafaella? —me pregunta, mientras termina de desabrocharse el cinturón y empieza a desabotonar los pantalones, y luego baja el cierre—. ¿Por acción? ¿Y esa curiosidad fue solo una excusa barata?

¿Será? Repito la pregunta mentalmente. Mis pechos pesan y mi centro palpita. Respiro por la boca entreabierta, sintiendo una fina capa de sudor acumulándose sobre ella, a pesar del aire acondicionado encendido.

La risa ronca y burlona de Tizziano, que anuncia que conoce todas las reacciones de mi cuerpo, no hace más que ponerme más caliente. Se saca la verga de los pantalones y se acaricia de arriba abajo con un apretón que me hace estremecer las palmas de las manos.

—Ah, Rafaella, estás demostrando ser una puta deliciosa. Arrodíllate.

¡Oh, mi Dios! ¡Me llamó puta! ¡Una terrible puta! ¿Y cómo debo reaccionar? Obedeciendo.

Me arrodillo frente a él, quedando entre sus piernas, y su mano libre se enreda en mi cabello mientras la otra mano roza la gruesa cabeza de su verga contra mis labios. Respiro profundamente, y su olor domina cada uno de mis sentidos. Cierro los ojos, disfrutando las sensaciones, la textura.

Cierro los ojos, disfrutando de las sensaciones, de la textura.

—¿Es eso lo que querías, Rafaella? —me pregunta, golpeándome la cara con su verga dura—. ¿Para eso has venido? —Saco la punta de la lengua, deseando probar un poco de él, pero Tizziano me tira del pelo, alejándome de lo que quiero—. Responde primero, *Bambola*, la recompensa vendrá después.

—Sí, sí, fue por eso —admito.

—Entonces chúpamela.

Chupo la verga venosa con avidez, gimiendo al sentir cómo el sabor salado inunda mi lengua. Agarro con una mano los huevos de Tizziano, masajeándolos, mientras la otra trabaja en la base, apretando arriba y abajo como él me ha enseñado.

Rodeo la punta con la lengua y deslizo los labios por toda la cabeza, retrocediendo cuando llego al frenillo, y avanzando un poco más después. Poco a poco, me la trago entera, yendo y viniendo, chupando y lamiendo, hasta que la siento en lo más profundo de mi garganta, y trago.

Él gime bajo, con un sonido ronco, y saber que soy yo quien lo está llevando a eso… Sus ojos no se apartan de los míos ni por un segundo mientras lo chupo, y eso, junto a todas las sensaciones de tenerlo en mi lengua, en mis manos, me vuelve loca de deseo.

—¿Quieres que te llene de semen tu boca, Rafaella? —Niego con la cabeza, y él me jala del cabello hasta que un chasquido lo saca de mis labios. En segundos, estoy sentada en su regazo, sus piernas entre las mías, su verga dura entre nosotros—. Entonces, ¿qué es lo que quieres? —susurra en mi oído, y luego su nariz lo recorre. Tizziano me respira, lamiendo y soplando mi cuello después.

—Dentro de mí. Quiero que me llenes de semen dentro mío —pido, arqueando mi cuerpo para frotarme contra él, moviéndome en su regazo en busca de cualquier contacto.

Él se ríe. El imbécil se ríe.

—Ah, *Bambola*... ¿Te olvidaste? Yo también quiero, pero me hiciste prometer que no te

cogería en público, y esa ventana... —me recuerda, mirando hacia la pared por donde espié el centro de entrenamiento antes de chasquear la lengua.

Sería capaz de abofetearlo aquí y ahora, si no tuviera cosas más importantes que hacer primero.

—Por favor —suplico, porque sé que es lo que este cabrón quiere—. De cualquier manera, pero solo dame tu verga, ¡la necesito!

Mi pecho sube y baja, jadeante, con el deseo corriendo furiosamente por mis venas mientras el corazón me late en la garganta.

—Como quieras, mi putita.

Tizziano se levanta y en pocos pasos me aprieta contra la ventana de su salón. Me da la vuelta y su cálido pecho se pega a mi espalda. Incluso a través de la tela de nuestra ropa, su calor me quema.

Sus dedos se meten bajo mi vestido y dentro de mi tanga con brutalidad. Mi boca se abre en un gemido largo al sentirlos deslizarse por mi vagina completamente mojada.

Mi aliento empaña el cristal oscuro y, aunque sé que el polarizado nos protege, es imposible no sentir que se me acelera el pulso ante esta amenaza vacía, pero eso no me impide revolcarme en tus dedos, desesperada por más contacto.

—Nadie puede verte, *Bambola*, pero si gimes, podrían oírte, y no queremos eso, ¿verdad? —Me mete dos dedos y no hago más que gemir. Cuando no respondo, deja de moverse y repite la pregunta—. ¿Queremos?

—No —consigo forzarme a decir—. No.

—No, *principessa*. Eres mi putita y el único hombre que puede escucharte gemir soy yo, así que vas a acabar en mi verga, pero lo harás en silencio.

—No sé si podré hacerlo —admito con desesperación.

—Si haces un ruido, me detengo.

—Tizziano... —lloriqueo.

—No volveré a avisarte.

Aprieto los labios, las manos abiertas sobre el vidrio resbalan con cada embestida de sus dedos entrando y saliendo de mí. Cierro los ojos con fuerza, mi mente es un caos de sensaciones, deseos y sonidos reprimidos.

La mano libre de Tizziano baja por mi escote y aprieta mi pezón, echo la cabeza hacia

atrás golpeándola contra su hombro, la presión de no poder emitir ningún sonido hace que mis ojos se llenen de lágrimas, el desespero, la necesidad, me consumen y me aturden en olas gigantes de placer.

—Por favor —susurro en un tono casi inaudible, porque no podré soportar acabar en silencio otra vez—. Por favor, Tizziano.

Cuando deja de tocarme y oigo que se mueve, casi me estremezco de alivio, pero dura poco, casi nada. Siento cómo se pone el preservativo, luego la ajusta alrededor de mi entrada, y cuando me la mete toda de golpe, siento que voy a convertirme en nada más que polvo, porque mi cuerpo va a desmoronarse, a pulverizarse.

Mis ojos se abren de par en par, la sensación de plenitud recorre todo mi cuerpo en frenéticos ascensos y descensos que no dejan espacio para nada más que ella. Me duele la garganta por la fuerza que empleo en tragarme mi grito.

Tizziano entrelaza sus dedos con los míos, me sujeta las manos al cristal, retira las caderas y vuelve a penetrarme con fuerza y rapidez. Pongo los ojos en blanco y no hago otra cosa que sentir hasta que me destruye por completo un poderoso orgasmo que borra mi existencia de la faz de la tierra, dejando tras de mí nada más que un cuerpo usado.

La única razón por la que no me caigo es porque Tizziano me sujeta, sin dejar de empujar dentro de mí, persiguiendo su propio orgasmo. Y cuando lo encuentra, me besa el cuello antes de susurrarme.

—Sabía que nos divertiríamos mucho juntos, *Bambola*.

56

RAFAELLA CATANEO

—Esa bañera es definitivamente la mejor ventaja de haberme casado contigo.

Soplo un montón de espuma con la palma de la mano y pequeñas burbujas vuelan por el cuarto de baño hasta que estallan en alguna superficie.

—¿La mejor, eh? —pregunta Tizziano, empujando sus caderas y frotando su verga contra mi espalda.

—Si fueras tan grande como esta bañera, no habría quedado nada de mí después de nuestra noche de bodas. ¡Ten piedad! —Él se ríe a carcajadas, y siento la vibración en mi propio cuerpo, el agua a nuestro alrededor balanceándose—. ¿Por qué mataste a mis prometidos, Tizziano? —disparo la pregunta que lleva semanas rondando mi mente y que en los últimos días ha empezado a consumir mis pensamientos con una intensidad insoportable.

Tengo muchas preguntas para Tizziano, pero siento que esta, más que cualquier otra, necesita respuesta.

Quizás estoy siendo ingenua o tonta, o ingenua y tonta, pero... ¿seré solo una más de las muchas obsesiones de Tizziano Cataneo? ¿O hay alguna posibilidad, aunque sea mínima, de que realmente tengamos sentimientos el uno por el otro? ¿O al menos, estemos dispuestos a intentarlo?

Porque cuando estamos así, conversando, riendo, compartiendo una vida, no parece que todo esto sea solo una obsesión. Funcionamos. Mejor de lo que jamás hubiera imaginado, si hubiera amor de por medio...

¿Es una tontería de mi parte pensar en esto?

No lo sé, pero estoy harta de intentar adivinar qué pasa por la cabeza psicótica de mi marido. Me doy la vuelta en la bañera, metiendo el costado de mi cuerpo entre sus piernas para poder verle la cara cuando me conteste.

—¿No es evidente, *Bambola*? —respondió despreocupado, rozando con la punta de su nariz la línea de mi mandíbula—. Eras mía, y nadie iba a quitarme lo que me pertenece.

—¿Solo eso? —pregunto seria, necesitando saber.

Tizziano se encoge de hombros.

—Siempre he sido un hombre práctico, Rafaella.

—¿Fue por capricho, entonces? ¿Eso fue?

—¿Por qué es importante saber eso?

Frunce el ceño.

—Es importante, responde.

Tizziano tarda un poco en contestar, como si realmente se lo estuviera pensando.

—¿Qué otra razón podría haber?

La respuesta me haría reír si no me hiciera sentir indignada. Entrecierro los ojos mirando a Tizziano, pero no digo nada, me limito a asentir con la cabeza. ¿Qué otra razón podría ser? Muy bien.

Me doy la vuelta en la bañera, dándole de nuevo la espalda.

—¿Crees que Don engaña a Gabriella? —Cambio de tema y Tizziano se atraganta.

—¿De dónde vienen estas preguntas?

—¿Sí o no?

—¿Y por qué es importante saberlo?

—Porque estoy planeando dar una lección a algunas señoras a las que les encanta hacerse pasar por superiores, pero llevan cuernos más grandes que los renos de Santa Claus, pero si mi amiga está incluida en esa clase, nunca la expondría así.

De nuevo, la risa de Tizziano retumba en mi cuerpo.

—¿Quieres que te ayude? —me ofrece y lo miro por encima del hombro.

—¿Me ayudarás?

—Por si no lo recuerdas, me ofrecí a matarlas. Lo que sea que estés planeando no puede ser peor que eso.

Parpadeo y me muerdo el labio. La capacidad de Tizziano para simplificar las cosas que no son simples me saca de quicio.

—¿Eso significa que no crees que Don esté engañando a Gabriella?

—Sé que no la engaña.

—Entonces, sí. Quiero tu ayuda.

57

TIZZIANO CATANEO

—¿Por qué no hay un elevador aquí? ¿Puedo mandar instalar uno?

Rafaella sube prácticamente a rastras las escaleras después del entrenamiento de defensa personal que se ha convertido en parte de nuestra rutina matutina. Me río, sujetándola y obligándola a seguir avanzando.

—Porque sería un sacrilegio derribar un castillo de más de setecientos años solo por pereza. Y no, aquí no se puede instalar un ascensor.

Ella murmura algo entre dientes, probablemente los peores insultos que puede dedicarme.

El aroma a café, mientras nos acercamos a nuestra ala, me sorprende, pero no digo nada. No hasta que llegamos a la sala de estar y veo, al otro extremo de la habitación de planta abierta, la mesa puesta.

Rafaella va directamente hacia allí y se deja caer en la silla, tomando ya la jarra de jugo y vertiéndola en un vaso.

—¿Te vas a quedar ahí parado? —me pregunta cuando no me muevo, pero ni siquiera me mira. Simplemente empieza a servirse y a comer.

No desayunamos juntos. Nunca tomamos un café juntos.

Solía salir de casa antes de que ella se despertara y, ahora, después del entrenamiento, lo único que "desayuno" antes de ir a trabajar es a la propia Rafaella, que vuelve a la cama exhausta justo después.

Me siento a la mesa con ella, en el lugar de siempre, en la cabecera, pensando que una taza de café no me va a retrasar, ni nada por el estilo. Y desde que comenzamos a cenar en el ala de mis padres, realmente he extrañado compartir la mesa solo con Rafaella.

Pero una mirada a los alimentos servidos es suficiente para saber que no hay forma de que solo tome café. La mesa está llena de mis favoritos: panes, pasteles y dulces. Cosas que generalmente no me permito disfrutar, pero... ella se esforzó. La verdad es que siempre se

esfuerza.

Esto me mantiene constantemente en alerta, porque todavía creo que algún día voy a terminar envenenado. La facilidad y el entusiasmo con los que Rafaella ha abrazado el papel de ama de casa no pueden ser reales. Tiene que ser una actuación.

Ella sigue desafiándome todo el tiempo, pero eso me fascina más que cualquier otra cosa. Y su pregunta, unas noches atrás, sobre por qué maté a los hombres con quienes su padre se atrevió a comprometerla... Aunque le respondí a la ligera, la respuesta honesta es que no, no fue solo por capricho.

¿Entonces, por qué?

No puedo decirlo, pero siempre hubo mucho más que el simple deseo de tener a Rafaella para mí solo, comandando mis acciones. Desde el momento en que ella me desafió por primera vez, hubo una verdadera necesidad. Ella era mía, y nada ni nadie se interpondría en mi camino.

Pensaba que era solo sexo, que su temperamento insoportable y su cuerpo ardiente me volvían loco y eso era todo, pero vivir con Rafaella es mucho más fácil de lo que jamás hubiera imaginado.

Su curiosidad es divertida y la forma en que simplemente no se echa atrás ni se asusta ante cosas que sé que harían vomitar a la mayoría de las mujeres de nuestro mundo... Es intrigante.

Rafaella me intriga. Es una caja llena de preguntas para las que no tengo respuesta y que cada día quiero desentrañar más. No se anda con juegos y siempre es directa en lo que quiere saber.

Y aunque después de casi tres meses de matrimonio hemos creado una especie de rutina, los días con ella nunca son iguales.

Y el mero hecho de pasar los días con ella, y no solo las horas que tenemos sexo, es increíble. Nunca fue parte de mi plan, pero hay algo irresistible en su presencia. Algo que constantemente me atrae, me provoca, esté Rafaella desnuda o no.

—¿Te importa que vaya a Messina esta tarde? —pregunta de repente, eligiendo entre los panecillos de chocolate que hay sobre la mesa.

—¿Messina?

—Sí, habrá un festival de Santa Martina, es muy bonito. Me gustaría verlo. —Parpadeo ante la explicación, tratando de entender por qué me está pidiendo permiso. Sí, es en otra ciudad, pero...—. Quizás me retrase para la cena. Si eso es un problema para ti, entonces no voy.

Evito fruncir el ceño, pero eso no impide que mi desconfianza crezca hasta el tamaño y la forma de Rafaella. Tolera las cenas familiares por obligación. ¿Por qué le importaría perderse una?

—No me molesta —respondo, observándola atentamente en busca de cualquier señal que su cuerpo pueda darme de que sus motivos, o su destino, son otros, pero no encuentro nada.

Ni un suspiro de alivio, ni un movimiento sutil de hombros, ni una sombra de sonrisa satisfecha. Rafaella solo asiente y finalmente toma un panecillo.

—Gracias —dice antes de metérselo en la boca.

Quizás hoy sea el día en que va a buscar el veneno, porque no hay ni la menor posibilidad de que su verdadero destino sea un festival religioso.

¡Ah, Rafaella!... Casi me engañas.

***

Ella está en un festival religioso.

Desde el balcón de un viejo restaurante, veo a Rafaella riendo y agitando una banderita roja, el color de Santa Martina, reunida con una pequeña multitud en la acera, viendo pasar la procesión por la calle.

Llevo horas siguiéndola y aún no me creo que me haya pedido permiso. ¿Por qué iba a pedirme permiso? ¿Por qué se preocuparía por un puto baño de la habitación de invitados? ¿Por qué se preocuparía de servirme solo lo que me gusta para desayunar?

No lo sé. Y nada de lo que hace en las siguientes horas responde a ninguna de estas preguntas. Sigo todos sus movimientos por Messina, esperando que en algún momento haga algo más que participar en un festival, pero no sucede.

Compra recuerdos, come e incluso baila. Habla con algunas personas, pero nada que parezca ni remotamente sospechoso. Y cuando el día llega a su fin, el cielo cambia de azul a naranja, su chófer me llama para decirme que Rafaella le ha dado un lugar donde recogerla.

Exactamente el mismo lugar donde la veo esperándolo.

Despido al soldado encargado de la seguridad y el transporte de Rafaella y me dirijo al vehículo todoterreno que dejé aparcado cerca de donde bajó mi mujer al llegar a Mesina. Conduzco hasta donde ella está esperando a su chófer y me detengo a su lado.

Bajo la ventanilla delantera antes de que Rafaella extienda la mano hacia la manija del asiento trasero, porque ya sé que nunca espera que el chofer abra su puerta.

—*Ciao, Principessa*.

—¿Tizziano? —Parpadea, realmente sorprendida por mi presencia. Con el ceño fruncido, Rafaella abre la puerta del copiloto y se sienta a mi lado—. ¿Qué haces aquí? —me pregunta, volviéndose hacia mí.

—Te seguí.

58

RAFAELLA CATANEO

Me siguió.

Repito las palabras mentalmente, intentando darles sentido, pero no funciona.

—¿Por qué?

Giro el cuerpo para mirar a Tizziano justo cuando arranca el todoterreno.

—No podía creer que realmente me hubieras pedido permiso solo para ir a un festival.

Suelto una risa seca.

—Al menos eres honesto.

—Siempre he sido sincero contigo.

—Sí, pero por alguna razón crees que yo te miento. —Las palabras son pronunciadas en un tono mucho más agudo de lo que había planeado, pero es imposible evitar que la indignación corra por mis venas. *El idiota me siguió*—. ¿Te sobró tiempo o qué? ¿Ya terminaste la montaña de papeles que inundaban tu escritorio?

—La verdad es que no. Pero saber lo que ibas a hacer era más importante. —La mirada limpia en su cara solo me hace enojar más—. ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué me pediste permiso?

—Lo he explicado. —Levanto la voz y cierro los ojos y los puños, respirando hondo. *No, Rafaella, no puedes darle un puñetazo en la cara, por mucho que lo desees o por mucho que Tizziano se lo merezca*. Exhalo lentamente antes de volver a hablar—. Podría haberme retrasado para la cena. No quería salir sin que estuvieras al tanto.

—¿Pero por qué? ¿Por qué te importaría que yo lo supiera?

—¡Porque tenemos un acuerdo! —Esta vez, sin aliento, mi voz suena tan baja y controlada como me gustaría—. Yo hago mi parte, tú haces la tuya. Los días son míos, las noches son tuyas. Y podría haber invadido el espacio que acordamos que era tuyo. ¿Qué tan difícil es entender eso?

—Comprender es fácil, creerte era un poco difícil.

Un fuerte suspiro sale de mi garganta mientras miro a mi marido con incredulidad.

Que Dios me perdone por la blasfemia, pero ni siquiera la tortura sufrida por Santa Martina fue tan devastadoramente irritante como tratar con Tizziano Cataneo.

***

—Estás enfadada —dice Tizziano, sentado en el sillón junto a la chimenea del dormitorio cuando salgo del vestidor después de haberme duchado y cambiado para la maldita cena.

Ir a la ala de su madre hoy es una decisión peligrosa. Estoy a punto de explotar y si Anna me provoca, realmente no sé de lo que soy capaz. Exhalo con fuerza, vaciando mis pulmones de golpe, pero sigo tan furiosa como antes.

—Y tú eres un genio. —Me agarra de la muñeca cuando intento pasar por delante de él y, con un suave tirón, me acerca, sentándome en su regazo, de lado—. O tal vez no lo seas, si crees que tenerme tan cerca es una buena idea ahora mismo.

Tizziano se ríe y se humedece los labios, luego me besa el brazo, el trozo de piel más cercano a sus labios.

—Tan enfadada... —Me muevo para levantarme, pero él me sujeta por la cintura, manteniéndome en mi sitio—. ¿Por qué? ¿Hubieras preferido que te mintiera?

—¿Por qué? —pregunto y la indignación hace que mi voz suene chirriante—. ¿Por qué?

—Eso es exactamente lo que he preguntado.

—¡Porque eres un hipócrita, Tizziano Cataneo!

Cada palabra que digo hace que la ira suba por mis venas, y la cara de sorpresa de mi marido tras esta acusación no hace más que potenciar mi rabia.

—¿De verdad? —Ladea la cabeza, como si sintiera curiosidad, y juro por Dios que si no me suelta pronto, me agarraré a su fuerte cuello y lo estrangularé—. ¿Por qué?

—¡Porque tienes la desfachatez de decirme que no soy de fiar, de seguirme porque no creíste en mi palabra, pero sigues usando condón cada vez que tenemos sexo! Dios sabe qué andas haciendo por ahí. ¿Te sigo yo a ti por eso, Tizziano? ¡No! ¿Te cuestiono? ¡Tampoco! ¡Y aún así, la que no es digna de confianza soy yo!

Tizziano abre la boca y echa el cuerpo hacia atrás hasta apoyarse en el respaldo del sillón. Su agarre a mi alrededor se afloja y aprovecho para levantarme y poner distancia entre nosotros.

Le doy la espalda, más enfadada que nunca, porque hablar del maldito condón nunca estuvo en mis planes, pero desde que tuvo el descaro de decirme a la cara que creer en mí era difícil, en mi cabeza no cabía otra cosa que la ofensa. ¿Cómo se atrevía?

Presiono mis manos contra mi rostro y cierro los ojos, respirando profundo. *Uno, dos, tres, Rafaella. Uno, dos, tres.* Me concentro en la cuenta, esforzándome por desacelerar mi corazón. Un esfuerzo que se va a la mierda en cuanto siento a Tizziano detrás de mí.

Su brazo vuelve a rodear mi cintura y me da la vuelta, dejándonos frente a frente.

—Te diré lo que he estado haciendo en la calle, *Bambola.* —Pasa una mano por mi cabello y yo ruedo los ojos. Aunque odio la idea de escuchar lo que tiene que decir, no le doy el gusto de admitirlo—. Trabajo, la mayor parte del tiempo, ahogado en papeleo, como bien lo has visto. Y siendo honesto, he estado más lento de lo que debería. ¿Sabes por qué, Rafaella? —La última pregunta la susurra en un tono que me hiela la piel a pesar de toda mi rabia. No le hago frente, me niego, incluso cuando la pausa de Tizziano se hace demasiado larga—. Porque más veces de las que puedo contar, *Principessa*, me pierdo en mis pensamientos, imaginando, planeando todas las formas en que voy a hacer que te mojes y acabes en infinitos orgasmos en cuanto entremos en esta habitación. —Mi cuerpo me traiciona y mi cara se vuelve para encontrarse con la mirada de Tizziano. Su pulgar recorre mi mandíbula, luego mi garganta y vuelve a mi mejilla—. La única vulva que me como es la tuya, *principessa*. La única boca que me cojo es la tuya. Y la razón por la que uso condón es porque creo que tomar anticonceptivos, o no, debe ser una decisión tuya, no mía, al igual que el momento de tener hijos. Y supuse que no sería ahora. ¿Me equivoqué?

Parpadeo, procesando sus palabras y pensando que las he entendido completamente mal, pero no había muchas interpretaciones posibles para ellas, ¿verdad? Así que le doy la única respuesta posible.

—¿Qué?

59

TIZZIANO CATANEO

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Jab, jab, gancho! ¡Jab, jab, gancho! —la guío mientras Rafaella gruñe, pero sigue mis indicaciones, golpeando mis palmas abiertas frente a ella.

—¿Por qué me odias? —gimotea, usando el brazo para secarse el sudor de la frente.

Después de media hora de calentamiento, el sueño ha desaparecido de su rostro enrojecido. Su cabello recogido en un moño desordenado está húmedo en las raíces, con algunos mechones pegados a su frente y cuello sudados. Rafaella es un desastre, pero tan hermosa y encantadora como siempre.

—No te odio. Estoy tratando de entrenarte. Esquiva a la derecha, esquiva a la izquierda, patea.

—¡Es domingo! —protesta, haciendo otra secuencia. —¡Siete de la mañana de un domingo, Tizziano! ¡Siete! ¡De la mañana! ¡De un domingo!

—Y tu cuerpo no lo sabe. Para él es un día como cualquier otro. Bien, jab, esquiva a la derecha, jab y esquiva a la izquierda.

—Puede que no me odies, ¡pero yo te odio a ti!

Su mal humor me hace reír.

—Deberías apreciar mi dedicación, esposa. Es la primera vez en semanas que consigo tener libre un domingo entero, ¿y en qué lo estoy invirtiendo? Agáchate, levántate, jab, agáchate, levántate, patea, agáchate, levántate, jab y patea.

Rafaella me lanza una mirada asesina antes de empezar la siguiente secuencia, pero lo hace.

—A mí me parece que estás disfrutando de tu tiempo libre de la forma que más te gusta, torturando a alguien, en este caso a mí.

—Descansa, gruñona. —Baja los brazos y tomo una botella de agua en la esquina del ring, ofreciéndosela. Rafaella la acepta y bebe ansiosa—. Y mi forma favorita de torturarte es la que te hace gemir, no la que te hace quejarte como una vieja amargada.

—¡Podríamos estar haciendo exactamente eso ahora mismo!

—Lo haremos —le aseguro, robándole un beso rápido—. Después del ejercicio. Pensé que te gustaría entrenar aquí.

—Quizá me hubiera gustado que me dejaras dormir más de una hora y media esta noche.

—No era de noche, *Bambola*. Era por la mañana.

—¡Exacto!

Me río.

—Descansa. Se acabó el calentamiento.

—Sí, seguro, descansar… —murmura entre dientes—. Como si en un minuto pudiera descansar algo.

Me río en voz baja, moviendo la cabeza de un lado a otro. Rafaella estaba equivocada al decir que no le gusta el deporte, porque definitivamente se queja como si fuera una profesional en protestar.

El centro de formación, que normalmente palpita con la intensidad de quienes entrenan aquí, está hoy en silencio, reservado solo para nosotros dos, gracias a un mantenimiento previsto para dentro de unas horas.

Hace casi dos meses que hemos estado entrenando en el gimnasio de nuestra ala, ya era hora de empezar a sacar a Rafaella de su zona de confort.

—Hoy vamos a centrarnos en derribar a oponentes que son más grandes que tú.

Me acerco y ella deja su botella de agua en el suelo, interesada.

—¿Pero no se trataba de eso desde el principio?

—Sí, pero saber que el agresor potencial siempre será más grande que tú no es lo que te hará capaz de derribarlo. La técnica es más importante que la fuerza bruta. —Suspira, pero asiente—. Al centro. —Rafaella se mueve hacia el centro del ring, yo la sigo—. Bien, posiciónate.

Obedientemente, separa los pies a la altura de los hombros y flexiona un poco las rodillas. Cuando me mira, no es buscando aprobación, sino diciendo que está lista.

—Si intentan atacarte de frente, ¿qué haces? —le pregunto, y ella me responde que utilizar los antebrazos para crear una barrera entre ella y un atacante invisible—. ¿Y si intentan agarrarte por detrás? —Rafaella se agacha, inclinándose hacia delante en un movimiento que utilizaría su propio peso para desequilibrar al atacante—. Bien. Tu mejor arma contra alguien más grande que tú es la arrogancia del oponente...

—Lo sé, lo sé —me interrumpe—. Ellos van a asumir que soy incapaz, entonces cuando avancen, me desvío hacia un lado, los agarro del brazo y tiro mientras giro mi cuerpo. Eso los desequilibra y los lanza al suelo. Llevamos dos semanas practicando esto.

—Bien hecho, sabelotodo. Entonces demuéstramelo.

Ella obedece, sus gestos llenos de una arrogancia que me hace desear doblarla contra las cuerdas del ring y enseñarle a ser una buena chica, haciéndola tragar cada gota que esa boquita sea capaz de arrancarme.

—Ahora vas a practicar conmigo, derríbame —le digo. Rafaella inclina la cabeza y me mira con detenimiento, como si intentara descubrir el mejor lugar para atacarme—. El tiempo que gastaste analizando podría costarte la vida. Concéntrate en lo que ya sabes. Vamos, derríbame —ordeno de nuevo, ajustando mi postura y mi expresión, dejando que la sombra del hombre que soy en La Sagrada salga a la superficie.

Mi espalda se agarrota y las arrugas de mi cara se endurecen. Cada músculo de mi cuerpo emana un peligro que ha hecho cagarse de miedo a hombres adultos. Pero cuando me acerco, lo que veo en los ojos de Rafaella no es miedo, sino desafío.

No se inmuta. Se limita a repetir los movimientos como si yo no supusiera una amenaza y me doy cuenta. Sé que nunca me ha tenido miedo, pero nunca me he esforzado por parecer una amenaza real.

Esperaba ver algo de miedo, o al menos algo de inseguridad, pero en lugar de eso los ojos azules que miraban fijamente los míos no mostraban más que determinación.

—No tienes miedo.

—¿Debería?

—Deberías hacerlo. Quiero que experimentes el miedo, porque si vuelves a sentirlo fuera de este entorno, necesito que lo reconozcas rápidamente y no te paralices. Ante cualquier peligro, quiero que actúes primero y preguntes después.

Justo cuando termino de hablar, la puerta se abre y miro hacia atrás. Vittorio entra en el centro de entrenamiento con ropa deportiva, sus ojos clavados en la pantalla de su celular. ¡Perfecto! Esto servirá.

—¡*Fratello*! —grito y mi hermano levanta la vista. Me mira con impaciencia—. ¿Me das una mano por aquí?

—No.

—Vamos, Don. ¿Tienes miedo de una mujer que mide metro y medio? —pregunto y Rafaella se atraganta. Guiño un ojo a la cara asustada de mi mujer antes de volverme hacia mi hermano. Vittorio suelta una larga exhalación y yo le sonrío—. Necesito que ella sienta miedo —explico, señalando a Rafaella con la cabeza—. Y tú eres casi tan efectivo como *el hombre de la bolsa* para eso.

Don se empuja el interior de la mejilla con la punta de la lengua y golpea el móvil contra la palma de la mano. Mientras camina hacia el ring, mi sonrisa crece. Una mirada a Rafaella basta para saber que he conseguido lo que quería. Está pálida. Perfecto.

—Estamos practicando cómo derribar a un oponente más grande —le explico a Vittorio mientras atraviesa las cuerdas. Me detengo junto a Rafaella—. No te preocupes, *Bambola*. No te morderá —le prometo—. Vamos a aprovechar esta ayuda especial y empezar con una secuencia básica de golpes.

—¿Lista, Rafaella? —pregunta Vittorio secamente y ella me mira.

Asiento con la cabeza, pero la sonrisa se me borra de la cara en cuanto Vittorio se pone delante de nosotros, la fría sonrisa de sus labios es cualquier cosa menos tranquilizadora.

Aprieto los dientes, inclinando la cabeza y recordándome que debo mantenerme en control. El ejercicio trata de aportar una dosis de realidad al entrenamiento, de enseñar a Rafaella a enfrentar el miedo y reaccionar bajo presión. Eso es lo que él está haciendo. Vittorio no cruzaría esa línea. ¡No la lastimaría, carajo!

Con una postura mucho menos segura que cuando estábamos solos, Rafaella separa los pies, dobla las rodillas y levanta los puños.

Vittorio comienza con ligereza, sus movimientos están calculados para intimidar sin causar daño. Cada uno de sus movimientos es medido, una prueba tanto para Rafaella como para mí.

Para ella, es una lección para reconocer y afrontar el miedo; para mí, es una prueba de autocontrol, porque cada centímetro que avanza me dan ganas de ponerme delante de Rafaella y partirle la cara a mi hermano. Sobre todo cuando sus movimientos se vuelven más rápidos, más duros, más violentos e incluso un poco crueles. Rafaella se defiende bien e incluso cuando cae al suelo, se levanta rápidamente. Los minutos, sin embargo, se alargan, cada segundo es una eternidad.

Observo cada uno de sus movimientos sin pestañear, dispuesto a intervenir a la menor señal de peligro real, pero por muy malas que sean las intenciones estampadas en el rostro de mi hermano y la forma innecesariamente intimidatoria en que se mueve, Vittorio no me da ninguna razón real para involucrarme.

Sin embargo, cuando terminan la primera secuencia, me doy cuenta que es todo lo que puedo soportar.

—Es suficiente. Tres intentos para derribarlo —anuncio, y Rafaella retrocede dos pasos, dejando caer los brazos a los lados de su cuerpo.

Está jadeando, en parte por el esfuerzo físico de la última hora, más o menos, desde que llegamos, y en parte por el nerviosismo, no me cabe duda. En los últimos cinco minutos, Rafaella ha sudado más que en toda la última media hora.

Vittorio me lanza otra mirada significativa y yo sacudo la cabeza, diciéndole al cabrón que lo entiendo. Ese hijo de puta no volverá a acercarse a mi mujer.

Él avanza, y aunque Rafaella intenta ejecutar los movimientos que yo le enseñé, no tiene ninguna posibilidad ante la embestida del Don, porque él no se la da. Vittorio la derriba en un abrir y cerrar de ojos y la inmoviliza contra el suelo, manteniéndola allí durante cinco segundos antes de levantarse.

Su segundo ataque es aún más rápido que el primero. Rafaella no tiene ni tiempo para reaccionar antes de estar en el suelo nuevamente, y la tercera vez me hace moverme. Pero tan pronto como la derriba, Vittorio se levanta. Sus golpes están calculados al límite, para no lastimarla, pero para dejarle claro que no es rival para él.

Cuando se gira hacia mí con una sonrisa, no hay sombra de diversión en mi rostro, y mi hermano arquea una ceja en una pregunta silenciosa.

—¿Podemos volver a intentarlo? —pregunta Rafaella, y dejo la silenciosa disputa con Vittorio para prestarle atención a ella.

Su rostro se contorsiona en una mueca de frustración.

—Vittorio está ocupado, pero...

—Yo puedo ayudar —se ofrece Cesare, y solo entonces noto que en algún momento él también entró al centro de entrenamiento.

¡Maldita sea! ¿Desde cuándo soy tan despistado con lo que ocurre a mi alrededor como para no darme cuenta de que alguien más llegó?

—No, gracias —rechazo su oferta. La sonrisa en su rostro me dice que ha visto todo lo que ha sucedido y que su disposición no tiene nada que ver con ayudar a Rafaella. Es solo otro desgraciado que quiere fastidiarme.

—Pero...

Rafaella empieza y yo la interrumpo.

—Ya hemos tenido bastante por hoy, Rafaella.

Ella frunce el ceño, pero no protesta, lo cual es un milagro por el que agradezco, porque no sabría cómo explicarle por qué no quiero que siga enfrentándose a mis hermanos, algo que tanto Vittorio como Cesare han notado, a juzgar por la forma en que me están mirando.

¡Figli di puttana!

Recogemos nuestras cosas y volvemos a casa. Ajena a la confusión de mi cabeza, Rafaella llena el silencio, y yo respondo con asentimiento, desacuerdo o comentarios superficiales, demasiado perdido en mis propios pensamientos para centrar realmente mi atención en otra cosa.

¿Qué me está pasando? ¿Desde cuándo reconozco a Vittorio, a pesar de todo su malhumor, como una amenaza o un peligro real?

Ni siquiera dudé en pedirle que participara en el entrenamiento de Rafaella porque nunca confiaría en nadie que no fueran mis hermanos para tocarla.

Confío en ellos, así que ¿por qué tenía la sensación de que mi alma había abandonado mi cuerpo y solo regresó cuando terminó el tiempo de entrenamiento?

Los minutos más angustiantes de mi vida en mucho tiempo, de hecho. ¿Por qué? La respuesta, me doy cuenta, es simple: Rafaella. Ella cambió el juego, cambió las reglas.

En las últimas semanas, ya había concluido que lo que me llevó a matar a Marcelo, Michelle y Stefano fue más que una obsesión, pero hasta ese momento en el ring, no me había dado cuenta de lo lejos que habían llegado las cosas.

La amenaza implícita en la mirada de Vittorio fue suficiente para hacerme cuestionar

todo. Rafaella es familia, sabía que nunca la lastimaría y aun así, el miedo estaba ahí, una sombra sobre mi confianza.

¿Qué significa esto?

60

RAFAELLA CATANEO

—Tienes que admitir que estoy mejorando.

Revuelvo los ojos, golpeando los escalones con los pies como una niña malcriada, pero no me importa.

—Claro que sí. Solo has pisado el bordillo cuatro veces hoy, eso es bastante mejor que la última vez.

—¡Este es un todoterreno! —Me defiendo—. ¡Nadie debería ser obligado a aprender a conducir en un todoterreno! ¡Es demasiado grande!

—¿Sabes qué más es grande, *Bambola*? Los espejos retrovisores, los sensores de reversa y la pantalla de la cámara de retroceso.

Bufé.

—No lo entiendes —digo, y Tizziano se ríe.

—Definitivamente, no entiendo —responde, y agarra mi mano cuando llegamos a la sala de estar, tirando de mí hasta que mi pecho queda pegado al suyo—. Buenos días, principessa.

El saludo llega apenas dos segundos antes de que su boca toque la mía y Tizziano me bese, ajeno al bullicio del personal de la casa.

Me encanta que simplemente no le importe nada de lo que nos rodea, nunca. Es raro, pero es casi como si apagara todas las luces del mundo y fingiera que solo existimos nosotros dos cuando estamos juntos.

¡Ah, Santa! Creo que me golpeé la cabeza demasiado fuerte.

Últimamente tengo pensamientos tan tontos... Desde la conversación sobre los condones, mi mente parece haberse dado permiso para pensar en tonterías.

No, no esperaba que la razón por la que seguimos usando preservativos fuera porque Tizziano se preocupa por mí, pero el hecho de que lo haga no me da licencia para pensar que eso es importante. Ni para desear que lo sea.

Cuando separa nuestras bocas, me quedo sin aliento, las yemas de mis dedos rozan su pecho mientras sus labios tocan los míos varias veces, suavemente. ¿Por qué se me acelera el

corazón?

—¿Ya te vas? ¿Por qué subiste?

—Sí —responde, colocando un mechón de mi cabello detrás de mi oreja—. Solo quería asegurarme de que estuvieras a salvo.

—¿Subiendo las escaleras? —pregunto riendo, y él también sonríe.

—Buenos días —repite.

—Buenos días. Gracias por la lección.

—Unas cuantas más y hasta podré dejar de llevar casco cuando me suba a un coche contigo.

Lo empujo, pero no puedo evitar soltar una carcajada.

—*¡Stonzo!*

—¡Linda! —Me guiña un ojo antes de darse la vuelta para volver a subir las escaleras, casi chocando con Luigia y Carola, una de las empleadas que estaba subiendo.

—Luigia —Tizziano canta su nombre y le da un beso en la mejilla—. ¡Buenos días!

—Buenos días, Tizziano —ella responde, revoleando los ojos.

—Buenos días, subjefe —saluda Carola, sacando pecho y sonriendo, pero él ni siquiera la mira, mucho menos le dirige la palabra, antes de bajar las escaleras—. Señora —me saluda Carola al pasar junto a mí, su rostro sin rastro del sonrisa que le ofreció a mi esposo.

—Buenos días, señora —dice Luigia, pero su mirada de halcón sigue a Carola, que entró al pasillo.

—Buenos días, Luigia. ¿A qué debo el honor? —Bromeo.

—Vine a hablar sobre el cambio de la vajilla para la próxima temporada, pero creo que tal vez la señora quiera hablar sobre un despido antes —sugiere, todavía mirando hacia el pasillo.

Frunzo el ceño, tardando unos segundos en entender de qué está hablando. No sobre la vajilla, con eso estoy familiarizada, sino sobre el despido. Cuando comprendo, suelto una carcajada.

Paso mi brazo por el de Luigia, animándola a caminar a mi lado, mientras el ama de llaves me mira como si me hubiera vuelto loca.

—No puedo despedir a alguien solo porque se haya acostado con mi marido, Luigia. ¿No fuiste tú quien dijo que tengo que actuar como lo que soy? Entonces soy una señora sensata.

Además, seamos sinceras, si decidiera despedir a todas las que cumplen con ese requisito, este castillo se convertiría en un desierto.

—Bueno, no a todas, solo a las que aún no han entendido que ahora el subjefe es un hombre casado —dice en voz baja mientras seguimos caminando.

—Me basta con que él haya entendido que es un hombre casado, Luigia, y que existía un Tizziano antes de nuestro matrimonio, y uno después. Confío en que el de después es capaz de muchas cosas horribles, pero no de faltarme el respeto en mi propia casa.

Luigia deja de caminar y me mira fijamente, como si quisiera saber si hablo en serio. Como no me inmuto, levanta las cejas.

—La sabiduría es buena, pero es aún mejor cuando va acompañada de una dosis de prudencia.

—Si eso te hará dormir mejor, cámbiala de ala, Luigia, pero buena suerte encontrando una sustituta. Aunque no me importaría eso si fuera tú.

La jefa de las amas de llaves sacude la cabeza, su mirada sigue siendo desconfiada, como si intentara descubrir si estoy fingiendo hasta creer en mis propias palabras.

Me pregunto si ella está siendo dramática, o si yo estoy siendo despreocupada, pero de nuevo, la conversación sobre los condones vuelve a mi mente.

Tizziano es miserable y manipulador, y nunca ha aprendido que la palabra no también se aplica a él, y quizá precisamente por todas estas cosas no ve ningún problema en reconocer sus actos y pensamientos, incluso los peores, como cuando desconfió de mí.

A pesar de todos mis males, mi marido nunca me ha dado motivos para sospechar. Hay muchas cosas sobre nosotros dos que todavía quiero descubrir como yo quiera, pero estoy segura de que no quiero vivir paranoica y desconfiada. Así que no me siento amenazada en lo más mínimo.

—Háblame de la vajilla —pido—. Sabes que no me importa eso, ¿verdad? Por mí, usaríamos la misma todo el año.

61

TIZZIANO CATANEO

—*Figlio.* —Mi madre me recibe en el vestíbulo, con un vestido blanco y unos tacones dorados que son la viva imagen de la elegancia. Su sonrisa, sin embargo, es lo suficientemente grande como para hacerme sospechar—. Te estaba esperando.

—¿Y a qué debo el honor, *mamma*?

Entorno los ojos hacia ella, que resopla como si mi preocupación fuera totalmente innecesaria.

La adrenalina del trabajo en el que estuve inmerso toda la tarde aún corre por mis venas, lo que hace que la lentitud calculada con la que Anna se acerca a mí sea aún más sospechosa.

Uno de sus brazos me rodea la cintura en una silenciosa invitación para que camine a su lado. Aspiro el aroma a caoba y pino que caracteriza la casa, y acepto.

—Recibimos una invitación

—Recibimos docenas todos los días, *mamma*. ¿Y desde cuándo eres tú quien las anuncia? ¿Por qué me lo dices a mí y no a Rafaella?

Dejo de caminar cuando me doy cuenta de que intenta llevarme al comedor, aunque sabe que todas las noches busco primero a *Bambola* para que no tenga que bajar sola.

—Bueno... —Anna comienza con una pausa dramática y calculada después de esa única palabra—. Me preocupaba que ella pudiera sentirse ofendida.

—¿Y por qué una invitación ofendería a Rafaella, *mamma*?

—Se niega a abrir regalos de boda que no lleven su nombre —dice condescendiente. Hago una nota mental para hablar con el personal de nuestra ala. Lo que pasa ahí, debe quedarse ahí. No importa cuán convincente sea Anna, estoy seguro de que yo puedo ser más persuasivo—. Me pregunto cómo reaccionará Rafaella al no figurar su nombre en la invitación. Seguramente fue un error, debieron de imprimirlas antes de tu boda —me asegura pasándose las manos por el pelo oscuro.

—Si querían que nuestra familia estuviera allí, deberían haberse esforzado más.

Mi madre suelta una risa fuerte y desestima mis palabras con un gesto de la mano.

—Déjate de tonterías, claro que vamos a ir.

—No vamos a ir —le advierto con seriedad, y Anna parpadea, retrocediendo ligeramente cuando se da cuenta de que lo digo en serio.

—Estás siendo ridículo, Tizziano. —Cierro los ojos y suelto un largo suspiro. Cuando los abro de nuevo, me alejo unos pasos y apoyo una mano en mi cintura, mirándola fijamente—. ¡Y no me mires así! Estaba esperando que te dieras cuenta del gran error que es tu matrimonio, pero está tomando demasiado tiempo, Tizziano.

—¿Cómo dices? —pregunto, levantando una ceja.

Anna resopla en un gesto que ella misma consideraría indigno si viniera de cualquier otra persona.

—Conozco bien a mis hijos. He estado esperando que esa chica desaparezca desde hace semanas.

Suelto una risa corta, mirando hacia el techo.

¡Ah, Santa mía!

—Sería sabio que dejaras de hablar —le advierto, repentinamente serio, y Anna palidece, porque sabe bien que nunca le he hablado así, ya que nunca he tenido motivos para hacerlo, hasta ahora—. Y no estoy hablando solo del tono que estás usando, no voy a tolerar más tus mezquindades hacia mi esposa.

—Tizziano —me interrumpe llevándose la mano al pecho con los ojos llenos de lágrimas de cocodrilo.

—Y es mejor que recuerdes —continúo, ignorando su interrupción—, que no tengo la sutileza de tu hijo mayor. Prohibirte organizar tus preciados eventos sería el último punto de una larga lista de castigos que ya estoy empezando a imaginar.

—Yo no fui quien envió esa invitación —se defiende, falsamente ofendida.

—No te hagas la tonta, *mamma*, porque no lo eres. Había por lo menos una docena de

maneras diferentes de lidiar con esto y elegiste la peor, decidiste restregarme en la cara un comportamiento que has fomentado desde el día de mi boda. ¡Eso termina ahora!

Ella abre la boca y sacude la cabeza, como si la pregunta "¿Cómo te atreves?" estuviera escrita en sus ojos.

—Te guste o no, yo elegí a Rafaella. —Ignoro completamente su intento de manipulación silenciosa y continúo hablando—. Elegí vivir aquí con ella, y tienes dos opciones: o lo aceptas o te despides, porque aunque ser mi madre te garantiza una misericordia que no le daría a nadie más, no voy a permitir que este tipo de trato hacia mi esposa continúe dentro de su propia casa.

—¡Es mi casa! —exclama, ofendida.

—Muy bien —concedo, asintiendo—. Y si ya no soy bienvenido, seré el primero en romper la tradición y vivir fuera del castillo.

Los ojos de Anna se abren de par en par, y su boca se abre y cierra varias veces, como si fuera un pez fuera del agua, perfectamente consciente de que esto no es una amenaza, sino una sentencia.

—¡Nunca me había sentido tan ofendida! —exclama con los brazos extendidos a los lados y las manos cerradas en puños.

—Pues ahora, mamma, acabas de empezar a entender lo que Rafaella ha estado soportando en los últimos meses. Dos opciones, mamma —repito, girándome hacia las escaleras —. Tómate la noche para pensarlo.

No espero respuesta antes de subir los escalones. Mi corazón bombea irritación en mis venas en lugar de sangre. Cualquier tranquilidad y silencio que pudiera haber ganado durante la tarde ha sido completamente erosionado por la escena de Anna Cataneo.

Llego a la sala de estar y encuentro a Rafaella saliendo del pasillo, con una mano en la oreja, colocándose un pendiente.

—*Ciao* —dice sonriendo, y la pequeña palabra basta para aliviar parte de la presión que la ira ha acumulado en mi pecho.

Eliminar la distancia que nos separa y pegar mi boca a la suya es un gesto completamente no calculado, simplemente... lo necesito. Su sabor, su olor, toda ella.

—*Ciao*, *Bambola* —susurro contra sus labios mientras ella jadea. Se acurruca en mis brazos, rozando su rostro contra el mío en una caricia sutil.

—Estoy listo para cenar —dice, besando la comisura de mi boca, sus ojos aún cerrados, con los dedos firmemente agarrados a las solapas de mi chaqueta.

Coloco una mano en su cuello, extendiéndola por las raíces de su cabello.

—Vamos a saltarnos la cena hoy, *principessa* —le advierto, y Rafaella abre los ojos, mirándome fijamente—. Tengo una sorpresa para ti, y es mejor que estés con el estómago vacío, solo por si acaso.

62

TIZZIANO CATANEO

Nunca he sido un hombre impulsivo, pero desde la primera vez que Rafaella vino a mi torre, supe que quería traerla aquí de nuevo para algo más... práctico.

Era solo una corazonada, y aunque su carácter ácido y su curiosidad en ese primer encuentro no me daban muchas pistas, tenía la sensación de que lo que tenía en mente le gustaría.

Decidí que esta noche sería una prueba, una investigación para confirmar o descartar esa sospecha que me venía rondando: la idea de que mi esposa tenía una parte oscura en su interior, una que seducía a la mía como ninguna otra lo había hecho antes.

Entró en la torre con la misma confianza y determinación de siempre, casi segura de que tendríamos otra de nuestras clases sobre cuchillos o armas. Y la tendríamos, solo que esta vez con un objetivo diferente... un objetivo vivo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el último piso, y caminé hasta la puerta de la sala de “cirugía” que ya conocía. Rafaella entró, y la oscuridad y el olor a podredumbre nos envolvieron de inmediato, pero, tal como la vez anterior, ni un solo pelo de su cabeza mostró repulsión.

Enciendo las luces amarillentas del fondo de la habitación e iluminan todo el espacio, revelando el cuerpo tendido en la cama de metal, la respiración lenta y espaciada casi inaudible, aunque el movimiento de la espalda deja claro que está vivo.

Miro a mi mujer y veo que sus ojos se iluminan de curiosidad. La última vez, quiso probar la garra, pero no había nada que pescar. ¿Tendría Rafaella la misma disposición ahora que había un miserable inconsciente?

—¿Qué tal si despiertas a Cenicienta, *Bambola*? —dije, señalando el soplete en el carrito lleno de herramientas organizadas por su capacidad de impacto, y Rafaella se sorprendió.

—¿No sería la Bella Durmiente?

El hecho de que pudiera bromear me llenó de orgullo por sus nervios de acero.

—No si empiezas por el pie y lo cocinas un poco. Tendrá que perdonarnos por no ser de cristal. Licencia poética, ya sabes.

Sus labios se apretaron uno contra el otro, y sentí el impulso de morder esa pequeña contención. Quería que hablara, que se quejara, que gritara, lo que fuera, pero que reaccionara sin filtros ni restricciones.

No estaba del todo seguro si esto era un regalo para ella, aunque habíamos hablado de esta posibilidad antes. Pero sin duda, para mí, la Navidad había llegado muy adelantada.

—¿Puedo? —preguntó, alcanzando el carrito y levantando el dispositivo por el mango.

—Por favor —respondí, señalando al cuerpo inconsciente, y noté cómo la respiración de Rafaella cambiaba, volviéndose más rápida mientras daba su primer paso hacia el hombre que estaba de espaldas hacia arriba, atado con cadenas y un gancho—. Solo hasta que te sientas incómoda, Rafaella.

Ella asiente, con los ojos más abiertos de lo necesario, los labios inmediatamente secos, aunque se los humedece con la lengua un par de veces.

Rafaella pulsa el botón y enciende el fuego, corto, constante, potente. Da dos pasos más y puedo contar su respiración sin mirarle el pecho.

¿Era entusiasmo lo que oía? Sus ojos buscaron los míos, buscando confirmación en cada paso, pero la dejé decidir por sí misma, al menos por ahora.

Ella prueba el calor de la llama, acercando la mano y decidiendo que 20 centímetros es la máxima proximidad soportable. Mi esposa no toca al hombre, solo inhala profundamente, exhala con fuerza y da un paso hacia adelante.

El fuego del soplete no está lo suficientemente cerca como para causarle incomodidad, aún está inconsciente. Rafaella inhala profundamente una vez más y parece estar conteniendo sus emociones.

Me esfuerzo por quedarme quieto en mi lugar, aunque una chispa persistente de duda comienza a instalarse en mi mente...

¿Y si esto es ir demasiado lejos?

Un paso más.

Otra inhalación.

La llama está a 15 centímetros del pie izquierdo del desgraciado. Ella me mira y sonríe antes de dar el último paso, que hace que el soplete queme la planta del pie en segundos.

Rafaella no mira, ni retrocede. Solo sigue mirándome, sus ojos fijos en los míos y sus manos manteniendo el soplete firme.

Sus labios murmuran "gracias, creo", y en ese momento puro de agresividad sórdida, los gritos comienzan a resonar, altos y desesperados. Rafaella no se inmuta y algo se rompe dentro de mí.

Definitivamente, el límite de la admiración.

El hombre se sacude y se retuerce, y ella finalmente corta nuestro contacto visual, volviendo la mirada hacia el hombre que no puede moverse. Rafaella apaga el soplete y da un paso atrás.

—Yo... —el momento de duda explícita es mi señal.

Me acerco a ella y beso suavemente sus labios. Fríos. Está nerviosa, pero sigue interesada.

—Lo hiciste muy bien, *Bambola*. Puedes continuar como mi instrumentista, o solo observar. ¿Qué prefieres? —Le doy las opciones con calma, y ella responde indignada.

—Vas a quitarte esa camisa blanca, ¿verdad?

Mi risa inunda el aire, compitiendo y ganando contra los gruñidos de dolor del pobre desgraciado que traje para que juguemos.

—Claro, principessa, de todas las preocupaciones que podrías tener, por supuesto que la prioridad es que no ensucie mi ropa —me burlo, quitándome la camisa por la cabeza de un solo movimiento. La atención de mi mujer se pierde completamente en mi piel—. Si querías verme desnudo, solo tenías que pedirlo —bromeo, guiñándole un ojo mientras llevo mis manos a su nuca para acercarla a mí.

Muerdo ambos labios con más fuerza de la necesaria y me separo de su boca por ahora.

—¿Por dónde empiezo? —pregunta.

Sus dedos ansiosos recorren los instrumentos del carrito, tocando cada uno como teclas de piano en una melodía que solo nosotros podemos oír.

—Primero, el posicionamiento, *Bambola*. Pásame una anilla. —Ella elige una del conjunto de seis de tamaños similares y me la entrega. Coloco la anilla en el gancho del chaleco de cadenas y nuestro juguete vuelve a gritar, más desesperado.

Rafaella parece molesta.

—¿Qué pasa, *Bambola*?

—¿Cómo te concentras con tanto ruido?

—¿Quieres que se calle? —ofrezco. Su mirada es de pura incredulidad y respondo a la

pregunta que no me hace con palabras—. Sí. Es posible. Dentro de esta maleta tenemos algunos soros muy específicos y útiles. Uno de ellos... —ella alcanza la maleta mientras explico y acciono la palanca de la garra para elevar el cuerpo en el aire— sirve para paralizar áreas localizadas. Podemos aplicarlo en las cuerdas vocales.

—¿Cuál de ellos?

Cada una de sus respuestas prácticas y sin titubeos me dan ganas de poner a Rafaella en una puta garra para poder meterle la verga lentamente en mi puto sitio favorito.

—El azul —respondo tragando saliva—. Y la pistola de aplicación —pido, cuando ella se acerca, sin preguntarme cómo cargar el sorbo en el tambor, solo experimentando y acertando en el primer intento.

—¿Prefieres que te griten? —la pregunta suena casi inocente en sus labios. Su interés es genuino.

Mi mano aprieta su cintura, acercándola, y sus labios se encuentran con mi piel desnuda cuando le respondo al oído.

—Prefiero que gima, pero acepto lo que quieras darme.

Tarda un segundo en comprender mi provocación.

—¿Quieres penetrarme aquí, Tizziano?

Sus ojos buscan los míos, la curiosidad en ellos ahora alimentada por un motivo totalmente diferente. Las pupilas de Rafaella se dilatan y casi puedo ver las imágenes que su mente perversa está creando.

Perversa, sí. Perfectamente perversa. Perfecta para mí.

—¿Hay algún sitio donde no quiera dártela? —la pregunta es también una confesión.

Rafaella lame sus labios otra vez, su aliento cálido liberado lentamente, como si buscara algún control y casi la envidio, porque el mío se fue al diablo en el momento en que me preguntó si podía usar el soplete.

—¿Cuánto tardaremos en acabar con él?

—Si lo arrojamos directamente en el tanque de ácido, los músculos y cartilaginas en 12 horas, y los huesos pueden tardar hasta dos días.

—En ese caso —ella guarda la pistola con el sorbo paralizante—, déjalo gritar a gusto y ven aquí, marido —ordena y nunca pensé que, algún día, me gustaría tanto ser comandado.

—Tu deseo es una orden, *principessa*.

Muevo la palanca hasta que el cuerpo colgado esté exactamente sobre el tanque y, cuando lo tengo allí, tiro de la palanca, bajándolo. Las cadenas se sacuden cuando se bajan bruscamente.

El cuerpo cae en el tanque, y el ácido salpica contra las paredes de vidrio, pero ni Rafaella ni yo lo vemos, demasiado ocupados en devorarnos el uno al otro.

Mi lengua invade su boca tan pronto como su cuerpo golpea el vidrio protector que aísla el tanque y levanto las faldas de su vestido, rasgando la ropa interior con facilidad mientras ella desabrocha mi cinturón y desabrocha mis pantalones.

En algún rincón de mi conciencia, oigo los sonidos gorgoteantes del cuerpo ahogándose en ácido, pero mientras beso la boca de Rafaella y meto dos dedos dentro de su vagina para probar su humedad, nada más me importa. Ella está empapada.

—Pequeña cosa sádica... ¿Eso te excitó, *Bambola*? ¿Torturar a este miserable, ver lo que hice con él, te puso mojada para mí?

—¡Sí! —gime en mi boca, empujando sus caderas hacia adelante y frotándose contra mi mano cuando saco mi verga de la ropa interior.

—¡Carajo, Rafaella!

Agarro sus muslos y la levanto en el aire, sus piernas se cruzan en mi espalda y me acomodo en su entrada con prisa, bajándola sobre mi eje con un solo movimiento que la hace gritar, ahogando los sonidos del cuerpo que se debate en el tanque detrás de nosotros.

Rafaella grita con la invasión y mi cuerpo entero se estremece, mis testículos se contraen y las venas en mis sienes laten frenéticamente. Lamo su cuello sudado mientras sus manos agarran mis hombros y ella lucha contra mi agarre, queriendo moverse.

Doy un paso hacia adelante, aplastando su cuerpo entre la pared de contención y yo, y con las manos firmemente sujetando sus caderas, empiezo a penetrarla con fuerza, subiéndola y bajándola en mi eje, mis labios consumiendo los suyos y tragando cada uno de sus gritos y gemidos, hasta que nada más que ellos y el placer de poseer su cuerpo penetre mis barreras.

Nuestra pared de apoyo vibra, respondiendo a los golpes del miserable que se ahoga. Es el único resto de su presencia cuando la mujer en mis brazos se derrumba y silencia el mundo a nuestro alrededor, dejando espacio para nada más.

Rafaella alcanza el orgasmo en temblores que parecen infinitos, pero me niego a seguirla, no antes de que me dé al menos otro orgasmo.

Me muevo contra sus caderas, cambiando el ángulo de la penetración y recibiendo sus quejidos como recompensa.

Sus uñas se clavan en mi cuello, hundiéndose y rasguñando la piel, dándome más de lo que quería y aún no es suficiente.

Deslizo la mano entre nosotros, encuentro el clítoris hinchado de Rafaella y lo froto. Ella aprieta la cabeza contra el cristal, separando su boca de la mía mientras su cuerpo se descontrola, arqueándose y temblando aún más.

—¡Tizziano! —grita mi nombre en éxtasis y explota por segunda vez, su vagina chorreando sobre mi verga, mojando mis pantalones, el tanque y el suelo, salpicando deliciosamente de una forma que es mi fin.

Eyaculo todo mi líquido en su vagina, mis fluidos mezclándose con los de ella, y no dejo de penetrarla hasta que la última gota de semen esté dentro de Rafaella. Y la idea de que *Bambola* es todo para mí, nunca ha parecido tan verdadera.

63

RAFAELLA CATANEO

—Motor V8 biturbo, 720 caballos de potencia, y va de 0 a 100 km/h en solo 2.9 segundos —digo, revisando las especificaciones en mi celular y tratando de mantener mi voz lo más neutral posible para no dar ninguna pista.

Tizziano, sentado al otro extremo del sofá con una pierna cruzada y una sonrisa confiada, ni pestañea antes de responder.

—McLaren 720S —responde, como si fuera lo más obvio del mundo. Y, para él, probablemente lo es.

Suelto un suspiro dramático, marcando mentalmente otro punto para él. Llevamos casi una hora en este juego, y él no ha fallado con ningún auto hasta ahora. Lo cual, honestamente, no es una sorpresa considerando su obsesión por los autos, pero todavía tenía esperanzas de agarrarlo desprevenido al menos una vez.

—Ok, ok, eres bueno —admito, lanzándole una mirada de reojo mientras busco un auto más difícil en mi lista. Desplazo la pantalla hacia abajo en el sitio web que encontré en Google con una lista de los 200 autos deportivos más lujosos del mundo—. Veamos si conoces este. Diseño italiano, es conocido como el toro de Sant'Agata Bolognese.

Ladea la cabeza y su sonrisa arrogante se ensancha.

—Lo estás haciendo demasiado fácil, *Bambola*. Lamborghini. El Aventador.

—¿Cómo es posible? ¡Podría haber habido al menos cinco respuestas diferentes! —Me indigno, y Tizziano se encoge de hombros.

—Deberías declararme campeón y venir a recompensarme, ¿sabes? —propone, guiñándome un ojo, y yo resoplo.

¡No hay forma de que no pueda hacerlo fallar al menos una vez!

¿Será que si empiezo a buscar autos conceptuales o prototipos, logro quitarle esa sonrisa de la cara?

En un abrir y cerrar de ojos, la domesticidad de la escena me golpea con fuerza. Es domingo y estamos tumbados en el sofá con ropa informal, charlando y jugando a un juego tonto, y ni siquiera es la primera vez. Desde hace un mes, Tizziano ha dejado de trabajar los

domingos y estos días se han convertido en una especie de tesoro para mí, días en los que el mundo exterior parece distante y borroso, la compañía de mi marido nos atrapa en una burbuja de la que cada día me resisto más a salir.

El día que me llevó al calabozo por última vez, algo primordial cambió entre nosotros e incluso semanas después, aún no sé cómo afrontar ese cambio, qué pensar al respecto. No sé si quiero pensar en ello. La verdad es que he estado huyendo de estos pensamientos como el diablo huye de la cruz.

No es solo el hecho de que Tizziano se preocupe por estar presente, es todo. La forma en que me mira, cómo se comporta, cómo me hace sentir importante todo el tiempo. Es la forma en que me besa y la manera en que me toca. Cómo inspira mi aroma como si, de alguna manera, sus pulmones necesitaran más eso que oxígeno.

El miedo de que todo esto no sea más que una fantasía en mi cabeza, una versión idealizada de mis propios deseos en lugar de la realidad, me ha mantenido despierta más horas de las que me gustaría admitir.

—Está bien, maldito agrandado —digo, cerrando la aplicación de búsqueda de mi móvil y girándome hacia él, cruzándome de brazos—. ¡El mejor de tres ahora! —desafío.

Y Tizziano dobla los labios, diciéndome en silencio que haga un esfuerzo. Salgo del sitio web que tenía abierto y abro otro, enfocado en los lanzamientos de los años 2000, esperando que eso haga las cosas un poco más difíciles para el cretino que llamo marido.

—Motor bóxer de seis cilindros, 420 caballos de potencia, y un alerón trasero que se ajusta automáticamente para aumentar la presión aerodinámica —digo, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Porsche 911 Turbo —responde sin pestañear, sin un atisbo de duda en la voz. ¡Mierda! Es como si tuviera todo un catálogo de coches memorizado en la cabeza.

—Un V12 de 6.5 litros, 770 caballos de potencia, capaz de ir de 0 a 100 km/h en 2.8 segundos. Ah, y fue descontinuado en 2017.

Me golpeo la frente en cuanto termino de hablar. *¡Maldita sea, Rafaella!* La última pista fue completamente innecesaria. Tizziano se ríe, sabiendo eso.

—Lamborghini Centenario. ¿Estás segura de que quieres intentar otra vez?

—No. Ya he perdido de todos modos, pero ¡en serio! ¿Cómo haces? —pregunto, inclinando la cabeza.

—No se trata de los coches, *Bambola*. Se trata de ti. Es muy fácil saber cuáles elegirías.

—Eso es imposible —digo con bronca, y él levanta una ceja. Resoplo.

¿Acaso me conoce tan bien ya? Expulso la pregunta de mi mente y miro el celular, pero un pop-up se abre en la pantalla del sitio de autos, con un anuncio que no puedo evitar mirar.

—¿Por qué miras la pantalla de tu móvil como si quisieras lamerla? ¿Acaso tomaste una foto mía desnudo cuando estaba distraído?

—¡No, arrogante! Para tu información, estoy mirando algo mucho más interesante que tú.

En un movimiento absurdamente rápido, Tizziano se estira en el sofá y se echa sobre mí. Grito, estirando la mano para mantener el celular fuera de su alcance y riendo cuando sus manos rozan la parte interna de mis codos, haciéndome cosquillas sin querer.

—Para alguien que estaba presumiendo de conocerme tan bien, te tomó mucho tiempo descubrir algo tan obvio como dónde tengo cosquillas —provoco cuando los ojos de Tizziano se iluminan con sorpresa, pero solo necesito un segundo para darme cuenta de que fue una decisión estúpida. Muy, muy estúpida.

Los iris azules se oscurecen, aceptando un desafío que no pensé antes de hacer, y en el siguiente parpadeo, las manos de Tizziano están en todos los lugares adecuados, haciéndome retorcer, gritar y reír hasta que me duele la garganta y las lágrimas corren por las comisuras de los ojos.

—¡Me rindo! —grito—. ¡Me rindo!

Sus manos dejan de sujetarme la cintura y me quedo mirándolo, jadeante.

—¿Qué estabas mirando? —me pregunta, porque está claro que, aunque sabe que no protestaría si me quitara ahora el móvil de la mano y lo viera por sí mismo, el cabrón competitivo no aceptará nada que no sea una rendición completa. Me muerdo el labio, posponiendo mi respuesta—. No me pongas a prueba, Rafaella. Puedo torturarte de formas mucho peores que las cosquillas.

Vergonzosamente, un gemido escapa de mi garganta. Pero, en mi defensa, él está entre mis piernas. Tizziano se ríe y besa mi mentón.

—Estoy esperando...

—Un dulce —confieso, derrotada—. Una publicidad de Maison Gâteau, una pastelería francesa que siempre he querido visitar. Apareció en la web del coche. He estado navegando por su Instagram esta semana, así que probablemente sea por eso.

Mis palabras aún salen un poco entrecortadas y Tizziano chasquea la lengua, pero antes de que pueda responder, suena su móvil. Mete la mano en el bolsillo de su short y lo contesta, sin

salir de entre mis piernas.

—¿Sí? —No oigo lo que dice la persona al otro lado de la línea, pero veo cómo cada palabra mueve las líneas del rostro de Tizziano hasta contorsionarlo en una expresión tensa y disgustada—. Estaré allí en diez minutos —dice, antes de colgar la llamada, y me resulta imposible contener la decepción en el pecho.

—Voy a tener que irme —dice, tan decepcionado como yo, y niego con la cabeza—. Volveré en cuanto pueda.

Vuelvo a asentir y Tizziano suspira. Sus labios se encuentran con los míos y le rodeo el cuello con los brazos mientras me besa lenta y deliciosamente, dejándome suave y caliente en cuestión de segundos. Gimo cuando se levanta.

—Te prometo que terminaremos esto cuando vuelva —me susurra al oído antes de desaparecer por el pasillo, probablemente para cambiarse.

Me tumbo en el sofá, con los ojos cerrados y la mente en caos. Tizziano vuelve, me besa en la frente y se despide. Le veo bajar las escaleras y tuerzo los labios de un lado a otro. Pienso en llamar a Gabriella, pero no sé si Don también ha salido, así que al final decido que de todos modos no quiero compañía.

Al cabo de unos minutos, me levanto, voy al salón que he estado utilizando como sala de estudio y enciendo el portátil. Abro la plataforma de videos que el profesor de francés me recomendó.

Con el computador y un cuaderno para tomar notas, dejo pasar el tiempo mientras estoy inmersa en “Ui’s” y “Mercys”.

Horas más tarde, Anelise me interrumpe, entrando en la habitación con una enorme caja azul claro en la mano.

—¿Señora?

—¿Sí?

—Esto acaba de llegar, lo envió el subjefe.

Frunzo el ceño, pero hago un gesto con la mano para pedirle que me lo entregue. Cuando se acerca y leo las dos palabras impresas en la caja, mis ojos se abren de par en par con incredulidad y mi corazón se acelera.

—Gracias, Anelise —le digo, despidiéndola, y la ama de llaves sale de la sala tan rápido como puede. Incluso después de meses, todavía actúa con timidez.

Me muerdo el labio, mirando la caja y sintiéndome ridícula por tener miedo de abrirla. Él no habría hecho eso, ¿verdad?

Se suponía que Tizziano era odioso, un marido que se comportaba al límite de lo que se consideraba aceptable. Ese era su papel, no el de un marido cariñoso que hace ese tipo de cosas.

Vuelvo a leer el nombre estampado en la caja: "Maison Gâteau".

Deshago el lazo negro que envuelve la caja y abro la tarjeta que estaba pegada a ella.

"La próxima vez que comas uno de estos, estaremos allí".

No puede ser que haya enviado a alguien hasta Francia solo para esto. ¿Verdad? Abro la caja y descubro que sí, exactamente eso hizo.

Tres filas de dulces diferentes me miran, cada uno pareciendo más delicioso que el anterior. Pero nada se compara con la sensación que abraza y calienta mi pecho de una manera que sé que no debería estar sintiendo. No puedo sentir esto, no puedo.

—¡Maldita sea, Tizziano!

64

RAFAELLA CATANEO

—¡Estoy enamorada! ¡Nunca había visto algo tan hermoso en mi vida! —exclamo mientras mis ojos recorren cada centímetro de la moto que acaba de llegar al garaje de Tizziano.

Él llegó a casa a media tarde diciendo que tenía algo que mostrarme, y cuando me pidió que me pusiera jeans y zapatillas antes de bajar al garaje, pensé que la sorpresa sería un coche.

Tal vez incluso un mini cooper para nuestras clases de manejo, porque ese es justo el tipo de broma tonta que mi marido haría. Casi puedo escucharle diciendo: “Quiero ver cuál va a ser tu excusa para subirte a la banqueta ahora.”

Pero en lugar de eso, me encontré con una moto nueva. Sí, Tizziano tiene algunas, pero más por la colección que por el placer de usarlas. Su verdadera obsesión son los autos.

Definitivamente, si pudiera elegir juguetes de adulto para tener, empezaría con motos. Luego quizás algunas navajas. Casi babeo ante la obra de arte de metal, mientras Tizziano me observa con una ceja levantada. Cruza los brazos frente a su pecho.

—Espero que no me estés dejando fuera de esa lista.

Suelto una carcajada, desviando la mirada de la moto solo por un momento.

—Claro que no, ¡oh, maravilloso esposo! —digo en tono sarcástico—. Estás en una categoría propia.

—¿De la que soy el único participante?

—¿Sin competencia, Tizziano? ¿Y dónde estaría la diversión en eso?

Me dedica una sonrisa peligrosa.

—Mataría a cualquiera que se atreviera a competir conmigo por tu atención.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír, porque ambos sabemos que habla en serio. Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar la moto, mi mano se desliza sobre el carenado[26], admirando los vibrantes accesorios naranja y negro.

—Es una Ducati Panigale V4 —dice Tizziano mientras se acerca— 214 caballos, motor V4, capaz de alcanzar más de 300 km/h. Y este color, es una edición especial, exclusiva.

Absorbo cada palabra, cada número, impresionada. La combinación es hipnotizante.

—¿Y cómo te convenzo de que me regales una igual? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

La mirada que lanzo a Tizziano es una mezcla de muchos sentimientos. Quiero que sienta pena por mí, pero también que vea mi emoción. Y que se sienta un poco desafiado. Cuando se trata de mi marido, retarle siempre ayuda.

Tizziano se mete la mano en el bolsillo, saca la llave de la moto, sujeta el llavero entre el índice y el pulgar y me la ofrece. Abro mucho los ojos y se me tensan los músculos de la cara.

—Esto es para ti, *Bambola*. Tu propio juguete.

Miro de las llaves a la moto, con el corazón acelerado de repente. Una sonrisa del tamaño del mundo entero crece en mis labios y salto al regazo de Tizziano. Me abraza como si sus brazos fueran mi lugar, riendo. Le cubro la cara de besos y le rodeo el cuello con los brazos.

—Gracias, gracias, gracias, gracias... —Digo con cada beso—. Dime que me vas a enseñar a manejarla.

—¿Ya terminaste de agradecer? Porque eso sonó más como una exigencia —dice.

Pego mi boca a su oído.

—Te lo agradeceré más, como quieras, más tarde. Pero, ¿prometes enseñarme a conducir?

Se ríe, un sonido que resuena por todo el garaje y calienta algo dentro de mí.

—Te lo prometo, *Bambola*.

Sus dientes me aprietan el labio inferior, tirando de él de forma provocativa. Tiene las manos apoyadas en mi culo, ajeno al movimiento del personal y los soldados que nos rodean. Tampoco me importa. ¿Qué es un besito para alguien que ha gritado y gemido para que lo oiga todo el castillo?

—Tengo algo más que enseñarte —dice, rozando sus labios con los míos.

—¿Otra sorpresa, o algo que ya he visto y me gusta mucho?

La sonrisa de mi cara es tan insinuante como mis palabras, Tizziano ríe roncamente.

—Otra sorpresa.

—Has estado muy sorprendente últimamente.

Se encogió de hombros.

—¿Qué te parece si estrenamos tu nuevo juguete?

Presiono mis labios contra los tuyos.

—Nunca he montado en moto —digo, y Tizziano inclina ligeramente la cabeza, mirándome casi como intrigado.

—Me encanta ser el dueño de todas tus primeras veces, Rafaella —susurra, y yo asiento con la cabeza, porque también me encanta dárselas a él.

Bajo las piernas y piso el suelo. Tizziano me suelta y se acerca al stand donde están expuestos algunos cascos, y solo cuando llega allí me doy cuenta de que también hay algo nuevo.

Regresa y me extiende un casco negro, con una “B” pegada en el costado que hace que mis ojos brillen y que salte como una niña que acaba de recibir una bolsa llena de dulces.

Tizziano se ríe y me ayuda a ponerme el accesorio, ocultando mi pelo en su interior y levantando la visera. Luego se sube a la moto y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

Me siento detrás de él, me acomodo en el asiento y le rodeo con los muslos. Extiendo las manos bajo sus brazos, agarrándome con fuerza, y gracias a la altura del respaldo del asiento, puedo apoyar el mentón en su hombro.

La emoción hace que el corazón me lata en la garganta e inhalo profundamente el aroma de Tizziano.

—¿Preparada? —pregunta mientras arranca la moto.

—Lista.

Y como si solo hubiera estado esperando mi confirmación, Tizziano quita el pie del soporte y acelera. La puerta del garaje ya está abierta, y salimos a las calles empedradas de la Cantina a una velocidad que definitivamente no es la adecuada, pero todo lo que puedo hacer es reír a carcajadas.

La sensación de libertad es inmediata, abrumadora, una oleada de pura adrenalina que me invade, mientras Tizziano guía la moto por las calles. Cada curva, cada acelerón, es como volar, pero sin despegarse del suelo.

Mi cuerpo se adhiere al de Tizziano, ajustándose a su ritmo, como si fuéramos uno solo dominando esta poderosa máquina. El viento golpea contra el casco, un sonido que se mezcla con el rugido profundo del motor de la Ducati y el latido frenético de mi corazón.

Las calles adoquinadas pasan borrosas por debajo de nosotros, las casas y las tiendas de colores, todo parece lejano y, sin embargo, increíblemente vivo. Atravesamos las puertas de la bodega, y aprieto con más fuerza a Tizziano, mi risa mezclándose con el viento.

La moto se inclina en las curvas y no hay palabras para describir lo que siento: es una mezcla de emoción, miedo, admiración, una pizca de rebeldía y lo último que esperaba sentir cuando dije sí en aquel altar meses atrás: felicidad.

***

—Sé que acabo de descubrir un deporte que realmente me gusta, pero definitivamente no quiero convertirme en una temeraria de acantilados.

Mi voz suena un poco apagada al principio, pero el resto se escucha perfectamente claro una vez que me quito el casco y lo apoyo en el asiento en el que estaba sentada. Me río mirando a Tizziano, quien me responde con un bufido.

—Mira a tu alrededor con más cuidado, *Bambola*. El acantilado no es lo único que hay aquí.

Mordiendo una sonrisa, hago lo que me dice. Es el final de la tarde y el sol ya ha comenzado a descender en el cielo. El paisaje es hermoso, y me sorprende que, al dejar de admirarlo, finalmente noto la casa a unos metros del borde del precipicio donde él nos ha traído.

Casa no, pequeña mansión. Es absurdo que no la haya visto antes, porque es inmensa. Ahora tiene sentido que hayamos pasado por unos portones. De verdad me preguntaba por qué alguien privatizaría un acantilado.

Con paredes color rosa, columnas blancas y escaleras de mármol, la construcción de tres pisos se alza sobre el acantilado, imponente. Desde el mar, debe ser una vista impresionante.

—¡Uf! Al menos ahora sé que no me trajiste aquí para matarme, tenemos testigos. Aunque... espera... ¿hay gente ahí, verdad?

Tizziano pone los ojos en blanco ante mi broma y saca un llavero del bolsillo, con varias llaves colgando. La sonrisa burlona desaparece de mi rostro y parpadeo, inclinando la cabeza mientras mi cerebro grita: ¿qué diablos significa esto?

Mi boca quiere soltar otra broma, pero mi pecho es un caos mucho más violento que el mar que ruge debajo de nosotros.

¿Por qué Tizziano me trajo a una casa alejada de la cantina y está sosteniendo un manojo de llaves? ¿Me está mandando lejos? ¿Por qué haría eso?

Basta un segundo para que la felicidad que inundaba mi pecho se desplome. Doy un paso atrás, parpadeando y frunciendo el ceño.

¿Finalmente pasó? ¿Se cansó de mí?

Vuelvo la cara y cierro los ojos con fuerza. Sabía que el divorcio nunca sería una opción. No hay divorcio en Sagrada, pero...

—¿Por qué tienes esa cara de angustia? —Su voz corta el aire, rompiendo la barrera que mis dudas habían levantado entre nosotros.

—Porque no sé qué significa esto, y las opciones que se me ocurren no son buenas —admito, mirándolo sin intentar ocultar la inseguridad que me está devorando.

Tizziano suelta el casco que aún sostenía y prácticamente pega nuestros cuerpos con un solo paso.

—¿No me digas que después de todos estos meses, todavía no entiendes que no hay nada, *Bambola*, en el cielo, en la tierra, ni en el infierno, que me aleje de ti?

La promesa, tan intensa, llena mis pulmones de aire y exhalo aliviada. Tizziano entrelaza los dedos en mi cabello, que se agita con el viento, y gira mi cabeza hasta que mis ojos se posan nuevamente en la casa a nuestro lado.

—Esta casa es para ti. Es tuya. No mía, no nuestra. Tuya. Para que hagas con ella lo que quieras.

—¿Me estás diciendo que nos vamos a mudar? —pregunto, girando mi rostro hacia él.

—No. Al parecer, mi madre decidió comportarse después de mi última conversación con ella.

—¿Has hablado con tu madre?

—Es una forma de decirlo.

Sacudo la cabeza. Eso explica los extraños intentos de Anna por acercarse a mí en las últimas semanas.

—Podrías haberme avisado antes. Pensé que estaba cambiando de táctica y que intentaba ganarse mi confianza para envenenarme.

Tizziano echa la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas.

—Sinceramente, yo en tu lugar no lo descartaría.

—Gracias. Ahora me siento mucho más segura.

Se ríe más fuerte y roza la punta de su nariz con la mía. Me derrito, agarro las solapas de su traje y me pongo de puntillas para juntar nuestros labios.

—¿Qué significa esto, Tizziano? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué me darías una casa? —pregunto directamente, en un susurro cargado de mil emociones cuando ya no puedo más con este juego en el que me he estado sumergiendo durante semanas: el de tratar de adivinar.

Su mano enredada en mi pelo avanza más y el pulgar de Tizziano sube y baja por mi mejilla.

—Porque he descubierto, *Bambola*, que realmente disfruto haciéndote feliz.

La sencillez y la profundidad de su respuesta me llegan más hondo de lo que esperaba. Cierro los ojos brevemente, permitiéndome sentir el peso de esas palabras, y cuando vuelvo a abrirlos, la belleza de la casa adquiere un nuevo significado.

No es solo la perfección de las líneas o el esplendor del lugar lo que me deja sin aliento, sino la seguridad de no estar sola en esto, sea lo que sea.

Abro los ojos, suelto el traje de Tizziano y tomo su mano. Lo arrastro hacia la casa, y el mundo parece girar lentamente mientras doy un paso tras otro, cada momento se alarga por una incredulidad creciente.

Al llegar a las escaleras laterales, descubro que la mansión sigue los niveles del acantilado. Bajo los escalones y llego a un balcón frontal, de cara al horizonte.

Es difícil de procesar: la grandeza de la arquitectura, la forma en que la luz del sol juega con las columnas, la inmensidad del océano que se extiende hasta donde alcanza la vista. Me río y el viento se lleva el sonido, una expresión pura de mi estado de ánimo.

El sol sigue bajando, pintando el cielo con colores cada vez más intensos, el naranja y el rosa se esparcen como venas por la vastedad azul. La emoción amenaza con cerrarme la garganta mientras mis ojos arden y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Me diste una casa —digo, volviéndome hacia Tizziano.

—Sí, te la di.

Su mirada es una inmensidad aún más profunda que el mar bajo nosotros.

¿Y si yo quisiera que tú fueras mi hogar, Tizziano? ¿Lo serías?

—¿Estás seguro de que no tienes miedo de que me lance? —bromeo, en lugar de darle voz a mis pensamientos. Él sonríe con arrogancia.

—No querrías perder todo esto —me asegura, haciendo un gesto hacia sí mismo. Me río, poniendo los ojos en blanco.

No. Realmente no iba a hacerlo.

Subo las manos por su pecho hasta acariciarle el cuello. El silencio que nos rodea solo se ve perturbado por el viento y las olas que rompen contra la roca.

¿En qué momento pasó esto? ¿En qué momento perder a Tizziano se convirtió en un miedo tan atroz que me impide respirar?

Se inclina contra mí, acerca su boca a mi oído y sus siguientes palabras son un susurro.

—Pero solo por seguridad, me aseguré de que esa caída no sea mortal. ¿Quieres probar?

Me río un poco más, y cuando vuelve a alinear nuestros rostros, su palma se desliza por mi mandíbula hasta que sus dedos vuelven a estar en mi pelo.

—Antes de probar la caída, quiero probar otra cosa.

Lo beso.

Mi lengua envuelve la suya en una caricia intensa que es, al mismo tiempo, calmada y desesperada, urgente y natural, física y tan nuestra como ningún beso anterior jamás lo fue.

Gimo en su boca, tirando de él hacia mí y empujando mi cuerpo contra el suyo, sintiendo que aunque estemos cerca, la cercanía aún no es suficiente. Quiero más, necesito más.

Le quito el saco de los hombros y mis dedos desabrochan las correas de su arnés como si estuvieran en una especie de maratón alucinada.

Tizziano desciende sus labios por mi mandíbula, por mi cuello, sus manos arrugan la tela de mi blusa hasta que queda amontonada entre sus dedos y necesitamos apartar nuestras bocas para que se una al saco en el césped.

Su camisa, mi sostén, sus tirantes, mis zapatos, sus pantalones, sus zapatos, mis pantalones, su bóxer, mi ropa interior y todas las armas que aún tenía en el cuerpo, todo sale y se abandona en el suelo hasta que estamos completamente desnudos y me monto sobre él, sintiendo la brisa fresca del océano acariciar mi piel tanto como las manos de Tizziano.

De espaldas al horizonte, coloco su dura verga en mi entrada y me deslizo hacia abajo, su longitud se desliza fácilmente dentro de mí mientras me consume por completo el placer y la constatación de que, en algún momento, este hombre se convirtió en mi horizonte.

Sus ojos capturan los míos, una promesa tácita vibra entre nosotros. No fueron sus palabras susurradas, ni la moto, ni la espléndida casa que me regaló lo que aceleró mi corazón: fue él, solo él.

Y es en este instante cuando me doy cuenta de que ya no puedo negarlo. Ya no puedo fingir que no sé el nombre del sentimiento que hace que mi pecho baile cada vez que Tizziano entra en la habitación, que me sonríe, que me toca, o que simplemente pienso en él.

Impulso mis caderas hacia abajo, viendo cómo mis dudas se transforman en certezas cada vez que él me llena por completo, cada vez que un gemido bajo escapa de su garganta, cada vez que sus manos recorren mi cuerpo, acariciándome y llevándome al borde de la locura.

El mundo se disuelve, dejando solo el sonido de las olas, el encuentro de nuestros cuerpos y nuestros gemidos. El sol termina de desangrar el cielo, envolviéndonos en una burbuja naranja mientras muevo mis caderas cada vez más rápido, engullida por la sensación de insuficiencia. Cuanto más tengo de él, más quiero tener.

Me inclino sobre su cuerpo, nuestras bocas se encuentran y una de sus manos se afirma en mi cuello mientras la otra deja de jugar con mi pezón y se desliza por mi costado hasta agarrar firmemente mi cintura. Entonces impulsa sus caderas hacia arriba, encontrando mi embestida, penetrando profundamente dentro de mí y haciéndome gritar.

Nos perdemos el uno en el otro, en un caos de saliva, sudor, el olor a tierra y a mar. Cuando el orgasmo me alcanza, es violento, mucho más que las olas que rompen debajo de nosotros, y arrastra el de Tizziano junto con él. Él termina con la boca pegada a la mía y nunca me he sentido más segura ni más perdida en toda mi vida.

65

TIZZIANO CATANEO

—¿No me digas que estás triste por no haber sido invitado al acontecimiento del año?

Rafaella me mira por encima del hombro y me lanza una sonrisa maliciosa.

—Muy, muy triste. Llevo dos horas llorando —asegura, tomando un chocolate de la mesita al lado de la bañera, recostándose de nuevo y cerrando los ojos.

El cuerpo desnudo sumergido en agua y espuma es una tentación, pero tengo un objetivo, y por desgracia no puede esperar.

—¿Recuerdas la ayuda que me pediste?

Mi esposa se endereza y me mira otra vez, esta vez con una sonrisa que casi desborda de entusiasmo.

—¿Qué has conseguido?

—En realidad, *Bambola*, *vamos* a conseguirlo. En cuanto saques tu hermoso culo de esa bañera y te vistas. ¿No te dije que solo teníamos que esperar? Bueno, hoy es el día.

No hace falta que lo diga dos veces. Rafaella se levanta de la bañera sin molestarse en cubrirse con una toalla. Se pasea desnuda, dejándome ver cada curva mientras sale prácticamente saltando del agua.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta mientras se enjuaga bajo la ducha.

—Vamos a tomar unas fotos, y después tú decides qué hacer con ellas.

La risa de Rafaella es sonora, y cuando me mira, en su rostro solo hay pura satisfacción maliciosa.

¿Podría ser esta mujer más perfecta?

—¿Cuál es el plan? ¿Vamos a estacionar y simplemente quedarnos ahí, acechando? —pregunta mientras vamos camino a nuestro destino, ya en el auto.

—¡Exactamente!

—Me siento como la señora Smith, ¿sabes?

—Hmm... Disparas tan bien como ella —le digo, porque es verdad.

Rafaella dispara mejor de lo que conduce, si soy sincero, lo que la hace letal de dos formas distintas. Estaciono cuando llegamos y no pasan ni cinco minutos antes de que ella empiece a captar lo que vinimos a buscar.

—¡Ni siquiera intentan esconderse! —protesta Rafaella, mirando a través del parabrisas mientras hombres de la Sagrada salen de una fiesta en una mansión en Messina, con putas colgadas de sus brazos.

Los maridos de las mujeres que tan descaradamente menosprecian a mi esposa.

—Las fotos —le recuerdo y ella levanta el móvil, haciendo fotos mientras tres de ellos esperan a que los aparcacoches traigan sus vehículos.

—No necesitan esconderse. Todas las esposas están en el evento al que tú no fuiste.

—Deben estar tan felices de que todo se planeara antes de la boda y no tengan que soportarme ahí... —murmura, tomando más fotos. Rafaella se vuelve hacia mí y chasquea la lengua, negando con la cabeza—. Una pena que no me hayan invitado... Para ellas.

***

—Esta reunión no puede ser para decirme que estoy por recibir otro cargamento de papeleo. Ya vaciaste todas las papeleras de Italia, Vittorio. No hay más de dónde sacar.

Me dejo caer en la silla frente al escritorio de mi hermano, en su oficina, en casa. Bufo cuando una sonrisa satisfecha curva las comisuras de sus labios.

—Me alegra saber que aprecias mis esfuerzos.

—Y luego dicen que el sádico de la familia soy yo.

—Para alguien que se queja tanto, has hecho un buen trabajo.

—Siempre hago un trabajo excelente. Me guste o no lo que hago. —No está en desacuerdo, pero tampoco de acuerdo—. ¿Por qué estoy aquí?

—Hoy he hablado con Enzo. Las cosas en Las Vegas están resultando más complicadas de lo que esperábamos.

—No me digas que me van a enviar allá.

Levanto una ceja, sarcástico.

—No, no lo harás —dice secamente—. He oído que le regalaste una casa a tu mujer.

—Sí, lo hice. ¿Algún problema con eso?

—Lo habría, si tu intención fuera enviarla sola, pero ambos sabemos que no es el caso.

—¿Lo sabemos?

Vittorio se reclina en su silla y cruza los dedos sobre el regazo. Su mirada me escruta como si quisiera taladrarme el alma, y a veces casi creo que realmente puede.

—Hablaste con nuestra madre.

—Alguien tenía que hacerlo.

—Y que me digas esto es la razón por la que ambos sabemos que, no, no planeas separarte de tu esposa.

Irritante.

—Si no estoy aquí por Las Vegas, ni por el regalo que descubriste que le di a mi esposa, entonces, ¿por qué?

—Carmo, su suegro.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, sin ninguna gana de saber la respuesta. Para mí, la última vez que debería haber visto o escuchado sobre el padre de Rafaella fue el día de mi boda.

—Imaginé que no poder vender a su hija lo llevaría a hacer una estupidez para pagar sus deudas de juego. Yo tenía razón finalmente.

La información me hace descolocar el cuerpo del sillón y abandonar mi postura relajada. Me acerco a la mesa, interesado.

—¿Y qué hizo?

—Intentó robarnos.

Ahora sonrío ampliamente.

—Si hubiera sabido que me convocabas para darme un regalo, Vittorio, habría venido antes.

66

RAFAELLA CATANEO

Coma alcohólico. Mi ángel guardián borracho debe haber caído en un coma alcohólico.

Esa es la única explicación lógica para que, en las últimas semanas, mi vida se haya vuelto un tren fuera de control.

O quizás, en realidad, dejó de beber, y este giro de 359 grados que han dado mis días es simplemente cómo debería ser la vida de alguien con un ángel de la guarda funcional.

Pero, ¿en qué mundo enamorarse de Tizziano Cataneo podría ser obra de un ángel de la guarda? ¡Y de uno sobrio, además!

—Sabes, podrías, al menos, tener la decencia de fingir que me estás escuchando —Gabriella se queja, y parpadeo, volviendo a prestarle atención a mi amiga.

¡Por La Santa! ¿Cuánto tiempo he estado distraída?

—Lo siento —digo frotándome la cara con las manos—. Lo siento.

Dejo que mi cuerpo caiga de espaldas sobre la reposera. El sol ardiente cocinando mi cuerpo no es ni remotamente tan eficiente como mis pensamientos cocinando mi cerebro.

—¿Qué es lo que pasa?

Gabriella se da la vuelta en su propia reposera, quedando boca arriba antes de sentarse, abandonando temporalmente su misión de broncearse. Se empuja las gafas de sol hacia la cabeza y clava sus ojos oscuros en mí.

No soporto el peso de su mirada y desvío el rostro, dejando que mis ojos vaguen por el área de la piscina en la casa del Don, sin prisa. Sombrillas, azulejos azules y reposeras parecen destinos mucho más acogedores para mi mirada que las pupilas marrones de Gabriella.

Respiro hondo y frunzo los labios, preguntándome cómo decir en voz alta aquello que solo he admitido en la intimidad de mis pensamientos.

—Solo me siento confundida —comienzo con una media verdad, y me reprocho internamente, porque parece un mal inicio.

—Confundida… —repite Gabriella.

—Estar casada con Tizziano no es lo que esperaba.

Gabi entrecierra los ojos, y su bikini azul marino se arruga cuando estira los brazos detrás de su cuerpo.

—¿No hemos tenido ya esta conversación?

—¿Sí? No... no lo sé. ¿Lo ves? Estoy confundida.

—Entonces, ¿por qué ya no pareces confundida?

—¿A qué te refieres?

—Eres un poco maniática del control, ¿sabes? Siempre necesitas saberlo todo, y cuando no, te vuelves un poco loca.

—¿Un poco loca? —Protesto.

—Lo que quiero decir —continúa Gabriella—, es que en las últimas semanas has estado bastante desquiciada...

—¿Qué se supone que significa eso? —la interrumpo—. ¿Cómo que he estado desquiciada?

Gabriella se ríe y retoma la conversación donde la había dejado, como si yo no le hubiera preguntado nada.

—Y ahora ya no estás desquiciada. No estás exactamente tranquila y en paz, pero parece que encontraste las respuestas que no tenías.

—Creía que leías novelas, no libros de autoayuda —refunfuño, y mi amiga se ríe con más ganas.

—¿Pero me equivoco?

—Como he dicho, estoy confusa —le digo, y ella sonríe.

—Y, casualmente, ¿esa confusión empieza con “Ti” y termina con “Zziano”?

—Todo el mal de mi existencia empieza y termina con Tizziano, Gabriella.

—¿Y es solo el mal?

—A veces eres tan irritante, amiga...

—¿Te acuerdas de cuando me hiciste hacer pruebas de embarazo durante semanas solo porque te empeñaste en que podía estar embarazada? Acumulé créditos para ser irritante contigo el resto de nuestras vidas, Rafaella.

—Pero podrías haber estado embarazada. —Protesto, extendiendo las manos sobre mis muslos desnudos.

—¿Podemos volver a concentrarnos en lo importante, por favor? —pregunta con aire burlón—. ¿Cómo es que Tizziano te tiene confundida esta vez?

—Me regaló una moto, Gabriella.

—Eso ya lo sé, he visto la moto. Es preciosa, aunque yo nunca tendría el valor de subirme a una de esas cosas. ¿Y qué más?

—¡Y una casa! ¡Me dio una casa! ¿Qué le pasa a ese hombre? ¡Que demonios! ¿Cuál era la necesidad de entender que nunca tuve una propia y simplemente ir y regalarme una?

Gabriella emite un sonido ahogado cuando la risa que intentaba contener se le escapa entre los dientes.

—Realmente... ¿Cuál era, no?

—¡Sí! Y luego... ¿Y luego dice que ha descubierto que le encanta hacerme feliz? ¿Por qué en el nombre de La Santa querría ese desgraciado decirme algo así?

—¿Por qué? —Gabriella chasquea la lengua—. ¿Cuál podría ser su intención?

Mi amiga niega con la cabeza, pero ni siquiera intenta ocultar la diversión que se dibuja en cada línea de su rostro.

—¿Sabes qué? ¡No voy a hablar más contigo! —Decido.

Gabriella se ríe a carcajadas, sube los pies a la reposera y deja caer el cuerpo hacia atrás. Vuelve a ponerse las gafas de sol en los ojos.

—No necesitas hablar conmigo, Rafa... Pero te haría bien admitirlo ante ti misma y, luego... ante la otra persona interesada en el tema.

—No sé de qué estás hablando —murmuro, dándome la vuelta en la reposera y ajustándome la parte de abajo del bikini cuando ella se aparta.

—Ajá, claro. Engáñame que me gusta, Rafaella. Engáñame que me gusta…

67

TIZZIANO CATANEO

—¿Por qué no te estás quejando de cumplir con una agenda de eventos? —pregunta Cesare, y tomo una larga calada del cigarro antes de responder.

—Es lo que se espera después de casarme, ¿no? Me sorprende que Vittorio no me haya obligado a empezar antes.

—¿Qué? ¿Ahora eres un hombre casero y feliz?

Mi hermano se vuelve hacia mí, como si esperara una respuesta sarcástica, pero me encojo de hombros. Estos eventos son un fastidio, pero ya vi lo que Rafaella planea usar y no puedo esperar para verla en ese vestido. Y más que eso, para quitárselo.

—Te aseguro que acudir a estos actos también tiene sus ventajas.

Cesare se detiene, y yo también, mirando a nuestro alrededor, buscando la razón por la que interrumpió nuestra caminata desde el centro de entrenamiento hasta la casa. Sin embargo, cuando sus ojos no se apartan de mí, sino que se entrecierran, me doy cuenta de que el motivo soy yo.

—¿Has estado torturando a alguien sin que yo lo sepa, Tizziano?

—¿No? —respondo en tono de pregunta, porque no logro deducir de dónde viene esta duda.

—¿Por qué estás tan tranquilo?

Arqueo una ceja y tomo una última calada del cigarro antes de tirarlo al suelo. La pregunta no es exactamente una sorpresa. Mi hermano tiene razón. Hace unos meses, probablemente estaría maldiciendo al Don con cada insulto que conozco si me hubiera obligado a ir a otro matrimonio de personas que no me importan, refiriéndome específicamente a cualquiera que no viva en la mansión.

Pero hace unos meses, estos eventos no eran más que un obstáculo en mi camino, robándome horas preciosas que podría haber usado para trabajar o divertirme. Ahora, sin embargo, se han convertido en oportunidades para educar a la *famiglia* sobre cómo deben tratar a mi esposa.

El próximo será especialmente interesante, porque ocurrirá después de que Rafaella

difunda las fotos que tomamos el otro día.

—¿Está prohibido ser feliz ahora?

—¿Feliz? —Cesare repite en tono de pregunta, luego retrocede unos pasos, alejándose de mí. Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro.

—¿Qué? —pregunto, ya anticipando que no me gustará lo que tenga que decir.

—Solo mantén la distancia, ¿de acuerdo? Creo que dos metros son suficientes. No vaya a ser que se me pegue esa enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

Mi hermano arquea una ceja, preguntándome silenciosamente "¿en serio?", y yo resoplo, volviendo a caminar.

—¡Eres un imbécil!

—Eso es exactamente lo que dijiste de Vittorio cuando se enamoró.

—Vittorio es un imbécil en cualquier contexto o situación. Para cualquier pregunta que involucre a Vittorio y imbécil, la respuesta es siempre sí.

Cesare se detiene de nuevo cuando estamos prácticamente en la puerta de la mansión. ¡Maldita sea! Exhalo con fuerza, deteniéndome también.

—¿No lo negarás?

—¿Negar qué?

—¿Que estás enamorado?

Inclino la cabeza, pero solo necesito unos segundos antes de decidir cómo reaccionar ante la palabra.

—No estoy seguro de si debería.

Mi hermano abre y cierra la boca varias veces, y yo sacudo la cabeza, dejándolo atrás, aunque mi mente sigue atrapada en su pregunta.

¿Será que ese es el nombre que he estado buscando durante días? ¿Amor?

Pasé la mayor parte de mi vida creyendo que hombres como yo éramos incapaces de sentir algo así. Y es cierto que cuando vi a Vittorio caer rendido por Gabriella, me pregunté si él sería una excepción a la regla, o si la regla simplemente no existía, pero no perdí mucho tiempo buscando una respuesta.

La probabilidad de que yo fuera capaz de sentir algo que me doblegara era demasiado

pequeña como para valer un segundo de mi tiempo. No soy un hombre que se deje doblegar. O no lo era, porque, ¿qué otra palabra podría definir la forma en que he sido condenado por mi obsesión con Rafaella?

Todo lo que creí saber sobre el involucramiento emocional fue cuidadosamente trastocado cuando ella abrió esa boca lista para desafiarme por primera vez. Al punto de que simplemente dejé de preocuparme por el hecho de que mi deseo de tener a esa mujer no era lo único que me impulsaba a mover cielo y tierra para tenerla en mis manos. Todo lo que importaba era que la tuviera.

Y cuando la conseguí, lo que tenía dejó de ser suficiente. No solo quería el cuerpo de Rafaella, o sus pensamientos, ni siquiera sus deseos. Quería todo.

Y si alguna vez pensé que quería doblegarla, destruir su espíritu hasta que no quedara más que lo que yo decidiera mantener, me di cuenta después de que todavía quería verla destruida, pero de una manera completamente diferente.

Quiero que sea tan desesperadamente dependiente de mí, que salir de mi vida se vuelva no solo impensable, sino imposible. Hablé en serio cuando le dije, al borde de ese acantilado, que nada en el cielo, en la tierra o en el infierno, me mantendría lejos de ella. Ni siquiera su propia voluntad sería capaz de hacerlo. Ella no tiene otra opción más que desearme tanto como yo la deseo, sin importar el costo, porque después de mucho pensarlo, me di cuenta de que esta... sensación, no va a desaparecer.

No quiero a Rafaella por un año, ni por una década. La quiero para siempre, y ese es el grado más perverso de mi locura. Aquel que no admite ni siquiera la sombra de una posibilidad de perder a esta mujer en algún momento.

¿Será esto lo que llaman pasión? No creo que lo sea. No creo que esa palabrita de seis letras sea suficiente para describir el tamaño de mi necesidad.

—Debí imaginar que no era solo un capricho —se burla Cesare cuando me alcanza.

—Deberías, pero eres un idiota.

—¡Vete a la mierda, Tizziano!

—*Ciao*, Luigia —saludo cuando nos recibe en la puerta de la casa. Le doy un beso en la mejilla y le entrego mi chaqueta.

—*Ciao*, Tizziano.

Subo a buscar a Rafaella y la encuentro ya en la sala de estar, esperándome. Me regala una sonrisa preciosa y le extiendo el brazo. Sus dedos se entrelazan con los míos y su boca busca

la mía. Me besa despacio y suspira en mi boca cuando interrumpe el beso porque necesita respirar.

—*Ciao*, *Bambola*.

—*Ciao*, marido.

Me río solo, porque nunca pensé que me gustaría tanto escuchar eso como me gusta. ¡Me encanta!

—¿Preparada?

—Nunca voy a estar lista para las cenas de nuestra familia, Tizziano. ¡Es imposible!

Me río, pero me encanta que diga "nuestra" y no "tuya". La beso otra vez, solo por eso. En algún momento tendré que hablar con ella sobre el destino de su padre, pero aún no decido cuándo. Quizás cuando me canse de divertirme con él.

—*Ciao*, familia —saludo al entrar en el comedor, ya lleno. Le acerco la silla a Rafaella y ella me agradece. Vittorio es el último en llegar, como siempre. Gabriella se sienta al lado de su amiga y mi madre las observa, como hace todas las noches, pero no dice nada.

—Gianni, mi hijo. —Comienza ella después de que sirven las entradas y la mesa se llena de conversaciones en voz baja.

Gianni gime, sabiendo exactamente lo que se avecina, porque ahora que ya no puede quejarse de mi matrimonio ni del de Vittorio, el hijo menor se ha convertido en la última esperanza de Anna Cataneo. No puedo evitar reírme, y mi hermano menor me lanza una mirada fulminante que solo me hace reír más.

Ha pasado años siendo el protegido por supuestamente ser demasiado joven.

—Sí, *mamma* —respondió Gianni a regañadientes.

—Estaba pensando que...

—Con permiso. —Todos nos giramos hacia la puerta, donde Matteo, tan serio como siempre, está de pie—. Disculpen la interrupción, pero tengo un asunto urgente que no podía esperar —dice, y frunzo el ceño, preparándome para levantarme, al igual que Vittorio. Sin embargo, la mirada del Consigliere está fija en Cesare cuando vuelve a hablar—. Clara despertó.

68

RAFAELLA CATANEO

—Te pareces a ese meme de la niñita que sonríe mientras ve cómo se incendia una casa —dice Tizziano con una sonrisa de lado, mientras observamos el salón ser incendiado con rumores sobre las fotos que, misteriosamente, aparecieron en las puertas de varias familias esta mañana.

Quizás me inspiré en la chismosa de una serie de novelas históricas que Gabriella leía. Pensé que sería poético que las mujeres que se sienten tan superiores fueran humilladas en sus propias casas.

—Sigue sonriendo así, *Bambola*, y te juro que te arrastraré hasta el primer rincón libre de esta puta casa y te meteré la verga hasta el fondo de tu ser.

Todo mi cuerpo se estremece ante la amenaza. Hace unos meses, recuerdo que Tizziano podía mantenerse completamente controlado, incluso cuando sentía que mi cuerpo estaba a punto de desmoronarse. Es un placer saber que ahora yo lo descontrolo tanto como él a mí.

Giro mi rostro hacia él, mi boca casi rozando su mejilla cubierta de barba corta.

—¿Es una promesa? ¿O quieres que te lo pida por favor?

—¡Oh, pequeña cosa sádica!

Mis labios se estiran en una sonrisa y el agarre de mi marido a mi cintura se intensifica. Incluso da un paso, como si realmente tuviera intención de meternos en cualquier rincón lo bastante apartado y hacerme el amor, pero en ese momento aparece el Don.

—¿De verdad, Vittorio? —gruñe Tizziano, y Gabriella, colgada del brazo de su esposo, aprieta los labios, conteniendo la risa.

Mi amiga está preciosa con un vestido largo de color coral y el pelo oscuro recogido en una trenza lateral.

—Deberían aprender algo llamado discreción —advierte el Don y yo presiono un labio contra el otro para esconder mi propia sonrisa—. Ven conmigo, Tizziano. Necesitamos hablar

con Eduardo y unos minutos separados les vendrán bien.

A pesar de la invitación, ninguno de nosotros duda de que las palabras del Don son una orden. Tizziano suspira profundamente, luego me besa en la mejilla y se aparta.

Gabi se detiene a mi lado.

—Todos están cuchicheando. Escuché en el baño que Ginevra Rossi no vino porque se desmayó al recibir las fotos y ha estado en cama desde entonces.

—Pues bien hecho, ella es una de las peores.

—Y las fotos de su esposo también. Si el arrepentimiento matara, yo estaría muerta. Ojalá pudiera desver eso. —Gabriella frunce los labios y hace una mueca de disgusto.

—Si tú querías desverlo, imagina yo.

—Todavía no creo que ustedes realmente hayan montado una emboscada.

Me río, recordando las horas que pasé junto a Tizziano en el coche aquella noche.

—Yo tampoco.

Suspiro largo y Gabriella me lanza una mirada burlona, pero la deja pasar.

—¡La fiesta es preciosa!

—Sí, estoy de acuerdo. —La boda se celebró en la iglesia, como todas las bodas tradicionales de la Sagrada, y la fiesta tiene lugar en el hotel más lujoso de Catania—. Pero la tuya fue mucho más bonita.

—Lo era, ¿verdad? —pregunta con una sonrisa traviesa y yo estallo en carcajadas.

Han pasado meses y mi amiga aún no supera su propia fiesta de bodas. Pero supongo que yo tampoco lo haré, ni lo haré nunca. Porque fue gracias a las palabras que dije ese día que mi vida terminó aquí.

Busco a Tizziano con la mirada, él está de lado y no devuelve mi mirada. Es tan guapo y atractivo… Debería ser ilegal que un hombre sea tan guapo y atractivo como Tizziano Cataneo. Oh, Santa. Estoy tan perdida...

—¿Y entonces? ¿Ya se lo contaste?

—¿Contar qué y a quién? —me hago la desentendida y Gabriella arquea una ceja.

—¿En serio? Dejé pasar el primer suspiro, pero ni siquiera estás intentando esconderlo, Rafaella.

Resoplo.

—Sí, y aún así, no parece que se haya dado cuenta. ¿Cómo se le dice eso a un hombre como él?

—Bueno, al menos ahora estamos admitiendo que hay algo que decir... ¡Bien! ¡Qué evolución!

Gabriella se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Cómo supiste que era el momento adecuado para decirlo?

Gabriella parpadea, pero dos segundos después esconde la mano detrás de la boca para reprimir una sonora carcajada.

—Ah, Rafa, definitivamente no era el momento.

Paso las manos por el vestido lila que llevo.

—Has sido de gran ayuda. Muchas gracias.

Ella se ríe aún más, y no pasa mucho tiempo antes de que un grupo de mujeres se forme a nuestro alrededor, todas queriendo aprovechar la rara ocasión en que el Don deja a Gabriella alejada de sus brazos para acercarse a mi amiga.

Esta noche, nadie me mira mal ni me trata de ninguna manera que no sea respetuosa. No. Hay víctimas más interesantes para los rumores hoy. Eso no lo planeé, pero es un efecto colateral interesante, lo admito.

El tiempo pasa y el grupo alrededor de nosotras sigue creciendo. Mi atención se desliza de vez en cuando de la conversación, y mis ojos están constantemente buscando a Tizziano por el salón, solo para encontrarse con los suyos.

Ninguna de las mujeres que me rodea se atreve a señalar lo inapropiado que soy cuando mi mirada y la de Tizziano se encuentran una vez más, él muerde su labio y me veo incapaz de no imitar el gesto.

Respiro lentamente, mi cuerpo casi vibrando, atraído por el suyo, y me paso la mano por el cuello, preguntándome si todavía falta mucho para que tengamos que irnos.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí? Parece una eternidad.

Pensé que sería divertido ver a las pudorosas de la familia retorcerse después de las revelaciones sobre sus esposos, pero ahora, cada segundo que paso aquí parece solo un desperdicio de tiempo que podría estar disfrutando, a puertas cerradas, con Tizziano.

Gabriella me da un leve codazo, llamando mi atención y vuelvo a mirar al frente, sonriendo y asintiendo a lo que se diga.

Cuando el hombre con quien Tizziano y el Don estaban conversando se aleja de ellos y los dos caminan juntos hacia nosotras, yo me esfuerzo por no saltar de satisfacción.

—Señoras —saludan y todas ellas inclinan la cabeza en señal de respeto, y luego se dispersan, sabiendo que Vittorio y Tizziano no tienen intención de compartir nuestras atenciones.

—¿Necesito estar aquí para algo más? —pregunta Tizziano a su hermano en cuanto somos solo nosotros cuatro y juro que veo un músculo temblar en la esquina de la boca del Don.

—Aléjate de mi vista antes de que puedas ser aún más indiscreto, Tizziano. —Nos despide y, esta vez, no puedo contener mi sonrisa.

Por fin.

***

—Acabo de darme cuenta de algo.

Tizziano cierra la puerta del dormitorio y, ya en medio de la habitación, lo miro por encima del hombro.

—¿De qué? —pregunto, quitándome los zapatos y pateándolos a un lado.

Mi marido se acerca a mí, me sujeta la cintura con fuerza con una mano y entrelaza la otra con la mía.

—No bailé contigo esta noche. Tenemos que corregir eso.

Saca el móvil del bolsillo y, con un par de toques en la pantalla, una suave melodía resuena por los altavoces empotrados en el techo del dormitorio. Sonrío, tonta.

—Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que eras bailarín, Tizziano, nunca lo habría creído —me burlo de él mientras me lleva de un lado a otro.

—¿Por qué? —me pregunta un segundo antes de sacarme de sus brazos y volver a caer en ellos, ahora de espaldas—. Ya sabías que soy bueno moviendo las caderas —susurra en mi oído mientras empuja sus caderas hacia adelante, rozando su erección contra mi trasero. Me río.

La música nos envuelve y cierro los ojos, dejándome llevar por el ritmo de la canción. Tizziano juega con la punta de su nariz en mi cuello, y nos mueve por el cuarto, realmente bailando conmigo.

La felicidad pura e indistinta llena mi pecho, cada nota parece tocar una melodía para mi corazón también, y no solo para mis piernas.

Solo cuando empieza la segunda canción, Tizziano me gira de nuevo, pegando nuestras frentes. Enlazo su cuello y juego con las puntas de nuestras narices. Rozamos nuestros labios y disfruto cuando él esparce besos por toda mi cara.

—Me encanta bailar contigo, lo confieso.

—Lo sé.

—Qué presumido de mierda... —Entrecierro los ojos y ahora es él quien sonríe ampliamente.

—Me encanta bailar contigo, *Bambola*, pero ya te he dicho que me gusta aún más hacerte feliz.

Suspiro, enamorada.

Perdida, e irrevocablemente enamorada de Tizziano Cataneo.

¿Será que puede leer el sentimiento en mis ojos? Porque no creo estar haciendo un buen trabajo en ocultarlo.

Cerramos los labios y nos besamos, bailando al mismo ritmo. La canción termina y comienza una nueva. Una melodía sexy y palpitante que crece, se hace más intensa y más presente hasta que la habitación queda completamente inmersa en ella.

La sonrisa se desvanece del resto de mi rostro cuando su profunda mirada azul amenaza con descubrir cada uno de mis secretos. Quizá realmente quiero que los descubra. Tal vez estaría

encantada de entregarlos, de confesar.

Respiro despacio, los movimientos de mi cuerpo se vuelven más lentos mientras el espacio entre Tizziano y yo se hace cada vez menor hasta que ni un cabello podría pasar entre nosotros.

Nos movemos de un lado a otro, la atmósfera del cuarto cambia con cada paso, volviéndose más densa, más cálida y más... algo que no sé nombrar.

Se me eriza el vello de la nuca y el corazón me late con fuerza. Tizziano separa sus dedos de los míos y los desliza lentamente por mi brazo, una caricia burlona y deliciosa. Y cuando llega a mis hombros, descienden hasta tocar mis falanges y vuelven a subir.

Esta vez, al llegar a mi cuello, se deslizan entre mis cabellos. Su boca juega con la mía, deslizándose dentro y fuera, mojando y secando mis labios, ofreciéndose y retirándose.

Tizziano me masajea el cuero cabelludo e inhalo profundamente su aroma. Mis ojos se cierran sin que yo lo ordene y me pierdo por completo en el momento.

Su cálido aliento me acaricia los sentidos, me calienta los labios y la punta de la nariz. Todo mi cuerpo reacciona ante él, responde a sus sutiles caricias y me inclino, acercándome, dejándome llevar hasta que nuestros labios se encuentran en un beso lento.

La necesidad siempre guía nuestros besos, pero hoy es diferente. Diferente porque hoy viene acompañada. Hay algo más allá del deseo que llena nuestros movimientos, alimentando la hambre insaciable que tenemos el uno del otro hasta que se convierte en un vacío desesperador.

Tizziano desliza su mano grande desde mi cintura hacia mi espalda baja y sube por mi espalda hasta encontrar el lazo que mantiene el vestido en su lugar. Lo deshace y el tejido cae por mi cuerpo, parando solo en el suelo después de que mi esposo da un paso atrás, alejándose lo justo.

Sus ojos recorren mi piel, bajando desde mi rostro y pasando por mi cuello, mis tetas firmes y mi cintura estrecha. Continúan, deteniéndose un segundo más en mi pequeña y roja lencería antes de seguir por los muslos, las pantorrillas y mis pies, que se curvan ante su escrutinio sensual.

Vuelve a deslizar la mano por mi cuerpo con esa misma lentitud provocadora hasta que roza uno de mis pezones y gemo bajo, sintiendo el toque en cada rincón.

—Eres deliciosa, *Bambola*. Toda deliciosa. Cada parte de ti —susurra, su voz es una caricia tan intensa como su tacto.

Elimino el espacio que nos separaba, mi abdomen desnudo pegándose al cuerpo aún vestido de Tizziano, y mi boca busca la suya, ahora en algo más que un roce de labios. Lamo sus labios e introduzco mi lengua entre ellos.

Nuestras lenguas se enroscan, bailando, lamiendo, bebiendo una de la otra, y las manos de Tizziano se vuelven más voraces, devorando mi piel centímetro a centímetro, provocando cada curva y recoveco hasta que todo mi cuerpo parece estar en llamas.

Separó nuestros labios, necesitando aire, y odiando tener que respirar. Él me mira como si fuera lo más precioso del mundo y esa mirada... Empujo su saco por sus hombros y deshago el nudo de su corbata.

Los botones de su camisa son los siguientes en ser desabrochados con prisa y yo también me deshago del tejido oscuro. Mi marido agarra mi culo, empujando mi cuerpo hacia adelante hasta que mis pechos quedan pegados a su pecho y gimo con el contacto.

Sus labios provocan los míos, encajándose, chupando, dejando besos en mi quijada y cuello. Paseo mis dedos por sus brazos tatuados, sintiendo cada músculo y vena, el relieve de algunas de las marcas de tinta y cicatrices. Todo me deja sin aliento.

La música sigue resonando a nuestro alrededor, y no sé si Tizziano ha elegido esta lista de reproducción a propósito, pero cada melodía es más sensual que la anterior. Me doy la vuelta entre sus brazos y las manos de Tizziano me agarran por la cintura.

Me doy la vuelta, empujando con el culo la dura erección que tengo detrás y esto hace que sus palmas se muevan, subiendo y bajando por mi torso, llenándose de mis pechos, apretándolos. Mis gemidos se unen a la música.

Inclino el cuello y Tizziano interpreta esto como una invitación. Él lame la piel estirada, chupa, besa y muerde, y aunque estoy disfrutando de esta danza, ya no es suficiente.

Me giro y me arrodillo. Lo miro desde abajo y sus dedos se aferran a las raíces de mi cabello mientras sus ojos azules no se apartan de ninguno de mis movimientos. Tizziano se quita los zapatos y los tira lejos.

Desabrocho el cinturón y abro el botón del pantalón. Lo bajo junto con la ropa interior, hasta que queda completamente desnudo. Mi boca se hace agua cuando su miembro está frente a

mi rostro. Lo agarro con deseo, sintiendo su textura, rigidez, y las venas.

Tizziano gime bajo mis caricias y yo lo masajeo, adelante y atrás, una, dos veces. Acerco mis labios. Beso la cabeza grande y venosa, la rodeo con la lengua y me la meto en la boca. Me deslizo hacia adelante, chupando hasta casi la mitad de su verga y luego retrocedo.

Sus manos en mi cabello aprietan más cuando repito el movimiento, y en la tercera vez, lo trago casi por completo.

Acaricio sus testículos y la base de su miembro, mi lengua serpentea a lo largo de su extensión dentro de mi boca, y cuando vuelvo a retroceder, presiono su punta contra mi mejilla. Tizziano se vuelve loco.

Sus ojos me hacen una súplica silenciosa y respondo dándole una pequeña succión a la cabeza. Él sonríe de manera predadora, coloca sus manos a los lados de mi cabeza y utiliza mi boca.

Su agarre me mantiene en su lugar mientras sus caderas se mueven dentro y fuera, golpeando profundamente en mi garganta hasta que parece que estoy a punto de asfixiarme.

Me relajo todo lo que puedo. Dejo que me use y disfruto cada segundo. Mis ojos se llenan de lágrimas y mi cuerpo late de deseo con cada gemido que sale de la boca de Tizziano.

La sensación es como si mi cuerpo estuviera en llamas. Mis pezones duelen, pidiendo atención y mi mente se pierde en una agonía que solo puede ser aliviada de una manera.

Cuando él me tira hacia arriba, no espero ni un segundo para saltar a su regazo y envolver mis piernas alrededor de su cintura. Tizziano camina hacia atrás hasta sentarse en la cama, conmigo en su regazo.

—¿Lista para mí, *Bambola*? —pregunta, apartando mi lencería a un lado.

—Siempre, amor.

—Dilo otra vez —me pide, besándome el mentón.

—Siempre.

—No, todo —refuerza, sus ojos fijos en los míos mientras levanto las caderas lo justo para acomodarlo en mi entrada.

—Siempre estoy lista para ti, amor —la última palabra sale mientras me deslizo lentamente, introduciéndolo en mí y sintiendo cómo mi cuerpo entero canta al ser desgarrado por su tamaño y volumen de una sola vez.

Mi boca no se cierra, no puedo, exhalar por ella es la única forma de meter aire en mis pulmones. Apoyo mi frente en la suya justo cuando mi culo golpea sus muslos. Él extiende los dedos en mi cuello, ejerciendo una leve presión, y sostiene mi cintura con firmeza.

Impulso mis caderas hacia arriba y vuelvo a bajar, despacio, disfrutando cada instante de la sensación de hormigueo, cada matiz, cada jadeo, sin dejar de mirarlo. Su boca reclama la mía en un beso de ojos abiertos que es pura entrega y absoluto descontrol.

Continúo moviendo las caderas, hacia arriba y hacia abajo, la sensación inundándome hasta que parece que va a desbordarse, mis gemidos cada vez más altos, transformándose en gritos y aún así pareciendo insuficientes para lidiar con el placer que me ahoga en olas gigantes y devoradoras.

Mi conciencia se desvaneció y en algún momento, me convierto en nada más que una masa de sensaciones pervertidas que no me dejan hacer nada más que seguir persiguiendo el alivio con cada vez más intensidad.

Entre gritos y gemidos, oigo los gruñidos de Tizziano, siento sus dedos hundirse en mi piel y sus ojos devoran mi alma con la misma intensidad que su boca devora la mía y su lengua me domina.

Exploto con un grito, pero mis ojos aún no se cierran. No. Ni mis caderas dejan de moverse. Lo miro, subiendo, bajando, gozando y gritando hasta que Tizziano gruñe y me llena de su semen.

Caigo sobre su regazo, jadeante, sudorosa y roja, y pienso en decir algo, cualquier cosa, pero nada parece suficiente. Le beso con la esperanza de que esté escuchando el ritmo desenfrenado de mi corazón y entienda lo que significa.

69

TIZZIANO CATANEO

Cesare estaba equivocado, no es solo pasión.

Después de anoche, lo tuve clarísimo. Manipulé, mentí, maté y torturé por Rafaella, y ninguna de esas cosas, que disfruto hacer sin necesariamente tener una razón, me ha dado ni una fracción de la satisfacción que siento al hacerla feliz.

Y eso es otra cosa que descubrí: lo que siento cuando la hago feliz es, en realidad, felicidad.

No puede ser solo pasión.

Un desequilibrio químico pasajero no puede explicar esta... compulsión por verla sonreír, ni la manera en que su mirada, su atención y su presencia nutren mi espíritu. No, para nada.

Bajo la cabeza y estiro los brazos sobre la mesa finalmente vacía de la oficina. La burocracia terminó. Me deshice de cada archivo, físico o virtual, que Vittorio me lanzó, y parece simbólico que el último haya sido hoy.

Amor.

Esa era la palabra que estaba buscando. Y anoche, resonó en el silencio, junto con los gemidos y respiraciones entrecortadas de mi mujer. *¡Carajo, la amo!*

Suelto una risa incrédula. Esa maldita mujer, miserable, no quería abrirse a mí, y me hizo amarla. *¡Qué mujer tan astuta la mía!*

—¡Ah, Santa! ¡Qué humor tan retorcido tienes!

Apago la computadora y salgo de la oficina, cerrando la puerta con llave. Reviso la hora. Rafaella debe estar en camino o llegando a mi torre.

Hoy tengo muchas ganas de dejarla desnuda, colgarla de esa garra y meterle toda mi verga. Y cuando esté completamente delirante, perdida en el placer que le da mi miembro, le susurraré al oído que la amo y la miraré, veré cómo eso la destroza. Qué parte de ella se va a

romper.

Camino hacia la salida del centro de entrenamiento, planeando cada una de las cosas que le voy a hacer a mi esposa, y maldigo a quien sea que me esté molestando cuando mi teléfono suena antes de que dé el último paso para salir.

—¿Sí? —respondo sin mirar.

—*Tizziano, tenemos un problema* —me advierte Matteo y yo resoplo.

—Sea lo que sea, tendrá que esperar hasta mañana —le advierto, volviendo a caminar. No vine en auto, así que tendré que caminar hasta la torre.

—*Siento decirlo, pero no creo que un fallo de seguridad pueda esperar, subjefe.*

¡Qué carajo! Dejo de caminar.

—¿Y dónde está ese puto fallo?

—*En tu torre*.

70

RAFAELLA CATANEO

Se lo diré.

Me decido por quinta vez en los últimos cinco minutos. Las cuatro veces anteriores fueron seguidas de una cobarde retirada. Pero, ¿qué es lo peor que puede pasar?

¿Podría él enloquecer? Sí, definitivamente podría.

¿O decir que yo me volví loca? También es posible.

Pero el divorcio no es exactamente una opción, así que supongo que eso es bueno, ¿no, Santa? Miro hacia arriba, aunque entre el cielo y yo hay varios pisos de piedra.

Camino de un lado a otro en la torre. Llegué antes de lo que había acordado con Tizziano, no podía soportar estar más tiempo en casa debatiéndome con este "le cuento, no le cuento" maldito.

No es que haya cambiado mucho. En realidad, la única diferencia es el lugar donde estoy teniendo esta lucha interna.

Tantos hombres para enamorarme, ¿será posible? Y me tenía que volver loca justo por el más complicado de todos. ¡Maldita sea! Creo que mi ángel de la guarda se retiró. Ni un borracho habría permitido algo así, ¡es imposible!

El ángel encargado de protegerme se jubiló hace años, y se olvidaron de poner a otro en su lugar. Eso fue. No hay otra explicación.

Me echo el cabello hacia atrás y me giro. Mala idea, me doy cuenta, cuando el tanque, hoy vacío, me devuelve la mirada. Cierro los ojos mientras las imágenes de Tizziano y yo, enredados allí, llenan mi mente. Suspiro.

¡Maldita sea!

Expulso todo el aire de mis pulmones de golpe, y el sonido del viejo ascensor subiendo

rompe el silencio. Ok, Rafaella, no es tan difícil. Solo tienes que decir: fui una idiota y me enamoré de ti, ¿qué vamos a hacer con eso?

Y honestamente, debería echarle la culpa a él. Sí, si Tizziano tiene la desfachatez de actuar como un imbécil sobre esto, debería restregarle en la cara que los hombres que no están intentando conquistar el corazón de una mujer no andan por ahí matando personas por ellas, ni comprando casas y motos, y mucho menos diciendo que les encanta hacerla feliz.

Resoplo y la puerta del ascensor se abre detrás de mí. Empiezo a contar hasta tres, decidida a admitir mis sentimientos en el tres, justo al darme la vuelta, como en un duelo del viejo oeste, porque así será más fácil.

Sin embargo, cuando llego al dos, un jadeo corta el aire y me giro, ya con la boca abierta, determinada a hablar antes de que él haga alguna broma o me seduzca, y yo me arrepienta de nuevo.

Sin embargo, la persona que está al otro lado de la sala no es Tizziano.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Qué tenemos aquí?

71

RAFAELLA CATANEO

El aire se me queda atrapado en la garganta mientras los dos hombres, desaliñados y heridos, me miran fijamente.

Una sonrisa cruel se forma en los labios del hombre a la izquierda cuando habla, y aunque el miedo se revuelve en mi estómago, obligo a mi cuerpo a no mostrar nada.

—La putita del subjefe —dice con un tono que raspa cada nervio expuesto—. Te recuerdo, ayudaste a ese cabrón mientras torturaba a mi hermano.

No me acuerdo de ellos específicamente, pero sí recuerdo a Tizziano forzando a un hombre a ver cómo torturaba a otro en una de las sesiones en las que lo ayudé.

La sala parece encogerse, el aire se vuelve más denso, pero mantengo la mente clara. Las lecciones de mi esposo se repiten como un mantra en mi cabeza.

—¡Ah, carajo! —dice el segundo hombre y suelta una carcajada—. Me voy a divertir tanto contigo... Ese desgraciado me va a matar de una forma u otra.

Trago saliva, manteniendo la mirada fija en ellos, mientras mi mente repasa diferentes escenarios. Recuerdo cada movimiento que Tizziano me enseñó, cada punto de presión, cada técnica de respiración para mantener la calma.

—No pareces asustada —comenta el segundo hombre, con su risa áspera llenando el espacio con oscuras intenciones.

—Deberías estarlo —continúa el primero, dando un paso hacia mí—, no sabes lo que te espera.

Está equivocado.

Lo sé.

Sé lo que el miedo puede hacerle a una persona, cómo puede paralizarla y costarle todo. Ya no soy la niña frágil que temblaba y se encogía ante cualquier peligro.

Inclino la cabeza, observando cómo se acercan, y una frase de Tizziano, más que cualquier otra, resuena en mi mente: *"Tu mejor arma contra un agresor más grande que tú es su arrogancia. Él asumirá que eres frágil, que eres una víctima"*.

Relajo los hombros y limpio el sudor frío de mi rostro, frotando mi mano aparentemente temblorosa frente a sus caras. Sus sonrisas se ensanchan. Se acercan más, y yo me preparo.

Las horas en el gimnasio y las lecciones escondidas en los brazos de Tizziano fluyen por mis miembros casi como una armadura. No planeo morir hoy.

Me niego a ser víctima de las circunstancias. Ya he estado en ese lugar antes, y no voy a volver allí. Mi corazón, que ya latía rápido, se acelera aún más, pero mi respiración sigue estable, mis músculos listos.

Cuando el ataque llega, mis manos están firmes y mi mente despejada. Con la misma gracia que he visto en Tizziano tantas veces, me deslizo por la sala.

El primero de los hombres se lanza hacia mí, descuidadamente, y sé que tengo que dar mi mejor esfuerzo para deshacerme de él con un solo golpe, porque en cuanto el segundo se dé cuenta de que no soy indefensa, las cosas se complicarán mucho más.

Mantengo la postura encogida, retrocediendo con cada paso que él avanza, acercándome cada vez más a la mesa de control. No tengo ninguna arma a mi disposición, así que la superficie de hierro será lo que utilice.

—Huir no te servirá, putita. ¿A dónde crees que vas? —se burla, arrastrando su pierna izquierda con dificultad.

Bien. No tiene equilibrio.

Exhalo por la boca y cuando mi culo golpea la mesa, sé que los próximos segundos serán mi única oportunidad. Él estira los brazos para atraparme cuando está a menos de un metro y yo giro sobre mí misma, dirigiéndome hacia el lateral de la mesa.

El recuerdo del entrenamiento con Tizziano se convierte en una guía, una serie de movimientos coreografiados que bailan en mi cabeza.

Mi perseguidor sigue mi movimiento, y yo giro una segunda vez. Cuando él me sigue de nuevo, dándome la espalda a la mesa, salto, me lanzo sobre él y enrosco mis piernas alrededor de su cintura, inclinando todo lo que puedo mi peso hacia la izquierda.

Los segundos que tarda en recuperarse, aturdido, son todo lo que necesito. Hundo los dedos en sus ojos, impulso mi cuerpo hacia atrás, y luego hacia adelante, estrellando su cabeza contra la columna de hierro que sostiene el panel de control en el techo.

Escucho al otro hombre gritar, pero no le presto atención; me concentro en el que está aturdido, cuyo sangre brota de sus ojos y empapa mis manos.

Un golpe más hacia adelante, otro impacto de su cabeza contra la barra de hierro con toda la fuerza que puedo invocar, y su cuerpo se desploma.

Salto, planto los pies en el suelo y me giro para mirar al otro oponente antes de que el primero caiga al suelo. Jadeante, miro fijamente la cara de puro odio del hombre que sigue en pie.

—¡Maldita hija de puta! ¡Voy a violarte cada maldito agujero antes de destriparte, maldita perra!

—¿Ah, sí? —pregunto, inclinando la cabeza—. O tal vez yo lo haga contigo antes de matarte. Mejor aún, dejaré que mi esposo decida.

La adrenalina inunda mis venas, sacudiendo mi sangre con más intensidad que en cualquiera de las veces que Tizziano me ha dejado participar o presenciar sus torturas. Esto es... diferente. Mejor.

El miedo golpea las paredes de mi mente, intentando infiltrarse en mis pensamientos, pero lo bloqueo. Ahora no.

Observo a mi oponente, buscando la forma de deshacerme de él. Ya no cuento con el factor sorpresa y tampoco podré llevarlo hacia la mesa. Él tampoco me ataca, temeroso de lo que podría ser capaz. Casi puedo leer la pregunta en sus ojos: "¿Qué más sabe? ¿Qué más le enseñó ese monstruo?".

Muchas cosas. Tizziano me enseñó muchas cosas.

Y el hecho de que estos hombres estén heridos, cansados y mal alimentados es, sin duda, mi mayor ventaja. Ellos están lentos, yo no. Corro, aprovechando que estoy más cerca de la sala de cirugía.

Entro sin encender la luz y cierro la puerta con llave, rogándole a La Santa que mi memoria sensorial me ayude. Parpadeo, tratando de que mis ojos se adapten a la oscuridad

rápidamente, mientras limpio las manos en mi ropa.

Rápida. Necesito ser rápida.

Corro hacia donde creo que está el carrito de los instrumentos y tiendo la mano, intentando hacerlo deprisa, pero en silencio.

—¿Crees que puedes esconderte? —El hombre suelta una carcajada—. Lo único que hiciste fue facilitarme las cosas. Voy a amarrarte a esa maldita mesa, y cuando termine contigo, tal vez te eche al tanque de ácido. ¡El subjefe no tendrá nada que enterrar!

El sonido de su cuerpo intentando derribar la puerta me impulsa a moverme de nuevo. Doy unos pasos más, tanteando a ciegas, buscando el carrito, pero con miedo de golpearlo y delatar mis intenciones.

Respiro por la boca, abro los brazos, buscando y repitiendo una plegaria desesperada en mi cabeza: *"Que Tizziano no haya movido el carrito. Que Tizziano no haya movido el carrito. Que Tizziano no haya movido el carrito"*.

Lo encuentro.

Toco los diversos instrumentos que hay, pero busco una forma concreta y, cuando la toco, la agarro y me dirijo de nuevo a la puerta lo más silenciosamente que puedo.

Me apoyo contra la pared, apenas respiro, sintiendo las vibraciones en las piedras cada vez que su cuerpo choca contra la puerta, tratando de derribarla.

Giro la parte inferior del soplete que tengo en la mano, y cuando la perilla de la puerta se rompe, contengo la respiración.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

El hombre se lanza contra la puerta y esta se abre de golpe, pero él se voltea hacia el lado opuesto buscándome, perdiendo la única oportunidad que tenía de verme antes de que yo actúe.

Cuando gira el rostro y me encuentra, iluminada por la luz de la sala central, ya estoy lista.

Enciendo el soplete en su cara, y él grita, llevándose las manos al rostro en un intento desesperado, quemándolas en el proceso. La llama está al máximo y cuando avanza hacia mí, intentando desarmarme, yo salto hacia atrás.

Su desesperación lo ciega tanto que se vuelve torpe. Mientras lucha por aliviar el dolor insoportable que derrite su piel, le prendo fuego a su ropa.

En segundos, se convierte en una antorcha viviente. Corre por la sala, desesperado, y por la misericordia de La Santa, va directo hacia un gancho puntiagudo que estaba tirado cerca del tanque de ácido, y se empala solo.

Apago el soplete, respirando con dificultad y parpadeando. Mi cuerpo se desploma contra la pared mientras mi mente se ahoga en confusión cuando la adrenalina abandona mi cuerpo de golpe.

—¡Rafaella! ¡Rafaella!

La voz de Tizziano me saca del aturdimiento y corro fuera de la sala. Al salir del elevador, veo a Tizziano y al menos a media docena de hombres, pero no los distingo; solo veo a mi esposo.

No me ve inmediatamente, sus ojos recorren la habitación como si trataran de averiguar qué ha pasado y, cuando me alcanzan, Tizziano corre hacia mí.

Me lanzo a sus brazos, sintiendo los latidos de su corazón reverberar en mi pecho acelerado. Coloca sus manos en mis mejillas, observando mi rostro, luego inspecciona cada centímetro de mi cuerpo buscando heridas.

—Estoy bien —digo—. Estoy bien.

—Tú… —Empieza, desviando la mirada hacia el cadáver tirado frente a la mesa de control—. ¿Lo mataste?

—A él y al otro.

—¿Otro? —pregunta con horror.

—En la sala de cirugía —digo, sacudiendo la cabeza—. Empalado.

Tizziano se humedece los labios, sus ojos oscureciéndose con un sentimiento completamente diferente al de desesperación que los llenaba hace un segundo.

—¿Los mataste a los dos?

Sacudo la cabeza en señal de acuerdo, aún jadeante, pero no puedo evitar que una sonrisa orgullosa se dibuje en mis labios.

—Mi marido me enseñó bien.

—¡Ah, diablos!

Su boca se funde con la mía en un beso lleno de desesperación y abandono, y tengo la impresión de escuchar al Don murmurando algo como "nunca se cansan de ser inapropiados".

Pero no me importa. Nada más importa, porque estoy en tus brazos.

72

TIZZIANO CATANEO

Ella los mató.

A los dos hombres.

Ella los mató.

Sonrío contra sus labios, incapaz de dejar de besarla mientras salgo del elevador en el quinto piso de la torre, con Rafaella aún firmemente sujeta en mis brazos, mis manos aferradas a su culo, mi pecho pegado al suyo.

Cada centímetro de mí tocándola en una desesperada necesidad de calmar el miedo que aún consume mi aliento.

Ella está aquí.

Está a salvo.

Y no necesité llegar a tiempo, porque mi mujer es una maldita asesina. ¡Diablos!

Cruzo la habitación que conozco de memoria hasta entrar con Rafaella al baño. La presiono contra la pared de la ducha y enciendo el agua, todavía vestidos, pero a ninguno de los dos nos importa.

Rafaella clava sus dedos en mis hombros, sus labios devorando los míos en besos intensos, alimentados por la adrenalina que aún corre por sus venas. Sé exactamente lo que necesita, y se lo voy a dar.

Tomo sus manos y las elevo, entrelazando nuestros dedos y separando nuestras bocas. El agua roja corre por nuestros brazos, y ambos observamos, hipnotizados, cómo la sangre de las víctimas de Rafaella se lava de nuestros cuerpos.

Gruño y vuelvo a besarla, más frenético que antes, sintiendo mi miembro latir con fuerza. Subo su camiseta, separando nuestros labios solo el tiempo necesario para quitársela, seguido de su sostén.

Agarro sus pequeñas y deliciosas tetas, mis palmas ásperas deslizando contra la suavidad de su piel desnuda.

—¿Te gustó, *principessa*? —susurro en su oído, lamiéndolo, luego detrás de él y recorriendo toda la extensión de piel hasta su cuello.

Sus ojos se cierran y su boca permanece entreabierta mientras respira con dificultad, mis labios descendiendo por su pecho, esparciendo besos hasta alcanzar uno de sus pezones. Lo chupo con deseo.

—Me encantó —gime, moviendo las caderas hacia adelante—. ¡Me fascinó!

Me reí roncamente, el temblor reverberando por mi cuerpo caliente y húmedo. El agua de la ducha le pega el pelo rubio a la cabeza, la frente y el cuello.

Agarro sus muslos, y Rafaella planta los pies en el suelo. Ella se quita los zapatos, y yo arranco su pantalón y ropa interior de un tirón, desnudándome enseguida, porque cada segundo que mis manos pasan lejos de ella, siento que me quemo por dentro.

Le pongo la mano en la nuca y vuelvo a tirar de ella hacia mí, eliminando el espacio que nos separa como si me hubiera ofendido personal e imperdonablemente. La giro de espaldas, agarrando su cabello y enroscándolo en mi puño.

Rafaella extiende las manos sobre la pared mojada, se inclina hasta que su culo queda a la altura perfecta, jadea, con la piel enrojecida por la temperatura del agua.

—Pequeña sádica —murmuro en su oído, tirando de su cabeza hacia atrás y alineando mi miembro con su entrada. La penetro de una sola vez. Rafaella se arquea ante la primera embestida, y jalo aún más su cabello—. ¿Te gustó sentir su sangre corriendo por tus manos, *Bambola*?

—¡Me encantó! —gime, moviéndose contra mí—. ¡Me encantó!

—¿Sientes que la muerte te abraza, *principessa*? —pregunto, mientras doy un paso atrás y vuelvo a meterla rápidamente.

—Sí. —La palabra es un jadeo en su boca.

—¿Cómo te sentiste, *amore mio*? ¿Cómo te sentiste al matarlos? —le pregunto susurrándole al oído.

—Poderosa —responde, rompiendo el último de mis frenos.

Ella es perfecta. ¡Y es mi maldita esposa!

Me retiro rápido y vuelvo a embestir con más fuerza, comenzando una serie de movimientos salvajes. La penetro brutalmente, entrando y saliendo de su cuerpo con ferocidad, arrancando gritos de su garganta que resuenan en las paredes de piedra a nuestro alrededor.

Cada encuentro de mis caderas con su culo produce un sonido húmedo y alucinante que eleva mi placer a la décima potencia.

El agua de la ducha cae sobre su espalda arqueada, y el vapor lo envuelve todo, excepto a ella. Rafaella lucha por mantener la posición, sus manos resbalando por la pared con cada embestida profunda. Mi agarre en sus caderas es lo único que realmente la mantiene en su lugar mientras sigo embistiéndola sin piedad.

Deslizo la mano hasta su entrepierna y froto su clítoris hinchado. Vibra de satisfacción bajo mi toque.

La violencia que corre por mi sangre guía mis movimientos, queriendo castigar a Rafaella por haber estado en peligro, por haberme hecho sentir tanto miedo, aunque la culpa no sea suya, al mismo tiempo que la recompenso por haber acabado con esos desgraciados.

Ella se empuja hacia atrás, recibiendo toda mi brutalidad y pidiendo más con sus sonidos y movimientos, encontrando cada una de mis embestidas, moviéndose contra mi miembro y mis dedos hasta que se rompe en un orgasmo abrumador que hace temblar todo su cuerpo, su vagina empapando mi verga con sus fluidos y calor. Pero no es suficiente.

Quiero todo de ella.

No queda espacio para que ninguna parte de Rafaella quede sin tocar por mí. Tiro de su cabello hasta que está erguida, su espalda pegada a mi pecho. Mi brazo rodea su cintura, levantando sus pies del suelo para que mi boca alcance su oído.

El chorro de la ducha castiga sus sensibles pezones y ella se retuerce contra mí, aún gimiendo y con los ojos cerrados, totalmente perdida en el placer que atormenta su cuerpo.

—Voy a dártela por el culo, *Bambola* —le advierto, embistiéndola corto dentro de su cuerpo—. Voy a acabar dentro de él, llenarte de mi semen, Rafaella, y luego empezaremos de nuevo.

—Sí —gime, aunque no le he hecho ninguna pregunta—. ¡Sí!

Coloco sus pies en el suelo y deslizo mi mano abierta por su espalda, hasta que está otra vez inclinada, su espalda baja recibiendo todo el chorro de agua de la ducha. Le doy una nalgada con la mano abierta, y Rafaella grita, echando la cabeza hacia atrás y revirando los ojos.

—¡Puta!

Saco mi verga de su vagina y la arrastro hasta su culo aún virgen. Le suelto el pelo y meto las dos manos entre sus piernas.

Rafaella vuelve a gemir y moverse cuando le meto tres dedos en su coño, haciendo que su humedad se deslice hacia arriba, untando su culo y jugueteando con un dedo en esa zona.

Está completamente relajada y la doble estimulación no hace más que enloquecerla. Rafaella se revuelca entre mis manos, arrancándome cualquier vestigio de control que aún intentaba mantener.

Le meto un segundo dedo en el culo, penetrándola en ambos lados. Mi esposa no solo lo soporta, sino que pide más, gritando cuando profundizo, y gimiendo cuando retrocedo por completo. Me río ronco ante la audacia de esta maldita, aunque lo que realmente quiero es romperla sin piedad.

—Te voy a dar lo que mereces, putita —le digo, introduciéndole la verga en el culo y empujando la cabeza hacia adentro.

Rafaella me devora deliciosamente, su resistencia estrangulando mi erección mientras se desliza dentro, centímetro a centímetro, muy despacio. Cuanto más entro en ella, más sus gemidos se convierten en jadeos prolongados.

—¿Todo bien, *amore mio*? —le pregunto cuando estoy completamente dentro y ella gime que sí, empujando las caderas hacia atrás, queriendo más—. Bien, zorra. Muy bien.

Agarro su cintura con firmeza, retrocedo un poco y vuelvo a meter hasta el fondo, sabiendo que Rafaella disfrutará del dolor, sabrá mezclarlo con el placer.

El grito que me da como respuesta es la prueba de ello y vuelvo a penetrarla, comiéndole el culo a embestidas cortas pero furiosas, con mis dedos que vuelven a la vagina poco después.

Rafaella no dura ni un minuto, alcanzando el orgasmo desesperadamente y

desmoronándose en temblores que la sacuden, y aunque quisiera, yo tampoco puedo contenerme. No cuando cada fibra de mi cuerpo está desesperada por reclamar a Rafaella de la manera más primitiva que existe.

Me vengo dentro de ella, llenando su culo de semen hasta que está desbordando, luego salgo y me masturbo, terminando de vaciarme sobre su vulva abierta e hinchada, exigiendo ser alimentada también.

Giro a Rafaella, tirando de ella hacia mí y dejando que mi cuerpo ceda hasta que estamos sentados en el suelo de la ducha.

—Me enamoré de ti —dice de repente, con su mirada aún un poco perdida, pero con sus palabras firmes a pesar de la respiración agitada—. ¡Y es tu culpa, por si quieres saber!

Me río, frotando la punta de nuestras narices.

—¿Sí, *Bambola*?

—¡No es gracioso, Tizziano! Y no te atrevas a no decirme que sientes lo mismo. Tienes la obligación de decirme que también estás enamorado de mí —exige.

—Lo siento, no puedo.

Rafaella abre la boca, la indignación que domina su cuerpo expulsa cualquier rastro de la neblina post-orgásmica.

—¿Cómo? —pregunta, dejando claro que me está dando la oportunidad de retractarme.

Le paso los dedos por el pelo mojado y le sujeto la cabeza para que sus ojos no se aparten de los míos mientras pronuncio mis siguientes palabras.

—No puedo decir que estoy enamorado de ti, *Bambola*, porque no es suficiente. —Rafaella exhala, la ira que comenzaba a nublar sus ojos aflojando el apretón alrededor de ellos—. La palabra pasión es demasiado pequeña para soportar el peso de mi obsesión por ti. ¡Te amo, maldita sea!

Ella jadea, tratando de inclinar la cabeza hacia atrás, pero siendo mantenida en su lugar por la fuerza de mi agarre. Rafaella muerde un labio.

—Bien por ti —dice después de unos segundos—, porque realmente no me importaría matar a un tercer hombre hoy.

Me río.

—¿O serías mía o no serías de nadie más?

—Exactamente.

—Por fin estamos de acuerdo —susurro, con el pulgar deslizándose por su mejilla húmeda y la sonrisa negándose a abandonar mi rostro.

—También te amo —responde en el mismo tono, juntando nuestras frentes—. Te amo tanto que duele.

—Hasta mi último aliento, Rafaella.

—Hasta mi último aliento, Tizziano. —Sus ojos se cierran y un delicioso silencio nos envuelve, hasta que Rafaella lo rompe—. Me has hecho el culo.

La carcajada que estalla de mi boca es atronadora y nos sacude a los dos.

—Y te encantó, como la deliciosa putita que eres. Hay tantas cosas que quiero hacer contigo... Quiero mostrarte el mundo, *principessa*.

—Quiero casarme contigo —dice y yo giro la cabeza con una ceja arqueada.

—¿Otra vez?

—Esta vez de verdad.

—Siempre ha sido verdad, *principessa*. Tú eres la que no se lo ha creído.

—Quiero fiesta, música y todo lo demás —explica.

—¿Cuándo?

—¿La semana que viene? —responde en tono interrogante, como si dudara de mi voluntad.

—Si hubieras contestado esta noche, *Bambola*, lo habría hecho realidad. Lo que quieras siempre será tuyo.

—¿Hasta tu último aliento?

—Tal vez incluso después de él.

73

RAFAELLA CATANEO

La sensación no se parece a nada que haya experimentado antes, aunque en teoría, este es mi tercer matrimonio. Exhalo por la boca, nerviosa como nunca, pero también feliz.

Esta vez, mi madre no está rondando el cuarto ni diciéndome cómo debo comportarme. Ni siquiera fue invitada, y si lo hubiera sido, no sé si habría venido.

Para alguien tan preocupada por la reputación, los días como esposa de un traidor deben ser aún más difíciles que los de la insignificancia.

Tampoco está la sombra de mi padre rondando la habitación contigua. Lo único que su muerte despertó en mí fue un deseo de venganza, y eso, más que cualquier otra cosa, me permite respirar en paz hoy.

Mis hijos nunca sabrán lo que esto significa. Nunca tendrán que temerme a mí o a su padre, porque por más abominables que Tizziano o yo podamos ser, jamás usaríamos esto en contra de nuestros propios hijos.

Mis hijas, si La Santa me bendice con ellas, un día enfrentarán el destino de un matrimonio arreglado, pero nunca serán vendidas al mejor postor, como yo lo fui. En ningún momento.

—Estás guapísima —dice Gabriella, rodeándome la cintura con los brazos y apoyando su mentón en mi hombro.

La sonrisa en su rostro compite con la que yo tenía el día de su boda, hace tantos meses.

—Me voy a casar con Tizziano —le digo a mi amiga, que suelta una carcajada.

—En cierto modo, ya estás casada con él, Rafa.

—¿Entendiste?

—Sí, lo entiendo —confirma riendo—. ¿Está contenta?

—Más de lo que pensé que podría sentir en toda una vida.

Envuelta en el delicado velo de encaje que cae suavemente sobre mi cabello recogido, miro mi reflejo y no se parece en nada a la imagen que vi en las dos ocasiones anteriores en que estuve a punto de casarme.

La mujer del espejo, vestida con un traje de novia que abraza cada curva como si se lo hubieran cosido, es alguien a quien reconozco, pero que, durante mucho tiempo, no supe que habitaba en mi piel.

El corsé adornado con detalles intrincados se extiende hacia una falda fluida, etérea y romántica, que se abre sutilmente alrededor de mis piernas. El tejido blanco va a escandalizar a muchas de las mujeres en el césped de la casa que Tizziano me regaló, donde elegí realizar nuestra ceremonia.

Ya nos casamos en la iglesia una vez, así que podía darme el lujo de elegir un escenario diferente, y ninguno parecía más perfecto que este. Fue aquí donde tuve la certeza de que lo amaba y de que quería pasar el resto de mi vida a su lado.

Sosteniendo un ramo de flores silvestres y exóticas, me siento como una reina de una era olvidada, una visión más allá del tiempo, y no tengo dudas de que al final de esta noche, la corona sobre mi cabeza será lo único que llevaré cuando Tizziano me reclame.

Estoy impaciente.

Las joyas que elegí, simples pero elegantes, no compiten con el vestido; lo complementan: un collar delgado y unos pendientes en forma de gota. Me siento hermosa, y más que eso, me siento poderosa.

En un cuarto en el último piso de la casa, espiando a través de la ventana, veo el pequeño altar montado abajo, al borde del acantilado, bajo un arco de flores similares a las de mi ramo. Es un escenario de ensueño. Uno que nunca me había permitido soñar hasta que Tizziano llegó a mi vida.

—Ya es hora —me dice Gabriella, y yo asiento con la cabeza.

Ella me da un beso en la mejilla y me extiende la mano. Me ayuda a entrar al elevador, un regalo para mi pereza, según mi esposo, y cuando llegamos al piso de abajo, cada paso que doy resuena mil veces en mi corazón descontrolado.

—¿Lista? —pregunta el Don cuando lo alcanzamos. Él será quien me lleve al altar.

—Lista.

Gabriella da un beso suave en los labios de su esposo, luego pasa por las puertas traseras de la casa, baja las escaleras y atraviesa los metros de césped que fueron aislados del área donde se montó el espacio para la ceremonia por una pared verde, hasta colocarse en la entrada que se instaló allí.

Las dos ceremonialistas, una a cada lado, esperan a que la música comience a sonar afuera y luego abren las puertas, y Gabriella sale. Ella es mi única dama de honor.

Vittorio me ofrece el brazo y yo lo acepto. Camina despacio a mi lado hasta que estamos parados frente a la misma puerta por la que su esposa pasó. Exhalo por la boca una, dos, tres veces antes de que se vuelva y hable conmigo.

—Sabes que ya estás casada con él, ¿verdad?

Me río.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué tanto nerviosismo?

—Porque esta vez no estoy eligiendo entre morir o vivir, estoy eligiendo casarme con el amor de mi vida.

Todavía nos miramos cuando las puertas se abren, revelando filas y más filas de invitados de pie, todos mirándome. Un pasillo de madera se extiende entre las sillas y al final de él, Tizziano me espera.

La sonrisita cretina que tantas veces he querido borrar de tu cara está ahí, esperándome, de la misma forma que siempre, y también de una forma completamente distinta.

Doy el primer paso y Vittorio me sigue. No quito los ojos de mi marido ni un segundo, hasta que su hermano me entrega a él.

—Hola, *Bambola* —me susurra cerca de la cara, haciéndome sonreír.

Le entrego mi ramo a Gabriella.

—Hola, marido —le respondo, y por supuesto me besa.

No un toque suave de labios, ni un beso cariñoso y rápido, sino una caricia de lengua perfecta e intensa que hace que los dedos de mis pies se curven.

Y cuando nos separamos y el Padre Armando, fingiendo molestia, entrecierra los ojos hacia Tizziano, él responde a la reprimenda silenciosa con palabras.

—No pude resistir, Padre, pero ya estamos casados, así que La Santa lo perdona.

Algunas risas resuenan a nuestro alrededor y nos volvemos hacia el padre Armando, que se permite poner los ojos en blanco.

—Estamos aquí reunidos, en esta tarde —comienza la ceremonia y sus palabras penetran no solo mis oídos, sino también mi corazón.

Esta vez, escucho cada palabra y consagro mis decisiones a mi fe, agradeciendo a Dios y a La Santa por haberme traído hasta aquí. Y cuando la pregunta más importante de mi vida se me hace por segunda vez, la respuesta sale de mi boca como una canción.

—Sí —digo, a Tizziano y a la vida llena de locura y felicidad que voy a construir con él.

—¿Y tú, Tizziano Cataneo, renovarás tus votos a Rafaella Cataneo por tu propia voluntad?

—Sí —responde él.

—Entonces, yo, por los poderes que me han sido conferidos, os declaro marido y mujer, de nuevo. Ahora sí, hijo, puedes besar a la novia.

Tizziano me atrae, girándome en sus brazos y besándome de manera cinematográfica con toda la élite sagrada como testigo. Y cuando vuelve a elevarme, ya está dando algunos pasos hacia atrás, hasta que estamos al borde del precipicio.

Mira a Vittorio, quien gira ligeramente la cabeza, desconfiado de nuestra cercanía, mientras yo, discretamente, quito mi velo y corona. Tizziano rodea mi cintura con su brazo y entrelaza los dedos de su otra mano con los míos.

Nos miramos, sonreímos... Y saltamos.

Lo último que escucho antes de que el mar frío nos trague es el grito sorprendido y colectivo de la multitud.

74

TIZZIANO CATANEO

—¿A dónde me estás llevando? —pregunta Rafaella entre risas, con la venda en los ojos borrando por completo cualquier noción de dónde está, desde que aterrizamos.

—Paciencia, *Bambola*. Ya casi llegamos.

—Es nuestra luna de miel, debería saber adónde vamos.

—La boda fue tuya, la luna de miel es mía. Eso es lo que acordamos.

—Realmente deberíamos dejar de hacer estos acuerdos.

Con un vestido verde y el pelo rubio suelto, está tan guapa como siempre y, a pesar de sus quejas, Rafaella está prácticamente radiante de emoción.

—¿Por qué? Es divertido —le contesto, le levanto la mano y le beso los nudillos.

Después de unos minutos más, el coche se detiene y la ayudo a bajar. Las calles concurridas no nos dan tregua, pero los soldados que nos acompañan despejan el camino, asegurándose de que nadie se interponga entre nosotros y nuestro destino.

Entramos en el edificio antiguo y nos dirigen al elevador.

—¿Vamos a un penthouse?

—Tan curiosa...

—¡Tizziano!

—La paciencia es una virtud, *Bambola*.

—¡Una con la que no fui bendecida! —refunfuña.

Me río y la abrazo por detrás, besando su rostro y cuello mientras subimos. Uno a uno, los más de ochenta pisos van quedando atrás hasta que finalmente, las puertas del elevador se abren de nuevo.

Ayudo a Rafaella a salir y la coloco delante del muro de contención.

—Voy a quitarte la venda, *principessa*, pero cierra los ojos.

—Sí.

Desato el nudo detrás de la banda de terciopelo negro y la meto en mi bolsillo.

—Puedes abrir los ojos —susurro en su oído, y ella parpadea, acostumbrándose a la luz de la tarde después de un tiempo en la oscuridad.

—¿Nueva York? ¿Estamos en Nueva York? —pregunta, volviendo la cara hacia mí con una sonrisa deslumbrada.

—Viviste aquí durante tres años, pero nunca realmente conociste la ciudad. Ahora podrás hacerlo. Bienvenida a la ciudad que nunca duerme, *Bambola*.

Ella suelta una risa emocionada y una lágrima silenciosa rueda por su mejilla.

—Te amo —dice, apoyando su frente en la mía—. Te amo.

—Hasta mi último aliento —prometo.

—Hasta mi último aliento —repite.

75

BONUS

CESARE CATANEO

—Odio Nápoles —me quejo al entrar al hospital.

—*Ellos tienen la auténtica pizza napolitana* —se burla Tizziano y mis labios se tuercen.

Siempre he odiado Nápoles. El aire pretencioso de una ciudad cuyo único mérito es ser cuna de la auténtica pizza napolitana desafía toda lógica.

—Un gran logro sería si la ciudad fuera la cuna de la auténtica pizza romana, o de la umbriana, Tizziano. En el caso de la napolitana, no hace más que cumplir con su obligación. —Mi hermano se ríe a carcajadas al otro lado de la línea y suelto una larga exhalación—. ¿Por qué me llamaste? Pensé que era Vittorio el hermano al que más te gusta molestar.

—*Rafaella está curiosa, según ella, tu vida se ha convertido en el mejor reality show de Italia.*

—Me pregunto si siempre ha sido un poco loca, si fue el espectáculo que montaron en la boda, saltando desde ese maldito acantilado, o si la convivencia contigo la ha vuelto así. ¿No deberían tener algo mejor que hacer? ¿Sexo? ¿Disfrutar de la luna de miel? Cualquier cosa menos llenar el maldito saco con mis problemas.

—*Somos multifuncionales. Podemos hacerlo todo al mismo tiempo.*

Cuelgo el teléfono.

El hospital central de Nápoles es solo otra cosa pretenciosa. El edificio con arquitectura renacentista desafía no solo la lógica, sino también la practicidad.

No tiene sentido, y la cantidad de entradas y salidas secretas también es completamente absurda para un lugar que debería ser seguro.

Camino hacia el elevador, enumerando al menos treinta y siete formas diferentes de entrar y salir de aquí. Meto las manos en los bolsillos mientras subo, contando mentalmente los segundos que tardo en ir del nivel de entrada al décimo tercer piso. Ciento dos.

Las puertas se abren en un piso casi desierto. Unas enfermeras están amontonadas detrás de un mostrador, y una docena de hombres se posicionan en las entradas y salidas. Casi me río.

Antonio está haciendo un esfuerzo. Si es para impresionarme o porque cree que puede asustarme, me gustaría saberlo. La mujer pálida de cabello oscuro, envuelta en un chal de piel aunque la temperatura aquí no supera los veintidós grados, ya me está mirando. No recuerdo su rostro, aunque tengo un recuerdo claro de su postura. Ha pasado más de una década desde la última vez que la vi, y que todavía recuerde su arrogancia significa algo.

—Señor Cesare —me saluda Stefania Greco cuando la alcanzo, tratando de dibujar una expresión de tristeza en su rostro, pero fracasando miserablemente. Falsa. Toda emoción que muestre es falsa. Interesante—. Gracias por venir en persona.

—De nada. ¿Dónde está Antonio? —Voy al grano y Stefania parpadea, moviendo los ojos rápidamente antes de recordar la respuesta que debe darme.

Inclino la cabeza. Más interesante.

—Fue a buscar al médico cuando nos avisaron de su llegada. Quería que pudieran conversar, por si tiene alguna duda sobre el estado de salud de ella.

—¿Y debería tener alguna?

—No —exclama, abriendo los ojos y levantando las manos—. ¡Claro que no! ¡Clara está perfecta!

Cada músculo de Stefania contradice sus palabras. Los hombros se le elevan y la columna se pone rígida. Las comisuras de su boca se endurecen y hasta la frente, inerte por el botox, muestra signos de tensión.

—¿Dónde está? Quiero verla.

Esto la desespera más que la pregunta anterior. Stefania abre la boca, pero la cierra sin decir nada. Luego, mira hacia atrás, como si esperara que su esposo apareciera de repente, y cuando no sucede, traga saliva.

—Lo siento, pero aunque está bien, Clara sigue un poco frágil. Han sido muchos años. Ha hecho fisioterapia, claro, y recibió los mejores cuidados durante el coma, pero aún así, tres semanas no son suficientes para que esté presentable. —Intenta convencerme.

—No fue un pedido.

Sus ojos oscuros parpadean y su piel blanca se vuelve aún más pálida. Cada segundo en la presencia de la madre de Clara grita que hay algo que no se está diciendo.

—Por supuesto —acepta finalmente, tragando saliva, pero vuelve a mirar hacia atrás, esperando a su marido.

Antonio Grego es el hermano menor de Alberto Grego, el actual Don de la Camorra, encargado de cumplir el acuerdo matrimonial hecho entre su padre y el mío.

Mattia Grego no tuvo hijas, por eso, cuando surgió la oportunidad de establecer una alianza entre la Camorra y La Santa, prometió a su nieta, que en ese momento tenía solo un año, mientras que, por mi parte, fui yo el elegido.

A los trece años, Clara sufrió un accidente que la dejó en coma cuando estábamos a cinco años de nuestro matrimonio. Nunca la conocí más allá del compromiso ridículo cuando ella era un bebé y yo tenía ocho años.

El miedo de Stefania me hace preguntarme si lo que están escondiendo es una secuela del accidente, o algo anterior a él.

—Por favor —dice, señalando con la cabeza una de las puertas.

Ella pasa delante de mí y la abre. Desde afuera, observo a la mujer de cabello oscuro acostada en la cama del hospital girarse, sus ojos asustados se fijan en la madre y luego en mí.

Clara se acomoda en las almohadas al verme, tratando de evitarme sin salir del borde de su mundo que ha sido el mismo durante casi trece años.

La joven tiene los ojos oscuros y la piel extremadamente pálida. ¿Cuánto tiempo ha pasado sin ver el sol? Sus labios, agrietados, y su cuerpo pequeño, demasiado delgado, son preocupantes.

El monitor cardíaco empieza a sonar cuando su ritmo cardíaco se descontrola, y Stefanía corre al lado de su hija, actuando como una madre preocupada, aunque Clara se encoge, como si tuviera miedo de ella.

Puede que tres semanas no sean suficientes para que se recupere, pero desde luego deberían bastar para que deje de tenerle tanto miedo a su propia madre.

—Cálmate, cariño. Es solo tu prometido. Quería verte.

Clara no contesta, solo mira de su madre a mí y de mí a su madre, su ritmo cardíaco aumenta cada vez más, haciendo que el monitor grite.

—¿Estás bien? —me pregunto.

—S-sí —gaguea, su voz aún suena extraña. Imagino que es una consecuencia esperada después de trece años sin usarla.

—Aún no habla perfectamente, pero estamos trabajando en ello —asegura Stefanía, y Clara baja la cabeza, con los hombros temblando mientras su madre le toma la mano.

—Déjanos a solas —ordeno, recorriendo con la vista el cuerpo delgado de Clara, registrando cada hueso prominente y trozo de piel pálida.

—Eso... Eso no sería apropiado, señor, yo...

Me vuelvo hacia Stefanía. Su cabeza está inclinada hacia atrás y su boca abierta. Parece asustada, lo cual sería bueno si el miedo en sus ojos no estuviera dirigido a mí, sino a lo que teme que descubra si me dejo solo con Clara.

—Estamos en un hospital, y ella está siendo monitoreada, Stefanía. ¿Estás sugiriendo que yo haría algo?

—No, no, es que...

—Eso es lo que yo imaginaba.

Le abro la puerta y, al darse cuenta de que no va a convencerme, la mujer se vuelve hacia Clara y le dirige una mirada significativa, pero luego se va. Cierro la puerta.

Humedeciendo mis labios lentamente, apoyo las manos en las caderas y reflexiono. ¡Qué diablos! Me acerco a la cama, donde la joven sigue con la cabeza baja y asustada, aunque parece un poco menos oprimida ahora que Stefanía se ha ido.

—¿Cómo te sientes?

—B-bien, señor.

—Llámame Cesare. Y no me gusta que me mientan.

—Y-yo... no estoy mintiendo.

—Mírame, Clara.

Ella levanta la cabeza y me mira con los ojos enrojecidos y la respiración entrecortada. Tiene el rostro de una mujer, pero su mirada...

—¿Te están tratando bien? —Pregunto, y los ojos de Clara se desvían hacia la puerta cerrada antes de volver a mí. Luego, asiente con la cabeza—. Palabras, respóndeme con palabras.

Aprieta los dientes, como si su cuerpo repudiara lo que está a punto de salir de su boca.

—Sí.

Exhalo largamente. No sé cómo lidiar con esta mierda.

—¿Cuándo nos vamos a casar? —pregunta, y mis cejas se levantan—. Mi mamá dijo que no debería tardar mucho. Y que necesito aprender a ser esposa rápidamente. ¿Cuán rápido?

Aprender a ser... Inclino la cabeza. ¿Es eso lo que te aterroriza?

—¿Eso es lo que te da miedo? ¿El matrimonio?

Clara parpadea un par de veces, pero en lugar de responderme, me hace otra pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

—Mi mamá dijo que ahora tengo veinticinco y que falta poco para que cumpla veintiséis, pero no recuerdo mis cumpleaños. El último que recuerdo es el de trece años. Es raro —dice, divagando.

—Has estado en coma durante mucho tiempo —le digo, mi voz saliendo más suave de lo que esperaba.

—Lo sé. *Mamma* dijo que perdí mi graduación. —Es su turno de inclinar la cabeza y, por un segundo, parece que su mente no está en la habitación, aunque su boca sigue hablando—. También dijo que todas mis amigas ya se casaron, que incluso tienen hijos. ¿Hijos? Tendré que tener hijos, ¿verdad? Creo que aprender a ser madre será más difícil que aprender a ser esposa. —De repente, sus ojos se abren y se enfocan en mí—. Pero voy a aprender, señor. Prometo que lo haré —asegura, aún más nerviosa ahora que antes. Algo similar al pánico parece emanar de

ella.

—Clara, tú...

—Sé que no debí haber tardado tanto en despertar, señor, y que si no hubieran intentado matarme, todavía estaría dormida y…

Dejo de escuchar. Las palabras “si no hubieran intentado matarme” resuenan en mi cabeza, encajando todas las piezas que he reunido desde que Matteo interrumpió aquella cena familiar para decir que Clara había despertado. Muchas cosas no tenían sentido hasta ahora.

La puerta se abre en ese momento, y sigo mirando a mi prometida por unos segundos antes de girarme para encontrar a Antonio, que observa de su hija a mí con una expresión ansiosa que solo confirma mi sospecha de que esto era lo que me estaban escondiendo: un intento de asesinato contra mi prometida.

Me toco el centro del labio superior con la punta de la lengua, asintiendo para mis adentros.

—Cesare, ¿podemos hablar? —pregunta Antonio, ignorando completamente a la joven.

Delineo mis dientes superiores con la punta de la lengua.

—Podemos. Ya he visto suficiente.

***

—¿Quieres mandarla a un convento? —pregunta Vittorio, arqueando una ceja, como si necesitara asegurarse de haber oído bien.

—Es una niña en un cuerpo de mujer, y no pienso casarme hasta que su cabeza coincida con el resto de ella. Además, necesita protección después del maldito intento de asesinato que la Camorra trató de ocultarnos.

Mi hermano se recuesta en su silla, apoya los codos en los reposabrazos y entrelaza los dedos.

—¿Alguna pista de quién pudo haber sido?

—No. Pero lo descubriré, y cuando lo haga, haré que esos hijos de puta recuerden por qué nadie se mete con lo que es propiedad de La Santa.

—¿Por cuánto tiempo quieres que ella esté en el convento? —pregunta Vittorio.

—Una década sería lo ideal, pero creo que es mucho pedir. Seis años por lo menos. Necesita completar sus estudios, y aunque no alcance la edad mental correspondiente, necesita al menos pensar como una mujer mayor, Vittorio.

—La Camorra quería un matrimonio rápido —dice—. Querían deshacerse de la prueba de su propia incompetencia. Clara podría estar muerta ahora. Y me pregunto si sabríamos que no fue por causas naturales. Esta alianza puede no durar los próximos seis años, Cesare.

—Cinco, entonces.

—Sigue siendo mucho.

—Vittorio...

—Tres —sentencia mi hermano—. Tres años. Puedes mantener a Clara lejos durante tres años, pero después de eso, tendrás que casarte.

Aprieto los dientes, sacudiendo la cabeza y asintiendo, porque el tono de Vittorio no deja lugar para discusiones.

Está bien.

Tres años entonces.

Epílogo

TIZZIANO CATANEO

5 AÑOS DESPUÉS

—Se quedó dormido —anuncia Rafaella, soltando una respiración aliviada.

Desvío la mirada del moisés y me giro hacia mi esposa, que está sentada en la silla de lactancia, meciendo a Andrea en sus brazos mientras el bebé sigue amamantando.

Siempre se resiste más que Niccollo. El mayor de los gemelos parece haber heredado solo la parte más obstinada de ambos padres y hace lo que quiere, cuando quiere, incluso a sus seis meses de vida.

Tomo a Andrea de los brazos de Rafaella y lo coloco en el moisés, junto a su hermano. Mi esposa se levanta y se queda a mi lado, contemplando a los niños desde arriba.

—Se parecen a mí —dice orgullosa, y no puedo negarlo, porque realmente es así.

Ambos son rubios, con los ojos azules como los de su madre, al igual que las formas de sus rostros. Lo único que han heredado de mí es el carácter.

—Sí, lo son. Pero los próximos serán mi imagen.

—¡Qué descarado, Tizziano! Apenas acabo de dar a luz a estos dos. ¿Crees que tengo cara de vaca lechera para estar pensando en tener más?

—Ah, al Don le encantaría oírte decir eso.

Ella resopla.

—¡Gabriella está loca! Se lo he dicho desde la segunda vez que quedó embarazada.

—*Principessa*, no podemos dejar que mis genes perfectos mueran conmigo. Necesitamos más caras como la mía ahí fuera.

Rodeo la cintura de Rafaella con los brazos, respiro en su cuello y la beso. Se retuerce entre mis brazos.

—¿Tenemos tiempo? —murmura.

—No si no quieres retrasarte.

—¡Maldita sea! —se queja, apoyando la cabeza en mi hombro. La beso en la oreja.

—Cuando regreses —prometo.

—Lo cobraré.

—Como si necesitara.

Ella se zafa de mis brazos y sale del cuarto de los niños. Tomo el monitor de bebé y la sigo. Rafaella solo se detiene cuando llega a la cocina.

Abre el congelador y cuenta las dosis de leche que tiene en la nevera, aunque ambos sabemos que es más que suficiente para las pocas horas que estará fuera.

—Si falta leche, puedes pedirle a Gabi. —Me echo hacia atrás, riendo con la imagen mental que me viene: la cara de Vittorio si yo llegara a su oficina pidiendo leche de las tetas de su esposa—. ¡Deja de ser idiota, Tizziano!

Rafaella se queja, sabiendo por qué me estoy riendo sin que tenga que decirlo. Los años solo nos han hecho más compenetrados, más perfectos juntos. Cada día, cada semana, cada mes junto a Rafaella solo ha aumentado mi obsesión por ella, hasta el punto de no saber si soy yo quien domina la sensación o ella quien me domina a mí.

—¿Estás seguro de que podrás cuidar de ellos solo? —pregunta, acercándose y rodeando mi cuello con los brazos. Levanto una ceja en señal de interrogación.

—¿Y desde cuándo hay algo que yo no haga bien, *Bambola*? —Ella hace un puchero, pero no discute. Le doy un mordisco en el puchero—. No me sorprendería que mi madre aparezca en diez minutos queriendo mimar a los nietos.

Rafaella pone los ojos en blanco, pero ahora ella no puede discutir. Aunque aún no se ha hecho a la idea del matrimonio de algunos de sus hijos, no hay nada que Anna Cataneo no haga por sus nietos.

—Quiero otro bebé —digo.

—Ay, Tizziano, no me hagas reír.

Rafaella chasquea la lengua y gira la cabeza, negando con un movimiento de un lado a otro.

—Me volví adicto a hacerte el amor cuando estabas embarazada, amor —le susurro al oído, rozando su piel con la punta de mi nariz. Mi mujer se relaja en mis brazos.

—¡Me estás poniendo caliente, maldita sea!

—Bien... Así pensarás en mí cada segundo que estés lejos, sin importar lo ocupadas que estén tus manos. ¿Me das otro bebé? —Le muerdo el lóbulo de la oreja—. ¡Por favor!

—Se acabó —se burla ella, haciéndome reír. Lamo sus labios—. Si tu vicio es tener sexo conmigo mientras estoy embarazada, tendría que pasar el resto de mi vida con pancita, Tizziano.

—No por el resto de mi vida. Solo tres veces más, cuatro como mucho.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Y si todos los embarazos son de gemelos?

—Entonces podremos crear nuestra propia división dentro de La Sagrada.

—Por supuesto. Para qué reclutar si podemos hacer nuevos soldados, ¿no? —ironiza Rafaella, inclinando la cabeza hacia atrás cuando le jalo la coleta para repartir besos por su cuello.

—Exactamente. ¿Te imaginas? Cuatro mujeres con tu cara, sembrando el caos por todos lados.

—Estarías tan orgulloso... —gime cuando muerdo su garganta.

—Terriblemente orgulloso —acepto, lamiendo el camino hacia su boca.

El teléfono de Rafaella suena en ese instante. Ella lo saca del bolsillo y lee la notificación.

—Cesare está subiendo —advierte.

Dejo caer mis manos de sus caderas.

—¡Maldito aguafiestas! —me quejo.

—Como si eso te detuviera —responde mi hermano al comentario que no era para él, mientras me giro hacia las escaleras. Está parado en la cima.

—*Ciao*, entrometido Fratello.

Cesare ignora mis palabras con un gesto.

—¿Lista? —le pregunta a Rafaella.

—Ella nació lista. —Le doy un beso en la mejilla a mi esposa, y ella me sonríe.

—Sigue así y tal vez considere darte otro bebé.

Me guiña un ojo y se da la vuelta, caminando hacia Cesare.

—¿Cuántos son? —le pregunta mientras empiezan a bajar las escaleras.

—Tres —responde Cesare.

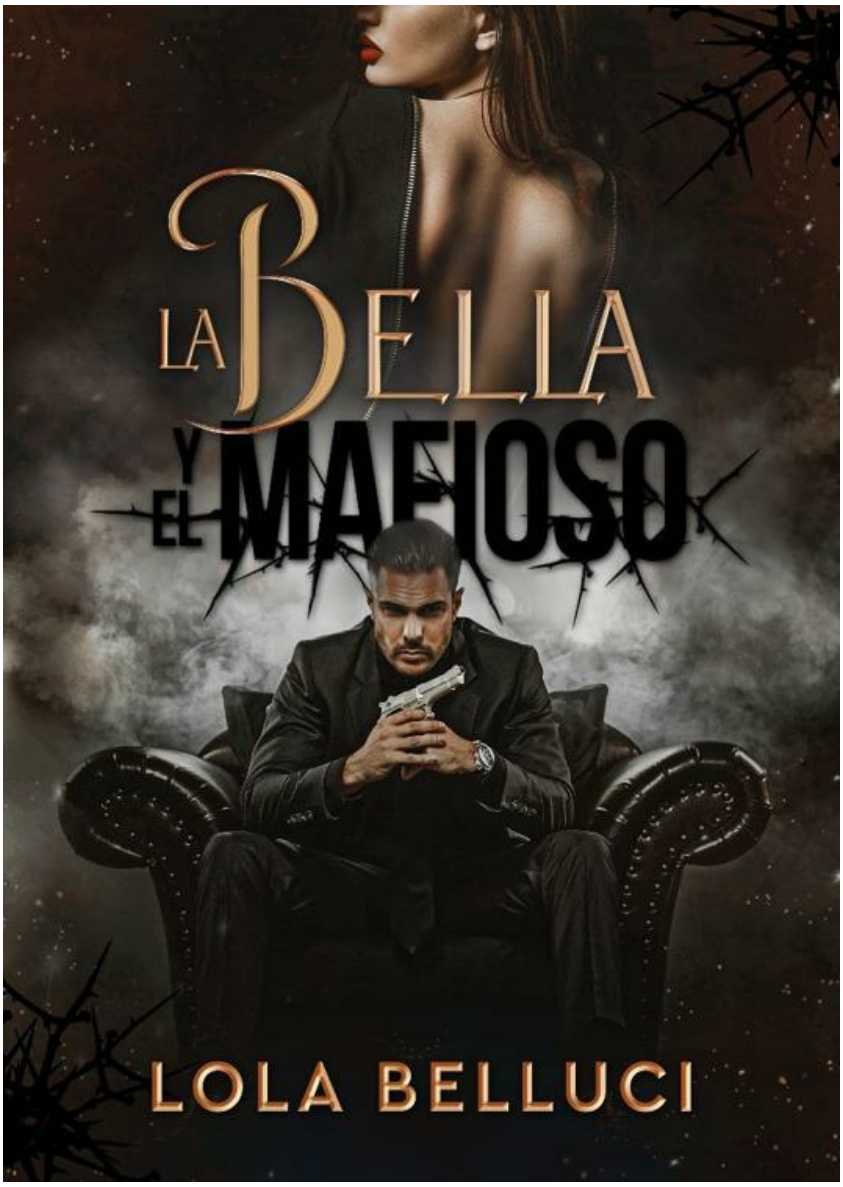
—¿Necesitamos información o solo vamos a divertirnos?

Rafaella pregunta, y esa es la última parte de su conversación que escucho. Sonrío, orgulloso como nunca de la mujer en la que se ha convertido mi esposa, y regreso al cuarto de nuestros hijos.

Me inclino sobre la cuna, con ellos aún dormidos.

—Les tengo una historia que contar, chicos —digo en voz baja—. Al principio se parece un poco a la de Cenicienta, pero al final... Se pone mucho más interesante.

Conoce la historia de Vittorio y Gabriella.



1

VITTORIO CATANEO

El shock familiar recorre todo mi cuerpo cuando mi mano cerrada golpea las costillas del hombre frente a mí. Sin dejar de mover mis pies sobre la colchoneta ni por un segundo, vuelvo mis brazos a la posición de defensa, protegiendo mi rostro con mis puños mientras el soldado con el que estoy peleando intenta estabilizarse sobre sus propias piernas. Se tambalea, pero en el momento en que recupera el equilibrio me ataca, apostando por la velocidad de su reacción como elemento sorpresa. Y tal vez funcionaría, si no fuera yo su oponente. Doblo mis rodillas, esquivando su ataque antes de entrelazar mi pierna derecha con su pierna izquierda y tirarlo al suelo.

—Y estás muerto —digo, mientras presiono mi antebrazo contra su cuello y las pupilas del hombre se dilatan al darse cuenta. Un movimiento y podría romperle el cuello, aquí y ahora.

Gotas de sudor corren por mi cara y mi espalda a medida que la capa que cubre toda mi piel se vuelve más gruesa. El muchacho abre la boca como si quisiera disculparse, pero la cierra, dándose cuenta a tiempo del error que sería. La debilidad ofrece solo dos opciones y disculparse por la vergüenza de ser débil no está entre ellas: o mejoras o mueres.

—Deja a los niños en paz, hermano. Pelea con alguien de tu tamaño. —Miro hacia arriba y encuentro a Tizziano pasando por las cuerdas del ring.

La habitual sonrisa fácil que cuelga de sus labios no oculta lo que revela su cuerpo expuesto, vestido únicamente con sus numerosos tatuajes y unos boxers: lo que sea que el desgraciado haya venido a hacer al centro de entrenamiento, enfrentarse a mí no estaba en su lista de tareas. El cambio de planes solo puede significar una cosa.

La poca relajación que había logrado a través de puñetazos y patadas en la última hora se desvanece, y me levanto, despidiendo en silencio al chico al que prácticamente estaba asfixiando. Será una buena lección.

—Sputa il rospo[27] —Exijo cuando Tizziano se detiene frente a mí, terminando la última vuelta con la correa protectora en sus manos y, si tuviera dudas de que subir al tatami era un cambio en su ruta, ahora se desvanecerán.

A mi hermano no le importa lastimarse los nudillos a menos que necesite mantener una fachada de civilidad, y casi nunca se molesta por eso. Y si tiene algún lugar adonde ir, definitivamente no debería estar aquí. Tizziano inclina el cuello hacia un lado y luego hacia el otro, antes de adoptar una posición de ataque y encogerse de hombros.

—No tengo buenas noticias, así que voy a compensarlas primero —advierte, intentando el primer golpe, y lo esquivó con facilidad.

Pero, a diferencia de los hombres que entraron al ring antes que él, el subjefe no tiene miedo de golpearme y encadena una serie de intentos. Uno de ellos me golpea en el hombro gracias a un movimiento lo suficientemente

rápido como para evitar que el golpe vaya a la cara.

Al fin alguien de mi tamaño.

Escupo en el suelo antes, moviendo pies y hombros, avanzo, sin bajar nunca la guardia. Mi hermano esquiva, avanza cuando yo retrocedo y retrocede cuando avanzo, siendo apaciguada la intensidad de los golpes intercambiados solo por la expectativa de lo que el hijo de puta tiene que decir y no dice.

—Hoy no me siento particularmente paciente, Tizziano —digo, y él sonríe antes de responder.

—Nunca lo estás, Don.

—Entonces ¿por qué estás dispuesto a poner a prueba una paciencia que yo no tengo? —Avanzo sabiendo la apertura que estoy dando para recibir un puñetazo en las costillas. El golpe llega, pero no me detiene. Continúo hasta que mi hermano queda inmovilizado contra las cuerdas.

Su cuerpo, ya tan sudoroso como el mío, jadea y está completamente desprotegido, mientras mantiene los brazos levantados frente a su cara en otro gesto cauteloso. El primer golpe es en el abdomen, el segundo en las costillas y el tercero en el pecho.

La sonrisa civilizada cambia, convirtiéndose en la maníaca a la que me acostumbré cuando Tizziano y yo aún éramos niños. Con solo tres años de diferencia entre nuestras fechas de nacimiento, he estado lidiando con este hijo de puta durante mucho tiempo, a veces mucho más de lo que me gustaría.

En un movimiento calculado, mi hermano nos lleva al suelo, liberándose de las cuerdas que lo contenían. Los minutos son devorados por los golpes que intercambiamos, hasta que el subjefe finalmente decide abrir la boca.

—El cargamento que debía llegar a Texas esta mañana no llegó —anuncia dando un paso atrás y bajando los brazos. Me paralizó en medio del movimiento, evitando golpearlo nuevamente, entendiendo su disposición a hablar como el final de nuestro enfrentamiento.

Muevo mis ojos de un lado a otro sin rumbo fijo, dando vueltas en mis propios pensamientos, pensando qué hacer con esta información.

—¿Por qué?

—Eso es lo que voy a averiguar. Tengo una reunión con el secretario de seguridad en —levanta la muñeca y mira el reloj que está allí— una hora. Se suponía que eran sus contactos en los Estados Unidos quienes debían garantizar que la carga llegara sana y salva.

—¿Dónde estaba ese cargamento la última vez que tuvimos noticias?

—En Nuevo México, anoche.

—Esto apesta —digo, alejándome del centro de la colchoneta y alcanzando la toalla que cuelga sobre las cuerdas.

Me seco la cara y los hombros antes de apartar los mechones de cabello húmedos de sudor, mientras mi mente daba vueltas sobre lo que podría significar la desaparición del cargamento.

Me apoyo en las cuerdas, dejando que mis ojos recorran el centro de entrenamiento. Al menos treinta hombres

circulan por el gran espacio usando el equipo de entrenamiento. El CT se confundiría fácilmente con un gimnasio si no fuera por la pintura en la pared frente a la puerta. La cruz, la rosa y el puñal están impresos en el concreto de la misma manera que están tatuados en la piel de cada uno de los hombres que circulan por el complejo, yo incluido.

Todo eso y los pisos subterráneos cuyas sesiones de entrenamiento nunca podrían confundirse con algo tan común como las actividades que realiza un gimnasio. No, es allí donde La Santa forja a sus hombres en sudor, fuego y cenizas.

Tizziano me sigue, recogiendo la botella de agua del suelo y usándola para mojarse la cara. Luego, también se apoya en las cuerdas.

—Estoy de acuerdo. Usar el cargamento como cebo para la CIA[28] fue una buena idea, después de todo —dice y yo asiento.

—Si es que realmente tiene que ver con la CIA. Quiero noticias tan pronto como las recibas.

—Así se hará, Don.

—También quiero ojos y oídos sobre Mattarazzo. Ya hemos hecho demasiado por ese hijo de puta para que se muestre incapaz de garantizar la seguridad de un cargamento de armas, si no me es útil cuando lo necesito, no me sirve.

—Ya está hecho —dice, y no me sorprende en absoluto.

Tizziano no consiguió el puesto de subjefe porque era mi hermano. Ninguno de mis hermanos lo hizo por eso. A diferencia de la Cosa Nostra, la Sagrada no premia el nepotismo, la sangre es importante, pero no lo es todo. Si cada uno de ellos no hubiera demostrado, una y otra vez, ser hombres capaces, no estarían donde están hoy. Ni siquiera yo, siendo el primer hijo de mi padre, habría ocupado el lugar de Don después de su partida, a pesar de su nombramiento, si no hubiera demostrado mi capacidad para hacerlo. Y lo hice.

Negocio tras negocio. Muerte tras muerte. Visita tras visita al infierno, y en los veintiséis años desde que gané mi crucifijo, mi rosa y mi puñal, han sido muchas. A mis treinta y ocho años no hay una sola parte de mí que no pertenezca a lo Sagrado.

—Bien —digo, ya haciendo espacio entre las cuerdas para pasar a través de ellas. Mi hermano aprovecha la oportunidad.

—¿Te vas?

—Así es. Gianni pidió una reunión, algo sobre los protocolos para el viaje a Brasil. —Esto hace que Tizziano sonría de oreja a oreja, dejando completamente de lado la seriedad de la conversación que acabamos de tener.

—¿Estás seguro de que no necesitas que yo vaya a ese viaje?

—Solo estás pensando en vaginas brasileñas, Tizziano.

—No, pienso también en tetas y culos brasileños. —Los ojos verdes brillan antes de que mi hermano me guiñe un ojo.

—Entonces tal vez debería conseguirte una esposa. —Mi sugerencia inmediatamente borra la sonrisa de su

rostro.

—No tiene gracia, Vitto —dice entre dientes y mi reacción no es más que un sutil arco de ceja, como si me importara.

Si Tizziano o incluso yo aún no nos hemos casado, es solo porque nadie ha ofrecido un trato que valga lo suficiente como para involucrar mi nombre o el de mi subjefe en un acuerdo matrimonial, y él lo sabe.

—Don. —Me detengo en seco y miro hacia atrás cuando una voz familiar me llama. El viejo Ricardo Ricci, capo de Messina, me mira fijamente desde unos metros de distancia y se acerca con pasos rápidos y cortos.

Frunzo el ceño, porque no esperaba verlo aquí. Darío, uno de mis hombres de confianza, está parado cerca, con las manos entrelazadas delante de él. El traje impecable en su cuerpo dice que está listo para los compromisos del día, aunque yo aún no lo esté.

—¿Sí? —digo mientras me paro frente a Ricardo—. ¿Tenemos una reunión, Ricci? —pregunto, aunque sé que la respuesta es no.

—No, Don. Pero, si es posible, me gustaría hablar. —Mi agenda planeada para el día prácticamente grita en mi mente, mientras reformulo, pensando ya en los reordenamientos que tendré que hacer.

—¿De qué, Ricardo?

—Los Castellani, Don. Dijeron que no a su propuesta. —Cerrar el puño con la mano es una reacción automática, al igual que el movimiento de mis fosas nasales.

—Entonces, debemos asegurarnos de que comprendan que nunca les convenía dar un no.

2

GABRIELLA MATOS

Contengo la respiración, tragándome las ganas de vomitar que se apoderan de mi estómago, en el momento en que tengo una vista completa de la habitación a la que estoy a punto de entrar y, peor aún, limpiar.

Correría al baño, pero si las experiencias pasadas me han servido de algo, es que me han enseñado que el dormitorio es siempre solo un anticipo del nivel de deseo de muerte que encontraré en la suite.

La mancha de humedad en la cama deshecha hace que mi nariz se arrugue al mirarla, junto con el condón descartado al lado. Cierro los ojos cuando noto, un poco más a la derecha, la textura blanca y gelatinosa. Gruño y miró hacia otro lado. Odio mi vida.

—Vamos, Gabi, puedes hacerlo. Siempre puedes hacerlo —lo digo en voz alta porque sé que pensar no será suficiente, aunque ni siquiera escucharme será suficiente.

Expulso con fuerza el aire de mis pulmones y finalmente empujó el carrito de productos de limpieza hacia la habitación. Lo miro pensando por enésima vez, justo hoy, que sería suficiente para solucionar mis problemas durante un mes.

Un maldito carrito que vendieran en algún mercadillo y que pudieran comprar los dueños de la casa para que limpiadoras como yo pudieran desplazarse mientras limpiaban, solucionaría mis problemas.

¿Qué tan triste es que este sea el valor de mi vida? Me mato trabajando dos semanas para ganar la cantidad que un carrito de limpieza usado me rendiría en un día.

Mis ojos arden y mis músculos doloridos por horas de limpieza gritan en protesta, mientras decido por dónde empezar en la habitación recién abierta. Sacudo la cabeza de un lado a otro y decido dejar de pensar al darme cuenta de que si sigo preocupándome, no me iré de aquí hoy.

No necesito preocuparme, no necesito pensar, solo necesito hacer.

El reloj del panel del televisor, en el que una tanga roja y usada de encaje está olvidada, me dice que ya son las tres de la mañana. Cinco horas. Cinco horas de limpieza sin comer nada, y todavía no estoy exactamente cerca del final.

El triplex de Barra da Tijuca fue víctima de una fiesta salvaje anoche y soy responsable de devolverle su dignidad, aunque me cueste la mía. Empiezo reuniendo la ropa esparcida por la habitación: una camisa, un pantalón, un vestido, unos tacones, unas bragas y ropa interior. Después de dejar todo en el cesto de la ropa sucia en el carrito, llega el momento de la ropa de cama, y doy gracias a Dios por los guantes de goma. Sé que, en teoría, no se puede contraer una ETS[29] con solo tocar las sábanas sucias de alguien, pero por el amor de Dios.

Por un breve segundo, mi mente divaga, imaginando cómo sería si yo fuera la dueña de las bragas rojas, si mi vida fuera la de ella. Una vida impulsada por bebidas caras, comida elegante y bragas de diseñador que no me importaría dejar atrás. Me río antes de que la imagen esté completa en mi imaginación. Sacudiendo la cabeza de un lado a otro, tiro del montón de tela sobre el colchón hacia mí. Sin querer cooperar, una de las almohadas cae al suelo mientras termino de quitar la funda y maldigo, porque todavía no estoy dispuesta a descubrir qué clase de monstruo voy a encontrar hoy debajo de la cama.

Las camas de estas casas son una especie de huevo kinder pervertido y repugnante que siempre guarda sorpresas desagradables. La última vez, encontré que una muñeca inflable era absurdamente realista y aterradora. Respiro hondo, preparándome mentalmente, diciéndome que no importa lo que sea, solo hay que quitarlo, limpiar e ignorar.

Me agacho dejando mi culo en el aire y, cuando tiro de la almohada, arrastra consigo algo que estaba debajo de la cama. Por supuesto que es basura, cualquier castigo para los pobres es pequeño.

Sin embargo, cuando levanto la pieza blanca y miro el suelo, no parece una mala sorpresa en absoluto.

Parpadeo, luego miro a mi alrededor, sospechando que es algún tipo de broma.

Llevo seis meses prestando servicios para la empresa de limpieza en la que ahora trabajo como autónoma y en las mansiones, cuya dignidad he restaurado a costa de la mía propia, me he encontrado con todo tipo de cosas raras, pero un montón de dinero es la primera vez.

El sudor en mi piel se enfría, cubriéndome por una razón completamente diferente al agotamiento anterior. Mientras miro el rollo de dinero, es imposible no intentar imaginar cuántos billetes hay, aunque estoy segura de que nunca sería capaz de calcular cuántos hay en un fajo basándose en su grosor. Billetes de doscientos reales.

Pensé que los billetes de esa cifra eran un mito, porque aunque habían sido lanzados hace más de un año, hasta hoy no los había visto. Para ser honesta, no recuerdo la última vez que vi uno de cien.

Me agacho, alcanzó el dinero, pero retrocedo antes de tocarlo. Me muerdo el labio y, una vez más, miro a mi alrededor, preguntándome si alguno de los objetos decorativos esparcidos por la habitación podría ser una cámara de seguridad como las que usan las madres de niños pequeños para espiar a sus niñeras. Si es así, ¿cómo debería verse esta escena ahora?

No soy una ladrona —me digo—, pero este dinero... Haría las cosas mucho más fáciles... Tal vez incluso podría renunciar.

Podría llevármelos a mi casa e irme. Desaparecer en el mundo, ser libre. Ese deseo me golpea justo en el pecho como una flecha. ¿Cuántas veces se me ha pasado esto por la mente? Sacudo la cabeza de un lado a otro, negándolo. No soy una ladrona, no soy una desagradecida, nunca podría simplemente irme. Me necesitan. No me quedan muchas razones para estar orgullosa de mí misma, pero aún puedo estar orgullosa de estas dos. No soy una ladrona y no soy una ingrata.

Finalmente toco el dinero, agarro el grueso fajo de billetes y lo coloco sobre la mesita de noche, sigo mirándolo durante casi un minuto completo dejando que mi mente sueñe con todas las posibilidades que nunca serán mías. Sueños que mueren en el momento en que miro hacia la habitación sucia, sabiendo que no hay escapatoria, que aquí es donde pertenezco.

***

El agua fría despierta mi piel, pero todo lo demás en mi cuerpo permanece medio muerto. Parpadeo, densa por el sueño, y exhaló pesadamente. El uniforme del personal de limpieza está pegado a mí, pero ¿quién puede culpar al pobre uniforme? Soy un espanto pegajoso de sudor.

Apoyo los brazos sobre el lavabo y cierro los ojos. Esto es fácil de hacer, es lo primero fácil de hacer en las últimas horas. No sé cuánto tiempo pasará hasta que me dé cuenta de que me quedé dormida. Esto de pie, pegajosa de sudor, en el baño del cuarto de servicio de la casa que acababa de limpiar a las cuatro y media de la mañana.

Fuerzo mis párpados hacia arriba, la visión sigue borrosa durante unos segundos antes de que logro fijar mi mirada en el espejo e inmediatamente me arrepiento. Me equivoqué, no soy un desastre, soy un horror.

Todo el frizz del mundo se concentró en mi cabello, causando que los mechones más cortos y rotos se soltaran del moño en la parte superior de mi cabeza y se pusieran firmes. Se siente como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Mis ojos están rojos, el marrón de mis iris se vuelve opaco todos los días y mi piel está enfermiza y sucia, casi como si hubiera absorbido toda la suciedad que saqué de esta casa. Y, por supuesto, apesto.

La imagen es oscura, pero no preocupante, de hecho, resulta casi familiar. Lo que no me resulta nada familiar es la mancha que descubro en la solapa de mi uniforme. ¡Santo cielo! Me alejo del lavabo para asegurarme de que mis ojos somnolientos no me estén jugando una mala pasada, pero cuando miro hacia abajo en busca de la tela, el círculo azulado todavía está en el mismo lugar donde estaba cuando lo noté en mi reflejo.

¡Mierda, mierda, mierda! ¡Andressa me va a matar! O, peor, querrá deducir la factura de la lavandería de mi asignación diaria o, peor aún, el costo de un uniforme nuevo. Imaginarme esa situación hace que mi corazón se acelere y de repente estoy más despierta que nunca.

Me acerco nuevamente al diminuto lavabo y me inclino sobre él, intentando acercar la solapa al grifo. No funciona. Me levanto, mis ojos parpadean frenéticamente y mis manos se abren y cierran una y otra vez. ¡Demonios, demonios, demonios!

Empiezo a desabrocharme el uniforme. El problema es que el maldito traje de trabajo es un enterizo, así que cuando me lo quito del cuerpo estoy medio desnuda, quedando nada más que bragas y un sostén de algodón. El frío del aire acondicionado central me golpea de inmediato, haciendo que cada pelo de mi cuerpo se erice ante el cambio repentino de temperatura.

Doblo el cuello hacia un lado y luego hacia el otro, haciéndolo crujir. El fuerte ruido trae consigo el habitual pensamiento estúpido de siempre: soy crujiente. Suelto una risita completamente fuera de lugar y abro la llave del agua. Acercó la tela al agua corriente con la intención de mojar solo la parte manchada, pero en un acto de torpeza, tropiezo con mis propias piernas, quedándome quieta, empujando mi cuerpo hacia adelante y casi golpeándome la cabeza en el lavabo.

En el último segundo recuperó el equilibrio evitando la mayor desgracia, o al menos la que creía que era la mayor desgracia, hasta que me di cuenta del estado de mi uniforme. En mi desesperación por no romperme los

dientes, dejé caer la tela en el fregadero y ahora está completamente empapada.

Me quedo mirando la tela sumergida en un pequeño charco de agua en el fregadero durante unos segundos antes de darme cuenta de que si no cierro el grifo, nadie lo va a hacer por mí, y pronto, además de tener que lidiar con que la única ropa que traje para usar está completamente empapada, tendré que lidiar con una pequeña inundación en la casa de un cliente de la agencia, una inundación causada por mí. ¡Oh Jesús! ¿Por qué, eh? ¿Por qué?

Cierro el grifo y levantó el uniforme que tapaba el desagüe, se escurre el exceso de agua y doblo la tela hasta que tenga un tamaño suficiente para escurrirla, no sirve de mucho. El uniforme deja de gotear, pero toda la parte superior está mojada y la mancha sigue en el mismo lugar que antes.

—Un problema a la vez, Gabi —digo en voz alta en un intento de organizarme—. La mancha primero, entonces.

Agotada, nerviosa y con los nervios de punta, vuelvo a abrir el grifo y pasó el jabón por la mancha. Después de casi quince minutos de fregar interminablemente, me rindo, el jabón no va a solucionar mi problema. Sea cual sea el origen de esta mancha, necesito algo más potente que la barra con aroma a flores que tengo aquí. Y en el cuarto de lavado, podría usar la secadora.

Miro el uniforme empapado, luego a mí misma y, finalmente, al espejo. El sudor ya seco en mi cuerpo es respuesta más que suficiente a la pregunta que no hice. No hay manera de que pueda usar ropa mojada para ir de aquí a la lavandería. Me voy a enfermar y no puedo enfermarme. No con Raquel a punto de regresar a casa después de casi un mes en el hospital.

Agacho la cabeza, pensando en lo asustada que debe haber estado mi hermana pequeña al pasar todas esas noches sola en el hospital. Yo debería haber estado allí, desearía haber estado allí.

Dios sabe cuánto gasté cada hora que pude tratando de ganar suficiente dinero para comprarle medicamentos cuando finalmente regresó a casa. Si Fernanda colaborara... Si se preocupara por algo más que su propio ombligo... Si nuestro padre lo intentara, si él, al menos, lo intentara...

Exhalo con fuerza, de repente, sintiendo mi mente tan agotada como mi cuerpo. Cierro los ojos, interrumpiendo el camino que mis pensamientos empezaban a seguir y obligándome a concentrarme en el aquí y ahora. Son poco más de las cuatro y media de la mañana.

El dueño del apartamento ha estado durmiendo desde que llegué ayer, temprano en la tarde, para empezar a limpiar. Y aunque me dio hasta las cinco para terminar de limpiar, dudo mucho que se despierte para comprobarlo.

Si el nivel de suciedad que había en la casa es directamente proporcional a la calidad de la fiesta que hizo, puedo entender por qué el guapo está tan cansado.

Y además, justo ahí está el lavadero. Por muy desafortunada que sea, no hay manera de que una caminata de tres metros, dentro de un apartamento enorme, pueda salir mal. Yo decido. Estrujo mi uniforme unas cuantas veces para que no gotee completamente, luego lo enrollo en una bola de tela y rápidamente salgo de la habitación del servicio. El aire acondicionado se vuelve aún más fuerte y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Pasó por el área gourmet, luego por la cocina y, finalmente, llegó al lavadero. Vacilando en mi propia certeza, doy un suspiro

de alivio, pero no me doy mucho tiempo para hacerlo. Busco el quitamanchas en la despensa de artículos de limpieza y, cuando lo encuentro, lo llevo al lavadero.

Con el producto adecuado, la mancha sale fácilmente. Enjuago el uniforme y el torso lo mejor que puedo antes de meterlo en la secadora. El reloj colgado en la pared me dice que ya son las cinco y cinco de la mañana. Bueno, técnicamente, el propietario me dijo que terminara de limpiar a las cinco, no me dijo que saliera de aquí a las cinco. Me encojo de hombros después de programar la secadora. Otros quince minutos y saldré de aquí.

Me apoyo en el mostrador y me cruzo de brazos, esperando. Mi pie comienza a golpear el suelo con impaciencia y me duele la garganta seca mientras lucho por tragar. Miro la puerta abierta del cuarto de lavado y observo el enorme refrigerador frente a mí. Doy unos pasos hacia la salida y me asomo por la puerta, primero a un lado del pasillo, luego al otro. Todo vacío.

Es solo un vaso de agua.

Salgo del lavadero y moviéndome lo más rápido que puedo, me sirvo un vaso de agua y lo lavo rápidamente para volver a ponerlo en su lugar cuando me sorprende una voz de chica.

—¡No puedo creerlo!

El vaso se resbala de mi mano y cae al fregadero, pero no sé si se rompió, porque me giro con los ojos muy abiertos y encuentro a una mujer rubia como si estuviera lanzándome dagas con la mirada.

—Yo… yo... —tartamudeo y no tengo oportunidad de completar mis pensamientos, porque ella me interrumpe.

—¡Te vas de aquí ahora mismo! —sisea—. ¡Ya le dije a Guilherme que no quiero sus putas en mi casa! —Parpadeo, atónita, al darme cuenta de lo que ella cree que está pasando aquí y abro la boca para explicarle, pero no sale ningún sonido. ¡Esta mujer está loca! ¿De verdad cree que me acuesto con el dueño de este apartamento?—. ¿Estás sorda, niña? ¡Fuera ahora! —exige y, al ver que no me muevo ni me defiendo, comienza a caminar hacia mí, despabilándome.

—¡Esto no es lo que estás pensando en absoluto! —Eso que digo hace reír a la mujer.

—Ni siquiera tienes la decencia de ser creativa con tus excusas —se burla mientras cierra sus dedos con fuerza alrededor de mi brazo. La mujer prácticamente me arrastra hacia la puerta, negándose a escuchar mis intentos de explicación, y lo siguiente que sé es que estoy en el pasillo del edificio, medio desnuda, sin dinero ni documentos.

Estaba ridículamente equivocada. Un paseo de menos de tres metros dentro de un apartamento definitivamente puede salir muy mal.

3

VITTORIO CATANEO

Baldes, extintores y mangueras empuñados por hombres que vienen de distintas direcciones intentan, a toda costa, apagar el fuego, mientras las mujeres corren huyendo de las llamas, alejando a niños y animales, e intentando preservar todo lo que pueden de las llamas deseosas de devorar a las cientos de hileras de plantaciones de flores hasta la casa principal de la finca Castellani.

A la distancia, el calor del fuego no se compara con el ardiente sol siciliano que me hace sudar bajo mi traje bien cortado. Con una mano metida en el bolsillo del pantalón y la otra haciendo girar un clavel blanco entre mis dedos, observo el caos que se ha producido: lágrimas, gritos, paredes y techos derrumbándose. El dio de la Sicilia, dicen. Después de todo, Hades también era un dios.

Miro la flor que tengo en las manos, un souvenir que pedí a mis hombres que me trajeran antes de arrojar una antorcha encendida en la plantación, ya empapada en gasolina, trabajo realizado más temprano por una avioneta.

La mayoría de las personas tienen recuerdos afectivos evocados por los aromas de las comidas, la sensación del viento en la cara o el rocío en la piel. Yo, sin embargo, me encuentro incapaz de retener algo de eso, mientras miro la misma flor que una vez me fue entregada como promesa de muerte.

—¡Mío marito! —grita mi nonna fuerte, y la miró inmediatamente al cruzar la puerta de su casa. Me gusta venir aquí, pero no me gusta que vengan otros también.

Inclino la cabeza, frunciendo el ceño ante el rostro rojo de mi nonna y las lágrimas que sigue derramando.

Ni siquiera me mira y siempre me besa el rostro, luego a Tizziano y ahora la barriga de mi mamma, pero hoy no hace más que esconder la cara entre las manos y seguir llorando. Ella no es la única.

Mis tías también están llorando. Las esposas de los capos están llorando. Hay muchas mujeres llorando y también hay hombres. Mi mamma entrega a mi hermano, que está durmiendo, porque es un bebé, y dormir es todo lo que los bebés saben hacer, a Francesca, la cocinera de mi nonna.

Luego, abraza a la mamma de mi papá y eso solo hace que mi nonna llore más. La casa está como no me gusta, llena de gente, como muchos domingos después de misa, pero no es domingo y no fuimos a misa, excepto que está el cura también. ¿Por qué está el sacerdote aquí?

Nadie me presta atención, ni siquiera preguntan por mi papá y eso es otra cosa rara, siempre preguntan por mi papá cuando no está con nosotros. ¿Pero cuál sería el punto si preguntaran? Tampoco sé por qué se quedó en casa en lugar de venir a visitar a i miei nonni.

Tal vez sabía que el nonno no estaría aquí. Dijeron que había muerto y entendí que por eso todos lloraban. Necesito preguntarle a mio papà dónde está esa misión, de morir. ¿Será que es tan lejos que las mujeres piensen

que necesitan llorar?

Sigue llegando más gente. Capos y soldados son recibidos por los consiglieri de la familia. ¿Por qué mi papá no está aquí? Escucho otro grito fuerte, pero a este ya estoy acostumbrado.

Tizziano se despertó y eso es otra cosa que los bebés saben hacer además de dormir: llorar. ¿Aprendieron las mujeres de los bebés? ¿O fueron los bebés los que aprendieron de las mujeres? ¿Y por qué los hombres no lloran también? Ellos son serios.

Mamma toma a mi hermano del regazo de Francesca y, poco después, todos empiezan a salir de la casa, menos nosotros, que nos quedamos, incluso la nonna se va antes de que entre Fabiano y nos saque. Dejo de caminar cuando veo varios autos delante y detrás del nuestro, pero mamma me tira de la mano.

Levanto la cabeza para mirarla y le pregunto dónde están todos y por qué hay tantos soldados con nosotros. Mamma mueve la cabeza de un lado a otro y me dice que no pregunte, aunque todavía no he dicho nada. Nos subimos al coche, que siempre conduce Juliano, y Fabiano se sienta a su lado en el asiento delantero, mientras mamma, Tizziano y yo vamos detrás.

Sigo mirando los autos alineados mientras caminamos. Una cosa más debo preguntarle a mi papá. Las calles están vacías. Solo había estado dos veces en estas calles y estaban llenas, a diferencia de hoy, que incluso las tiendas están cerradas.

El auto se detiene cuando llegamos a un hermoso lugar con mucha hierba y placas en el suelo, hay cruces y estatuas de ángeles también. ¿Será un tipo diferente de iglesia? El sacerdote también está aquí. Todos los que estuvieron en la casa de nonna están aquí. La nonna también está aquí. Ella sigue llorando y las mujeres también.

Salimos del coche cuando los demás, delante y detrás del nuestro, estaban ya vacíos. Los soldados de mi papá tienen sus armas desenfundadas y yo frunzo el ceño. Papá dice que un hombre que necesita mostrar su arma no sabe usarla. ¿Han olvidado los soldados cómo utilizar un arma?

Mamma me toma la mano con fuerza mientras caminamos hacia donde están todos juntos. Hay un agujero en el suelo y no sé para qué sirve. ¿Por qué están todos reunidos alrededor de un agujero en el suelo? ¿Y por qué todos sostienen la rosa sagrada? Juliano no deja que mi mamma, Tizziano y yo nos acerquemos demasiado a los demás.

El cura empieza a hablar y lo entiendo. Es una misa. Esta realmente debe ser una clase diferente de iglesia. ¿Por qué mi papá no vino a misa? ¿Y por qué los soldados de mio nonno ya no saben usar sus armas? Todas están exhibidas.

Presto atención a la lectura del sacerdote, luego a las oraciones. Mamma tira de mi mano mientras camina hacia el agujero en el suelo, nos acercamos y miro desde arriba, pero no veo nada, creo que es profundo. Mamma arroja una flor adentro, una rosa roja del Santo. Me doy la vuelta cuando siento que alguien mueve mi otra mano.

Un señor que no conozco me está dando una flor, pero no es la de la Sagrada, ésta es blanca. ¿Debería arrojarla en el hoyo también?

—¡Por tu padre! —dice el hombre, pero no puedo preguntar por qué, antes de que mamma me tire hacia atrás.

No volvemos al lugar donde estábamos. Nos vamos directos al coche y, cuando Juliano abre la puerta, encuentro a mio papá dentro.

—¡Papá!

—¡Vitto! —dice y besa mi frente cuando me subo al asiento, quedándome de rodillas.

Mamma no sube al auto, la puerta está cerrada y yo miro por la ventana, mientras Juliano los lleva a ella y a Tizziano al auto detrás del nuestro.

—Para ti, papá —digo, extendiendo la flor cuando la recuerdo. La frente de mi papá se arruga cuando mira mi mano.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me lo dio un señor, dijo que era para ti. —Mio papá mueve la nariz de una manera extraña, como la mueve cuando está irritado. Luego, toma la flor de mi mano—. ¿Por qué lloraban todos, papá? ¿Debería llorar también? —Pregunto, y no responde enseguida, papá tarda un poco. ¿Estará pensando?

—A partir de hoy aprenderás muchas cosas, Vitto, llorar no es una de ellas. Un Don nunca llora, Vitto. Un Don nunca falla, nunca deshonra y, lo más importante, un Don nunca se doblega.

—No soy un Don, papá. Mio nonno es Don.

—Tu nonno era un Don y hoy empiezas a aprender a serlo.

(...)

El suave portazo del coche me saca de mis recuerdos, y me giro, Matteo sale del coche con una expresión sabiamente neutra, aunque demasiado pálida para su habitual bronceado natural.

El consigliere se pasa una mano por su cabello rubio perfectamente peinado hacia atrás y mira bien a nuestro alrededor y especialmente al valle debajo de nosotros antes de hablar.

—Supongo que tiene buenas razones para creer que quemar la residencia principal de los Castellani sería una buena idea, a pesar de nuestras negociaciones en curso con ellos. —Las palabras moderadas despiertan en mí un deseo inusual de sonreír.

Cuando Tommazo Corleone murió, muchos se opusieron al ascenso de su hijo al cargo, diciendo que era demasiado joven, poco cruel y demasiado civilizado. Y, tal como lo hice yo al asumir el rol que alguna vez perteneció a mi padre, Matteo silenció todas las opiniones contrarias a su nombramiento y se ganó el respeto de la organización miembro por miembro.

Su apariencia cortés es una buena fachada para los negocios. La gente ve lo que quiere ver, y la apariencia sobria de Matteo, con tatuajes ocultos y palabras elegantes, hace que su presencia en ciertos círculos sea mucho más fácil que la de Tizziano, por ejemplo. Además, por supuesto, el consigliere es un excelente negociador, aunque no siempre estemos de acuerdo en los métodos.

—Tu vocabulario político siempre es algo digno de admirar, Matteo —le doy un cumplido—. Creí haber dejado claro que necesitábamos enviar un mensaje a los Castellani.

—¿Y qué mensaje exactamente enviaste, Don?

—Que sus opciones son todas las distintas formas de decir que sí. El no nunca estuvo entre esas opciones, no para mí.

—Vas a empezar una guerra —advierte con el mismo tono que quien anuncia el amanecer.

—¿Comenzar? A pesar de tu elocuencia, no somos políticos, Consigliere, somos mafiosos. Vivimos en guerra, no seas dramático.

Matteo abre la boca para darme una respuesta, pero el sonido de una explosión seguido del fuerte choque de algo pesado atrae toda nuestra atención.

Vimos cómo el techo de la propiedad cedía y se hundía en lo que era uno de los edificios más antiguos de Sicilia. Los hombres a mi alrededor vigilan a Matteo, esperando su reacción, cualquier reacción. El consigliere, sin embargo, mantiene el rostro mesurado limitando sus gestos a un movimiento negativo de cabeza.

—Podría haber exterminado la sangre Castellani de la faz de la tierra y luego tomar lo que quiero por la fuerza, pero lo único que maté fue un hogar ancestral y —miro el clavel blanco en mis manos— algunas plantas. Estoy seguro de que podrán recuperarse de esta tragedia. —Me doy la vuelta, caminando ya hacia el auto estacionado—. ¡Vamos! El descanso ha terminado.

Dario, Luigi, Salvatore y Antonio inmediatamente toman sus posiciones protegiendo mis flancos, delante y detrás. Es Luigi, siempre a mi derecha, quien me abre la puerta del coche.

—Asegúrate de que sepan de que no aviso dos veces, Matteo —digo por encima del hombro, parándome al frente de la puerta abierta de la camioneta—. Si necesito enviar un segundo mensaje, entonces las flores que sobrevivan al incendio podrán usarse para decorar las tumbas de todos los malditos Castellani de este mundo. Después de todo, cuando el infierno se canse de arder en este lugar, el terreno estará listo para ser un hermoso cementerio, ¿no crees?

Tomo el clavel aún en mis manos y, con él, hago la señal de la cruz, tocando los pétalos blancos de mi frente primero, luego de mi mentón y finalmente de un hombro a la vez. Me río antes de tirarla por el precipicio, porque, al contrario de lo que sugirieron mis palabras, me encantaría que los Castellani no hubieran recibido mi mensaje.

Miro por última vez las llamas, ahora incluso más irascibles que antes, y luego a un Matteo todavía silencioso.

—Creo que es un buen gesto invitarlos a cenar, están teniendo una mañana difícil y puede que les cueste organizar las próximas comidas. Quizás comprar un cubierto nuevo sea delicado de nuestra parte —Sugiero—. ¿Qué opinas?

Los ojos del consigliere no revelan nada mientras se acerca a mí, me toma la mano y besa el anillo de La Santa.

—Estoy seguro de que estarán conmovidos con tu gesto, Don.

4

GABRIELLA MATOS

En el momento en que cierro la puerta de mi casa, me acuesto y cierro los ojos, sintiendo mi corazón acelerarse como loco en mi pecho y mi cabeza palpitando como nunca antes. No tenía idea de que la vergüenza podía provocar dolor de cabeza, pero si alguien vino al mundo a descubrir este tipo de cosas en la práctica, sin duda soy yo.

Exhalo, y cada bocanada de aire que tomo es un gran alivio. Lo logré, llegué a casa sana y salva. Humillada, es cierto, pero para ser honesta, ser humillada es un martes cualquiera para mí, así que solo contaré las victorias.

Salir de la Zona Oeste de Río de Janeiro, a las cinco y veinte de la mañana, medio desnuda, sin dinero ni documentos, y lograr llegar a la Zona Norte con una camiseta, unas Havaianas y mi integridad física es una gran victoria. Y ni siquiera voy a comentar que la camiseta y el par de havaianas en cuestión me los donó un vagabundo que se apiadó de mi estado sin que yo me acercara siquiera a esa persona.

De los mismos creadores que los ladrones que daban dinero al asaltado para que se comprara un teléfono móvil mejor, surgió la vagabunda que le regaló ropa milagrosamente decente a la señora de la limpieza perseguida. No debería reírme, ¿verdad? No, pero las comisuras de mis labios se levantan solas y me esfuerzo por mantener dentro la risa que amenaza con estallar desde mi garganta.

Es un reflejo extraño, porque al segundo siguiente mis ojos arden hasta el punto en que las ganas de llorar se vuelven insoportables, y todo lo que quiero hacer es acurrucarme en el suelo de concreto bajo mis pies y dejar que las lágrimas fluyan libremente.

—¿Por fin has tocado fondo, Gabriella? ¿Has decidido abrir las piernas por dinero? No había mejor outfit, ¿verdad? —La voz de Fernanda es como un martillo en mi cerebro sobrecargado, y abro los ojos para encontrar a mi hermana parada a poco más de un metro de distancia.

No es como si ella pudiera estar muy lejos, de cualquier forma. No cuando ambas estamos adentro. La casita donde vivimos es solo una habitación de no más de tres metros de ancho. Miro a mi izquierda, nuestro padre duerme, inquebrantable, sobre un montón de colchones contra la pared de lámina.

El inconfundible silbido del tren que se acerca me da unos minutos más antes de tener que lidiar con Fernanda. Vivir dentro de los muros de la vía férrea, literalmente al borde de las vías, tiene esta ventaja. Cada seis minutos puedes simplemente ignorar una conversación no deseada, porque el paso del tren hace imposible mantener cualquier diálogo, incluso gritar. Pero lamentablemente la locomotora es demasiado rápida para mi gusto.

—Buenos días para ti también, Fernanda —digo, y una mirada más cercana en la penumbra que es nuestra cabaña sin ventanas, me dice que probablemente debería haber dicho buenas noches.

Mi hermana está embutida en una minifalda de malla roja y un top corto que no deja nada más que sus pezones a la imaginación.

—No respondiste —me recuerda antes de dar un paso hacia mí y tambalearse. El movimiento me hace notar la botella en su mano, cachaza. Aparto la mirada y me muerdo el labio, las ganas de llorar que sentí hace menos de cinco minutos han sido completamente olvidadas, invadidas por la necesidad de afrontar los hechos. Como siempre, llorar es un privilegio que no tengo. —¿Finalmente te has decidido a abrir las piernas por dinero? ¿Encontraste a alguien lo suficientemente estúpido como para quererte?

—No —simplemente respondo antes de, evitando a una inestable Fernanda, caminar hacia mi rincón de la casita, en el lado derecho, al fondo de la habitación.

Acostarme, solo necesito acostarme y, cuando despierte, pensaré en el siguiente paso.

Parpadeo cuando noto el desastre esparcido por el suelo mojado y frunzo el ceño. ¿Pero qué? Me arrodillo. Toco el suelo con las yemas de los dedos, tratando de entender cómo exactamente mis dibujos, previamente pegados a la pared con cinta adhesiva, terminaron en el desgastado suelo, empapados en lo que sea ese líquido transparente que ahora también humedece mi piel.

Arruinados, mis papeles, mis dibujos, mi tesoro, mi único… arruinados. Jadeo mientras me quedo sin aire, mi pecho se aprieta en una ola sofocante de desesperación. A esto se reduce vivir pendiente de un hilo, cualquier cosa puede desencadenar el final y de repente me siento exhausta. Mis hombros se hunden y mi respiración se entrecorta.

¿Hace cuánto estoy despierta? ¿Treinta y ocho horas? ¿Cuarenta? Me llevo los dedos a la nariz, queriendo saber qué fue lo que arruinó mis dibujos y cuando el olor alcohólico y empalagoso domina mi olfato, cierro los ojos, sintiendo en una vuelta más mi pecho llenarse de una ira latente que expulsa el cansancio, la tristeza y todo lo demás.

Giro el cuello y miró a Fernanda por encima de mi hombro, una sonrisa burlona aparece en los labios manchados de lápiz labial rojo de mi hermana. Su rostro no está mucho mejor, su piel blanca, muy diferente a la mía, está manchada por maquillaje oscuro en su rostro; y su cabello, decolorado a rubio yema de huevo, es un desastre despeinado. Fernanda chasquea la lengua.

—¡Ups! —se burla—. Creo que se me derramó un poco —dice, y levanta la botella en un brindis imaginario.

Pero ella no derramó nada accidentalmente, arrancó mis dibujos de la pared y los empapó a propósito para que no se pudiera hacer nada para recuperarlos. Si no la conociera lo suficiente como para saber eso, la expresión burlona de su rostro me habría contado toda la historia.

Miro hacia donde está nuestro padre dormido. ¿Él dormía cuando ella lo hizo? Si hubiera estado despierto, ¿habría hecho algo al respecto? Conozco la respuesta a esa pregunta: no habría hecho absolutamente nada.

—Y ni siquiera es como si fueras buena dibujando, de todas maneras. —Se encoge de hombros, divagando, sin importarle en absoluto el caos de sentimientos en el que caigo ante sus ojos de borracha—. ¿Por qué dibujas? ¡Eres un desastre! ¿Por qué insistir? ¡Nunca jamás mejorarás! Años y años, y siguen siendo las mismas líneas torcidas, garabatos... ¡Eres una inservible, Gabriella, y nunca serás buena en nada! ¡Insistir solo te hace quedar ridícula!

No me molesto en responder, dejé de reaccionar a las provocaciones de mi hermana hace mucho tiempo, más precisamente cuando me di cuenta de que eso solo la hacía más cruel. Algunas personas, según tengo entendido, nacen solo para eso, para ser crueles.

Por eso dibujo.

Dibujo porque este mundo es demasiado feo para mí y, con mis trazos, torcidos o no, defectuosos o no, puedo inventar uno más bello. Dibujo porque en medio de una infinidad de cosas malas necesito al menos intentar ver algo bueno, y no me concedieron el privilegio de tener algo que se pueda llamar así, entonces lo invento.

Dibujo porque mis rasgos son lo único que todavía me hace sonreír libremente en los días en que incluso el sol está demasiado oscuro. Dibujo porque sobre el papel, no importa su color o tamaño, soy libre. Algo que no sé ser fuera de él.

—¿No dirás nada? —Escupe las palabras, molesta porque estoy ignorando sus provocaciones y, poco después, eructa ruidosamente—. Bueno, si aún no has encontrado un tonto, será mejor que lo hagas, porque el dinero que había en casa se acabó —advierte, obteniendo exactamente lo que quería de mí, una reacción.

Parpadeo, todavía con el montón de papeles arruinados en mis manos y expulsó todo el aire de mis pulmones en una lenta exhalación, antes de llevar mis ojos al agujero en el suelo donde escondía el dinero. Solo ahora me doy cuenta de que el lugar que alguna vez estuvo escondido debajo de uno de mis dibujos y debajo de mi vieja almohada está completamente a la vista y vacío.

Totalmente vacío.

—Fernanda. —La palabra me sale entre dientes, y su respuesta es una risa baja—. ¡Era dinero para la medicina de Raquel, carajo! ¡Era dinero para la tarifa de electricidad! —digo, ahora, mirándola.

—Estoy segura de que, de dónde vino ese, sacarás más —se burla—. Especialmente ahora —añade, bajando la mirada por mi cuerpo y deteniéndose en mis piernas desnudas.

—Ella también es tu hermana —murmuro, incapaz de creer que Fernanda realmente haya hecho esto, porque no, de donde vino ese dinero, no sacaré más—. Solo tiene once años, Fernanda. Once años... —Las dos últimas palabras salen en un susurro desesperado y son suficientes para hacerme desistir de fingir que Fernanda no ganó una vez más.

Una sola lágrima se desliza por mi mejilla, marcando mi piel con una lentitud agonizante, de la misma manera que siento que se abre el agujero en mi pecho. Raquel debía volver a casa mañana. El dinero de las compras, la cuenta de energía y de las medicinas de mi hermana menor se fueron por el desagüe. O mejor dicho por la garganta de Fernanda, siendo la botella en su mano la prueba más firme.

Semanas de trabajo, horas y horas de limpieza y cualquier otro trabajo que pude encontrar. Todo debido a que la salud de Raquel es demasiado frágil. Vivir aquí ya supone una tensión constante para sus débiles pulmones, y sin la comida adecuada, sin los medicamentos, sin la energía eléctrica para nebulizar, dejarla en el hospital sea probablemente una opción más misericordiosa.

—Qué mala suerte... —dice, como seca respuesta, antes de darse la vuelta sin siquiera sentir una gota de remordimiento, y salir de la casa, dando un portazo en el panel de madera que nos sirve de puerta.

5

VITTORIO CATANEO

En el centro del redondel[30], mantengo la mirada firme en el semental de pelaje negro que me observa desde una de las extremidades. Galard permanece quieto a pesar de mi clara orden de que se mueva.

Descubrí muy temprano que ejercer el control era algo que me mantenía bajo control, y los caballos son animales increíblemente inteligentes. Domarlos es mucho más difícil que hacer que un ser humano se doblegue. La violencia pone de rodillas a la mayoría de los hombres, pero solo hace que los caballos se vuelvan más indómitos.

Dominar una criatura como Galard requiere más, mucho más que ser hábil con las palabras, con instrumentos de tortura o con un arma, y por eso los respeto. Hay quienes dicen que los perros son mejores que los seres humanos. Yo diría que los caballos son, definitivamente, más dignos de admiración que la raza humana en su conjunto.

Mientras Galard y yo libramos una batalla silenciosa de voluntades, mi mente procesa la última información que recibí de Tizziano. El cargamento desaparecido fue de hecho incautado por la CIA, sin embargo, esa no es la

parte sorprendente de la historia. La desaparición sin mucho ruido de más de mil millones de dólares en armamento ya era algo extraño.

Una operación como esta, si tuviera éxito, pondría el nombre de, al menos, media docena de agentes en la agenda de Washington, y eso es lo único que realmente les importa a los norteamericanos: visibilidad. La pérdida de la oportunidad siempre me pareció mucho más preocupante que la desaparición de la carga en sí misma.

Una preocupación que se mostró justificada después de la llamada que recibió mi subjefe. Que ellos nos buscaran antes de que pudiéramos confirmar que la acción provenía del departamento norteamericano es inaceptable y pone todos mis sentidos en alerta.

Adam Scott piensa que puede obligarme a colaborar con su departamento. La idea sería ridícula si no fuera tan estúpida. Aunque pudiera establecer cualquier relación entre la carga señuelo y yo o la organización que lidero, lo cual no puede, alguien que tiene la audacia de proponerme una negociación debería saberlo mejor. No hay un hombre de honor sobre la faz de la Tierra que se doblegaría ante una autoridad que no sea su Don.

No hay ni un solo hombre bajo mi mando que se inclinaría ante algo que no sea la Sagrada. Galard resopla desafiante y no le prestó atención, lo que solo lo deja más enojado. Adam Scott desearía haber tenido esa oportunidad.

El sonido de pasos pone inmediatamente al pura sangre en alerta, y por el rabillo del ojo, veo a Cesare acercándose a la arena de entrenamiento. Mi hermano, sin embargo, detiene su avance mucho antes de llegar al recinto de madera blanca y, como si entendiera lo que significa tener el respeto del ejecutor de La Santa, Galard se pone en marcha decidiendo que ahora es un buen momento para obedecer la orden que le he dado hace más de cinco minutos.

Permanezco impasible, negándome a mostrar ningún tipo de aprecio por el comportamiento caprichoso del animal. No necesita refuerzo positivo por el orgullo que muestra naturalmente.

—Muy bien. Hemos terminado por hoy —le digo cuando termina su última vuelta de entrenamiento.

Todavía espera casi un minuto antes de aceptar que el retraso en cumplir con mi orden tendrá consecuencias, y cuando el temeroso cuidador abre la puerta del corral, Galard trota salvajemente de regreso a los establos.

—Has matado hombres por menos que eso —comenta Cesare cuando finalmente se acerca, y no desvío la atención de Galard hasta que está dentro de los establos.

Los ojos de mi hermano siguen los míos, atentos a los movimientos del caballo y luego a cualquier señal de algo inusual en el destino del animal. Cesare se esfuerza por imponer una cierta distancia entre él y los caballos.

El segundo de mis hermanos es el más salvaje de los cuatro, y cada vez que lo veo reaccionar así ante mis mascotas, me pregunto si este miedo proviene de su identificación con su salvajismo. A veces, mi temperamento se describe como letalmente silencioso. Pero el silencio de Cesare, sin duda, grita.

—Eso es porque no tengo personas favoritas —respondo, quitándome los guantes y guardandolos en el bolsillo de mis pantalones de montar.

Paso por la puerta de la cerca y camino hacia el lado del establo. Abro el grifo ubicado en el muro de piedra y me mojo la cara, lavándome el sudor que el sol de la mañana ha dejado en mi piel.

—Tizziano se decepcionará al escuchar eso, está seguro de que es tu hermano favorito.

—Realmente no sé qué pudo haberle dado esa impresión.

—Probablemente el hecho de seguir vivo incluso después de treinta y cinco años.

—Eso es porque mi mamma no me daría paz si matara a alguno de sus hijos. —Cesare se ríe y yo levanto una ceja inquisitiva.

Mi hermano me mira fijamente como si no supiera que hablo en serio. Nunca derramaría mi propia sangre a menos que hubiera una razón justa para hacerlo, y aunque muchas veces lo he deseado, la capacidad del subjefe para enojarme no puede considerarse tal. César lo sabe.

—Vendrás a América conmigo —le informo de la decisión que tomé esta mañana.

—Adam Scott —supone.

—Escuché que tiene una hermosa familia. Creo que les encantaría una visita del Miguel Ángel[31] de la Sagrada. Vamos a ver qué hace con el sueño americano. —Cesare sonríe. Una sonrisa aún más vacía que sus ojos azules.

—Arte. ¿Qué más podría ser?

***

Paolo estaciona, pero mantengo los ojos bien abiertos al iPad en mis manos. La tecnología es, de hecho, una de las pocas cosas que los norteamericanos saben hacer con calidad. Darío es el primero en bajar del auto, saltando desde el asiento delantero del Volvo adaptado para acomodarme a mí y a los cinco hombres que siempre están a mi alrededor.

Salvatore es el siguiente, abre la puerta a mi izquierda y deja el asiento trasero frente al mío, ya con su arma en la mano. Mi mente, aunque atenta al artículo sobre la creación de una nueva variedad de uva en el laboratorio, no se desprende de la habitual rutina de seguridad que se lleva a cabo fuera del vehículo blindado.

Aunque no tuviera un auricular en mi oído izquierdo, notificándome de cada etapa cumplida del proceso, sería imposible desconectarme de él. A estas alturas, ya corre por mis venas tanto como la sangre italiana.

La cantina[32] Santo Monte ha sido el hogar de los Cataneo desde el siglo XIX, cuando Giuseppe Cataneo y su hermano gemelo reunieron el primer grupo de lo que luego se dividiría en Cosa Nostra y La Santa, las dos mafias más antiguas de Italia. Sin embargo, ni siquiera aquí, el hogar en el que nací y crecí y, antes de eso, cada uno de mis antepasados, son procedimientos de seguridad prescindibles. Se necesitan tres minutos para revisar la zona exterior y otros cinco para revisar el hall de entrada principal de la casa. Cuando salgo del coche, flanqueado por Luigi y Antonio, el olor a uva que recorre cada centímetro de los kilómetros y kilómetros de nuestra tierra domina de golpe mi olfato.

Mis pies crujen sobre la grava en el camino hacia la puerta principal, por donde solo paso yo. Mis hombres de confianza se quedan afuera. Sus voces, sin embargo, permanecen en mi cabeza, manteniéndome informado de todo lo que importa.

Luigia, la ama de llaves de mi madre, ya está esperando mi chaqueta, que me quito y le entrego antes de

dirigirme al baño del pasillo.

—Los entrantes ya se sirven fríos, Vitto, no hace falta que nos hagas esperar horas, todas las noches, solo porque no te gusta la comida caliente. Serán de tu agrado, tanto si llegas a la hora prevista per cena[33] como dos horas más tarde, como siempre, de todas formas. —Tizziano me recibe en el comedor con la misma queja de siempre.

—¡Tizziano! —Mamma inmediatamente lo regaña, obteniendo una sonrisita coqueta y un guiño de su segundo hijo.

—Ciao —saludo al entrar. La cabecera de la mesa es el único asiento que queda vacío y lo ocupo, flanqueado por mi padre a mi derecha y Tizziano a mi izquierda.

—Ciao, figlio mio —responde mamma, sentada detrás de mi padre, extendiendo su mano sobre la mesa para alcanzar la mía.

Me inclino para que pueda besarme el dorso de la mano, en una señal de bienvenida. Poco después, con un gesto, le dice al personal de la casa que empiecen a servir la cena.

—¡Gracias a Dios! —refunfuña Tizziano, y ni siquiera lo miro.

Manteniendo la tradición de aversión al silencio de toda buena mesa italiana, mamma ni siquiera espera a que terminen de colocar los entrantes sobre la mesa para empezar a hablar.

—Estoy pensando en invitar a Michela a cenar, domani[34] —dice, como si no tuviera ninguna intención con tal invitación.

Hago como que no conozco sus motivos, aunque soy perfectamente consciente de ellos. Al igual que la semana pasada, la anterior a esa y en todas las otras en las que mi madre invitó a una buena hija de la Sagrada, criada para ser una perfecta esposa de la mafia. No para el almuerzo, una comida que cada uno come dondequiera que estemos, en la calle o en nuestra propia sala de esta casa, sino para la cena, el único momento del día en el que se garantiza que todos tus hijos estarán en la mesa, indiscutiblemente, a menos que alguien esté muerto.

—Estoy segura que los Abelli estarán muy contentos con tu amabilidad —comento mientras sirvo mi plato, y Tizziano escupe el agua que estaba a punto de beber.

—¡Buono manieri[35], Tizziano! —Mamma inmediatamente lo regaña y mi hermano se disculpa con un gesto silencioso, tragándose la risa. Su segunda reprimenda llega en forma de los ojos entrecerrados de Anna Cataneo —. Y Michela tiene una hermana, voy a invitar a Liliana también —dice a continuación—. ¡Tal vez una esposa te arregle!

—¿Por qué no le consigues una esposa a Cesare, mamma? ¿Y otra para Gianni? ¡Son tus hijos, tanto como Vitto y yo! —Él se defiende del matrimonio como si nuestra mamma le tirara balas, no alianzas.

—Cesare ya está comprometido y Gianni aún es demasiado joven para casarse.

—¿Comprometido? ¿Con una muerta en vida? —Él resopla y se gira hacia mí—. ¿Dónde puedo conseguir un compromiso así, Don? —Lo ignoro.

—¡Maddona mía! —grita mamma indignada por las palabras que ya han salido de la boca de mi hermano un millón de veces antes—. ¡Cesare no tiene la culpa de la voluntad de Dio! ¡Y Clara despertará! La bambina no es

una muerta viva, Tizziano, ¡solo está en coma! Estamos orando por ella.

—¡Hace doce años, mamma! ¡Hace doce años! Si Dio quisiera realizar este milagro, ya lo habría hecho.

Mamma maldice en voz baja antes de responderle a su hijo, mientras el resto de nosotros comemos.

Sinceramente, no sé si tener invitados a cenar es más o menos inconveniente que nuestras cenas, predeciblemente no rutinarias. Tratar con los invitados mudos y recatados de mi madre es ciertamente mucho más tranquilo que las discusiones que surgen de los comentarios de Tizziano, que siempre inician cuando solo estamos con la familia.

—¡Tuo fratello8 aún no tiene treinta años, Tizzi! —Vuelvo a prestar atención a la conversación cuando mamma defiende a Gianni. El tema del compromiso de Cesare quedó entonces de lado. El único comprometido entre los hermanos Cataneo tiene una sonrisa disimulada en el rostro.

Cesare no tiene una opinión muy diferente a la de Tizziano cuando se trata de su prometida. En realidad, ninguno de nosotros, aparte de mi mamma, lo tenemos. Pero lo único que le importa es que, mientras la chica esté viva, no puedo comprometerlo con nadie más. No importa si está despierta o dormida.

Mi hermano fue prometido a Clara cuando ambos eran niños, en un acuerdo territorial hecho por mio padre. La gente dice que en la mafia todo termina en sangre o matrimonio, y es cierto. A veces termina con ambos.

Francesco Cataneo era un Don razonable. Mio padre es un hombre sensato, en general, quizás la única tontería que cometió en su vida fue traer a Tizziano al mundo. Los acuerdos alcanzados durante su etapa de liderazgo trajeron crecimiento al negocio de la Sagrada, tanto para los lícitos como para los otros. De hecho, si no fuera por su enfermedad, se habría jubilado hace cinco, seis años, en lugar de doce.

El cáncer de tiroides, sin embargo, comprometió muchas de sus capacidades y reflejos y, como el buen hombre de honor que siempre fue, papá abdicó de su puesto de mando por el bien de La Santa, como hizo con todo lo demás en su vida. Eso fue lo primero que me enseñó cuando mi abuelo murió hace décadas: un buen Don no es aquel que pone su poder a disposición de la organización; un buen Don es aquel que se pone a disposición del poder de la organización.

Encuentro su mirada al acecho. Si no fuera por el cilindro de oxígeno detrás de su silla, casi nadie diría que Francesco Cataneo es un hombre enfermo. Los miles de euros gastados en los tratamientos más avanzados disponibles han demostrado estar más que justificados.

Mio padre indica la reciente discusión de Tizziano y mamma con un breve movimiento de cabeza antes de negar con la cabeza, pero sé que, a diferencia de mí, que definitivamente prefiero el silencio, él disfruta de este caos.

Hay muchas cosas en las que me he encontrado mejor que Francesco a lo largo de los años. Mantener la parte oscura de lo que hacemos fuera de la puerta en equilibrio con lo que mammas y esposas desearían que fuéramos dentro de la puerta no es una de ellas.

—¡Quiero ser abuela! —Mi mamma murmura en voz alta a nadie en particular y a todos al mismo tiempo.

Gianni disimula su risa con una tos. Después de todo, ella lo estaba defendiendo hace un momento, no sería inteligente disgustarla ahora.

Decido que este es un buen momento para cambiar de tema.

—¿Tenemos ya el estudio de vendimia[36] para este año, Gianni?

—En los próximos días. Cuando regreses de Brasil, probablemente ya lo tengamos.

—Buono.

—Vendimia… vendimia... ¡Solo hablan de negocios, nadie quiere darme nietos! —Mamma refunfuña lo suficientemente fuerte como para que toda Sicilia la escuche antes de llevarse la bruschetta[37] a la boca.

6

GABRIELLA MATOS

—¡Por favor, Dez! ¡Te lo pagaré! Solo necesito una semana más —le ruego mientras el hombre apoya una escalera en el poste al lado de mi casa.

No tuve otra opción después de que dos mujeres diferentes me rechazaran en menos de 24 horas. Resulta que Andressa no se alegró al saber que había perdido mi uniforme de trabajo y se negó a pagar la limpieza que me hizo cruzar la ciudad sin ropa.

La gerente de la empresa de limpieza a la que prestaba servicios prácticamente me echó de la oficina ayer por la tarde, con una mano delante y la otra detrás, diciendo que si quería poder hacerles alguna otra limpieza, debería irme antes de que me odiara profundamente.

—Eso dijiste la semana pasada, Gabi.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! —Extiendo mis manos frente a mi cuerpo, colocándome entre él y los escalones de madera —. Tenía el dinero, Dez, lo tenía, pero pasó algo inesperado, y mi hermana viene a casa hoy, no podemos estar sin energía. ¡Sabes que Raquel tiene una salud frágil, por favor, Dez! ¡Por favor! ¡Solo una semana más!

—Solo obedezco órdenes, Gabi. ¡No pagaste, tengo que cortarlo! Ya sabes cómo es —niega, cruzando los

brazos frente a su cuerpo.

El hombre de piel rojiza y frente pronunciada me mira sin ningún signo de emoción por mi situación. Paso mis manos por mi cabello, resistiendo la tentación de tirarlo.

—¡Cualquier cosa, Dez, por favor! ¡Haré cualquier cosa! —Intento negociar y coloco mis manos en mis caderas sin moverme, temeroso de que si le doy espacio, Dez simplemente trepe al poste y corte la energía—. ¡No puedo quedarme sin energía, no puedo! ¡Lo que tú quieras! ¿Necesitas que alguien limpie tu casa? ¡Yo limpio! ¿Planchar la ropa? ¡Cuenta conmigo! Cocino para ti. Llevo al perro a pasear. Puedo realizar cualquier trabajo. Solo por favor dame una semana más.

Dez es un viejo conocido de mis excusas y mis peticiones desesperadas; contrariamente a lo que uno podría imaginar, una choza al lado de la vía del tren no es una vivienda libre de impuestos. Al menos no los que importan. No hay agua corriente, ni alcantarillado, y la energía es robada del poste, pero aun así hay gente que cobra por cada uno de estos servicios. Y, si una persona armada te dice que tienes que pagar por algo, pagas. De hecho, el crimen organizado en Río de Janeiro está más organizado que la política.

Hemos vivido aquí durante siete años, y durante siete años el ayuntamiento ha prometido reubicarnos. El traslado nunca llegó, pero los emisarios de los traficantes que tomaron la zona como propia nunca llegaron tarde a los días de recaudación de impuestos.

Viví en Morro da Estação, una de las muchas favelas de Río de Janeiro, desde mis primeros días de vida hasta que nos expulsaron de allí, después de que mi padre se metiera en problemas con un narcotraficante. Mi madre había fallecido apenas hacía un año, el mismo tiempo que llevaba viva Raquel. La perdimos cuando nació mi hermana menor.

Yo tenía, en ese momento, la edad que hoy tiene Raquel y ya me había hecho responsable de otro ser humano. Mejor dicho, de otros tres, si tomamos en cuenta que Fernanda, aunque solo un año menor que yo, nunca fue realmente capaz de cuidar de si misma. Ahora, a sus diecisiete años, sigue sin poder hacerlo.

Y mi padre, aunque no había llegado a su actual estado de postración, ya bebía sin importarle la existencia de sus tres hijas menores de edad, que no pidieron nacer.

—¿Cualquier cosa? —pregunta Dez, mirándome de arriba abajo con una expresión muy fácil de entender.

—¡Excepto eso! ¡Eso no! —Me apresuro a advertir, y él chasquea la lengua fingiendo decepción.

—Una pena, Gabi, yo pagaría tu tarifa. De hecho, te pagaría lo que quisieras, te daría la vida de una reina. —Me trago la risa, porque no puedo ofenderlo, a pesar de que el hombre que vestía jeans descoloridos y una camiseta descolorida frente a mí merece alguna ofensa.

Puede que no recuerde mucho de lo que estudié en la escuela sobre las monarquías, pero estoy bastante segura de que Dez no podría darme la vida de una reina ni en un millón de años.

—Estás casado, Dez.

—¿Y eso te parece importante?

—Dez, aquí estamos perdiendo el foco.

—No, Gaby. Eres tú quien está perdiendo el tiempo. Desafortunadamente no hay trato, tendré que cortarte la

electricidad.

—Dez… —insisto, pero él me interrumpe.

—Y sabes que no puedes volver a conectarla. —Baja la voz hasta convertirla en una advertencia susurrada y amistosa—. Es mejor que tu hermana se quede sin luz a que se quede sin techo —susurra, y sé exactamente de qué está hablando.

La última vez que alguien decidió intentar engañar al sistema de tarifas, lo echaron de aquí con el cuero caliente, algunos dientes faltantes y nada más que la ropa que llevaban puesto.

—No es posible que no haya nada que pueda hacer, ¡por el amor de Dios! ¡Cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! —Repito como un loro, pero esta vez no hablo con Dez.

Es con Dios, con el universo, con el planeta, con cualquier entidad que esté dispuesta a escuchar a una joven de dieciocho años agotada de escuchar el no. Cualquiera, acepto cualquiera. Dez, sin embargo, es el único que escucha mis palabras casi gritadas. Aparta la mirada durante unos segundos antes de dejar escapar un profundo suspiro mientras sus ojos oscuros regresan a los míos. La expresión de su rostro anuncia que cualquier cosa que esté a punto de sugerir me va a revolver el estómago.

—Hay una cosa —admite, y trago fuerte—. No es para mí, es para los patrones. Están reclutando personas, mujeres, para un plan.

La palabra jefes debería ser suficiente para hacerme darle la espalda a Dez y su sugerencia, pero las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. E incluso esa fase ya la he superado.

Tengo un máximo de doce horas hasta que tenga que recoger a Raquel del hospital y ninguna perspectiva de cómo asegurarnos de que nuestra casa siga teniendo electricidad. No tengo ni un solo dólar para comprar la comida o los medicamentos que necesita mi hermana. ¡Nada, no tengo nada! ¿Qué más podría perder?

—¿Plan? —pregunto, en contra de todos mis instintos de autoconservación.

—Cambio de maletas al llegar al aeropuerto, Gabi.

—Cambio de maletas al llegar al aeropuerto —me repito en voz baja—. No soy una ladrona, Dez.

—Yo tampoco, pero hacemos lo que tenemos que hacer.

—Eso no.

—Entonces, lo siento, espero que consigas el dinero rápidamente. Te dejo mi número, solo necesitas llamarme y volveré para volver a reconectar tu energía.

—No tengo celular, Dez —respondo automáticamente, mientras mi mente escanea el mundo entero sin salir del lugar y siento el aire escapar de mi cuerpo sin hacer ningún intento de regresar.

—Doña María tiene uno, pídele que me llame, puede ser a cobro revertido.

Tenía esperanzas. Estúpidamente, tenía esperanzas. Yo... pensé que podría convencer a Dez, que podía encontrar una manera. Pensé... que él no me empujaría suavemente a un lado y subiría al poste, incluso después de todas mis peticiones. Pero me empuja y sube.

Porque en la sucesión de fracasos que es mi vida, este será solo uno más para sumar al marcador. No podía garantizar la salud de mi hermana, no podía ayudar a Fernanda a convertirse en una mujer decente, no podía hacer nada mientras veía a mi padre destruirse, pedazo a pedazo, hasta dejar solo la cáscara, porque pase lo que pase, nunca soy suficiente. Nunca lo soy.

El nudo en mi garganta es solo otro obstáculo para mi respiración desinteresada. Mis ojos no parpadean, permanecen abiertos, secándose por el viento caliente, mientras siento cada uno de mis órganos siendo aplastados una vez más, hasta que abro la boca para decir las palabras que juré que nunca diría. Sin salida, negocio la última parte de mí que estaba segura que nunca negociaría.

—Lo haré, Dez —afirmo lo suficientemente alto como para que me escuche, incluso a metros de las escaleras —. El cambio de maletas, lo haré.

***

Una vez, Gabriella. Una vez y nunca más. Repito en silencio mientras, escondida tras el muro del aparcamiento, miró hacia la zona de desembarque. El Aeropuerto Internacional Tom Jobim[38] es un mundo entero por lo grande que es, con tantas entradas y salidas que fue imposible no perderme. Me perdí.

Los latidos frenéticos de mi corazón apenas me dejan escuchar mis propios pensamientos sarcásticos, pero me aferro a ellos. Son mejores que cualquiera de los otros pensamientos que invaden mi cabeza ahora: culpa, decepción, ansiedad y, por supuesto, la certeza de que esto va a salir mal, como todo en mi vida.

Treinta minutos después de la hora en que debería haber llegado aquí, lucho para no dejarme dominar por la preocupación. Mi objetivo puede simplemente haberse ido ya, porque estaba en el acceso D, en lugar del A. ¿Y qué va a pasar conmigo cuando regrese con los jefes con la misma maleta vacía con la que salí, en lugar de con una llena de lo que sea que estén esperando recibir?

Es un plan simple, en realidad. Sería gracioso si no fuera trágico. Si tuviera que imaginar cómo sería vender el último pedazo de mi alma, definitivamente habría pensado en algo más dramático que intercambiar una maleta vacía por una idéntica que contiene artículos valiosos, según información recibida desde dentro del aeropuerto.

Y yo pensando que los negocios del tráfico se reducían a la venta de drogas y extorsión de inocentes. Pobre Gabriella. Una tonta como nunca se ha visto igual.

Estoy sudando en partes de mi cuerpo donde, hasta este momento, no sabía que era posible. Aunque mis glándulas sudoríparas y yo somos viejas amigas. Formo una "o" con los labios y exhalo lentamente, sin apartar la vista de la acera del desembarque.

Maleta de cuero negro con un emblema de acero cepillado en el lateral. Maleta de cuero negro con un emblema de acero cepillado en el lateral. Estoy buscando una maleta de cuero negro con un emblema de acero cepillado en el lateral. Mis ojos van y vienen por todas las puertas de vidrio, observándolas abrirse y cerrarse repetidamente, permitiendo la entrada y salida de todo tipo de gente, nadie llevando una maleta como la que está a mi lado.

Maleta de cuero negro con un emblema de acero cepillado en el lateral, ¿dónde estás? No puedes haberte ido ya, por favor, no te hayas ido. Rezo, no sé a quién, con los ojos abiertos, sin darme la oportunidad de perder cualquier movimiento, por insignificante que sea, en la zona de desembarque.

Entonces lo siento. Una ola de reconocimiento y calor recorre todo mi cuerpo, erizando los pelos de mi nuca sin saber por qué, hasta que lo veo. Un pequeño ejército de hombres vestidos de negro atraviesa las puertas a mi derecha. Caminan en una formación perfecta, digna de una película de acción de Hollywood: cuatro hombres a la derecha, cuatro a la izquierda, dos al frente, dos detrás.

Y, entre los armarios vestidos de traje y corbata, con auriculares en los oídos y expresiones adustas, en el centro de ellos, está el hombre más guapo que he visto en toda mi vida.

Su cabello es lo suficientemente largo como para estar peinado hacia atrás, su piel tiene un bronceado perfecto, y su cuerpo es una especie de obra de arte megalomaníaca que, incluso a distancia y cubierto por un traje gris impecable, deja ver los músculos de sus muslos, de sus brazos y obliga a cualquiera a preguntarse cómo será mirarlo sin todo eso cubriéndolo.

Hombres y mujeres observan a la pequeña comitiva con un interés descarado, pero él no se inmuta. De hecho, parece ni siquiera darse cuenta o importarle las miradas que le lanzan. Sigue caminando hasta un rincón vacío de la zona de desembarque. El hombre en el centro completamente imperturbable, como un dios.

Siento cada nervio de mi cuerpo responder a su presencia, desde los pelos erizados en mi nuca hasta mis dedos de los pies, inquietos dentro de los incómodos tenis, pero no es su apariencia lo que me hace pegar los ojos en él como si fuera un pollo rostizado y yo, el perro al otro lado de la vitrina, es... todo.

Su manera de caminar, la forma en que sus hombros están perfectamente rectos y alineados. Es la expresión grave en su rostro y los ojos ocultos por gafas de sol que quisiera mucho ver, a pesar de la sensación insistente en mi pecho diciéndome que corra. Es una confusión inédita para mí.

Nunca realmente había mirado a un hombre, me doy cuenta. Porque, además de no tener tiempo para eso, ahora tengo la impresión de que nunca había visto realmente a un hombre, al menos no uno como este. Eran solo personas del género masculino. Esto no tiene el menor sentido, ¡Dios! No estoy teniendo el menor sentido.

Mis instintos me empujan a alejarme. Mi cuerpo, sin embargo, es atraído en cada célula por él. Hay una cuerda invisible, estirándose a cada paso que da alejándose de mí hasta volverse demasiado tensa, presionando mis órganos, exigiendo acercamiento, intimándome a descubrir cosas que no sabía que necesitaba saber, hasta ahora.

¿Cuál es su olor? ¿Cómo respira? ¿Su cuerpo es cálido?

Jadeo, perdida en sensaciones que no son mías y que, aun así, engullen cada centímetro de mí hasta que un rincón sensato de mi mente, el último, me recuerda por qué estoy aquí y por qué necesito salir lo más rápido posible.

Volver mi atención al lugar de donde nunca debería haber salido es un esfuerzo físico. Gotas de sudor resbalan por mi espalda baja, y mi sien late en protesta por mi resistencia.

El hombre se detiene cerca de la acera, esperando su auto, probablemente, mientras emana ondas de poder y peligro que dicen a toda alma con un mínimo de sentido común que mantenga la distancia. Un mensaje completamente diferente al que está recibiendo cada fibra de mi cuerpo.

Esa cuerda se tensa en un tirón, y doy un paso hacia el hombre sin tener control sobre ello, peor aún, sin que él tenga conciencia del efecto que está causando en mí. Es absolutamente irracional, y cierro los ojos, bloqueando mi visión de él, intentando romper la prisión en la que me he encontrado, y es solo cuando el nombre de mi hermana

resuena en el vacío confuso de mi mente que logro hacerlo.

Exhalo todo el aire de mis pulmones en una expiración ruidosa y trago saliva, decidida a dejar de lado mi colapso por lo desconocido y enfocarme en lo que nunca debería haber desviado mi atención. Débil, me atrevo a robar una última mirada así que levanto mis párpados, la última, me garantizo a mí misma.

Cuando mis ojos viajan de norte a sur por su cuerpo, y finalmente logro parpadear en medio del hechizo en que su imagen me ha puesto, noto lo que está justo a su lado: la maleta de cuero negro con un emblema de acero cepillado en el lateral.

¿TE GUSTÓ ESTA HISTORIA?

HAZ CLIC AQUÍ PARA LEERLA.

AGRADECIMIENTOS

Hemos llegado, damas y caballeros, al mejor y al peor momento de todos los libros: los agradecimientos.

El mejor, porque significa que he terminado. Y el peor, porque también significa que he terminado, y ahora tendré que aprender a vivir sin estos personajes con los que he compartido mi mente durante los últimos meses.

Ya los extraño, aunque también estaba ansiosa por tener mi cerebro solo para mí de nuevo.

Empecemos por el principio.

Primero, un enorme agradecimiento a Dios, por estar siempre a mi lado, incluso cuando decido reescribir un capítulo entero por décima vez. Su paciencia es definitivamente mayor que la mía.

A mi familia, ustedes son mi pilar. Gracias por ser mi red de apoyo, mis mayores fans y, a veces, también mi mayor fuente de vergüenza.

Al amor de mi vida, mi esposo: gracias por sostener la fortaleza y por ser el silencio en medio de mi caos creativo.

Y, por supuesto, un agradecimiento especial a mi editora de contenido, Jenniffer Fógos. Con todo lo que hemos pasado entre nosotras y esa diferencia de horario, podríamos gobernar el mundo (o al menos lograr que el próximo libro salga a tiempo). Tu energía y esa sinceridad tan irritante hacen que todas esas madrugadas valgan la pena. Gracias por estar siempre conmigo, incluso cuando estoy indecisa entre dos palabras sinónimas a las 3 de la mañana.

A mis betas, siempre corriendo contra el reloj, las amo.

A mi maravilloso equipo, que soporta mi volatilidad, mis plazos imposibles y me ayuda a convertir sueños en realidad: sin ustedes, solo sería una soñadora más con un archivo de Word abierto.

Y, por último, pero nunca menos importante, a mis queridos lectores: ustedes esperaron por Tizziano durante un año y dos meses, compartiendo este viaje conmigo.

Permitir que viva de mi sueño es el regalo más hermoso que podrían darme. Tizziano tardó en hablar, pero espero que estén de acuerdo en que la espera valió la pena. La historia que él me contó ahora es nuestra.

Cada palabra que escribo es un pedacito de mi corazón que queda en las páginas, y saber que encuentra un hogar en los corazones de ustedes es mi mayor satisfacción.

Gracias por acompañarme en todas mis aventuras.

¡Ah, y síganme en Instagram!

@lola.belluci.autora

---

[1] En español: La seducción.
[2] Muñeca, en italiano.
[3] Un recamier es un asiento tapizado sin respaldo.
[4] El maldito, en italiano.
[5] Hola, en italiano
[6] Querida, en italiano:
[7] Gracias, en italiano
[8] Que desagradecido, en italiano.
[9] Por Dios, en italiano.
[10] La bruschetta es un antipasto italiano a base de pan que se tuesta a la plancha con aceite de oliva y luego se frota con ajo. Existen diversas variantes.
[11] En español sería el equivalente de: "¡Mi señora!"
[12] Calle del poder, en italiano.
[13] Princesa, en italiano.
[14] Imbécil, en italiano.
[15] Barrio ficticio de Catania, conocido por el silencio forzado de sus habitantes sobre las actividades de la mafia. En español, la traducción sería: cuartel del silencio.
[16] Maserati es un prestigioso fabricante italiano de automóviles fundado en 1914, conocido por sus coches de lujo y deportivos que combinan altas prestaciones con un elegante diseño. Símbolo de sofisticación e innovación automovilística, Maserati mantiene una reputación de excelencia, ofreciendo vehículos que reflejan la rica herencia italiana y su pasión por el diseño y la ingeniería de precisión.
[17] Maldición, en italiano
[18] Hijo de puta, en italiano.
[19] Una mañana me desperté, oh bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao, una mañana me desperté y encontré al invasor..., en italiano.
[20] Persona que no cae bien, en italiano.
[21] En español: la perdición.
[22] En español: idiota, tonto.
[23] La palabra deriva de “intarsia”, que en italiano es una técnica de ebanistería que consiste en ensamblar piezas de madera para crear complejos mosaicos. Un carpintero de intarsia compone sus obras con paciencia y atención al detalle, entrelazando cada talla como si fueran piezas de un diseño mayor.
[24] Un postre italiano elaborado con solo tres ingredientes: yemas de huevo, azúcar y vino marsala. El postre se sirve en una copa.

[25] El cortocircuito significa que se ha producido un error o un fallo.

[26] En motociclismo, un carenado es un conjunto de piezas diseñadas para reducir los efectos del choque del aire con el vehículo, mejorándolo en términos de rendimiento, y como parte estética del vehículo, además de proteger las piezas de la entrada de agua, suciedad e insectos. A grandes rasgos, podemos considerarlo la carrocería de la moto.

[27] Expresión equivalente a "desembucha" en italiano.

[28] La Central Intelligence Agency, o Agencia Central de Inteligencia, es una agencia de inteligencia civil del gobierno de los Estados Unidos, responsable de investigar y proporcionar información de seguridad nacional al Presidente y su gabinete.

[29] Enfermedad de transmisión sexual.

[30] Arena de entrenamiento de caballos.

[31] Michelangelo di Lodovico Buonarroti Simoni, más conocido simplemente como Miguel Ángel, fue un pintor, escultor, poeta, anatomista y arquitecto italiano, considerado uno de los más grandes creadores en la historia del arte occidental.

[32] Vinícola.

[33] "Per la cena" en italiano.

[34] Mañana, en italiano.

[35] Equivalente a “¡Ten modales!” en italiano.

[36] Cosecha de uvas para hacer vino.

[37] La bruschetta es un antipasto italiano elaborado con pan, que se tuesta en una parrilla con aceite de oliva y luego se unta con ajo.

[38] Aeropuerto internacional situado en Río de Janeiro.